
ELO LPZ
EL JUEGO DE
FINGIR
DISPONIBLE AHORA

Título:El juego de fingir

© [2025] por [ELO LPZ].
Diseño de portada: [ELO LPZ]
De los textos: [ELO LPZ]
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Tabla de contenido

Prólogo:
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 28
Capítulo 30
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Prólogo:

"Si alguien me hubiera dicho que terminaría besando a Liam Knight en medio de una fiesta llena de gente, le habría recomendado un psiquiatra. Pero ahí estaba yo, con sus labios sobre los míos y una mentira tan grande que casi podía saborearla. Lo peor de todo es que, en algún momento entre el odio y los besos robados, dejé de fingir."

El aire olía a champán barato y mentiras. La música retumbaba en mis oídos mientras Ethan me apretaba la cintura con una mano, como si temiera que escapara. Sus dedos trazaban círculos en mi piel a través del vestido, un gesto que cualquiera habría interpretado como cariño. Pero yo conocía la verdad: era un recordatorio. *«No huyas, Bella. Esto es parte del trato»*.

Había empezado como una broma. O más bien, como un acto de venganza. Dos semanas atrás, Liam apareció en mi puerta con una sonrisa de lobo y una idea tan estúpida que solo él podía creerla genial: *«Fingamos ser pareja. Asustaré a Sophie, tú humillarás a Tyler, y después nos odiaremos en paz»*. Claro que dije que sí. ¿Por qué no? Él era mi enemigo desde que me empujó del columpio en tercer grado y me dejó con una cicatriz en la rodilla. Odio eterno, garantizado.

Pero ahora, con su aliento caliente en mi cuello y sus palabras susurradas —*«Sonríe, Bella. Están mirando»*—, algo se había roto. O quizás se había creado. No lo sabía. Solo entendía que cada vez que sus labios rozaban los míos para mantener la farsa, el odio se desvanecía como azúcar en el café.

Y entonces, en medio de esa fiesta, con las miradas de Tyler y Sophie clavadas en nosotros, Ethan hizo lo impensable: deslizó su mano por mi espalda y murmuró algo que no estaba en el guión.

«¿Y si dejamos de fingir?».

El mundo se detuvo. Los focos parpadearon, el champán perdió su burbujeo, y yo... yo ya no supe si el corazón me latía por la mentira o por él.

Esta es la historia de cómo el chico que juré odiar se convirtió en la única persona que no puedo dejar de amar. Y de cómo una mentira perfecta casi destruye todo.

Nota del autor:
Las mentiras son como el fuego: calientan hasta que queman. Pero a veces, entre las cenizas, encuentras algo que vale más que la verdad.

Capítulo 1

(Punto de vista de Isabella)

"¡Isabella!", cantó mi madre desde el piso de abajo, su voz melodiosa teñida por ese acento británico que nunca había logrado disimular, ni siquiera después de tantos años viviendo fuera de Inglaterra.

—¿Sí, mamá? —respondí mientras descendía las escaleras de madera, las cuales crujían levemente bajo mis pies, dirigiéndome a la cocina, donde ella aguardaba.

—Llama a los campesinos, querido mío, debemos prepararnos para el baile —anunció con una teatralidad que solo ella podía permitirse, alzando una mano al aire como si estuviera en el escenario de un viejo teatro.

—¿El baile? —pregunté, arqueando una ceja y fingiendo una confusión que sabía que la haría sonreír.

—Pueden parar ustedes dos, ya se nos está haciendo tarde con nuestro plan. Liv, ve a vestirte. Maya, cariño, por favor, vístete —intervino mi padre, emergiendo de su estudio con ese aire de seriedad que siempre llevaba consigo, como una segunda piel.

"Qué aburrido", murmuraron al unísono mi madre y yo, compartiendo una mirada cómplice antes de que yo volviera a subir las escaleras, esta vez con rumbo al baño. Esa noche no era una noche cualquiera: íbamos a una fiesta.

El señor Harrison, amigo de mi padre desde sus años universitarios, había organizado una celebración para conmemorar los cincuenta años desde que conoció a su esposa. No eran cincuenta años de matrimonio, sino cincuenta años desde aquel primer encuentro en la secundaria. Una historia que, de tan dulce, casi parecía sacada de una novela romántica. Y, aunque no solía ser sentimental, incluso yo tenía que admitir que era... encantador.

Tras la ducha, con el pelo ya alisado y seco, me envolví en la bata que conservaba desde el primer año de universidad (sí, milagrosamente, todavía me quedaba bien) y bajé las escaleras. Justo en ese momento, el timbre resonó en la casa, como si el universo hubiera decidido sincronizar cada segundo de aquella tarde. Bajé y abrí la puerta.

"Isabella", cantó Stella, su voz tan familiar como el aroma a lavanda que siempre la acompañaba.
"Stella", respondí con una sonrisa, mientras la observaba sosteniendo una bolsa de papel kraft con esmero.

Stella era dueña de una boutique cercana, un lugar pequeño pero lleno de encanto, donde cada prenda parecía tener su propia historia. Era allí donde mi madre y yo solíamos comprar nuestros vestidos, llevarlos a la tintorería y arreglarlos para ocasiones especiales. "Aquí está el vestido que te encargaron el otro día. Tu madre recogió el suyo antes. Disfruta de la noche, ¿de acuerdo?", dijo, entregándome la bolsa con una sonrisa cálida.

—Muchas gracias —respondí, sosteniendo el vestido con cuidado mientras ella se dirigía al piso de arriba, donde mi padre, ya listo, la saludó con un gesto de cabeza.

—Diez minutos, papá —anuncié, corriendo escaleras arriba y colocando el vestido sobre mi cama.

El calor en mi habitación comenzaba a sofocarme, así que abrí la ventana, buscando un poco de aire fresco. Fue un error.

"Isabella", escuché esa voz que, aunque familiar, siempre lograba sacarme de quicio.
—Alexander —respondí con una sonrisa sarcástica, apoyándome en el alféizar de la ventana.
"Ese no es mi nombre", dijo, como si fuera la primera vez que lo mencionaba.
—Es tu segundo nombre —me encogí de hombros, jugando al mismo juego de siempre.
—No te llamo... —Dejó la frase en el aire, como si esperara que yo la completara. Pero no lo hice. No tenía un segundo nombre, y él lo sabía. O, al menos, lo sospechaba.
—Algún día descubriré tu segundo nombre, Bella —afirmó con una determinación que me hizo reír por dentro.
—Ese no es mi nombre —resoplé, cruzando los brazos.
—¿No es así, Bella? —me guiñó un ojo, esa sonrisa suya tan desafiante como siempre.

Puse los ojos en blanco, inclinándome hacia delante y agarrando el alféizar con fuerza. "Liam", canté, imitando su tono burlón.
"Ella sabe mi nombre", sonrió, como si eso fuera un triunfo.
—Sí, lo sabe —asentí, jugando con él—. Y te dice: chúpame la polla —añadí con una sonrisa traviesa antes de cerrar la ventana y las persianas de un golpe.

Me maquillé con cuidado, añadiendo solo un toque de rímel y un poco de labial. Luego me puse el vestido, dejando caer mi pelo sobre los hombros y cepillándolo con suavidad. Justo cuando me ajustaba los tacones, mi padre entró en la habitación.
"Liv, estamos..."
"¡Lista!", interrumpí, levantándome de un salto. Tomé mi cartera, que había preparado con anticipación, y lo seguí escaleras abajo. Salimos por la puerta principal y nos dirigimos al auto. Yo me senté en la parte trasera, mientras mis padres ocupaban los asientos delanteros, con mi padre al volante.

"Recuerda, Liv, el señor Harrison..."
"—Tu amigo de la universidad es el que ahora dirige una empresa en Nueva York, pero la dirige desde aquí porque está tan enamorado de su esposa que, cuando ella quiso volver a casa, no pudo evitar acceder para hacerla feliz. Por lo tanto, la empresa es un tema delicado, no debo hablar de ello, ¿verdad?"
—Bien —me sonrió a través del espejo retrovisor, aprobando mi resumen.

"Y Isabella, Tyler Brooks estará allí, así que..."
—Compórtate y evítalo, yo me encargo, mamá —respondí con una sonrisa tranquilizadora. Tyler Brooks era mi ex novio, y aunque no era un tema doloroso, prefería mantener las distancias—. ¿Y adivina quién más estará ahí, Liv? —susurré para mí misma, poniendo los ojos en blanco mientras miraba por la ventana—. LiamAlexander, maldito Knight —gruñí, inclinando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, como si eso pudiera alejar su imagen de mi mente.

Siempre pensé que tener "Alexander" como segundo nombre en lugar de primero era algo peculiar, pero, al fin y al cabo, era su segundo nombre, no el mío. No era asunto mío.

Llegamos después de quince minutos y todos salimos del auto. La fiesta no se celebraba en la casa del señor Harrison, sino en el salón de recepciones de un hotel enorme cercano. Había un servicio de valet parking que se encargó de estacionar nuestro auto mientras entrábamos al edificio.

"¡Keith!", saludó el señor Harrison a mi padre en cuanto cruzamos la puerta del salón. El lugar ya estaba bastante concurrido.

"Tony, ella es mi hija, Isabella, y ella es mi esposa, a quien ya conoces", me presentó mi padre con un gesto cordial.
"Hola, señor Harrison", sonreí y le extendí la mano. "Es un placer conocerlo".
—El placer es todo mío, querida. Así que tus padres te han traído para torturarte en compañía de mis invitados, ¿eh? —se rió entre dientes, con una expresión amable.
"No hay problema, seguro que será genial", respondí con una sonrisa educada. En realidad, estaba segura de que me aburriría muchísimo, pero el hombre parecía agradable, así que no tenía sentido ser descortés.

—Isabella, ve a conocer gente. Estaremos por aquí. Encuéntrame si necesitas algo, ¿eh? —me dijo mi madre, dándome una palmadita en el hombro.
"Pero yo..."
"Estarás bien. Saca a relucir la mariposa social que llevas dentro", insistió antes de alejarse.
—Pero hay... —comencé a protestar, pero ya era demasiado tarde. Se había ido—. Para empezar, no soy una persona sociable —murmuré para mí misma, mirando a mi alrededor. Mis ojos se posaron inmediatamente en el bar.

Ahora, sé que no puedo beber alcohol, pero al menos podía tomar un refresco o un té helado, ¿no? Sí, claro. Me acerqué a la barra, dejé mi cartera sobre la superficie y me acomodé en un taburete.
—¿Puedo tomar un té helado, por favor? —pregunté al barman. Él asintió y comenzó a prepararlo mientras yo me sentaba allí, saboreando mi soledad.

Cogí mi bebida y me levanté para caminar un poco, pero casi choco con alguien. Di un paso atrás rápidamente para salvar tanto mi vestido como el té helado, logrando ser la heroína de ambos.
—Lo siento, no te ha caído encima, ¿verdad? —preguntó la persona con la que casi me estrellé.
—No, está bien, yo... por supuesto, eres tú —resoplé, mis hombros cayendo cuando mis ojos se encontraron con los de Liam.
—¿Qué se supone que significa eso, Bella? Me has herido —dijo sonriendo mientras se sentaba en un taburete cercano.
—Disfruta de tu miseria, Alexander —dije, dándome la vuelta para irme, pero él me agarró del brazo.
"¿En serio estás a punto de adentrarte en el campo de guerra de los ancianos para encontrar compañía?"
—¿Ves algo mejor que pueda hacer? —arquée una ceja, desafiante. Él miró el asiento que estaba a su lado antes de volver a mirarme.
—Ja —me burlé, sin darle importancia.
"Como quieras", se encogió de hombros y soltó mi muñeca. Lo miré a él, luego a la multitud. Luego a él, luego a la multitud.
—Bonito vestido, por cierto —asintió, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por ser amable. Me quedé allí, mirándolo. No era un cumplido para mí, era un cumplido para el vestido. Si le daba las gracias, seguramente diría que no era para mí, sino para la prenda.
—¿No, gracias? —preguntó, arqueando una ceja.
"El vestido no te lo puede agradecer, y tú no me elogiaste a mí, elogiaste al vestido", respondí con firmeza.
"Chica inteligente", sonrió, como si estuviera disfrutando de la conversación.
"Pero no tan estúpida como quieres que sea", sonreí. "Bueno, disfrútalo", dije, dándome la

vuelta.
"¿Crees que las personas mayores son mejor compañía que yo? ¡Ay!", se rió entre dientes.
"Creo que cualquiera es mejor compañía que tú", sonreí. Me lanzó un beso al aire mientras me alejaba, y yo le hice un gesto obsceno a cambio.

Caminé por el salón, hablando con algunas mujeres, presentándome y haciendo conversación superficial. Cuando me dirigía de nuevo a la barra para devolver el vaso vacío, mi camino se vio bloqueado.
"Oye", sonrió de manera cautivadora.
—Debería haber traído ese centavo de la suerte en mi bolso, tal vez no me encontraría contigo —le sonreí a Tyler Brooks, mi ex novio.
"¿Aún amargada?"
"¿Aún eres un idiota?"
Él sonrió, sacudiendo la cabeza. "Sigue adelante, Liv. Sé que yo lo he hecho", se encogió de hombros.
"Bueno, felicitaciones. Y gracias por mostrar tu preocupación, pero ya lo he superado. Prefiero beber veneno que lamentarme por ti, Tyler Brooks", respondí con frialdad.
—Entonces, ¿ya has seguido adelante? ¿Tienes novio? —preguntó, un poco sorprendido.
No había nada malo en mentir en ese momento. De hecho, me daba cierto placer ponerlo celoso.
—Claro que sí. ¿Por qué? ¿Solo porque me dejaste no puedo encontrar a otra persona? —me burlé, jugando con su ego.
"No pensé que pudieras", dijo, pinchando aún más al oso.
—Bueno, lo hice —dije entrecerrando los ojos, desafiante.
"¿Está él aquí?"
"Por supuesto que lo está."
¿Por qué diablos acabo de decir eso?
"Me encantaría conocerlo entonces", sonrió, con una expresión que me hizo arrepentirme al instante.
"¿Por qué haría eso? ¿Mostrártelo, mi novio, cuando no tienes una novia del brazo para restregármelo por la cara? No soy tan cruel", me burlé, intentando ganar tiempo.
"Tengo una novia, para que conste. Ella está ahí, se llama Sophie", sonrió, señalando a una rubia alta que estaba al otro lado de la sala.
"Como la muñeca embrujada, ya veo", asentí, intentando mantener la compostura.
—¿Tu novio? —preguntó impaciente.
Oh, no. No, no, no.
Isabella, aprende a mantener la boca cerrada. Hablar sin parar no es bueno. No digas siempre lo que piensas. Toma notas.
"Él es... él es..."
"¿Él es?" sonrió, disfrutando de mi incomodidad.
—Está ahí mismo. ¡Liam! —dije, pronunciando el nombre del primer chico de nuestra edad que vi, arrepintiéndome de ello inmediatamente.
Tyler Brooks se giró para mirarlo, y yo me di una palmada en la frente, maldiciéndome en silencio.
"¿Liam?", preguntó Tyler Brooks, confundido.
Asentí con la cabeza: "Um, ¡Liam!". Liam miró a la izquierda, luego a la derecha y luego a sus

espaldas. Se señaló a sí mismo, completamente desconcertado.
"Ven aquí", dije, intentando mantener la calma.
Se acercó a mí, aún más confundido. "¿Yo?", preguntó.
—Tú —sonreí, uniendo mi brazo con el suyo.
"Qué vas a..."
"¿LiamAlexanderKnight es tu novio?" preguntó Tyler Brooks, incrédulo.
—Sí, mi novio —dije con una sonrisa forzada y los dientes apretados.
—¿Tu… novio? —preguntó Liam, arqueando las cejas y sonriendo con complicidad.
—Mmm... —asentí, mirándolo con una mezcla de exasperación y súplica silenciosa—. ¿Y tú qué? ¿Tu novia? —le pregunté a Tyler Brooks, intentando desviar la atención.
—¡Sophie! —gritó. Liam y yo nos dimos la vuelta y vimos a una rubia alta que se acercaba.
—Esta es Isabella —dijo Tyler Brooks—. Y su novio.
"Sophie, un placer conocerte", me sonrió. Le devolví la sonrisa, aunque mi mente estaba en otra parte.
"¿Podemos irnos, cariño?", le preguntó Sophie a Tyler Brooks, y luego se fueron, dejándonos solos.

Saqué mi brazo del de Liam y me volví hacia él, lista para enfrentar las consecuencias de mi mentira.
—Novio, ¿eh? —preguntó, con una sonrisa traviesa que me hizo suspirar.

Capítulo 2

(Punto de vista de Isabella)

—Liam —me quejé, siguiéndolo hasta el bar.
"No", se rió, sin siquiera volverse a mirarme.
—Liam, ¿por favor? —le rogué, intentando que mi voz sonara lo más convincente posible.
—¿Por qué debería ayudarte? —preguntó, finalmente girándose hacia mí con una expresión indiferente.

Me quedé en silencio por un momento, pero luego decidí darle la vuelta al juego, modificar las reglas para que me convengan.
—Porque Sophie es tu exnovia. ¿Qué le pasa? ¿A todos los chicos les gustan las chicas que comparten nombres con las muñecas embrujadas? —dije, sentándome a su lado con una sonrisa burlona.

—¿Por qué carajo sabes eso? —preguntó, arqueando una ceja.
"¿Cómo que por qué lo sé? Toda la escuela lo sabe. Ella te engañó y le dijo al equipo de animadoras que tienes un pene pequeño", me encogí de hombros, disfrutando de su reacción.
"¿Qué hizo ella?" preguntó, claramente incómodo.
"Estoy bromeando, Johnny Bravo, relájate", me burlé, "Ella no hizo eso. No hasta donde yo sé, pero de nuevo, no estoy en el equipo de animadoras", añadí con un encogimiento de hombros.

—Eres muy graciosa, Bella —dijo sarcásticamente.
—Gracias, Alexander —sonreí—. En serio, no es un mal trato, vamos. Solo en esas estúpidas fiestas en las que estarán los dos. Funciona para ti, funciona para mí.
"No", dijo con expresión inexpresiva.

—Está bien, iré a buscar a alguien más. —Me levanté y comencé a alejarme, contando mentalmente.
Cinco... cuatro... tres... dos...
"¡Aceituna!"

Sonreí, me di la vuelta para mirarlo y me quité la sonrisa de la cara.
—¿Sí, Alexander? —pregunté, acercándome a él con naturalidad.
"Te ayudaré si me ayudas", dijo.
—¿Y por qué debería ayudarte? —Sonreí, jugando con él.
"Pequeña perra-"
"Cuidado con lo que dices", le dije, "te escucho".
"¿A su alrededor? Yo te ayudo. ¿A su alrededor? Tú me ayudas. ¿Trato hecho?"

—¿Quién hace tratos con su enemigo? Creo que no lo haré. —Hice un gesto con la mano con desdén y me di la vuelta para marcharme. Me agarró la muñeca y me tiró hacia atrás. Enarqué las cejas y me reprimí para no reír.
"Ella me engañó, tú sabes que él te engañó a ti, vamos. Dos pájaros de un tiro. Eres molesta, pero no eres tonta. Piénsalo", dijo.
"¿O qué?" Le arqueé una ceja.
—O me temo que tendré que arruinar tu lindo vestidito —dijo, tomando una copa de vino tinto del bar.
—Entonces arruinaré tu lindo trajecito —sonreí, tomando otra copa de vino tinto—. Y mira,

incluso llevas puesto algo blanco —dije, mirando su camisa.

"Isabella", dijo lentamente, con una mezcla de advertencia y exasperación.
—Él sabe mi nombre —dije sonriendo, dejando el vaso en la mesa—. Está bien, te ayudaré —dejé escapar un suspiro dramático y me senté—. Pero necesitamos reglas —dije.
—Está bien —estuvo de acuerdo, parándose a mi lado, apoyado en la barra.

"Sólo fingimos delante de ellos", dije.
"¿Por qué más estaría cerca de ti?"
Puse los ojos en blanco ante su respuesta y continué: "No puedes decírselo a nadie y yo tampoco lo haré, eso es obvio".
—¿Algo más, Bella Twist?
Puse los ojos en blanco ante el nuevo apodo. "No, eh... nada de tonterías".
Él puso los ojos en blanco y dijo: "Está bien, ¿trato?"

—¿Trato hecho? ¿Trato hecho después de treinta minutos persiguiéndote por este lugar, rogándote que me ayudes? —Me burlé, sacudiendo la cabeza—. Ahora es tu turno.
"¿Mi turno?" preguntó, confundido.
"Ruego", sonreí, disfrutando de su incomodidad.
"No pido limosna", dijo inclinándose hacia mí.
—Claro que sí. Vamos, no seas tímido —bromeé, pellizcándole la mejilla.

Me apartó la mano de la mejilla de un manotazo, apretándome la muñeca contra la mesa y se inclinó aún más hacia mí, amenazadoramente.
"Isabella, sea cual sea tu segundo nombre, Montgomery. Nunca te rogaré por ti ni por tu ayuda, ¿entiendes?" susurró, su rostro tan cerca del mío que podía sentir su aliento.

Sonreí y le dije: "Está bien, no me ruegues, pero tienes que decir 'por favor'. Lo he dicho unas veinte veces".

Se burló, miró a su alrededor y puso los ojos en blanco. "No puedes hablar en serio", dijo con expresión seria.
"Puedes apostar que sí", respondí. "Tómalo o déjalo, Alexander", suspiré, "no tengo tiempo".
"No", se encogió de hombros, como si no le importara en absoluto.

—Vamos, Alexander. Me conoces desde preescolar. Hemos tenido una buena enemistad desde entonces, cuando me empujaste del maldito columpio. Dejemos eso de lado mientras nos ayudamos mutuamente. Lo retomaremos más tarde, ¿de acuerdo?
"Te odio con cada nervio de mi cuerpo", murmuró, aunque su tono sonaba más a resignación que a odio genuino.
"¿Por qué? ¿Estoy fuera de tu alcance? ¿Eso hiere tu ego?" Fruncí el ceño, jugando con él.
"¿Tú? ¿Fuera de mi alcance? Imposible".
"Eso hiere mi ego. Y si quieres mi ayuda, no lastimes mi ego ni mi carácter. Di por favor, LiamAlexanderKnight".

Se volvió hacia mí y sus ojos se posaron en los míos. —IsabellaMontgomery, ¿podrías ayudarme, por favor? —suspiró derrotado.
Sonreí y dije: "Por supuesto que te ayudaré". Me enderecé en mi asiento y añadí: "Dame tu teléfono".
—¿Por qué? —preguntó, mirándome con desconfianza.
—Para que podamos coordinarnos, obviamente —respondí, extendiendo la mano.

Me lo dio, escribí mi número y se lo devolví.
—Diablesa, ahí vamos —dijo sonriendo, llamándome para que me diera su número.
—Botones del diablo, ahí vamos —sonreí, moviendo mi cabello hacia atrás sobre mi hombro.
"Muy original", asintió, aunque no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Gracias —dije, mirando a la gente que pasaba—. Ahora que hemos dejado de odiarnos mutuamente, ¿qué opinas de Sophie y Tyler Brooks? —pregunté, mirando fijamente hacia delante.
—Creo que es un idiota que se acuesta con cualquier cosa que respire, y Sophie está lo suficientemente sola y desesperada como para hacer lo mismo —respondió sin rodeos.
—Entonces, ¿por qué te engañaría? Ah, es cierto. No la amabas, o algo así, ¿no? —pregunté, arqueando una ceja.
—No te amo —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Lo miré incrédula. "Es muy típico de un cabrón decir eso de 'no amo'", dije en tono de burla, poniendo los ojos en blanco.
"¿Y tú, Bella Twist? ¿Por qué te engañó?"
—Porque me negué a hacerle una mamada —me encogí de hombros. Él me miró fijamente—. Estoy bromeando. Me negué a acostarme con él —respondí con sinceridad esta vez.
"Vaya, ¿Bella Twist es Virgen María?", se burló.
—¿Crees que la diablesa es virgen, botones? —pregunté, arqueando una ceja—. Antes de él tuve un novio y estuve con Tyler Brooks no más de dos meses. No soy virgen —dije, mirando mis uñas que me había pintado antes—. Solo soy exigente —sonreí.

"Sí, soy muy exigente", se burló.
"Al menos no me acuesto con cada mujer que veo pasar", respondí.
"¿Pensé que eras heterosexual?" sonrió.
Puse los ojos en blanco y dije: "No soy una máquina sexual andante como tú. No me acuesto con el primer chico que veo".
"No lo encuentro del todo convincente", razonó.
—Te he estado viendo desde preescolar y no recuerdo haber tenido sexo contigo —repliqué—. ¿O de repente eres la excepción?

—Tu novio te está mirando —sonrió, mirándome.
—Ya lo veo, pero tu novia no está cerca —dije, sonriéndole de vuelta. —Allá vamos —dije cuando ella se acercó y se paró con Tyler Brooks—. Entonces, ¿qué pasó con tus mejores amigos? ¿Los otros dos no vienen a estas fiestas? —pregunté, apartándole el cabello de los ojos, notando la forma en que le molestaba cuando lo tocaba. Estaba disfrutando esto un poco demasiado para mi propio bien.
"Los otros dos no tienen padres que los arrastren hasta aquí", dijo con los dientes apretados.
"Qué suerte tienen", me reí. Retiré la mano y lo miré. "Vaya, realmente me odias", dije.
"¿Puedes decir que el sentimiento no es mutuo?", preguntó, inclinándose más cerca de mí, sus labios a solo unos centímetros de los míos.

Empecé a inclinarme antes de apartarme. No voy a besar a LiamKnight solo para molestar a Tyler Brooks. "Nunca", sonreí. "Hmm, Tyler Brooks se ha ido", dije, todavía sin moverme porque podía sentir la mirada de Sophie sobre nosotros.
"Probablemente se me paró", me susurró al oído. Sonreí, intentando no reírme.

¿Sabes que cuando alguien a quien odias dice algo gracioso, intentas actuar como si no fuera gracioso? Sí... eso.

—¿Eso significa que tenía una erección femenina? Porque la veo alejarse también —dije, alejándome y aumentando la distancia entre nosotros.

—¡Isabella! —Me levanté de golpe del taburete cuando mi padre se acercó a nosotros—. Tú... —Dejó de hablar cuando vio a Liam.
—Señor, soy LiamKnight —Liam sonrió, activando su encanto y estrechando la mano de mi padre.
"Keith Montgomery", sonrió mi padre, "Un placer conocerte".
—Tú también —asintió Liam.

"Isabella, el señor Harrison te ha pedido que te unas al baile. Busca un compañero. ¿Bailas, Liam?"
Abrí la boca para razonar pero... "Claro que sí", sonrió.
—Muy bien, vengan ustedes dos —dijo mi padre, guiándonos hacia la pista. Liam extendió su brazo y yo entrelacé el mío con el suyo.

—No hagas ese papel delante de mis padres, no quiero que piensen que tengo novio —le dije.
"Lo siento, la próxima vez le haré un gesto obsceno, ¿eh?", preguntó cuando llegamos al piso y me giré para mirarlo.

—¡Isabella! —Me giré y vi al señor Harrison—. Pensé que ya estarías aburrida, tal vez disfrutarías bailando —sonrió.
"Por supuesto que sí, señor Harrison, gracias", le dije sonriendo. Es un anciano agradable.

Me volví hacia Liam y dejé de sonreír. "Dime que no tienes dos pies izquierdos", le dije, mirándolo con escepticismo.
—No, pero no puedo prometerte que mis tacones no se clavarán en tus pies —respondí con una sonrisa traviesa.
—Muy amable de tu parte —asintió con sarcasmo mientras comenzaba la música. Era una rutina sencilla, el tipo de baile que toda la gente elegante parece dominar. Balanceándose, rodando hacia afuera, rodando hacia adentro, girando, acercándose. En otras palabras, una tontería—. ¿No crees que tu vestido es un poco largo para esto? —preguntó, mirándome de arriba abajo.

"Estabas elogiando el vestido antes. Oféndelo de esa manera otra vez y te garantizo que te tropezarás con él", me burlé, ajustándome el dobladillo.
"Está tan lleno de odio", me sonrió, "me gusta".
"Si no lo querías, no debiste haberme empujado desde ese columpio y haberme roto el tobillo".
"No deberías haber perforado mi balón de fútbol después de eso".
—No deberías haber salpicado pintura sobre mis dibujos —repliqué, recordando aquel incidente con una sonrisa.
"No deberías haberme hecho tropezar en el baloncesto", se burló, inclinándose un poco hacia mí.
"No deberías haber llenado mi casillero con globos de agua".
"No deberías haber enviado esa foto mía de la escuela secundaria".
"No debiste haberme besado", dije. Me di cuenta de lo que dije y me arrepentí de inmediato.

En resumen, me robó mi primer beso por un estúpido reto en una fiesta en noveno grado. No sabía que era mi primer beso, y esa fue la única vez que me pidió disculpas de verdad por algo. Acepté no volver a mencionarlo porque, cuando sus amigos se enteraron de que se disculpó,

digamos que no fueron muy amables con él. Desde entonces, han sido él, Nathan y Mason Reed. El trío.

"Perra", murmuró, con una media sonrisa que no lograba ocultar su incomodidad.
"Es tu culpa por hacerlo", me encogí de hombros, "desearía haberte dado una bofetada esa noche".
"Ojalá no me hubiera disculpado contigo. Fue un beso".
—Fue mi primero —respondí bruscamente—. No se roban así los primeros besos de la gente —dije, bajando la voz cuando Sophie y Tyler Brooks se acercaron.
"¿Cómo qué?" me miró levantando una ceja atrevida.
—Desearía haber vertido ese vino tinto en tu camisa blanca —susurré, acercándome más y apoyándome en su oído.
—Ojalá lo hubiera hecho yo primero —susurró mientras sus dedos golpeaban el cierre de mi vestido.

Me aparté y lo miré. No confío en él. "No toques eso", le dije. Él sonrió y comenzó a bajar la mano cada vez más. "O eso", dije con los dientes apretados.
"Están mirando", dijo con aire de suficiencia.
—Bien, entonces tendrán un buen espectáculo cuando te patee el pene —susurré, manteniendo una sonrisa falsa.
Levantó la mano y la colocó en la parte baja de mi espalda. "Qué hostil", sonrió.
"Hmm, apuesto a que estás lo suficientemente jodido como para que te guste".
—Sabes que lo soy —me guiñó el ojo, antes de darme la vuelta y acercarme más que antes. La música se detuvo y di un paso atrás, aumentando la distancia entre nosotros porque no me gustaba lo rápido que empezó a latir mi corazón.
Probablemente sea porque lo odio mucho.

—¿Bar? —preguntó, uniendo mi brazo con el suyo. No dije nada, solo caminé en silencio con él.
—Bella —dijo mientras nos sentábamos—, ¿por qué tienes que mencionar ese beso? Ya me disculpé justo después de que sucedió —dijo, parándose al lado del taburete en el que yo estaba sentada, ambos apoyando nuestras espaldas contra la barra.
"No sé por qué lo saqué a relucir, me estabas molestando, tuve que callarte", me encogí de hombros.
"Hay otras formas de callarme", sonrió, con esa mirada traviesa que siempre me sacaba de quicio.
—Está bien, la próxima vez te amordazaré con un calcetín —puse los ojos en blanco.
"Mmm-mm", sacudió la cabeza, "Piénsalo otra vez".
"¿Con una granada?" Sonreí.
Él se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza. "Mm-mm".
—¿Y entonces? —pregunté inclinándome hacia él con aire inquietante.
—Con un beso —murmuró, inclinándose.

¿Están mirando? - pregunté.
"Tal vez", sonrió.
"Actúas como si estuvieras enamorado de mí", bromeé.
—Actúas como si estuvieras obsesionado conmigo —sonrió.
"Estoy obsesionado con la idea de asesinarte, hazlo bien", dije, pasando un dedo por el costado de su rostro.

Él agarró mi dedo y bajó mi mano con firmeza: "¿Eso no te convierte en un psicópata?", susurró, su voz cargada de una mezcla de desafío y curiosidad.
—Claro que sí —dije, apartándome bruscamente porque, en realidad, Tyler Brooks y Sophie ya no estaban observándonos. Solo estaba bromeando conmigo, y lo sabía—. Ah, y la próxima vez, al menos mira a tu alrededor y finge que los ves antes de intentar coquetear conmigo —añadí, ajustándome el vestido con un gesto de irritación.

Le devolví toda la actitud que pude reunir, y él me odiaba por ello. Por suerte para él, el sentimiento era —y siempre sería— mutuo.
"Llámame cuando necesites mi ayuda, Alexander. Nos vemos por ahí", dije, alejándome con paso decidido hacia el baño de mujeres, dejándolo plantado junto al bar.

Capítulo 3

(Punto de vista de Isabella)

Mi teléfono sonaba en mi cartera mientras yo estaba en el baño, sentada en el sofá sin tacones. Gemí: "¿Hola?".
"¿Dónde estás?"
—En el baño —respondí mientras ya me ponía los tacones.
"¿Todavía? ¿Te fuiste hace como veinte minutos?" dijo.
—En realidad, dieciocho —corregí.
—Como sea, Bella Twist. Ven aquí, tu linda ex está sospechando porque no te he visto conmigo en un minuto —dijo.
—Está bien, botones, aguanta un poco —dije antes de colgar.

—Bonito apodo, botones —murmuré para mí misma mientras salía. Me acerqué y lo vi en la barra. Puse los ojos en blanco antes de poner una sonrisa en mi rostro.
—Hola —sonreí.
—Hola —sonrió, todavía de pie en la barra.
—¿Siempre te quedas en los bares sin beber? —pregunté mientras me sentaba.
—¿Bebes donde están tus padres? Exactamente, no —dijo mientras enroscaba un mechón de mi cabello en su dedo.
—No toques el cabello, Alexander, me llevó un tiempo peinarlo —dije mientras ajustaba mis tacones.

"Me tocaste el pelo antes", dijo.
—Sí, estabas furioso —resoplé. Me senté derecha, apoyando los codos en el mostrador que tenía detrás de mí—. ¿Y ahora qué? ¿Adónde se fue? —pregunté.
—En algún lugar, no lo sé —suspiró, sentándose a mi lado—. Bella —dijo. Me volví para mirarlo—. ¿Cómo vamos a fingir delante de ellos sin que nos vean todos en la escuela? —preguntó.

Abrí la boca para darle una respuesta ingeniosa, pero no se me ocurrió nada. Si me golpearan la cabeza ahora mismo, sonaría vacío.
"Vaya, no había pensado en eso", murmuré. Ambos parecimos darnos cuenta y nos miramos horrorizados.
"No estoy fingiendo que me gustas delante de todos", dijimos al unísono.
"Es irónico porque creo que eso es exactamente lo que tendremos que hacer", se burló, mirando a su alrededor.

Suspiré, pasándome la mano por el cabello con frustración.
¿En qué carajo nos metí?
"Por una vez, realmente lo siento por ti", me reí entre dientes.
"¿Por qué?"
"Te molesto más de lo que tú me molestas", me encogí de hombros.
—Entonces, ¿eres consciente de ello?
Asentí. "Sólo soy yo siendo mezquina".
Él puso los ojos en blanco y dijo: "Bien".

Estaba mirando a mi alrededor, observando la fiesta, cuando mis ojos se posaron en Sophie, que

estaba bastante lejos de nosotros, pero nos estaba mirando fijamente, o más específicamente, a Liam.
"Oh, mira. Tu novia muñeca embrujada te está mirando... como lo haría una muñeca embrujada. En serio, ¿por qué alguien llamaría a su hija Sophie?", pregunté, arrugando la nariz con disgusto.
"Ella nunca ha visto Sophie, le dan miedo las películas de terror", dijo.
—Sophie no es una película de terror —fruncí el ceño.
—Exactamente, espero que entiendas lo cobarde que es —murmuró, pasándose la mano por el cabello.

"Pensé que serías el cobarde. No encuentro esa película aterradora, así que me alegro de que no sea así", me reí.
"Muy divertida. Esa película no da miedo aunque se supone que lo hace. Simplemente no la entiendo", se encogió de hombros.
—Yo tampoco —asentí.

¿Acabamos de acordar algo?
A los dos nos pareció extraño y nos miramos.
"No vuelvas a hacer eso", dije.
"¿Hacer qué?"
"No vuelvas a estar de acuerdo conmigo. Por el bien del debate".
"Tú eres el que estuvo de acuerdo conmigo", argumentó.
"Allá vamos", asentí.

—¿Aún me está mirando? —preguntó mirándome directamente.
—No lo sé, no lo he comprobado —me encogí de hombros.
"Entonces compruébalo, amiga", sonrió.
Eché otro vistazo a mi alrededor y, efectivamente, ella seguía mirándome.
"Sí, todavía se arrastra", suspiré.
"¿A dónde fue tu ex?" preguntó.

—Ahí está —dije, notando que Tyler Brooks se acercaba a Sophie—. ¿Sabes qué sería extremadamente divertido? —pregunté mientras tomaba mi taburete y lo acercaba al suyo—. Verte pelear con Tyler Brooks —dije en broma.

"Podría arreglarlo", dijo, metiendo mi cabello detrás de mi oreja y mirándome fijamente. Todo este tiempo, me ha estado mirando fijamente. Si no le devuelvo algún signo de afecto, no parecerá creíble.
—Tal vez deberías —dije, bajando su mano y entrelazando sus dedos con los míos.
"Quizás lo haga. Haremos todo el asunto del ex horrible contra el novio perfecto", sonrió.
—Hmm, no me decepciones —dije mirándolo.
—Hmm, no lo haré —respondió.

—¿Puedo preguntarte algo? —Lo miré con los ojos entrecerrados. Él asintió—. ¿Por qué te atreviste a besarme? ¿Quién te lo retó? —pregunté con curiosidad. ¿Por qué fui yo? Yo no era la chica sexy ni tampoco la mojigata. Era una chica bastante normal.
"Tu ex novio", respondió.
—¿Tyler Brooks te propuso ese reto? —respondió él asintiendo—. ¿Por qué? —le pregunté.
Él se rió secamente. "No, no puedo decírtelo", negó con la cabeza.
—Tendrás que hacerlo. Estás atrapado conmigo en esta fiesta y, por un tiempo, te lo voy a sacar

de encima tarde o temprano —me encogí de hombros y pasé mis dedos por su cabello.
—Te lo diré si aceptas no volver a hablar de ello como si hubieras escuchado eso del beso, pero no importa —puso los ojos en blanco.
"Continúa", dije.
—Pensé que eras bonita —se encogió de hombros.

Me reí y le dije: "¿Crees que soy bonita? De ninguna manera".
—Está bien —dijo con indiferencia.
"¿En serio? ¿Crees que soy bonita?", pregunté.
"Lo hice. Lo eres. Creo que eres bonita. Sólo que más perra de lo que me gustaría que fueras", dijo.
"Está bien, soy una perra. Para ti".
—Sí, ¿por qué? —preguntó.
—Me robaste mi primer beso, tengo todas las razones para odiarte —me encogí de hombros—. Lo que no tiene sentido es que me odies. Nunca te he hecho nada. Todo fue una venganza por algo que ya hiciste —le expliqué.
—Sí, pero todo lo que hice fue porque te odiaba —razonó.
—Entonces encuentra la razón que hay en tu corazón, dímelo cuando la encuentres —dije, quitándole la pestaña de la mejilla—. Tienes un deseo —dije—. Lo voy a robar. Pedí mi deseo y soplé la pestaña del dorso de mi mano.

"Muy madura, Bella."
"Gracias", asentí.
"Han estado mirándome y susurrando durante diez minutos. ¿Qué crees que están diciendo?", preguntó, jugueteando con mi cabello.
"Creo que dicen que es una tontería. Tocarme el pelo de vez en cuando y tomarte la mano no los convence lo suficiente", chasqueé la lengua con frustración.
"Entonces, ¿qué hacemos?" preguntó.
—No lo sé —dije encogiendo los hombros.

Ambos vimos cómo se dirigían hacia nosotros, y mientras yo intentaba mantener la calma, Liam entró en pánico. Era un espectáculo digno de ver.
—Mierda, nos están mirando —murmuró.
"¿Qué?"
—Están mirando. Vienen hacia aquí, Isabella —dijo, volviéndose hacia mí.
"¿Qué quieres que haga?" pregunté, su actitud de pánico me hizo reír.
"No sé, se supone que estamos saliendo y enamorados, ¿no?" preguntó.
—Sí, ¿y qué? —pregunté.

Se levantó y pateó su taburete hacia atrás.
—¿Qué estás haciendo? —pregunté, mirándolo confundida.
"Me voy", dijo.
"Pequeño imbécil", me reí, "deja de asustarte", les dije mientras se acercaban a nosotros.

—Hola, chicos —dijo Sophie.
"Hola", sonreí.
—¿Están haciendo algo? Estamos un poco aburridos —dijo Tyler Brooks. Ignoré su presencia y miré a mi alrededor.

"Tal vez podamos charlar todos", dijo la muñeca embrujada encogiéndose de hombros. Honestamente, parece una Barbie embrujada, pero de una manera genial. No sé cómo explicarlo.

"En realidad íbamos a irnos, a tener un minuto para nosotros", interrumpió Liam.
—¿Es así? —preguntó Tyler Brooks.
Liam me miró. Todos me miraron.
"Sí, en realidad ya nos íbamos", me encogí de hombros mientras me ponía de pie.
"Oh, ¿a dónde?" preguntó Barbie.
"Fuera del hotel", le respondí. Esta vez, cuando me miró a los ojos, había un desafío en ellos. Acepté su desafío con bastante franqueza.

"Lo siento, sólo por curiosidad, ¿cuánto tiempo llevan juntos?", preguntó con una sonrisa falsa. Ni siquiera Barbie sonríe de esa manera.
"Realmente no los vemos pasar mucho tiempo juntos", dijo Tyler Brooks.
—Bueno, nadie los ha visto nunca juntos, ¿no es así, Tyler Brooks? —cuestionó Liam—. ¿O de repente es un secreto que ustedes dos están haciendo público aquí? —sonrió.
—Es sólo una pregunta, Liam —dijo, y su voz se volvió tres veces más grave, diez veces más sensual. Me entraron ganas de vomitar.
—Es sólo una respuesta, Sophie —sonrió.

¿Por dónde empezamos cuando dije esta mentira y hacia dónde diablos nos dirigimos?
Liam se inclinó junto a mi oreja. "Te besaría para ponerlo de los nervios, pero probablemente se le pondría duro otra vez. ¿Podemos irnos?", preguntó.
Esta vez no pude evitarlo, me reí y eso sólo los enojó más.
"¿Algo gracioso?" preguntó ella.
"Disfruten la noche ustedes dos", dije y luego nos fuimos.

Capítulo 4

(Punto de vista de Liam)

Salimos del vestíbulo del hotel y ambos nos soltamos de inmediato, emitiendo gemidos y sonidos de protesta.
"No puedes hacer eso", dijo Isabella, cruzando los brazos.
"¿Hacer qué?" pregunté, genuinamente confundido.
—No puedes besarme —negó con la cabeza, como si la idea fuera completamente absurda.
"¡No lo hice!", argumenté, levantando las manos en señal de defensa.
—Estoy hablando de lo que me dijiste, botones, cállate y escucha. Pase lo que pase, no me beses —dijo, señalándome con el dedo.

Puse los ojos en blanco. "¿Te das cuenta de que si estamos tratando de hacerle creer a la gente que estamos saliendo y enamorados, vamos a tener que besarnos, verdad?", le expliqué lentamente, como si estuviera hablando con una niña pequeña.
—Eso no es verdad, podríamos... tomarnos de la mano, o... o abrazarnos, o besarnos en la mejilla —se encogió de hombros, como si esas opciones fueran suficientes.
"Bella, ¿qué pareja de nuestra edad no muestra afecto?", pregunté, intentando hacerla entrar en razón.

Ella gimió, pasándose los dedos por el pelo. "Botones, no te voy a besar", sacudió la cabeza con firmeza.
"Bella, tendrás que aguantarte, lidiar con ello. No es que me gustes mucho, tampoco me muero por besarte", me burlé, poniendo los ojos en blanco.
Ella se rió entre dientes. "No, sólo piensas que soy bonita", bromeó, girándose para mirarme con una sonrisa burlona.

Di un paso más cerca de ella, pero ella ni siquiera se tambaleó hacia atrás. "Eres una..."
—Perra, lo sé —asintió, empujándome hacia atrás con un gesto de indiferencia.

Nos quedamos allí, mirando cómo llegaban los coches, dejaban a la gente y se marchaban, o el aparcacoches los llevaba al aparcamiento. El aire fresco de la noche nos envolvía, pero la tensión entre nosotros era palpable.

(Punto de vista de Liam)

—Bella —suspiré, pero ella me ignoró, como esperaba. —Bella —gruñí. Nada. —Isabella —se giró para mirarme—. ¿Qué hacemos? —resoplé.
—No lo sé —suspiró, murmurando maldiciones en voz baja.

Ambos nos quedamos en silencio, y mientras miraba a mi alrededor, me volví hacia la entrada y vi a Tyler Brooks y Sophie allí.
—Dios, ¿están siguiéndonos? —gruñó Isabella. La miré a ella y luego a ellos. Les daría diez segundos hasta que nos vieran.
Tenemos que hacer algo en lugar de permanecer tan lejos el uno del otro, dejando muy claro sólo con nuestro lenguaje corporal que hemos estado discutiendo.

—En serio, ¿qué les pasa? ¿Es como... qué estás haciendo? —preguntó, mirándome de forma extraña cuando di un paso más cerca y la agarré por la cintura, acercándola más a mí.
"¿Confías en mí?"

—Absolutamente no —negó con la cabeza.
"¿Me conoces?"
"Me gusta pensar que sí."
—Bien, entonces sabrás que actuaré como si esto nunca hubiera sucedido —dije.

—¿Qué? —Se quedó paralizada.

La besé.

Ella se quedó paralizada. La última vez que lo comprobé, los besos no son una vía de ida y vuelta, pero le daría un minuto para reaccionar. Cuando todavía estaba paralizada, apreté más mi agarre en su cintura y la acerqué más. Pareció sacarla de su confusión y me devolvió el beso y... ¡vaya!

Creo que puedo decir que no esperaba que IsabellaMontgomery besara así. Teniendo en cuenta que la última vez que nos besamos fue en noveno grado, no sabía cómo besaba. Recuerdo que Tyler Brooks decía que besaba bien cuando empezó a salir con ella, pero ese recuerdo no tenía ningún significado en mi mente.

Se apartó unos momentos después, sonriéndome: "Creo que se fueron, gracias por la maldita advertencia", dijo con los dientes apretados. Ambos echamos un vistazo al interior y vimos que no estaban allí.
"Tenía que hacer algo, estaban mirándonos. Y si no nos estábamos besando, ¿por qué salimos del salón de recepción para 'tener un minuto para nosotros'?", pregunté mientras la seguía adentro.

—Tú eres quien les dijo que nos íbamos a ir solos, dímelo tú —me lanzó una mirada por encima del hombro mientras entrábamos en el salón de recepción. Ya es casi medianoche y creo que la fiesta debería terminar pronto.

Le quité el bolso de mano y saqué su teléfono, notando el tampón que traía. "¿Período?" Sonreí.
"Nunca se sabe, por cierto, gracias por revisar mi bolso", me miró fijamente y me lo devolvió.
Lo recuperé y saqué su teléfono y luego el mío y le envié un mensaje de texto con la dirección de la cafetería cerca de mi casa. "Nos vemos mañana a las 11. Hablaremos de qué hacer el lunes", le dije, devolviéndole el teléfono después de que sonara con mi mensaje de texto.

—¿A dónde vas? —preguntó confundida.
"Me voy", dije, señalando con la cabeza a mis padres, que se estaban despidiendo de sus amigos y del señor Harrison. "Mañana a las 11, no llegues tarde porque..."

Ella me besó.

Me besó. ¿Qué demonios? ¿Por qué me besa? Se apartó y la miré, completamente confundido.
"Adiós", dijo.
Miré hacia atrás y vi a Sophie sentada en una mesa. "Adiós", dije, dándole un beso en la mejilla.

Después de eso, ella se fue justo cuando mis padres llegaron.
"¿Lista para irte?", preguntó mi papá. Asentí en respuesta. Nos fuimos después de eso y nos dirigimos a nuestro auto. Mientras mi papá fue a pedirle al valet que trajera nuestro auto y esperamos, las puertas se abrieron detrás de nosotros.

Miré hacia mi derecha y vi a Isabella.
"Pensé que me había librado de ti por esta noche", dije sin girarme para mirarla.
"Y yo que pensaba que estarías en el círculo más bajo del infierno", respondió ella.
"Ya quisieras", me burlé.

"Apuesto a que sí", respondió ella. "No me vuelvas a besar", murmuró.
La miré y le dije: "Sabes que tendré que hacerlo".

—¡Isabella! —Miró hacia el frente, donde estaban sus padres, entrando en su auto.
Incluso consiguieron un valet más rápido.
"Te mataré", dijo antes de marcharse.
"¡Te espero!", grité.

Ella se dio la vuelta y me hizo un gesto obsceno cuando sus padres no la estaban mirando antes de subirse al auto. Su auto pasó a mi lado y sus ojos se encontraron con los míos en la ventana antes de perderse de vista.

Ojos que no ven, corazón que no siente.
Esa es la forma no tan sutil que tiene mi cabeza de decirme: sácala de tu mente.

∗ ✿ ❀ ○ ❀ ✿ ∗

Estaba sentado en el café, eran las 10:56 y de repente sentí la tentación de arrojarle mi café encima cuando entró y no se veía tan despeinada como yo me sentía por lo de anoche.

Ella pidió un té helado antes de sentarse conmigo. "¿Qué?", preguntó, pinchando su taza con la pajita.
"No podemos hacer esto en la escuela como lo hicimos anoche. Tenemos que ponernos las pilas", dije, inclinándome hacia delante y pasando mi café de una mano a la otra.
—Está bien, Sherlock, dime qué hacer —se burló, bebiendo un sorbo de té helado y mirándome a través de sus pestañas.

"No es creíble y no soy yo quien tiene citas, eres tú. Así que dime qué hacer. De todos modos, esta fue tu idea", me encogí de hombros.
"Te usé como una estratagema para el momento, no pensé que tendríamos que convertirlo en parte de nuestra vida diaria. Si hubiera sabido que tendría que pasar todos los días contigo, te habría presentado al señor Harrison como mi novio", dijo con sarcasmo.

Puse los ojos en blanco y dije: "Mira, el punto es que vamos a tener que seguir haciendo esto por un tiempo y si no queremos ser humillados frente a nadie ni a todos, tenemos que mejorar en esto y hacerlo lo más creíble que podamos".
"¿Cómo se hace para que una relación sea creíble? Una relación es una relación. Nosotros tenemos una relación de enemigos, ellos tienen una relación de viejos casados enamorados", dijo, señalando la mesa que estaba detrás de la mía. "Ellos tienen una relación probablemente de novios", dijo, mirando a la pareja que salía del café. "¿Nosotros dos, sentados aquí, nos parecemos a alguno de ellos?"

Me quedé en silencio.
"Exactamente. Si vamos a actuar como si estuviéramos enamorados, tenemos que aparentar que estamos enamorados. Y ese es el problema, porque no nos soportamos".
"Pensé que habíamos decidido dejar el odio de lado mientras estábamos en esto", gemí.
—Lo hicimos, pero está claro que no podemos. Es extraño. No sabemos nada el uno del otro, no me estás dando mucho que fingir que me gusta —se encogió de hombros.
"Tú tampoco", repliqué.

—Entonces, empieza tú, da el primer paso. Yo te seguiré. Vas a tener que contarme un poco sobre ti. Si alguien me pregunta qué sé sobre mi novio, ¿qué voy a decir? —Suspiré, echándome

hacia atrás con frustración. Esta es la última persona a la que quiero conocer y quiero que me conozcan a mí misma.
"¿Tú preguntas, yo respondo?" Me di por vencido.
"Seguro. ¿Color favorito?"
"Negro, ¿el tuyo?"
"Rojo. ¿Libro favorito?" preguntó.
"¿Tengo cara de haber leído?", pregunté.
—Sí, eres mi vecino. Lo que veo cuando abro la ventana es tu estantería gigante —se burló.
Puse los ojos en blanco. "El cuerpo en la biblioteca", admití.
"Agatha Christie", asintió con una sonrisa, "¿Comida favorita?"
"En realidad no tengo, no soy muy exigente con la comida".
"Lo soy", resopló ella.
"¿Cuál es el tuyo?"
"McDonald's."
"Eso te hace ser muy exigente", me reí entre dientes.
"¿Algún lugar que realmente quieras visitar?"
"Barcelona, ¿tú?"
"Probablemente Tokio o Bali".
—Bali es bonito, creo que te gustará —asentí.
"¿Piensas en lo que me gustaría?" ella sonrió.
"Pase a la siguiente pregunta, por favor."

Capítulo 5

(Punto de vista de Isabella)

"Yo también he robado un banco sin querer", dije con tono casual mientras caminábamos por la acera, lamiendo nuestros helados bajo el sol de media tarde.
"Espera, ¿qué?" se rió entre dientes, casi atragantándose con su porción de vainilla.
—Estoy bromeando, sólo estaba comprobando si todavía estabas escuchando —me reí, evitando una gota de helado que resbalaba por el cono.
—Te escucho, Bella —respondió, ajustando el paso al mío.
—¿Por qué tienes que llamarme así, *botones*? —suspiré, lanzándole una mirada de exasperación.
—¿Por qué tienes que llamarme así, *Bella*? —replicó, imitando mi tono con una sonrisa burlona.
—Porque me llamas Bella, aunque sabes que ese no es mi nombre —respondí, clavando la mirada en él.
—Me has estado llamando Alexander desde tercer grado, Isabella —se burló, como si estuviera recitando un hecho histórico.

"Tengo un nombre muy bonito y lírico. Isabella, lo acabas de decir. Pero nunca me llamarás así. Bella Twist, Bella, Bella... ¿te parezco *verde*?"
—No, pero pareces una aceituna —se encogió de hombros, jugueteando con su helado.

Lo empujé suavemente, haciéndolo tropezar contra un poste de luz mientras reía y continuaba caminando.
"Eres un idiota", negué con la cabeza, aunque una sonrisa se escapó de mis labios.
—Lo soy —asintió, recuperando el equilibrio—. ¿De qué color es mi lengua? —preguntó de pronto, sacándola con teatralidad.
—Azul —dije sin pestañear—. ¿De qué color es el mío? —reté, haciendo lo mismo.
"Rojo", respondió, inclinándose como si examinara una obra de arte.
"Hagámoslo morado", resoplé, mordiendo el borde crujiente de mi cono.

Él negó con la cabeza, sonriendo mientras ponía los ojos en blanco. "Ahora recuerdo por qué te odio", asintió, fingiendo solemnidad.
"¿Por qué?" Sonreí, sabiendo la respuesta antes de que saliera de sus labios.
"Porque dices esas tonterías", se burló, lanzando un trozo de galleta al aire y atrapándolo con la boca.

"Me has besado tres veces, LiamAlexanderKnight", señalé, limpiándome las manos con una servilleta.
—Dos. Dos veces. La tercera vez *me* besaste —corrigió con aire de suficiencia, como un abogado en pleno alegato.
—¿Me empujaste? No. ¿Me devolviste el beso? Sí —le recordé en tono burlón, señalándolo con el dedo.
"Ella estaba mirando", resopló, evitando mi mirada.
—Eso no es asunto mío, no lo sé —me encogí de hombros, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Muy inteligente, IsabellaMontgomery, haz como si no lo supieras —dijo riéndose, mientras arrojábamos los envoltorios a una papelera cercana.
—¿Puedo saber por qué me pediste que te ayudara con esto? —preguntó de pronto, serio—. ¿No

sería más fácil fingir con alguien a quien... no odies?

—Fuiste el primer chico que vi cerca que no tenía la edad de mi padre o mi abuelo —respondí, evitando su mirada—. ¿A quién más le preguntaría? —me encogí de hombros, sintiendo el asfalto caliente bajo mis sandalias.

"Pero aún así, ¿yo? ¿En serio?", insistió, deteniéndose frente a una vitrina de ropa.
Lo miré confundida. Parecía que hablábamos de algo más que el trato. "¿Seguimos hablando del trato?"
—¿De qué más estaríamos hablando? —preguntó, cruzando los brazos.

—No lo sé —murmuré, ajustando mi bolso al hombro—. De todos modos, tú fuiste el primer chico que vi y, aunque te odio y eres muy molesto, no eres demasiado feo a la vista. Y él no habría adivinado que eras tú porque tenemos una enemistad que viene de lejos, ¿no es así?

—Claro —respondió, mirándome de forma extraña, como si intentara descifrar un código—. Pero ¿por qué alguien saldría con su enemigo actual o ex enemigo? —cuestionó, recargándose contra la pared de un edificio.

"El amor se convierte en odio todo el tiempo, el odio también puede convertirse en amor —expliqué, recordando vagamente un artículo de revista—. De hecho, es una línea muy fina. Mucha gente confunde el odio con el amor y el amor con el odio".

"¿Es esa tu manera de decirme que estás enamorada de mí?" sonrió, inclinándose hacia mí.
"Jaja. No, pero seguro que te gustaría que así fuera", respondí, dándole un empujón juguetón.
"Hmm", tarareó en respuesta, mientras caminábamos hacia la siguiente esquina.

—¿Cuánta gente de la escuela crees que nos ha visto mientras damos este paseo por la ciudad? —pregunté, observando a un grupo de adolescentes que pasaban en bicicleta.
"Probablemente unos pocos, pero no muchos —dijo, siguiendo mi mirada—. Dudo que se corra la voz".

—Bueno, entonces, si alguien pregunta, esto fue una cita —me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.
"¿Una cita? —sonrió, arqueando una ceja—. Está bien, puedo trabajar con eso".
"La arrogancia que hay en ti realmente me sorprende a veces", dije entrecerrando los ojos.

"Tengo que volver a casa", anuncié, sacando mi teléfono del bolsillo trasero para revisar la hora.
—¿Por qué? ¿Tienes un invitado esperándote en casa? —preguntó, caminando a mi lado con las manos en los bolsillos.

—No, pero mis padres se van a Nueva York esta noche. Hay asuntos de trabajo, no lo sé. Volverán en diez días. Debo estar en casa a las tres —le expliqué, ajustando la correa de mi bolso.
"Son las 2:15", dijo, consultando su reloj con una ceja arqueada.
"¿LiamKnight me está pidiendo que pase más tiempo con él?" bromeé, jugueteando con un mechón de pelo húmedo.
—No te odio cuando no eres molesta, Isabella —declaró, evitando mi mirada.

Jadeé, fingiendo dramatismo.
"¡Me llamaste Isabella!", canté, señalándolo con el dedo.
—Siento que te gusta más así —respondió, clavándome una mirada que parecía perforar mis pensamientos.

"Tal vez lo haga", me encogí de hombros, sintiendo cómo el viento jugaba con los flecos de mi vestido.
—Tal vez sí —asintió.

Su voz al pronunciar mi nombre sonaba distinta, como si las sílabas se derritieran en su boca. *Isabella*. No *Bella Twist*, ni *Bella*. Sencillamente *Isabella*. Un nombre que ahora cargaba un peso nuevo.

"Ahora, la verdadera pregunta es…" —hice una pausa teatral, girando sobre mis tacones—. "¿Serás un caballero y me acompañarás a casa? Eso aumentaría las posibilidades de que la gente nos vea y asuma que estamos saliendo, lo que haría todo más creíble. ¿O prefieres seguir tu camino?"

"Te acompañaré. Lo hace más creíble", se encogió de hombros, pero noté cómo sus labios esbozaban una media sonrisa.
—¿Esa es la *única* razón? —me burlé, empujándolo juguetonamente.
Me respondió con un codazo suave, y aunque reí, algo en su sonrisa me hizo cuestionar si el odio que tanto alardeábamos no comenzaba a resquebrajarse.

El camino a casa fue una mezcla de silencios incómodos y conversaciones triviales. Cada paso revelaba una paradoja: cuanto más lo conocía, menos lo odiaba. Claro, seguía siendo el mismo Liam que había llenado mi casillero de globos de agua, pero ahora veía a un chico que escondía inseguridades tras el sarcasmo.

Al llegar a mi casa, saqué las llaves con un tintineo.
"Bueno, esa soy yo —dije, balanceando el llavero en el aire—. Gracias por el paseo y por la cita ridículamente cliché".
"De nada", respondió, retrocediendo hacia la calle sin apartar los ojos de mí.

"Adiós", dije, girándome para abrir la puerta.
"¡Aceituna!", gritó.
Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar una sonrisa.
—Te recogeré mañana. Tienes que ir a la escuela a las 7:30, no llegues tarde —guiñó un ojo antes de desaparecer tras la esquina.

Al entrar, encontré a mis padres empacando frenéticamente.
"¿Ya se están yendo?" pregunté, fingiendo sorpresa.
—Tu madre quiere ir de compras. Nos reuniremos con tu tía en Nueva York —explicó mi padre, arrastrando una maleta con esfuerzo.
"Espero que tu tarjeta de crédito esté cargada", susurré al oído de papá. Nos miramos, conteniendo la risa mientras él gemía.

Tras despedirlos, subí a mi habitación. El agua caliente de la ducha arrastró el cansancio del día, pero no la confusión. Al salir, envuelta en mi bata y con el cabello goteando, un crujido me heló la sangre.

—No, no, no —susurró una voz familiar. Liam emergió de las sombras, acercándose hasta quedar a centímetros de mí—. No te asustes.

Lo empujé con fuerza, pero él no cedió.
—¿Qué diablos haces aquí? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho.
—Sophie apareció en mi casa. Mi madre la dejó entrar sin saber lo que pasó —explicó, corriendo

una mano por su pelo despeinado.

Ambos giramos al escuchar pasos en el corredor. Sophie asomó por la puerta, su melena rubia brillando bajo la luz del pasillo.
—¿Estás usando algo debajo de esa bata? —preguntó Liam de pronto, frunciendo el ceño.
—Liam —advertí, conteniendo un bufido.
—Solo preguntaba —se encogió de hombros, aunque su mirada traicionaba una pizca de preocupación.

Cerré las persianas con un golpe seco, ignorando a Sophie, que ahora golpeaba el vidrio.
—¿No crees que tu ex se está volviendo un poco… *exagerada*? —pregunté, señalando hacia la ventana donde su silueta se recortaba como un espectro.

Liam se apoyó en la pared, cruzando los brazos.
—¿Exagerada? —repitió, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Ella solo quiere algo que nunca tuvo.

El aire se espesó. Sophie seguía ahí, pero en ese momento, solo existíamos Liam y yo… y la línea invisible que nos separaba del odio y algo más.

—¿No crees que lo estoy viendo? —resopló Liam, clavando los ojos en la ventana donde la silueta de Sophie se recortaba como un espectro obstinado—. **Ella sigue ahí.**

"¿Qué vas a hacer?" pregunté, cruzando los brazos sobre mi bata. El tejido de felpa rozaba mi piel, recordándome lo vulnerable que estaba frente a este absurdo.

—Podemos hacer algo para que quiera irse, ¿verdad? —propuso, deslizando las manos hacia el borde de su camisa con una lentitud calculada.
"¿Como qué?" pregunté, aunque ya intuía su plan por la sonrisa traviesa que se le escapaba.

—**Hacerle creer que estamos a punto de tener sexo** —se encogió de hombros, como si sugiriera tomar un café—. Funcionará.

"Jaja", puse los ojos en blanco, pero él ya se había quitado la camisa. La tela cayó al suelo con un susurro, revelando los músculos tensos de su torso bajo la luz tenue de mi lámpara. Sophie, al otro lado del cristal, se inclinó hacia adelante.

—No creo que ella pueda ver esto —murmuré, evitando mirarlo directamente. El calor subía por mi cuello, pero me aferré al sarcasmo como escudo—. **A menos que tenga visión de rayos X.**

—No —susurró, acercándose hasta que su aliento rozó mi oreja—. Es solo para ponerte de los nervios —guiñó un ojo, arrojando la camisa sobre mi cama con un gesto exagerado.

El movimiento fue tan teatral que casi solté una risa. Casi. En su lugar, me apoyé en el marco de la puerta y levanté una ceja en desafío.
—¿Y ahora qué? ¿Te quitas los pantalones y finges que soy irresistible? —pregunté, señalando su cinturón con un dedo burlón.

Él se detuvo, la mano aferrada al cierre. Por primera vez esa noche, vi una grieta en su fachada de seguridad.
—¿Te asustaría si lo hiciera? —retó, pero sin mover un músculo.

Sophie golpeó el vidrio.

—**Liam…** —advirtió mi tono, aunque una parte de mí se preguntaba cuánto más podría alargar esta farsa antes de que uno de los dos rompiera a reír—. Si te quitas eso, **yo** seré quien te empuje

por la ventana.

Se rió entre dientes, recogiendo la camisa del suelo con un arrepentimiento fingido.
—Tranquila, Aceituna. Solo quería ver cuánto aguantabas —dijo, deslizándose hacia la ventana para cerrar las persianas de un golpe seco.

El *clic* del mecanismo resonó como un punto final. Sophie desapareció, ahogada en la oscuridad exterior.

Capítulo 6

(Punto de vista de Isabella)

—¿Y cuándo has presenciado eso, aparte de ahora? —le miré arqueando una ceja, cruzando los brazos como una barrera entre nosotros.

Liam se reclinó en la cama, apoyándose en los codos con una calma que me irritó. La luz del flexo dibujaba sombras bajo sus pómulos, acentuando esa sonrisa de gato que acecha a un ratón.
—En el baile —dijo, como si fuera obvio—. Cuando Tyler Brooks te tocó el hombro para pedirte un baile. Tus ojos se volvieron azul petróleo, como el mar antes de una tormenta. —Hizo una pausa dramática—. Por un segundo, pensé que le arrancarías la mano.

Me mordí el labio para evitar reírme. *¿En serio había notado eso?*
—Eso fue rabia, no… otra cosa —protesté, aunque el rubor en mis mejillas delataba lo contrario.

—¿Ah, sí? —Se incorporó de golpe, acortando la distancia entre nosotros—. Entonces, ¿qué pasa ahora? —Sus dedos rozaron mi muñeca, trazando un círculo lento en mi piel—. Tus pupilas están dilatadas, Isabella. Y el azul… se está oscureciendo.

Retiré la mano como si me hubiera quemado.
—Eres insufrible —murmuré, aunque sin convicción.

El sonido de unos nudillos golpeando el vidrio nos heló en seco. Sophie seguía ahí, su silueta recortada contra la cortina como un recordatorio de que esta farsa tenía público. Liam no apartó la mirada de mí, pero su sonrisa se desvaneció.

—¿Sabes qué es lo peor? —susurró, levantándose para acercarse a la ventana—. Que aunque esto empezó como un juego, ahora *yo* tampoco sé cuándo estoy fingiendo.

Antes de que pudiera responder, descorrió las cortinas de un tirón. La luz de la luna bañó la habitación, iluminando el rostro de Sophie, pálido y torcido por los celos. Liam levantó dos dedos en un saludo burlón, y ella retrocedió como si la hubieran abofeteado.

—Creo que se fue —dijo, volviéndose hacia mí con una expresión impenetrable—. Misión cumplida.

Me apoyé en el escritorio, sintiendo el borde afilado contra mis muslos.
—¿Y ahora qué? ¿Te vas a quedar aquí toda la noche? —pregunté, tratando de sonar indiferente.

Él recogió su camisa del suelo, deslizándola por la cabeza con una lentitud calculada. Cada centímetro de piel expuesta era un desafío, una invitación a mirar que me negué a aceptar.
—No —respondió, ajustándose el cuello de la prenda—. Pero si quieres que me quede, solo dilo.

La habitación se encogió. El reloj de pared marcó la una de la madrugada con un tic-tac ensordecedor.
—Vete —dije, pero sin fuerza.

Liam se detuvo en la puerta, su perfil recortado por la luz del pasillo.
—Sabes que esto no termina aquí, ¿verdad? —dijo sin voltear—. Sophie no es el único que está viendo más de lo que debería.

Cuando la puerta se cerró, me dejé caer en la cama, el eco de sus palabras enredándose en mi cabeza. *¿Qué había querido decir?*

Afuera, el motor de un auto rugió y se alejó. Sophie, supuse. Pero mientras cerraba los ojos, solo

podía ver el azul oscuro de los suyos, reflejando un secreto que ninguno de los dos estaba listo para admitir.

La habitación se sumió en un silencio denso, roto solo por el zumbido lejano de un coche pasando por la calle. La luz del flexo en mi escritorio proyectaba sombras danzantes sobre las paredes, como si hasta las sombras estuvieran al tanto de la tensión que nos envolvía. Liam seguía sentado al borde de mi cama, sus ojos fijos en mí, mientras yo me aferraba a los brazos de la silla como si fuera un salvavidas.

—Entonces, ¿sientes lujuria? —repitió, esta vez sin la sonrisa burlona. Su voz era suave, casi vulnerable.

Esperé un momento, tragando en seco antes de responder.
—No. Me intriga —mentí, ajustando el dobladillo de mi pijama—. Dime cuándo más notaste eso. Lo de mis ojos.

Él suspiró, frotándose la nuca como si cargara con el peso de mil secretos.
—Después de que te besé en noveno grado… estabas furiosa. Tus ojos parecían azabache —dijo, evitando mi mirada—. Y cuando Tyler Brooks te dejó en esa fiesta… Todos vieron tu dolor esa noche.

El nombre de Tyler Brooks cayó como una losa. Me levanté de golpe, agarrando una camisa suelta del respaldo de la silla para cubrirme mejor.
—No me *dolió*. Solo estaba enojada —repliqué, aunque el temblor en mis manos delataba otra cosa—. Y no necesito tu análisis de psicólogo barato.

Liam se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas.
—Te escuché llorar en el baño esa noche —susurró, como si las palabras le quemaran la garganta—. No era solo rabia, Isabella.

Cerré los ojos, recordando el eco de mi propio llanto rebotando en las baldosas frías. *¿Cuánto había escuchado? ¿Cuánto sabía?* Cuando los abrí de nuevo, él seguía allí, observándome con una intensidad que me hacía sentir desnuda.

—¿Y qué? —crucé los brazos, clavando las uñas en mis propios brazos—. ¿Eso te hace sentir superior? ¿Saber que no soy de piedra?

Él se levantó de un salto, cerrándo la distancia entre nosotros en dos pasos. Su aroma a menta y tela recién lavada me envolvió, contradiciendo el caos que irradiaba.
—No —murmuró, su aliento rozándome la mejilla—. Me hace sentir humano. Porque yo también lloré cuando Sophie me engañó.

El aire se espesó. Sophie. La razón por la que estábamos enredados en esta farsa.

—¿Estabas enojado o herido? —pregunté, desviando la conversación hacia él para recuperar el control.

Él retrocedió, dejando un espacio frío entre nosotros.
—Ambos —admitió, pasándose una mano por el pelo desordenado—. Ella me hizo creer que yo… que *esto* —señaló su rostro con ironía— era lo único que importaba. Luego me cambió por alguien con un auto más caro.

Una risa amarga escapó de mis labios.
—Así que el gran LiamKnight no es inmune a los desprecios. Qué sorpresa.

—No soy un mutante, Bella —dijo, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Solo soy un idiota que se dejó engañar.

El apodo *"Bella"* resonó diferente esta vez. Menos burla, más… complicidad. Me acerqué a la ventana, descorriendo las cortinas para dejar entrar un haz de luz lunar.

—Ya te puedes ir, Ken —dije, apoyando la frente contra el cristal frío—. Tu Barbie ya no está mirando.

Él se rió, un sonido bajo y cálido que hizo que me estremeciera.
—Tyler Brooks es Ken. Yo solo soy el tipo que arruinó tu primer beso —respondió, recogiendo su chaqueta del suelo—. Pero gracias por la velada, *Isabella*.

La pronunció con énfasis, como si probara el sabor de mi nombre. Cuando la puerta se cerró tras él, me dejé caer en la cama, el eco de sus palabras mezclándose con el tic-tac del reloj.

¿Qué nos hacía tan diferentes? Tal vez nada. Tal vez solo éramos dos mentirosos expertos en esconder heridas tras el sarcasmo.

Afuera, el motor de su auto rugió y se alejó. Y en la quietud de mi habitación, por primera vez, admití que quizás no lo odiaba tanto como creía.

(Punto de vista de Isabella)

—¿Cosas como qué? —Lo miré entrecerrando los ojos, fingiendo inocencia mientras jugueteaba con la liga de pelo en mi muñeca.

Él se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y me miró con esa intensidad que siempre lograba desarmarme.
—Cosas como *eso* —dijo, señalando mis piernas estiradas sobre la cama—. O cómo dices mi nombre como si fuera un desafío. O cómo me miras cuando crees que no me doy cuenta.

Me reí, aunque sentí cómo el calor subía por mis mejillas.
—¿Y qué? ¿Te molesta? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pensé que eras inmune a mis tácticas.

—No soy inmune —susurró, su voz baja y grave—. Solo soy bueno fingiendo que no me afectas.

El aire entre nosotros se cargó de electricidad, como si cada palabra fuera un hilo tenso a punto de romperse. Me incliné hacia él, imitando su postura, hasta que nuestras caras estuvieron a solo unos centímetros de distancia.

—Entonces, ¿admitirás que te intimido? —pregunté, sosteniendo su mirada con una sonrisa traviesa.

Él se rió entre dientes, un sonido ronco que hizo que mi estómago diera un vuelco.
—Ya lo hice, ¿no? —dijo, jugueteando con el borde de mi manta—. Pero tú también lo admites, aunque no lo digas en voz alta.

—¿Yo? —puse los ojos en blanco, aunque sabía que tenía razón—. No me intimidas, Liam. Te *molesto*. Hay una gran diferencia.

—Claro que sí —asintió, con esa sonrisa que siempre me hacía querer golpearlo y besarlo al mismo tiempo—. Pero dime, Bella… ¿por qué te esfuerzas tanto en molestarme si no te importo?

La pregunta me dejó sin palabras. Me recliné en la silla, alejándome de él, y me abracé las rodillas como si pudieran protegerme de la verdad que se asomaba en sus ojos.

—No te esfuerces tanto —dijo, levantándose y caminando hacia la puerta—. Ya sé la respuesta.

Antes de que pudiera replicar, abrió la puerta y se detuvo en el umbral.
—Y Isabella… —se volvió, con una sonrisa que iluminó su rostro como el sol de mediodía—. La próxima vez que quieras coquetear conmigo, no te detengas a mitad de camino.

La puerta se cerró tras él, dejándome sola con mis pensamientos y el eco de sus palabras. Me recosté en la cama, mirando el techo mientras el tic-tac del reloj marcaba el ritmo de mi corazón acelerado.

¿Qué nos hacía tan diferentes? Tal vez nada. Tal vez solo éramos dos personas que habían pasado demasiado tiempo fingiendo que no se importaban.

Capítulo 7

(Punto de vista de Isabella)

Eché la cabeza hacia atrás y los dos nos reímos como idiotas. Él acababa de soltar una de sus teorías absurdas sobre por qué los flamencos son rosados ("¡Es por el helado de fresa que roban en secreto!"), y yo tenía lágrimas rodando por las mejillas. El aire olía a tinta de mis libros abiertos y a la colonia barata de Liam, una mezcla absurda que, por alguna razón, encajaba perfectamente.

El silencio que siguió fue cómodo, como un edredón viejo. Me quedé mirando por la ventana, donde el cielo teñido de naranja y morado empezaba a ceder ante la noche, mientras sentía su mirada clavada en mí, intensa y persistente.

—¿Todavía me odias? —preguntó de pronto, rompiendo la calma con una voz más suave de lo habitual.

Me volví hacia él, arqueando una ceja.
—¿Odio? —repetí, fingiendo contemplación—. Sube de nivel: *me desagradas profundamente*. Ahora me desagradas profundamente, LiamAlexanderKnight —dije, marcando cada sílaba de su nombre mientras una sonrisa se escapaba de mis labios.

—Oh, ¿he mejorado? —sonrió, reclinándose en la silla con esa arrogancia que solo él podía convertir en encanto.
—No te adelantes —puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar notar cómo la luz del atardecer doraba sus rasgos.

—¡Ella ya no me odia! —cantó, levantando los brazos en victoria teatral.
—Cambié de opinión. Te odio —mentí, cruzando los brazos con fuerza.
—No, no lo haces —insistió, y su sonrisa se amplió, revelando ese hoyuelo que solo aparecía cuando genuinamente disfrutaba de algo. O de alguien.

—*Te odio* —repetí, clavando las uñas en mis palmas para no reírme.
—*Realmente* te odio —se encogió de hombros, imitando mi tono con una precisión irritante.

¿Estaba haciendo lo que creía? ¿Jugando a desentrañarme como si fuera un acertijo?

—Tanto —levanté una ceja, desafiante.

—Creo que debe ser… —murmuró, rascándose la frente con gesto exagerado, como un detective de serie barata.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, enderezándome de golpe. Mis dedos volaron sobre el teléfono hasta encontrar la canción que buscaba. *True Love* de Pink. El estribillo explotó en la habitación, y antes de que pudiera reaccionar, Liam ya estaba de pie, persiguiéndome alrededor de la cama como si fuéramos niños de diez años.

—¡Isabella! —gruñó, intentando arrebatarme el teléfono mientras saltaba sobre las almohadas.
—¡Eres el único amor que he conocido, pero te odio! —grité, esquivando sus manos—. ¡Tanto que creo que debe ser amor verdadero!

Me atrapó por la camisa justo cuando la canción alcanzaba su clímax, tirándome hacia atrás con un impulso que nos dejó a ambos sin aliento. El teléfono cayó sobre la alfombra, silenciando a Pink de un golpe.

—LiamAlexanderKnight escucha a Pink —dije, jadeando entre risas—. Es bueno saberlo.
—No escucho a Pink —se quejó, aunque el rubor en sus orejas lo delataba.

—¿Qué? ¿Es la canción que te dedicó *Barbie*? —me burlé, señalando hacia la ventana como si Sophie aún estuviera ahí.

Se puso de pie con un movimiento brusco, ajustándose la camisa arrugada.
—Tengo que irme a casa. Te veo mañana por la mañana —dijo, evitando mi mirada.

—Alexander, ¿eres *tímido*? —lo provoqué, plantándome frente a él con los brazos cruzados.

En un segundo, sus manos me rodearon la cintura, empujándome contra la pared con una fuerza que hizo vibrar el marco de la ventana. Su aliento caliente rozó mi mejilla mientras sus ojos, oscuros como el café cargado, se clavaron en los míos.

—Te mataré —susurró, pero su voz sonaba más a promesa que a amenaza.

—Esta noche dormiré con un ojo abierto —sonreí, alzando la barbilla para sostener su mirada. Aun así, la diferencia de estatura era ridícula: él, un gigante de 1,93 metros; yo, atrapada en la sombra de su altura.

—¿Te parece bien? —pregunté, deslizando un dedo por el botón superior de su camisa.

Él se tensó, y por un segundo, creí ver algo genuino —vulnerabilidad, tal vez— cruzar su rostro. Pero entonces retrocedió, soltándome como si mi piel quemara.

—Mañana a las siete, Isabella —dijo, abriendo la puerta con un golpe seco—. No llegues tarde.

Cuando se fue, el eco de sus pasos resonó más fuerte que la canción de Pink. Me recosté en la cama, tocando el lugar donde sus manos habían estado. *¿Qué demonios estaba pasando entre nosotros?*

—Realmente te odio —dijo Liam, levantando ligeramente las cejas con esa expresión que siempre me hacía querer golpearlo y besarlo al mismo tiempo.

—Hmm, el sentimiento es mutuo —respondí, sosteniendo su mirada.

Sus ojos no eran azules como los míos, ni verdes, ni grises, ni siquiera avellana. No eran uno de esos colores que la gente desearía tener. Eran simplemente marrones, un marrón claro y cálido que parecía derretirse como miel bajo la luz del atardecer. Y, por alguna razón, me dejaron sin aliento.

—Isabella —susurró mi nombre, y por un segundo, olvidé cómo respirar.
—¿Qué? —parpadeé, sacudiéndome de ese trance absurdo.

Se inclinó hacia mí, sus labios rozando mi oreja, y un escalofrío recorrió mi espalda. Cerré los ojos, tratando de concentrarme en cualquier cosa que no fuera su proximidad. *No debería tener este efecto en mí.*

—Si quieres un beso, solo pídelo —susurró, su voz grave y tentadora.

—¿Un beso? —me reí, aunque el sonido salió más tembloroso de lo que esperaba—. Creí que te lo había dejado claro: no te deseo, *botones*.

—Está bien —asintió, retrocediendo un paso—. Cuando estés lista.

—Veo que estás igual de loco, si no más, de lo que pensaba —dije, cruzando los brazos para ocultar cómo me temblaban las manos.

—O atraído —sus ojos se encontraron con los míos, y por un segundo, el mundo se detuvo.

—No me atraes, Alexander —mentí, negando con la cabeza mientras lo empujaba hacia la puerta.

—Mentirosa —bromeó, aunque su sonrisa era más suave de lo habitual.

—No lo soy, Liam. Supéralo —dije, abriendo la puerta principal y empujándolo suavemente hacia el porche.

—Sigue diciéndote eso, Bella. Veré cuánto duras —dijo, con una sonrisa que prometía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Definitivamente duraré más que tú cuando viste mis piernas —respondí con aire de suficiencia, aunque el rubor en mis mejillas me delataba.

—Por el amor de Dios —se rió, sacudiendo la cabeza mientras yo cerraba la puerta tras él.

—Nos vemos mañana, Ken —sonreí, apoyándome en la puerta.

—Está bien, Bella Twist —respondió, desapareciendo en la noche.

Cerré la puerta con llave y me dirigí a la cocina, tarareando *True Love* de Pink mientras preparaba mi cena. A través de la ventana, podía ver la cocina de Liam. Él y su madre estaban riendo, cocinando juntos, y luego su padre se unió a ellos. La escena era tan cálida y familiar que me dejó con un nudo en el estómago.

—Debería tener un perro —murmuré, sirviéndome un plato de pasta—. Incluso un maldito chihuahua es mejor que cenar solo.

Subí a mi habitación con mi cena, y justo cuando me acomodaba en la cama, mi teléfono sonó.

—¿Hola? —respondí, llevándome un tenedor de pasta a la boca.

—IsabellaMontgomery —resopló Avery al otro lado de la línea.

—¿Sí, AveryRose? —pregunté burlonamente.

—¿Dónde diablos estabas? ¡No te he visto en mucho tiempo! —exclamó, con esa energía que solo Avery podía tener.

—Me viste el viernes, hoy es domingo. Te lo dije, anoche tuve esa fiesta y sabes que no hago nada los domingos —respondí, poniendo la llamada en altavoz.

—Está bien, tengo un asunto pendiente contigo, jovencita —resopló.

—¿Qué pasa, abuela? —pregunté, riéndome mientras buscaba el contacto de Liam en mi teléfono.

—¿Saliste con LiamKnight hoy? —preguntó Avery, con un tono que solo usaba cuando sabía algo que yo no.

—¿LiamAlexanderKnight? —pregunté, jugando con el nombre como si no lo conociera de toda la vida.

—Sí, ¿conoces a otro LiamKnight? Exactamente. ¿Estuviste con él? —repitió, impaciente.

—Tal vez —respondí, enviando un mensaje rápido a Liam: *Es una EMERGENCIA.*

—Y se rumorea que Tyler Brooks te vio con él anoche —añadió Avery, como si estuviera revelando un secreto de estado.

—Sí, tal vez —me encogí de hombros, aunque sabía que ella no podía verme.

—¿Qué quieres decir con «tal vez»? Liv —dijo en tono de advertencia.

Liam respondió un minuto después: *¿Qué pasa?*

Sonreí ante su respuesta y escribí rápidamente: *Avery está preguntando por ti. ¿Qué le digo, botones? Contesta rápido.*

Su respuesta llegó casi al instante: *No se lo he dicho a mis amigos todavía, pero si se lo dices tú, se lo diré yo.*

El silencio en la línea era tan denso que podía escuchar el tictac del reloj de pared en la habitación de Avery. Mis dedos jugueteaban con el borde de la sábana mientras esperaba su reacción, sabiendo que cada palabra que salía de mis labios era una mecha encendida.

—¿Llevas *dos semanas* con LiamKnight y no me lo has dicho? —Avery finalmente rompió el silencio, su voz un mix de incredulidad y exasperación—. ¡Isabella, esto es como decir que el cielo es verde!

Me recliné en la cama, mirando el techo mientras la lámpara proyectaba sombras danzantes. La mentira pesaba en mi pecho, pero la sostuve con la elegancia de una actriz en escena.
—No es tan dramático —dije, forzando una risa ligera—. Las cosas… cambiaron.

—¿Cambiaron? —Avery resopló—. ¿De «te odio» a «te amo» en catorce días? ¿Eso es un récord mundial o qué?

—No es amor —corregí demasiado rápido, mordiéndome la lengua después—. Es solo… algo que surgió.

—Claro, como un hongo después de la lluvia —se burló, pero noté un dejo de curiosidad en su tono—. Bueno, si es tan increíble, quiero conocerlo mañana. En persona.

El vaso de agua en mi mesita de noche suddenly parecía fascinante. Tragué saliva, imaginando a Liam poniendo esos ojos de «¿en serio?» que tanto dominaba.
—¿Tan pronto? —pregunté, intentando sonar indiferente—. Ni siquiera le he dicho que eres mi amiga entrometida.

—¡Hey! —protestó Avery, aunque se rió—. Mañana en el almuerzo. O le cuentas tú, o le cuento yo lo de cuando le lanzaste su mochila al río en séptimo grado.

—¡Eso fue defensa propia! —exclamé, recordando cómo Liam había intentado esconder mi cuaderno de dibujo—. Y no tienes pruebas.

—Tengo a Jessica de testigo —cantó—. Así que… ¿almuerzo?

Suspiro. Sabía que Avery no se rendiría. Liam y yo estábamos atrapados en esta farsa, y ahora él tendría que fingir ser el novio perfecto… o hundirnos a ambos.
—Está bien —cedí, clavando las uñas en la palma de mi mano—. Pero si lo asustas, te desheredo.

—Prometo portarme —dijo, aunque su tono sonaba a conspiración—. Ah, y Isabella… —hizo una pausa dramática—. Si me mientes, lo sabré.

Colgué sin responder, dejando el teléfono caer sobre la almohada. Las luces de la casa de Liam brillaban aún frente a mi ventana, y por un momento, lo vi pasar frente a la cocina, riendo con su madre. ¿Cómo demonios íbamos a convencer a Avery —y al resto del mundo— de que esto era real?

Me envolví en la frazada, sintiendo el peso de la mentira como una manta demasiado gruesa. Mañana, Liam tendría que ser más que un cómplice: tendría que ser un actor. Y yo… tendría que

recordar no mirarlo demasiado. No fuera que esos ojos color miel me hicieran olvidar que todo esto era una farsa.

Capítulo 8

(Punto de vista de Liam)

Marqué su número por tercera vez, apoyado contra el capó de mi coche mientras el sol de la mañana calentaba mi espalda. Sin respuesta. Resoplé, golpeando el timbre de su casa con más fuerza de la necesaria. *Cinco veces*. La puerta se abrió finalmente, revelando a Isabella con auriculares gigantes, balanceando la cabeza al ritmo de una canción que probablemente odiaría si supiera que existía. Me saludó con la mano como si fuera un extraño en la calle y desapareció de nuevo.

La observé desde el umbral mientras se calzaba unos zapatos que parecían diseñados para pisar cadáveres, recogía su bolso y volvía hacia mí con una expresión que mezclaba aburrimiento y curiosidad.

—¿Qué? —preguntó, ajustándose un arete que brillaba bajo la luz del porche.

—Te he llamado *tres veces* —dije, mostrándole mi teléfono como prueba.

—Ah, bloqueé tu número —respondió con una naturalidad escalofriante, sacando su móvil del bolsillo trasero—. Lo siento, lo desbloqueo ahora. —Lo agitó frente a mi cara como si fuera un trofeo—. Listo.

—¿*Bloqueaste* el número de tu *novio*? —pregunté, cruzando los brazos. No podía evitar la ironía en mi voz.

—Los novios no responden «¿Qué pasa?» cuando su novia dice que es una emergencia —replicó, pasándome por delante hacia el coche.

Puse los ojos en blanco y abrí la puerta del conductor con un golpe seco.
—Si no nos vamos *ahora*, llegaremos tarde. ¿No te parece, *Bella*?

—Dirígeme —dijo, encogiéndose de hombros mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

Arranqué el motor, y el rugido del coche ahogó sus primeros comentarios. No fue hasta que giramos en la primera esquina que habló de nuevo:
—A partir de ahora tienes que ser un novio perfecto. Avery tiene expectativas *épicas* de ti —advirtió, atándose los cordones con dedos inquietos.

—¿Por qué estamos intentando convencer a tu mejor amiga y no a Tyler Brooks o Sophie? —pregunté, desconcertado.

—Porque anoche empezó a hacerme preguntas —explicó, ajustando el espejo retrovisor como si el ángulo fuera crucial para su argumento—. Cuando te dije que era una emergencia, respondiste: «¿Qué pasa?». ¿Te acuerdas? —Me lanzó una mirada que podría haber derretido acero.

—Nunca dejarás eso ir, ¿verdad? —murmuré, concentrándome en la carretera.

—Hmm —fue su única respuesta, seguida de un silencio que duró exactamente dos semáforos.

—Entonces, ¿qué le dijiste *exactamente* a Avery? —pregunté finalmente, incapaz de soportar la incertidumbre.

Isabella suspiró, jugueteando con el cierre de su bolso.
—Me preguntó qué clase de novio eras. Cómo mi «enemigo de toda la vida» se convirtió en mi pareja de la noche a la mañana. Tuve que inventar que llevamos dos semanas saliendo en secreto —dijo, mirándome de reojo—. Y cuando me preguntó cómo me tratas…

—¿Y dijiste…? —presioné, imaginando una docena de respuestas desastrosas.

—Dije que eras increíble. El mejor novio del mundo —respondió con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Ah, y que me regalaste un… ¿cachorro?

Casi pisé el freno.

—¿Un *cachorro*? No. No pienso regalarte un perro.

—¿Un anillo de diamantes? —insistió, arqueando una ceja.

—¿Nos estamos *casando*? No.

—Olvídalo —resopló, hundiéndose en el asiento.

—Podría traerte… chocolate —me encogí de hombros, aunque sabía que era una oferta patética.

Ella arrugó la nariz como si hubiera mencionado barro.

—No me gusta mucho el chocolate. No soy de dulces.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, pero no el silencio incómodo de antes. Este era diferente, cargado de una complicidad que ni siquiera nuestros insultos podían disimular. Al estacionar frente a la escuela, Isabella se volvió hacia mí, y por un segundo, juré que sus ojos brillaron con algo parecido a un desafío.

—Recuerda —dijo, ajustándose el collar de la camisa con dedos que no temblaban—. Sonríe, sostén mi mano y no digas nada estúpido.

—¿Como lo de «¿Qué pasa?»? —pregunté, imitando su tono de voz.

Ella sonrió, y esta vez fue genuina.

—Exactamente.

—Un osito de peluche con rosas —dije, observando cómo Isabella evitaba mirarme directamente. Sabía que le gustaban las flores, no los chocolates. *Anotado mentalmente*.

—Está bien —se encogió de hombros, pero no pudo evitar una sonrisa fugaz mientras caminábamos hacia la entrada de la escuela.

—Eres una chica de rosas y ositos de peluche, lo entiendo —me burlé, ajustando mi mochila al hombro—. Aunque los ositos de goma son tu debilidad.

—Exacto —respondió, girándose hacia mí con una mirada desafiante—. Y si alguna vez quieres ganar puntos extras, recuerda: picante para comer, ácido para lo dulce. Nada de chocolates empalagosos.

—Ositos de goma. Gotit —asentí, abriendo la puerta del edificio escolar.

Ella se detuvo de golpe, obligándome a frenar para no chocar con ella.

—¿Y tú? —preguntó, cruzando los brazos—. ¿Eres de los que prefieren chocolates o patatas fritas?

—Ambos —respondí, esquivando a un grupo de estudiantes que nos empujaban para entrar—. Pero las patatas ganan.

—Patatas fritas y chocolate. Clásico —sonrió, mientras yo le quitaba el bolso de la mano sin pensarlo.

—¿Desde cuándo eres tan caballeroso? —preguntó, arqueando una ceja, aunque no hizo nada para recuperar su bolso.

—Desde que me convertí en tu *novio ejemplar* —respondí, imitando su tono de voz.

Ella resopló, pero antes de que pudiera replicar, nos acercamos a su casillero. Abrí la cremallera del bolso y lo sostuve mientras sacaba unos libros. Isabella tomó un clip gigante —de esos que parecen garras de metal— y recogió su pelo en un moño desordenado.

—¿Qué clase tienes primero? —preguntó, ajustándose el clip con un gesto brusco.

—Historia, contigo —respondí, cerrando su casillero—. A menos que prefieras ir a esconderte de Avery.

—No necesito esconderme —dijo, empujándome juguetonamente hacia atrás—. Solo necesito que no arruines esto.

Avancé hacia ella, obligándola a retroceder paso a paso.
—¿Siempre disfrutas empujándome? —pregunté, con una sonrisa que sabía que la irritaría.

—Más de lo que imaginas —respondió, colocando las manos en mi pecho para seguir empujando.

El siguiente segundo fue un borrón: mi espalda golpeó un casillero abierto, y el sonido metálico resonó en el pasillo. Agarré la parte posterior de mi cabeza, riendo entre dientes mientras el dolor pulsaba en mi nuca.

—¡Lo siento! —Isabella soltó una carcajada, acercándose para frotar el lugar del golpe con torpeza—. ¿Estás bien?

—Juraría que lo hiciste a propósito —dije, sin apartar la mirada de sus ojos brillantes.

—Te lo mereces por fanfarrón —respondió, pero sus dedos se detuvieron un segundo más de lo necesario en mi pelo.

El pasillo se llenó de murmullos. Un grupo de estudiantes nos observaba, sus sonrisas cómplices delatando que ya circulaban rumores. Isabella retrocedió, limpiándose las manos en el jeans como si hubiera tocado algo pegajoso.

—Vamos —dijo, ajustándose el bolso al hombro—. Avery nos espera en el almuerzo. Y tú… —señaló mi cabeza—, ponte hielo o algo.

—Sí, doctora Bella —saludé irónicamente, siguiéndola por el pasillo.

Mientras caminábamos, noté que ajustaba el clip en su pelo una y otra vez. Un gesto nervioso. *¿En serio estaba preocupada?* La idea me sorprendió más que el golpe en el casillero.

—Oye, Isabella —llamé, haciendo que se detuviera.

—¿Qué? —se giró, con esa expresión de fastidio que ya empezaba a parecerme familiar.

—Si sobrevivimos hoy… —hice una pausa dramática—, te compro unos ositos de goma.

Ella sonrió, una sonrisa genuina que le iluminó el rostro como el sol rompiendo entre nubes.
—Con picante, Knight. O no cuenta.

Antes de que pudiera responder, desapareció entre la multitud, dejándome con una risa ahogada y una promesa que, por primera vez, no me molestaba cumplir.

Avery cruzó los brazos, desafiante, mientras Isabella y yo intercambiábamos una mirada cargada de pánico disfrazado de complicidad. El pasillo parecía haberse quedado en silencio, aunque seguramente era solo mi imaginación. El murmullo de los estudiantes se desvaneció ante el zumbido en mis oídos.

—¿En serio vas a hacer esto? —murmuró Isabella, más para mí que para Avery.

No respondí. En lugar de eso, agarré su rostro entre mis manos con una suavidad que ni siquiera yo sabía que tenía. Sus ojos, azules como el mar en un día de tormenta, se abrieron por la sorpresa, pero no tuvo tiempo de protestar.

El beso fue rápido, calculado para convencer, pero el segundo en que mis labios tocaron los suyos, algo se quebró. Isabella se aferró a mi camisa, tirando de mí como si el suelo hubiera cedido bajo sus pies. Su respiración entrecortada se mezcló con la mía, y por un instante, olvidé que esto era una farsa.

Cuando nos separamos, Avery estaba ahí, con los ojos como platos y una sonrisa que iba creciendo lentamente.

—¿Eso te convence? —pregunté, tratando de recuperar el aliento sin parecer afectado.

Isabella se apartó, ajustándose el clip en el pelo con dedos temblorosos. Su mejilla izquierda estaba teñida de un rojo intenso, y juré que sus labios temblaban levemente.

—Bueno… —Avery arrastró la palabra, mirándonos como si acabáramos de resolver un acertijo que la tenía meses intrigada—. Definitivamente *practicaron* eso.

—¿Feliz? —Isabella le lanzó una mirada asesina, aunque el efecto se arruinó por el tono quebradizo de su voz.

—Más o menos —Avery se encogió de hombros, pero su sonrisa era demasiado astuta—. Pero si quieren mantener la farsa, tendrán que ser más… convincentes en público.

Señaló con la cabeza hacia un grupo de estudiantes que nos observaban desde el otro extremo del pasillo. Entre ellos, Tyler Brooks y Sophie. Él tenía los brazos cruzados y una ceja levantada; ella, una sonrisa de suficiencia que hacía que mis puños se cerraran.

—Genial —murmuró Isabella, pasándose una mano por el rostro—. Ahora todo el mundo lo vio.

—Ese era el plan, ¿no? —le susurré al oído, fingiendo ajustarle un mechón de pelo—. Hacerlo creíble.

Ella me clavó las uñas en el brazo, pero no dijo nada. Avery, por su parte, ya se alejaba hacia su clase, lanzándonos un guiño sobre el hombro.

—Esto se está saliendo de control —Isabella apretó los dientes, recogiendo su bolso del suelo—. Si piensas que voy a besarte cada vez que alguien lo pida…

—Relájate, Bella —interrumpí, agarrándola del hombro para girarla hacia mí—. Solo fue un beso.

—Un beso *tuyo* —replicó, señalando mi pecho con un dedo—. Y no lo repitas sin avisar.

—¿Avisar? —me reí, siguiéndola por el pasillo—. ¿Quieres un calendario? ¿Una notificación por mensaje?

—¡Liam! —gritó, deteniéndose de golpe.

La alcancé justo cuando se giraba, y por segunda vez en menos de diez minutos, nuestras miradas chocaron. Pero esta vez no había sarcasmo, ni odio, ni siquiera la habitual irritación. Solo algo crudo, incómodo, que nos dejó a ambos sin palabras.

—Olvídalo —murmuró, rompiendo el contacto primero—. Solo… no lo vuelvas a hacer.

—No lo haré —mentí sin vacilar, porque incluso entonces, sabía que era una promesa imposible de cumplir.

El timbre sonó, salvándonos de tener que hablar más. Isabella se alejó rápidamente, pero no antes de que yo notara cómo se mordía el labio inferior, como si intentara borrar el sabor del beso.

Y mientras caminaba hacia mi clase, una parte de mí—la misma que había memorizado el tono exacto de sus risas—ya planeaba cómo hacer que ese beso se repitiera. Sin Avery de por medio. Sin testigos.

Solo nosotros.

Capítulo 9

(Punto de vista de Isabella)

Me quedé paralizada, clavada en el suelo mientras Liam y Avery sostenían una mirada cargada de electricidad. «¿Te convence eso, Avery?», repitió él con una voz tan cortante que hizo estremecer el aire.

—Liam —lo agarré del antebrazo con fuerza, sintiendo los músculos tensos bajo mis dedos—. Basta —chasqué la lengua, impaciente—. Vamos, Avy —añadí, arrastrando las sílabas—. Supérenlo. Los dos —bufé al ritmo de la campana que retumbó en los pasillos.

Avery se ajustó la mochila con un movimiento brusco.
—Tengo clase de español. Me voy —murmuró, evadiendo nuestras miradas antes de perderse entre la multitud.

Liam se inclinó hacia mí, su aliento rozándome la oreja.

—¿En serio? ¿Eso te convence, Avery? Vamos —me burlé, arrastrándolo por el corredor mientras él reía, bajo y vibrante.

—Fue un interrogatorio de terror y me dejaste sola frente al pelotón. ¿Sabes lo que eso implica? Cuando le contemos a mis amigos, *tú* respondes todo —dije, señalándolo con el índice. Él se encogió de hombros, desafiante.
—No —sacudí la cabeza con un tono infantil que hasta a mí me resultó ridículo—. No pienso hacerlo.

—Sí lo harás —canturreó, dibujando una sonrisa que me hizo hervir la sangre.
—Liam, no —advertí, apretando los dientes.
—Isabella, sí —respondió, alargando mi nombre como una caricia irritante.

—Alexander —resoplé al tiempo que empujábamos la puerta del aula.
—*Bella* —replicó él, imitando mi tono burlón.

—Liam, ¡por favor! —lo jalé hacia atrás con un tirón brusco, deteniéndolo en el umbral. Sus ojos descendieron hasta donde mis uñas se clavaban en su manga, y luego se alzaron para encontrarse con los míos. Dudé, soltándolo como si su piel quemara. Él miró el lugar donde lo había tocado, una sonrisa lenta y cargada de sarcasmo floreciendo en sus labios.
—No —bufé, cruzando los brazos—. Tienes que ayudarme con tus amigos. Vamos, ¿sí? —supliqué, mordiendo el interior de mi mejilla.

Él arqueó una ceja, desafiante, y algo en su mirada hizo que mi estómago se revolviera.
—¡Alexander! —golpeé su hombro con el puño cerrado, pero él solo rio, bajo y cálido.

—Suplicando —murmuró, acercándose tanto que pude distinguir las motas doradas en sus ojos verdes.
—Ya dije *por favor* —susurré, conteniendo la respiración.

Abrió la boca —seguro para soltar otra broma incisiva—, pero en vez de eso, suspiró.
—Está bien —cedió, aunque su sonrisa delataba segundas intenciones.

—¿En serio? —sonreí, esperanzada.
—No —negó, divertido, mientras caminaba hacia los asientos traseros.

—Eres insufrible —murmuré, siguiéndolo.
—Sí, de verdad. Por el amor de Dios. Solo son unas preguntas. Sé la novia perfecta que *supuestamente* eres, ¿no? —dijo, guiñándome un ojo.

—Sí, la novia perfecta —asentí con un gesto exagerado, rodando los ojos.
—Vamos, *Bella* —insistió, extendiendo el brazo como un caballero de comedia.

—Deja de llamarme así, *Alexander* —gruñí, enlazándome de su brazo con más fuerza de la necesaria.
—Deja de llamarme así, *Bella* —repitió, arrastrando las palabras mientras ocupábamos nuestros asientos al fondo del aula.

Me deslicé junto a él, como siempre, en nuestra burbuja de murmullos y risas ahogadas. Mientras el aula se llenaba de estudiantes, nuestras conversaciones derivaron en absurdos: desde teorías conspirativas sobre los profesores hasta planes imposibles para el fin de semana.

Y entonces entró Tyler Brooks. Sophie no estaba en esa clase, pero la presencia de Tyler Brooks bastaba para tensar mis hombros. Sus ojos se posaron en nosotros, y el brazo de Liam se endureció bajo mi mano.

Él se giró en su asiento con lentitud deliberada, apoyando el codo en el respaldo y hundiendo la mejilla en la palma. Sus ojos, dos esmeraldas burlonas, me perforaban mientras yo fingía concentrarme en el cuaderno abierto, retorciendo el bolígrafo hasta hacer crujir el plástico.

—¿Vas a clavarme así la mirada toda la hora? —pregunté, volviéndome hacia él con una sonrisa que delataba más nerviosismo de lo que hubiera querido.

—Es parte del papel, cariño. *Tu chico* necesita estudiar cada detalle —respondió, arrastrando las palabras. Le tapé la boca con la mano, sintiendo el calor de su sonrisa contra mi palma. Sus ojos brillaron con picardía antes de apartar mi muñeca con un movimiento suave—. Ya lo sabes —asintió, y el rastro de sus labios en mi piel pareció quemar.

—Sí, lo sé —murmuré, clavando la vista en la pizarra justo cuando el Sr. Bennett entraba con un ejemplar de *Orgullo y Prejuicio* bajo el brazo.

—Hoy analizaremos los diálogos de Elizabeth y el señor Darcy —anunció el profesor, ajustando sus gafas mientras la clase gemía en sincronía—. ¿Todos tienen su copia?

—*Bella Twist* —susurró Liam a mi oído, inclinándose hasta rozar mi mejilla con su aliento. Me volví hacia él, arqueando una ceja interrogante—. No tengo el libro —confesó, encogiéndose de hombros con una naturalidad que olía a trampa.

—¿Por qué? —pregunté, sacando el ejemplar de mi bolso con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué quieres decir con *por qué*? Simplemente… no está —respondió, chasqueando la lengua como un niño evadiendo una reprimenda.

—Lo perdiste, ¿verdad? —insistí, entrecerrando los ojos.

—Tal vez. O quizá lo vendí en el mercado negro —bromeó, mientras el Sr. Bennett nos lanzaba una mirada que podía cortar diamantes.

—Knight, Montgomery —gruñó el profesor, señalando nuestro rincón con el libro—. Compartan con Tyler Brooks o resuelvan su *tensión creativa* en silencio.

Liam estiró el brazo detrás de mi silla, invadiendo mi espacio hasta que su hombro rozó el mío.

—¿Tensión creativa, señor? —preguntó con voz melosa, desafiante—. Isabella y yo somos pura armonía.

—Demuéstrenlo, entonces —soltó Tyler Brooks desde dos filas más allá, con una sonrisa que habría sido divertida de no ser tan irritante.

—Encantado —murmuró Liam, volviéndose hacia mí con una lentitud que paralizó el aire. Sus labios se curvaron en una sonrisa de lobo mientras se inclinaba, acortando la distancia entre nuestros rostros hasta que solo un latido separaba sus pestañas de las mías.

—¡Knight! —rugió el Sr. Bennett, golpeando el escritorio con el libro—. Comparte con Montgomery y Tyler Brooks. *Ahora*.

Él se reclinó en su asiento, satisfecho, mientras yo intentaba recordar cómo funcionaban los pulmones.

—¿En serivo ibas a…? —balbuceé, bajando la voz a un susurro estrangulado—. ¿Delante de todos?

—Si somos una pareja *perfecta* —susurró, trazando una línea imaginaria entre su hombro y el mío con el dedo—, deberías estar acostumbrada a mis demostraciones públicas.

—Eso no fue una demostración, fue un… un *asalto* —repliqué, abriendo el libro con tanta fuerza que las páginas crujieron.

—Ah, pero te dejé sin palabras —sonrió, apoyando la barbilla en su mano—. Y eso, IsabellaMontgomery, es un récord mundial.

—Cállate —musité, concentrándome en las líneas de Austen mientras mi pulso martilleaba en las sienes. Él rio, bajo y cálido, y por el rabillo del ojo vi cómo trazaba círculos ociosos en el margen de mi cuaderno, cada uno más cerca de mi mano que el anterior.

El aire en la cafetería olía a pizza congelada y a tensión disfrazada de risas. Liam deslizó su bandeja junto a la mía, rozándome el hombro con una familiaridad que todavía me hacía contener la respiración. Sus amigos —Nathan, rubio y de sonrisa fácil, y Mason Reed, cuyo nombre Avery había susurrado demasiadas veces en noches de películas y helado— se instalaron frente a nosotros. Avy se hundió en su silla, jugueteando con las arrugas de su envoltorio de ensalada mientras evitaba mirar a Mason Reed directamente.

—Así que tú eres la chica que domesticó a nuestro Liam —dijo Nathan, mordiendo una manzana con una sonrisa burlona—. Pensamos que inventaba excusas para evitar que le presentáramos a alguien.

—¿Domesticar? —repetí, arqueando una ceja hacia Liam, que respondió con una mirada de *"juega junto"*—. Él sigue siendo igual de insufrible.

—Pero ahora con un collar invisible —murmuró Mason Reed, lanzando una mirada cómplice a Avery, quien casi derrama su jugo.

Liam deslizó su brazo sobre el respaldo de mi silla, sus dedos rozándome el pelo casualmente.
—El collar tiene diamantes, por cierto —dijo en tono de confidencia—. A Isabella le gusta lo brillante.

—Y a Liam le gusta morderlo cuando nadie mira —contesté, clavando el tenedor en mi ensalada con más fuerza de la necesaria. Los amigos rieron, pero él apretó suavemente un mechón de mi cabello en advertencia.

Nathan se inclinó hacia adelante, codos sobre la mesa.
—Dime, Isabella, ¿cómo soportas sus *demonstrationsofaffection* en público? En el pasillo hoy casi…

—Casi le parto la nariz por invadir mi espacio personal —interrumpí, sonriendo dulcemente. Liam soltó una carcajada, genuina, y el sonido me hizo girar hacia él sin querer. Sus ojos brillaban, como si hubiera capturado un secreto.

—Eso fue antes de que me enamorara de su lado *salvaje* —murmuró, lo suficientemente bajo para que solo yo lo oyera.

Mason Reed ahogó una risa con su refresco.
—Bueno, al menos alguien lo aguanta. La última chica que intentó salir con él huyó después de que le pusiera una araña en el pelo para "ver su reacción".

—Era de plástico —se defendió Liam, encogiéndose de hombros—. Y tú todavía te sobresaltas con los globos, Mason Reed.

Avery soltó una risita nerviosa, y por primera vez, Mason Reed volvió a mirarla.
—¿Sigues teniendo miedo a los globos? —preguntó ella, jugando con una hoja de lechula mustia.

—Solo cuando Liam los revienta detrás de mí —respondió Mason Reed, y por un segundo, algo cálido cruzó entre ellos antes de que Nathan interrumpiera.

—Volviendo al tema importante: ¿desde *cuándo* te gustaba Isabella, Liam? ¿En serio empezó en la secundaria?

Todos los ojos se clavaron en él. Liam dejó escapar un suspiro exagerado, pero su pulso acelerado traicionaba el ritmo contra mi espalda.
—Ella era… irritante. Siempre ganando debates, corrigiendo a los profesores, usando ese vestido rojo en la feria de ciencias…

—¿El vestido rojo? —repetí, sorprendida.

—Te hacía ver como una espía de una película mala —se apresuró a añadir, pero Nathan señaló su oreja enrojecida.

—Ahí lo tienes, Knight. Hasta te ruborizas.

Avery me pateó bajo la mesa, sus ojos diciendo *"¿VES? TE LO DIJE"*. Yo forcé una sonrisa, pero el corazón me latía en la garganta. ¿Estaba Liam mezclando mentiras con verdades? Su mano descendió desde mi cabello hasta mi hombro, dibujando círculos que pretendían ser casuales.

—Bueno, al final aquí estamos —dijo él, desviando la atención—. Isabella me odiaba, yo la odiaba a ella, y ahora… —Su mirada se posó en mis labios—. Ahora compartimos sándwiches.

—Y besos robados —murmuró Nathan.

—*Casi* besos —corregí, empujando la bandeja de Liam lejos de mí—. Y si sigue así, también compartirá un ojo morado.

Los amigos rieron, pero la mirada de Liam no se apartaba de mí, intensa, como si estuviera reescribiendo cada regla de nuestro acuerdo en su cabeza.

Avery se levantó abruptamente.
—Voy por más agua —anunció, y Mason Reed se puso de pie al instante.

—Yo… uh, también. ¿Necesitas algo, Avy?

Liam observó alejarse a los dos con una sonrisa pícara.
—Parece que alguien más debería comprar un collar —susurró en mi oído.

—Cállate —respondí, pero no pude evitar sonreír.

Hasta que su siguiente frase congeló el aire:
—¿Y si dejamos de fingir, Isabella?

El tenedor se me resbaló de los dedos. Él no apartaba la vista, desafiante, esperando. Pero antes de que pudiera responder, el timbre sonó, y Avery regresó con Mason Reed, cuyas mejillas estaban tan rosadas como las de ella.

—Hora de clase —dijo Liam, levantándose con lentitud deliberada—. Te acompaño, *novia*.

Su mano encontró la mía, entrelazando los dedos con una posesividad que ya no sentía del todo falsa.

Capítulo 10

El jugo de naranja goteó sobre mis dedos, frío y ácido, pero no me moví. Liam se apoyó en la encimera de la cocina, cruzando los brazos. Su camisa negra se tensó sobre los hombros, revelando el contorno de músculos que solo adivinaba cuando nos rozábamos en los pasillos.

—No me mientas, Montgomery —dijo, bajando la voz hasta convertirla en una caricia áspera—. Desde que salimos de la cafetería, pareces… —dudó, buscando la palabra correcta mientras sus ojos verdes escarbaban en los míos—. A punto de saltar por la ventana.

Dejé el vaso sobre el mármol con un golpe seco.
—¿Y si lo estoy? —respondí, desafiante, aunque el temblor en mis manos delataba el vacío que se abría en el pecho.

Él se acercó, lento, como si temiera espantarme. La luz del atardecer filtrándose por la ventana le pintó aureolas doradas en el pelo despeinado.
—Isabella —murmuró, y mi nombre en su boca sonó a promesa rota—. ¿Qué te asusta tanto?

El reloj de pared marcó los segundos. Diez. Veinte. Treinta. Hasta que rompí.
—Mis padres quieren mudarnos —solté, mirando cómo una gota de jugo se deslizaba por el mármol como lágrima—. Fuera del barrio. Quizá de la ciudad.

Liam se quedó inmóvil. No era la reacción que esperaba: una broma, un *"no será tan malo"*, incluso un silencio incómodo. Pero no esto. Esto era… pánico. El mismo que me quemaba por dentro.

—¿Cuándo? —preguntó, con voz ronca.

—No lo sé. Depende de… —Tragué saliva, ahogando el nudo en la garganta—. De cosas que no entiendo.

Sus manos encontraron las mías, entrelazando nuestros dedos húmedos de jugo. El contacto electrizó mi piel, pero no me aparté.
—Tú no quieres irte —afirmó, no preguntó.

—¿Cómo adivinas? —bromeé amargamente, mirando nuestras manos. Sus pulgares dibujaban círculos en mis muñecas, un código secreto que solo mi cuerpo entendía.

—Porque yo tampoco quiero que te vayas.

Alcé la vista. Él estaba cerca, tan cerca que su aliento cálido me envolvía. Su mirada bajó a mis labios, y por primera vez, no hubo teatro, no hubo sonrisa burlona. Solo raw necesidad.

—Liam… —susurré, sin saber si era una advertenza o una súplica.

—¿Sabes lo que pensé hoy? —murmuró, inclinándose hasta que su frente rozó la mía—. Que este juego nuestro… ya no me sabe a mentira.

El corazón se me aceleró, golpeando las costillas como un pájaro enjaulado.
—¿Y qué te sabe? —pregunté, desafiando al destino, a las reglas, a todo.

Sus labios curvaron una sonrisa triste.
—A miedo.

Antes de que pudiera responder, sonaron pasos en el porche. Liam se separó de un salto, pero no lo suficiente para borrar el calor de su cuerpo del mío. La puerta se abrió, revelando a mi madre con bolsas de supermercado y una sonrisa cansada.

—¡Isabella! ¿Y Liam? Qué sorpresa —dijo, dejando las bolsas en la mesa con un suspiro—. ¿Todo bien?

—Sí, señora —respondió Liam, recuperando su máscara de encanto fácil—. Solo le estaba… ayudando con un problema de matemáticas.

Mi madre arqueó una ceja, mirando el jugo derramado y nuestras manos todavía cerca.
—Claro. Bueno, no quiero interrumpir. Liam, ¿te quedas a cenar?

Él me miró, una pregunta silenciosa en los ojos. Asentí, sin confiar en mi voz.

Mientras mi madre salía de la cocina tarareando, Liam susurró:
—Esto no ha terminado.

Y supe, con certeza aterradora, que tenía razón.

Liam se inclinó hacia mí, sus rodillas rozando el borde de la cama. La luz del atardecer se colaba por las persianas, tiñendo su perfil de ámbar, como si el tiempo se hubiera detenido en ese cuarto.

—¿Y si luchas por quedarte? —preguntó, voz baja pero firme—. Diles que esto es tu hogar. Que arrancarte de aquí sería como… —dudó, buscando una comparación que no sonara a drama barato—. Como quitarte las raíces.

Solté una risa amarga, hundiendo los dedos en la almohada.
—¿Crees que no lo he intentado? Mi madre dice que soy una adolescente dramática. Mi padre solo repite que "el cambio es saludable". —Imité su tono con sarcasmo, pero el nudo en la garganta crecía—. Para ellos, esto es una transacción, no un duelo.

Él se mordió el labio inferior, un gesto inusual en alguien que siempre fingía control.
—Entonces… ¿qué harás si deciden irse? ¿Te rebelarías? ¿Te quedarías sola aquí? —Su mirada recorrió las paredes de mi habitación: los pósters de películas viejas, las fotos con Avery, el estante lleno de libros con las esquinas dobladas.

—¿Vivir sola? Con sueldo de beca y mi talento para quemar tostadas —respondí, señalando la mancha negra en la alfombra—. No, Liam. Iré arrastrando los pies como una buena hija. Pero eso no quita que… —La voz se me quebró sin permiso—. Que duele.

Se movió junto a mí, sin tocarme, pero cerca suficiente para que su calor me envolviera. Su perfume a menta y jabón barato se mezclaba con el olor a tinta de mis libros.

—¿Sabes lo que pienso? —murmuró, jugueteando con el borde de mi manta—. Que eres la persona más testaruda que conozco. Si de verdad no quieres irte, encontrarás la forma de evitarlo. Incluso si tienes que… no sé… sabotear las visitas de posibles inquilinos. —Esbozó una sonrisa pícara, y por primera vez en horas, sentí que el peso en el pecho se aliviaba.

—¿Como poner cucarachas de goma en los armarios? —pregunté, contagiada de su tono.

—O esconder altavoces que gruñan cada vez que abran el baño —añadió, rozándome el hombro con el suyo.

Reímos en sintonía, pero la complicidad duró poco. El timbre de mi teléfono estalló sobre la mesita de noche, vibrando como un presagio. *“Mamá”*, decía la pantalla.

Liam se puso de pie de un salto.
—¿Quieres que me vaya? —preguntó, ya camino a la puerta.

—Quédate —supliqué, sin pensarlo. Su mirada se iluminó por un segundo antes de asentir.

Acepté la llamada en manos libres, conteniendo la respiración.

—Isabella, cariño… —La voz de mi madre sonó tensa—. Hemos llegado a una decisión.

Liam me tomó la mano. Sus dedos entrelazados con los míos fueron el ancla que necesitaba.

—Dime —susurré.

El silencio al otro lado de la línea se extendió tanto que casi grité. Hasta que ella dijo:

—Nos quedamos.

Las lágrimas cayeron antes de que pudiera detenerlas. Liam me apretó la mano con fuerza, su pulgar acariciando mi nudillo en círculos calmantes.

—Pero… —mi madre agregó, y el mundo se detuvo de nuevo—. Venderemos la casa en un año. Es tiempo de prepararte.

Colgué sin despedirme, dejando el teléfono caer sobre la cama. Liam no preguntó. Me rodeó con los brazos, y yo enterré el rostro en su cuello, respirando su esencia como si fuera un hechizo contra el futuro.

—Un año —murmuré contra su piel—. Doce meses para decir adiós.

Él inclinó la frente contra la mía, sus palabras un viento cálido en mis labios:
—O doce meses para encontrar una manera de quedarte.

Y en ese instante, con su aliento mezclándose con el mío, creí que tal vez, solo tal vez, no estaba sola en esta guerra.

El aire entre nosotros se espesó, cargado de una electricidad que hacía vibrar hasta las partículas de polvo flotando en el haz dorado del atardecer. Liam seguía acostado a mi lado, su perfil recortado contra el poster de *Casablanca* que colgaba sobre la cama. Podía contar cada una de sus pestañas, distinguir las motas de oro en sus iris verdes, sentir el leve temblor de su respiración contra mis labios.

—¿Sabes lo irónico que es esto? —susurré, rompiendo el silencio antes de que me tentara a cerrar esa distancia de milímetros—. Hace un mes, habrías celebrado que me fuera. Te librarías de tu "molesta vecina".

Él alzó una mano, deteniendo un rizo rebelde de mi pelo que amenazaba con rozar su mejilla. Su dedo se enredó en el cabello con deliberada lentitud.

—Hace un mes, no sabía que tu sonrisa tiene una pequeña cicatriz aquí —dijo, rozando la comisura de mi boca con el pulgar—. O que te tiemblan las pestañas cuando intentas no llorar.

Me estremecí, pero no me aparté.

—Eso no responde mi pregunta.

—Quizá —murmuró, acercándose tanto que nuestras narices casi se rozaron—, descubrí que prefiero tu sarcasmo mordaz al silencio de una casa vacía.

El corazón me latía con tanta fuerza que temí que lo escuchara. Su mirada bajó a mis labios, y esta vez no hubo broma, no hubo máscara. Solo Liam, crudo y vulnerable, como nunca lo había permitido ver.

El timbre del teléfono nos hizo separarnos de un salto. *Avery*, decía la pantalla. Liam se incorporó, pasándose una mano por el pelo despeinado mientras yo tragaba aire como si acabara de emerger de un naufragio.

—¿Vas a contestar? —preguntó, voz ronca.

Lo dejé sonar.

—Tengo que contarte algo —dije al mismo tiempo que él exhalaba:

—Deberíamos hablar de esto.

Nos miramos, atrapados en la red de palabras no dichas. Fuera, un auto pasó acelerado, su bocina destrozando el frágil hechizo de intimidad.

—Tú primero —ofreció Liam, aunque su mandíbula tensa delataba el esfuerzo.

Me levanté, caminando hasta la ventana donde el último rayo de sol teñía el cuarto de tonos sepia.

—¿Qué pasa si esto —señalé entre él y yo— deja de ser falso antes de que cumpla el año?

Se quedó quieto. Luego se acercó, deteniéndose a medio paso, como si temiera que cualquier movimiento pudiera romper el equilibrio.

—Isabella… —mi nombre en sus labios sonó a confesión—. ¿Crees que algún minuto de esto ha sido realmente falso?

El mundo se detuvo. En el pasillo, el tic-tac del reloj de abuela marcaba compases cada vez más acelerados. O quizá era mi pulso.

—Liam, yo…

—No —interrumpió, alzando una mano—. No lo digas todavía. Porque una vez que crucemos esto… —Su dedo índice trazó un puente imaginario entre nuestros pechos—. No habrá vuelta atrás.

Me mordí el labio hasta sentir el sabor metálico de la sangre.

—¿Y si quiero cruzarlo?

Su sonrisa fue triste, casi dolorosa.

—Entonces espera —susurró, cogiendo mi mano para entrelazar nuestros dedos—. Hasta que estés segura de que no soy solo tu ancla contra el miedo a perder todo lo demás.

Antes de que pudiera responder, sonaron tres golpes secos en la puerta.

—¡Isabella! —la voz de papá retumbó—. Necesitamos hablar. *Ahora*.

Liam soltó mi mano como si quemara.

—Te veré mañana —murmuró, saliendo con la cabeza gacha mientras mi padre entraba.

Y supe, con certeza absoluta, que mañana nunca llegaría lo suficientemente pronto.

Capítulo 11

La luz del atardecer se filtraba por las persianas, dibujando líneas doradas sobre el teclado de mi laptop. Luna inclinó su rostro pecoso hacia la cámara, sus rizos cobrizos bailando como llamas.

—¿Escuela? ¡Tonterías! —exclamó, ondeando una copa de vino que seguramente era su tercera —. En mi época, faltábamos una semana para ir a Cancún. ¿Un viaje cultural, le decíamos. —Guiñó un ojo, y mamá resopló.

—Luna, no la incites a ser irresponsable —dijo, aunque su sonrisa delataba complicidad.

—Ah, pero ¿sabes lo que sí deberías hacer? —Luna apuntó hacia mí con el dedo, haciendo tintinear sus pulseras de plata—. Enviarme fotos de ese novio que mencionó tu mamá. ¿Un... Liam, creo?

Atraganté saliva. *Maldita sea, mamá*.

—No es... no es mi novio —mascullicé, sintiendo el calor subir por mi cuello. En ese preciso instante, la puerta del baño se abrió. Liam emergió con una bolsa de papas en una mano y una caja de jugo en la otra, el pelo aún húmedo de la ducha.

—¿Jugaste al fútbol con las toallas o qué? —le susurré, tratando de distraerlo. Pero Luna ya había visto el movimiento.

—¡¿Y ese torso mojado es el "no novio"?! —chilló, haciendo que mamá se llevara las manos a la cara.

Liam se congeló como un ciervo bajo los faros de un auto. Luego, con una sonrisa que habría hecho enojar a un santo, se deslizó junto a mí en la cama, envolviéndome los hombros con un brazo.

—Hola, señoras —saludó, usando su tono de "buen chico" que me hacía querer golpearlo y besarlo al mismo tiempo—. Isabella siempre exagera. Claro que somos novios. ¿No, cariño?

Me clavó las uñas en la cintura, disimuladamente.

—Ay, sí —forcejé, mostrando los dientes en algo que pretendía ser una sonrisa—. Mi *adorable*Liam.

Mamá nos miraba con una mezcla de horror y diversión. Luna, en cambio, aplaudió como niña en concierto.

—¡Por fin alguien que soporte tu carácter! —dijo, señalándome con la copa—. Este se queda.

La conversación derivó en preguntas incómodas ("¿Primer beso? ¿Planes para la universidad?") que Liam sorteó con la elegancia de un espadachín. Cuando colgué, mi almohada ya volaba hacia su cabeza.

—¿Adorable? ¿En serio? —grité, esquivando la bolsa de papas que él lanzó en defensa propia.

—Tú empezaste con lo de "jugaste al fútbol con las toallas" —se rio, atrapándome las muñecas cuando intenté pellizcarlo—. Además, ¿oyeron lo de no mudarse? Es tu final feliz.

Me dejé caer sobre el colchón, mirando el techo donde aún bailaban reflejos anaranjados del atardecer.

—Final feliz con asterisco —murmuré—. Un año, Liam. Es solo un respiro.

Él se acostó a mi lado, su hombro rozando el mío.

—Un año es suficiente —dijo, serio por una vez—. Para planear, para luchar... o para huir si es necesario.

Volteé la cabeza hacia él. La luz dorada suavizaba sus facciones, convirtiéndolo en una estatua de ambrosía viviente.

—¿Huir? —arqué una ceja.

—Claro —sonrió, jugueteando con un extremo de mi bufanda—. Podríamos secuestrar a Steve —mi tortuga—, alquilar una furgoneta y vivir de comida chatarra mientras cruzamos el país.

Reí, aunque una parte de mí fantaseó con la imagen: él al volante, yo con mapas desplegados, el viento llevándose todas las promesas rotas.

El timbre anunció la llegada de las hamburguesas. Liam saltó de la cama, pero antes de salir, se inclinó hasta que sus labios quedaron a un susurro de mi oreja.

—En serio, Bella —murmuró—. No dejes que el asterisco te opaque el titular.

Mientras su voz resonaba en mi piel, entendí que el verdadero peligro no era perder la casa. Era perderlo a él cuando todo terminara.

La habitación se llenó de un silencio incómodo, roto solo por el zumbido de mi laptop sobre las sábanas. Liam se inclinó hacia la pantalla, su sonrisa traviesa iluminada por el resplandor azulado.

—¿Una foto de nuestra época dorada? ¡Qué *nostalgia*! —exclamó, fingiendo un suspiro dramático—. ¿Me envías una copia, tía Luna? La quiero de fondo de pantalla.

—¡No es tu tía! —grité, lanzándole la almohada que tenía en el regazo. Él la esquivó con una risa, pero el movimiento hizo que su pierna rozara la mía. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Isabella Marie Collins —dijo mi madre con ese tono que usaba cuando sabía que ocultaba algo —, ¿por qué no nos habías contado que siguen siendo... *cercanos*?

—Porque no lo somos —mascullé, clavando las uñas en la palma de la mano—. Él solo está aquí porque...

—Porque la pizza de Postmates tarda demasiado —interrumpió Liam, deslizándose hasta quedar a mi lado, tan cerca que su aliento me rozó la oreja—. Y porque alguien tiene que salvarte de tu adicción al *sarcasmo solitario*.

Luna ahogó una carcajada en su copa de vino mientras mi madre fruncía el cejo, aunque una sonrisa se asomaba en sus labios.

—Miren esos ojos —susurró Luna, acercando la foto a la cámara hasta que los píxeles se distorsionaron—. Hasta un ciego vería que este chico te miraba como si fueras el último *cupcake* del universo.

—Eso fue hace *años* —protesté, aunque el calor en mis mejillas me delataba—. Y solo estábamos...

—Discutiendo sobre quién ganaría una carrera hasta la piscina —terminó Liam, apoyando el mentón en mi hombro como si fuera lo más natural del mundo—. Spoiler: gané yo.

—¡Me empujaste a un arbusto! —grité, volteándome hacia él. Nuestras narices casi chocaron.

—Te tropezaste sola, Collins.

Luna aplaudió, emocionada, mientras mi madre se llevaba la mano a la frente.

—Bueno, esto explica por qué tu padre encontró a Liam trepando por tu ventana el mes pasado —murmuró mamá, y yo sentí que el alma se me escapaba por los pies—. Pensé que era... otro *incidente de mapaches*.

Liam soltó una carcajada tan fuerte que tuve que tapar el micrófono del laptop.

—¿En serio me comparaste con un mapache? —susurró, su sonrisa tan cerca que podía contar cada una de sus pestañas.

—Los mapaches al menos son *útiles* —murmuré, pero sin convicción.

La conversación derivó en anécdotas de la infancia que Luna recordaba con inquietante detalle ("¡Isabella lloró cuando Liam le ganó en la feria de ciencias!") hasta que, finalmente, colgué con la promesa de visitar Nueva York pronto.

Al cerrar la laptop, el cuarto quedó sumido en una penumbra cálida, salpicada por las luces del vecindario que se filtraban entre las persianas. Liam seguía a mi lado, su hombro firmemente pegado al mío.

—¿Así que no me odias? —preguntó en voz baja, jugueteando con el dobladillo de mi suéter—. Según tu mamá, al menos.

—No te hagas ilusiones —respondí, pero sin apartarme—. Solo significa que no eres *tan* irritante como los mapaches.

—Un cumplido —sonrió, y por primera vez, noté que su voz temblaba levemente—. ¿Sabes lo que significa esto, verdad?

Me volví hacia él. La luz tenue suavizaba sus rasgos, convirtiendo sus bromas en algo más frágil, más real.

—¿Qué? —pregunté, conteniendo el aliento.

—Que si tu familia cree que esto —hizo un gesto entre nosotros— es real, tendremos que seguir... *actuando*.

El timbre de la puerta cortó la tensión. *La pizza*. Liam se levantó, pero antes de salir, sus dedos rozaron los míos.

—No te preocupes, Bella —dijo, y su sonrisa era diferente ahora, casi tierna—. Los mapaches también saben ser buenos actores.

Mientras lo escuchaba reírse con el repartidor, me quedé mirando la pantalla negra del laptop. En su reflejo, mi sonrisa era imposible de ocultar.

El silencio se apoderó de la habitación por un segundo largo, incómodo, hasta que Liam rompió el hielo con una sonrisa demasiado tranquila para alguien que acababa de ser descubierto.

—Solo estábamos... repasando un proyecto de clase —dijo, deslizando el brazo detrás de mí sin tocar mi espalda, pero lo suficiente para que Luna soltara un bufido.

—¿Proyecto de clase? —repitió mi madre, cruzando los brazos—. A las nueve de la noche. En su habitación. Con el pelo mojado.

—¡Maya, déjalos! —Luna aplaudió, inclinándose hacia la cámara hasta que su nariz se veía distorsionada—. ¿Acaso nunca fuiste joven? ¡Mira esos rostros! Esto es pura *química sin resolver*.

—¡No hay química! —protesté, aunque el calor en mis orejas me traicionó—. Y tú —le di un

codazo a Liam—, ¿por qué no te fuiste cuando te lo pedí?

Él se encogió de hombros, su sonrisa desafiante reflejada en la pantalla.

—Me ganó la curiosidad. Además, ¿cuándo me has pedido algo *educadamente*?

Luna se rió como si esto fuera un reality show, mientras mi madre suspiraba, frotándose el entrecejo.

—Isabella, ¿estás segura de que...?

—¡Sí, mamá! —corté, ajustando la laptop para que no capturara cómo su rodilla rozaba la mía—. Liam solo vino a... a devolverme un libro.

—¿Un libro? —Luna arqueó una ceja—. ¿*Orgullo y prejuicio*? ¿O algo más... *práctico*?

—*Física cuántica para principiantes* —mintió Liam sin pestañear—. Isabella me está ayudando a no reprobar.

—Claro —dijo mi madre, con un tono que dejaba claro que no creía ni una palabra—. Liam, cariño, ¿puedes darnos un momento?

Él me miró, fingiendo una lealtad de perrito faldero.

—¿Debo irme, *jefa*? —susurró, y juraría que sus labios rozaron mi sien al inclinarse.

—Sí —gruñí, empujándolo hacia la puerta—. Y *ciérrala* esta vez.

Cuando se marchó, Luna no pudo contener una risita.

—Dios mío, ni en mis tiempos los chicos miraban así —dijo, haciendo un gesto obsceno con las manos—. Esa tensión podría cortarse con un cuchillo.

—Luna, por favor —mamá cerró los ojos un momento, como pidiendo paciencia—. Isabella, hablamos en serio. Si esto... *lo que sea*... interfiere con tus estudios...

—No es *nada* —interrumpí, mordiendo la mejilla—. Liam y yo solo somos... viejos amigos.

La palabra *amigos* sonó falsa incluso para mí.

—Amigos que se miran como si quisieran devorarse —murmuró Luna, tomando un trago largo de vino—. Pero bueno, ¿quién soy yo para juzgar? Solo recuerda: los *amigos* no suelen provocar ese tono de rubor.

Colgué poco después, prometiendo enviar la foto que Luna insistió en convertir en un "memorándum de su futura boda". Al cerrar la laptop, el peso de la mentira me aplastó el pecho.

Liam estaba recostado en el marco de la puerta, una bolsa de papas en la mano.

—*Física cuántica para principiantes* —repetí, lanzándole una mirada asesina—. ¿En serio?

—Podría ser peor —sonrió, arrojándome una papa frita al aire—. Podría haber dicho que estábamos estudiando *anatomía*.

Le lancé la almohada, pero él la atrapó al vuelo, acercándose hasta que su sombra me cubrió.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —susurró, su voz grave rozando mi piel—. Que ahora tengo que aprender física cuántica. Para mantener las apariencias.

Su sonrisa era un desafío, una promesa, un *algo* que hizo que mi corazón latiera como un tambor rebelde.

—Odio tanto —dije, sin convicción—.

—Lo sé —respondió, y por un instante, juré que su mirada bajó a mis labios—. Pero mentirías

otra vez si hiciera falta, ¿no?

No respondí. No hacía falta.

El mundo se detuvo por un segundo. Mi mejilla estaba aplastada contra su pecho, y sus manos aún agarraban mis muñecas con una firmeza que hizo que mi pulso acelerado resonara como un tambor entre ambos. Liam abrió los ojos lentamente, y su mirada —esa mezcla de humor y algo más intenso— me paralizó.

—¿Vas a levantarte o planeas quedarte aquí *eternamente*? —susurró, aunque no hizo el menor intento por soltarme.

—Tú… tú me tiraste —balbuceé, sintiendo el calor de su aliento en mi frente.

—Te *atiné* —corrigió, y su sonrisa se ensanchó cuando mis rodillas se hundieron un poco más en el colchón al intentar separarme—. Cuidado, Collins. Podría pensar que te gusta esto.

Me incorporé de un salto, aunque sus dedos se deslizaron por mis muñecas como si dudaran en liberarme. Al caer de rodillas junto a la cama, el pelo me cubrió la cara, escondiendo el rubor que me quemaba hasta las orejas.

—Eres insufrible —murmuré, arreglándome el suéter con torpeza—. Y mentiroso. Dijiste que no me empujarías.

—Yo no empujé —se sentó, apoyando los codos en las rodillas—. Solo me defendí de un ataque con almohada *premeditado*.

Antes de que pudiera replicar, el timbre de la puerta retumbó en el pasillo. *La pizza*. Liam se levantó con agilidad felina, estirando la camiseta que se le había subido, revelando una franja de piel tonificada que desvió mis ojos hacia la alfombra.

—¿Vas a quedarte ahí admirando el tejido persa o vas a ayudarme? —bromeó, lanzándome un paquete de servilletas que atrapé al aire con torpeza.

—Odiaría arruinar tu momento de *héroe entregador de pizza* —respondí, siguiéndolo hacia la cocina con los brazos cruzados.

Mientras él pagaba al repartidor, me apoyé en el marco de la puerta, observando cómo su espalda se tensaba bajo la tela delgada de la camisa. *¿Cuándo se había vuelto tan… ancha?*

—¿Isabella? —su voz me sacó del trance. Sostenía una rebanada de pepperoni a medio camino de su boca, una gota de aceite a punto de caerle en la muñeca—. Te estás quedando sin pizza.

—No tengo hambre —mentí, tomando una rebanada al azar. El queso quemó mis dedos, pero el dolor ni siquiera me hizo pestañear.

—Mentiras —murmuró, acercándose hasta que nuestro hombros rozaron—. Siempre comes cuando estás nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Claro que no —sonrió, mordiendo su porción con una exageración que hizo que me estremeciera—. Por eso te tiembla la mano.

Miré la rebanada en mi mano: efectivamente, el pepperoni bailaba como en un temblor menor. Maldije en silencio y le di un mordisco furioso, evitando su mirada burlona.

—Sabes —dijo, limpiándose los dedos con una servilleta—, si quieres que esto del *fakedating* funcione, deberías practicar no ponerte colorada cada vez que estás a menos de un metro de mí.

—No me pongo colorada —protesté, sintiendo cómo las llamas subían por mi cuello.

—¿En serio? —se inclinó, su nariz a centímetros de la mía—. Entonces debe ser el reflejo de mi *aura irresistible*.

Le clavé el codo en las costillas, pero él atrapó mi brazo antes de que hiciera contacto, girándome suavemente hasta que mi espalda quedó contra la pared. Su otra mano se apoyó junto a mi cabeza, encerrándome sin tocarme.

—Tramposa —susurró, y por primera vez, su voz sonó áspera, como si las bromas se le hubieran agotado.

El trozo de pizza cayó de mi mano al suelo.

—Liam… —mi voz fue un hilo de aire.

El timbre sonó de nuevo. Él parpadeó, retrocediendo como si lo hubieran electrocutado.

—Seguramente olvidé la soda —murmuró, pasándose una mano por el pelo desordenado antes de dirigirse a la puerta.

Me deslicé al suelo, recogiendo la pizza caída con dedos temblorosos. Cuando regresó con una botella de Sprite, ya estaba sentada en la mesa, fingiendo concentración en mi teléfono.

—¿Todo bien? —preguntó, dejando la bebida frente a mí.

—Perfecto —respondí, mordisqueando otra rebanada fría.

Nos comimos el resto en silencio, el aire cargado de preguntas no hechas y risas contenidas. Y cuando finalmente se fue —con una despedida casual y un guiño que me hizo apretar los puños —, me quedé mirando la mancha de aceite en la alfombra, preguntándome cuándo se había vuelto tan difícil distinguir entre el odio… y todo lo demás.

Capítulo 12

(Punto de vista de Liam)

Isabella me lanzó el muestrario de colores como si fuera un desafío. Los tonos brillantes y nombres ridículos —*Rosa nuclear, Azul eléctrico, Rojo pasión vampírica*— parecían burlarse de mí desde el plástico.

—¿En qué universo esto es parte de ser un "buen novio"? —gruñí, pasando las páginas con el dedo.

—En el universo donde quieres que Luna deje de sospechar que esto es falso —respondió, ajustando la toalla alrededor de sus hombros. Su pelo, aún envuelto en papel de aluminio, brillaba bajo las luces del salón como si fuera una nave espacial a medio construir—. Además, es solo un color.

—Solo un color —repetí, señalando un rosa neón que probablemente brillaría en la oscuridad—. ¿Qué tal este? Combina con tu personalidad: intenso y cegador.

—Elige algo que no me haga ver como una paleta de *unicornio borracho* —murmuró, aunque una sonrisa se asomó en el reflejo del espejo.

Jake Monroe, el estilista de uñas —un tipo con tatuajes de garras de tigre en los antebrazos— regresó con una bandeja de té verde que olía a hierbas quemadas.

—¿Decidieron? —preguntó, mirando el muestrario en mis manos como si yo fuera un alienígena manejando tecnología prohibida.

Isabella se inclinó hacia mí, su hombro rozando el mío. Su perfume —algo dulce y picante, como canela y vainilla— me distrajo lo suficiente para que señalara un tono sin pensar: un rojo oscuro, casi como vino tinto.

—*Sangre de medianoche* —leyó Jake Monroe en voz alta, arqueando una ceja—. Audaz. Me gusta.

Isabella me miró de reojo, sorprendida.

—¿En serio? Pensé que elegirías algo… más aburrido.

—Soy muchas cosas, Collins —dije, cerrando el muestrario con un golpe seco—, pero aburrido no es una de ellas.

Mientras Jake Monroe comenzaba a limar sus uñas, Isabella extendió la mano hacia mí, los dedos temblando levemente.

—¿Qué haces? —preguntó cuando tomé su muñeca sin pensarlo.

—Que no se te mueva —murmuré, sujetándola con firmeza—. Si Jake Monroe te corta un dedo, tendré que cargar tus bolsas de compras para siempre.

—Qué caballero —respondió, pero no intentó soltarse. Su piel estaba tibia bajo mis dedos, y noté cómo el pulso de su muñeca aceleró cuando Jake Monroe pasó el pincel sobre su uña pulgar.

El silencio se instaló entre nosotros, roto solo por el *tic-tic* del reloj de pared y el murmullo de otras clientas que nos lanzaban miradas curiosas. Isabella mordisqueó el labio inferior, concentrada en el trabajo de Jake Monroe, mientras yo fingía interés en una revista de chismes que alguien había dejado en mi silla.

—¿Sabías que según esto —dije, levantando la revista que mostraba un titular sobre aliens enamorados—, el 80% de las citas falsas terminan en matrimonio?

—Eso lo inventaste —respondió sin mirarme.

—¿Y si no? —sonreí, doblando la esquina de la página—. Podrías estar atrapada conmigo para siempre.

Finalmente, giró la cabeza hacia mí. El papel de aluminio en su pelo crujió, y por un segundo, ambos nos quedamos mirándonos como si el chiste hubiera revelado algo incómodamente serio.

—No te preocupes —dijo, rompiendo el contacto primero—. Si nos casamos, pediré el divorcio en cuanto termine la luna de miel.

—¿En Bali o en las Maldivas? —pregunté, soltando su muñeca ahora que Jake Monroe terminaba la última uña.

—En el patio trasero de tu casa —respondió, soplando sobre las uñas húmedas—. Con Luna como testigo.

Jake Monroe nos cobró con una sonrisa cómplice, como si estuviera acostumbrado a las parejas que fingían odiarse mientras se sonrojaban al rozarse. Al salir a la calle, el sol de la tarde se reflejó en las uñas de Isabella, haciendo que el rojo luciera como rubíes líquidos.

—No está mal —dijo, levantando la mano para admirar el trabajo—. Para ser tu primera vez eligiendo colores…

—No me acostumbres —respondí, abriendo la puerta del auto para ella—. La próxima vez elijo el rosa neón.

—La próxima vez te dejaré en casa —replicó, pero su sonrisa duró todo el camino de regreso.

Y ahí estaba el problema: por primera vez, la idea de una "próxima vez" no sonaba tan terrible.

Isabella me miró con esa sonrisa que siempre precede a una idea terrible. Sus uñas, ahora secas y brillantes en ese tono azul rey que elegí —y que, para mi sorpresa, le quedaba bien—, apretaron mi brazo como si yo fuera su rehén personal.

—¿Ahora? —repetí, conteniendo un gemido—. ¿No hemos cumplido ya con la cuota de tortura por hoy?

—Tortura sería dejarte solo con Luna y sus preguntas sobre "cuándo vendrá el bebé Collins-Morgan" —respondió, arrastrándome hacia la acera—. Pero no. Ahora vamos a… —hizo una pausa dramática, señalando un parque al final de la calle—, alimentar a los patos.

—¿Patos? —parpadeé—. ¿En serio?

—Sí, patos —afirmó, sacando una bolsa de migajas de pan de quién sabe dónde—. Es tradición. Después de uñas nuevas, siempre voy al parque. Atrae buena suerte.

—¿Buena suerte o salmonela? —murmuré, pero ya estaba caminando hacia allá, sus pasos rápidos obligándome a seguirla.

El parque estaba casi vacío, salvo por un grupo de patos que nos observaron con ojos sospechosos. Isabella se sentó en un banco de madera gastada y abrió la bolsa con entusiasmo.

—Toma —me pasó un puñado de pan—. Lánzales migajas y di un deseo.

—¿Esto es un ritual de brujería? —pregunté, pero obedecí, arrojando un trozo al estanque. Un pato lo picoteó con desdén.

—Más o menos —rió—. Si el pato se lo come, el deseo se cumple.

—¿Y si lo escupe?

—Entonces… —su sonrisa se volvió melancólica—, significa que eres mala persona.

Arrojé otra migaja, esta vez directamente a un pato más gordo. El animal la tragó sin pensarlo.

—¿Ves? —dijo Isabella, rozando su hombro contra el mío—. Hasta los patos saben que eres un buen novio *falso*.

—Falso —recalcé, aunque la palabra sonó hueca.

Ella guardó silencio un momento, observando cómo los patos nadaban en círculos. El sol empezaba a caer, tiñendo todo de tonos dorados que hacían brillar su pelo —ahora libre del papel de aluminio— como si estuviera cubierto de chispas.

—¿Qué pediste? —preguntó de pronto, volviéndose hacia mí.

Sus ojos, azules como el color de sus uñas, me desafiaron a mentir.

—Que Luna se trague su propia lengua —respondí, arrojando otra migaja.

—Mentiroso —susurró, acercándose tanto que nuestro aliento se mezcló—. Los deseos secretos no se cumplen si los niegas.

El mundo se redujo a ese banco, a sus labios medio entreabiertos, a la migaja de pan que aún sostenía entre mis dedos. Un pato graznó, rompiendo el hechizo. Isabella se apartó bruscamente, limpiándose las manos en los jeans.

—Deberíamos irnos —dijo, levantándose—. Luna querrá fotos de nuestra "cita perfecta".

Caminamos de regreso en silencio, pero cuando llegamos a su casa, ella se detuvo frente a la puerta.

—Hoy no estuvo tan mal, ¿verdad? —preguntó, jugueteando con la punta de su cabello.

—Solo un poco —mentí.

Antes de que pudiera responder, la atraje hacia mí. No fue un beso —eso habría sido demasiado, incluso para la farsa—, pero mi mano se enredó en su pelo, tirando suavemente para que alzara la cara.

—¿Liam? —susurró, y su voz tembló como las alas de los patos al aterrizar.

—Tienes migajas en la mejilla —dije, limpiándole un resto de pan con el pulgar. Su piel ardía bajo mi toque—. No querrás que Luna piense que te abandoné en un basurero.

Ella soltó una risa nerviosa, pero no se movió. Tampoco yo.

—Mañana —dijo al fin, abriendo la puerta—, te toca planear la cita.

—¿Y si elijo algo que odies? —desafié, sintiendo que la sonrisa se me escapaba.

—Inténtalo —respondió, y el portazo no logró ocultar su rubor.

Al alejarme, revisé mentalmente la lista de "cosas que Isabella Collins odia":

1. Perder.
2. El color rosa neón.
3. Que le digan qué hacer.

Mañana, sin embargo, la cita sería en un campo de paintball. Vestido de rosa.

Y por primera vez, la idea de verla furiosa me pareció irresistible.

Isabella balanceaba nuestras manos entrelazadas como si fuéramos dos niños en una excursión escolar, no dos mentirosos acechando a su ex. Sophie y Tyler Brooks caminaban a unos metros adelante, pero yo solo podía concentrarme en el calor de la palma de Isabella contra la mía.

—¿En serio crees que esto la hará hervir? —susurró, acercando sus labios a mi oído. Su aliento calentó mi piel—. Podríamos besarnos aquí mismo y arruinarle el delineado de tanto llorar.

—No exageres —gruñí, aunque el solo pensamiento hizo que mi pulso se acelerara—. Además, tú no besas y cuentas, ¿recuerdas?

Ella rió, un sonido claro que atrajo la mirada de Sophie. Tyler Brooks me lanzó una mirada de complicidad, como si ambos estuviéramos atrapados en el mismo juego.

—Dime la verdad, Liam —Isabella detuvo sus pasos de repente, girándose hacia mí—. ¿Por qué aceptaste esto? ¿Solo para ver sufrir a Sophie o…?

Sus palabras se quedaron suspendidas, pero sus ojos terminaron la pregunta: *¿O hay algo más?*

El viento agitó su flequillo, revelando la pequeña cicatriz que tenía sobre la ceja izquierda, la que se hizo cuando nos colamos en la piscina pública en séptimo grado. Recordé cómo se rió mientras la sangre le resbalaba por la sien, diciendo que así tendría una “cicatriz de pirata”. Nunca lloró. Nunca me culpó.

—Tú también tienes tus razones —esquivé, señalando a Tyler Brooks, quien ahora le susurraba algo a Sophie—. ¿Cuánto tiempo llevas esperando para sacarle esa sonrisa boba a él?

Isabella siguió mi mirada, y por un segundo, su máscara de seguridad se resquebrajó.

—Tyler Brooks y yo… no es lo que piensas —murmuró, apretando mi mano con fuerza inusual —. Él solo es…

—El chico que te gusta desde que aprendiste a escribir cursiva —terminé por ella, recordando los corazones que dibujaba en los márgenes de sus cuadernos con las iniciales J + O.

—¿Cómo…? —Sus ojos se abrieron como platos, pero antes de que pudiera responder, Sophie se detuvo frente a nosotros.

—¡Qué casualidad! —dijo con una dulzura envenenada—. ¿También les gusta *pasear* por los mismos lugares aburridos?

Isabella se aferró a mi brazo, clavándome las uñas azules en la piel.

—Liam insiste en que caminar es *romántico* —se burló, apoyando la cabeza en mi hombro—. Dice que le recuerda a nuestra primera cita en el parque de patos.

Sophie palideció. Sabía exactamente a qué se refería: aquel día de octavo grado cuando la invité a salir y me dejó plantado por un partido de fútbol de Tyler Brooks.

—¿Patos? Qué tierno —mintió Sophie, enrojeciendo—. Bueno, ¡nos vemos en clase!

Cuando se alejaron, Isabella soltó una carcajada que resonó en toda la calle.

—¿Viste su cara? ¡Parecía un tomate! —exclamó, secándose una lágrima imaginaria—. Valió cada segundo de fingir ser tu novia.

—Fingir, ¿eh? —murmuré, observando cómo su risa iluminaba cada rincón de su rostro.

De pronto, me di cuenta de que ya no seguíamos sosteniendo manos: nuestras palmas estaban entrelazadas por costumbre, por complicidad, por algo más peligroso que un pacto de venganza.

—Oye, Liam… —Isabella bajó la voz, seriamente—. Lo de antes… Lo de Tyler Brooks… ¿Cómo sabías lo de los cuadernos?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia mientras el viento jugaba con su pelo.

—Te vigilaba en clase de matemáticas —admití—. Tus garabatos eran más interesantes que las ecuaciones.

Ella se quedó quieta, y por primera vez en años, vi cómo el rubor le teñía las mejillas.

—¿Y tú? —preguntó, desafiante—. ¿Por qué robaste mi primer beso si según tú me odiabas?

El recuerdo nos golpeó a ambos: tercer grado, detrás del gimnasio, un reto de los amigos. Sus labios habían sabido a jugo de manzana y a rabia, porque después me empujó y juró que jamás me volvería a hablar.

—Quería ganar —mentí, acercándome tanto que nuestro aliento se mezcló—. Siempre quiero ganar.

—¿Y ahora? —susurró, desafiante—. ¿Qué quieres ganar aquí?

Antes de que pudiera responder, su teléfono vibró. Un mensaje de Luna: *«Fotos de la cita o te desheredo»*.

Isabella rodó los ojos, pero al levantar el teléfono para tomar una selfi, me agarró de la nuca y juntó su frente con la mía.

—Sonríe para la cámara, novio falso —ordenó, y en la pantalla, nuestros labios estaban a un centímetro de distancia.

En la foto, parecíamos reales. Demasiado reales.

Capítulo 13

La pantalla del cine proyectaba una comedia romántica cursi, pero ni siquiera podía concentrarme en los diálogos empalagosos. Cada vez que Liam se movía en su asiento, su brazo rozaba el mío, y yo fingía ajustar mi chaqueta para disimular el escalofrío que me recorría la espalda. ¿Desde cuándo un simple contacto físico me ponía los nervios de punta?

Él tampoco estaba viendo la película. Lo sabía porque, de reojo, lo vi mordisquear el borde de su vaso de refresco hasta deformarlo. Un tic que solo tenía cuando estaba nervioso. Como aquella vez en sexto grado, cuando lo pillé copiando en el examen de ciencias y me prometió un helado de por vida a cambio de no delatarlo.

—¿Quieres? —susurró de pronto, ofreciéndome las palomitas con una sonrisa torcida que no llegaba a sus ojos.

—No como carbón con mantequilla —murmuré, señalando el borde quemado de los granos.

—Siempre dramática —rio bajito, pero en lugar de retirar el cubo, tomó un puñado y empezó a lanzar palomitas al aire, intentando atraparlas con la boca como un león marino.

—¿En serio? —levanté una ceja, aunque no pude evitar reírme cuando una se le pegó en la frente.

—Tú prueba —desafió, lanzando una hacia mí.

La atrapé entre los dientes con un movimiento rápido, orgullosa de mi reflejos de ex portera de fútbol. Liam aplaudió en silencio, y por un segundo, todo fue tan fácil como antes. Como cuando éramos amigos que se burlaban de las películas cursis en lugar de protagonizar una.

Pero entonces su mano buscó más palomitas, y la mía hizo lo mismo. Nuestros dedos se entrelazaron entre los granos salados, y el tiempo se detuvo. O al menos, mi corazón lo hizo. Él no apartó la mirada de la pantalla, pero su pulgar acarició mi muñeca con una suavidad que contradijo su sonrisa despreocupada.

El teléfono vibró en mi bolsillo, salvación o maldición, dependiendo de cómo se viera. Era Luna: *«¿Dónde están las fotos del cine? Si no hay lengua, no cuentan»*.

—Tu hermana es una romántica —murmuré, mostrándole el mensaje.

—Eres tú la que le enseñó a usar emojis de corazones sangrando —respondió, pero su broma sonó forzada.

Antes de que pudiera responder, inclinó su silla hacia atrás, arrastrando la mía con un chirrido metálico que hizo voltear a medio cine.

—¿Qué haces? —susurré, pero él ya tenía el brazo alrededor de mis hombros, acercándome hasta que mi mejilla quedó pegada a su sudadera.

—Fotos auténticas —murmuró contra mi pelo, levantando el teléfono con el brazo extendido—. Sonríe como si no quisieras matarme.

En la pantalla del móvil, parecíamos una pareja normal. Él con su sonrisa de travieso, yo con los ojos entrecerrados y una mueca que intentaba ser una sonrisa. Pero en la tercera toma, cuando ajustó el ángulo, su mirada se posó en mis labios. Y esta vez, no fue Sophie quien nos vigilaba.

—Luna va a sospechar si no hay… ya sabes —murmuró, y su aliento calentó mi piel.

—¿Lengua? —completé, arqueando una ceja—. No en público, Knight. Eso cuesta extra.

Pero él ya estaba cerrando la distancia, lento, dando tiempo a que lo detuviera. Y no lo hice. Porque aunque todo era una farsa, su boca sabía a caramelo de menta y a verdades a medias que quería creer.

El teléfono vibró de nuevo, capturando el momento exacto en que su mano se enredó en mi pelo, tirando con esa suavidad que hacía que cada beso pareciera una pregunta sin respuesta.

Cuando nos separamos, la pantalla del cine mostraba a los protagonistas declarándose amor eterno. Liam tosió, alejándose para revisar las fotos.

—Luna aprobará —dijo, mostrándome una imagen donde mis dedos jugueteaban con el cuello de su camisa—. Parece real.

—Todo es real —quise decir. En cambio, solté una risa forzada.

—Hasta el próximo acto, ¿no?

Salimos del cine con las manos en los bolsillos y una tensión eléctrica que ni siquiera la noche fría lograba disipar. En el estacionamiento, Liam se detuvo frente a su moto, pasándome el casco con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar la sombra en su mirada.

—¿Te llevo a casa, novia falsa? —preguntó, y la palabra *falsa* sonó más afilada que nunca.

—Solo si conduces como la abuelita que juraste ser —respondí, subiéndome a la moto y rodeando su cintura con los brazos más ajustado de lo necesario.

Mientras arrancábamos, el viento se llevó sus palabras, pero juré escucharlas:

—¿Cuándo dejaremos de fingir, Liv?

Pero quizás solo fue el eco de mis propios deseos, mezclándose con el rugido del motor y el latido de dos corazones que habían memorizado el ritmo del otro.

El brazo de Liam seguía sobre el apoyabrazos, su mano caliente envolviendo la mía como si fuera algo natural. Como si no estuviera derritiendo cada uno de mis circuitos neuronales. En la pantalla, los protagonistas de la película se declaraban amor eterno entre explosiones de colores y una banda sonora cursi, pero el único sonido que registraba mi cerebro era el crujido de las palomitas en la boca de Liam.

—¿Por qué actúas tan raro? —repitió, inclinándose hacia mí hasta que su hombro rozó el mío.

—No *actúo* raro —mentí, clavando las uñas en mi palma libre—. Solo estoy… procesando.

—¿Procesando? —Una sonrisa traviesa le dibujó hoyuelos—. ¿Acaso mi beso fue tan bueno que necesitas un manual de instrucciones?

Le lancé una mirada asesina, pero él solo rio bajito, hundiéndose en su asiento. Su pulgar comenzó a trazar círculos en mi muñeca, un movimiento tan suave que casi lo atribuí a mi imaginación. Casi.

—La última vez que te besé, me mordiste —recordó, señalando su labio inferior con falsa solemnidad—. Ahora solo te quedas tiesa como un poste. Me ofende, la verdad.

—Fue en tercer grado —refunfuñé, sintiendo el calor subirme al cuello—. Y tú me robaste mi gelatina de fresa después.

—Te la comí frente a ti para enseñarte a defender lo que es tuyo —se encogió de hombros, pero su mirada se posó en mis labios por una fracción de segundo demasiado larga.

En la pantalla, los protagonistas comenzaron a besarse bajo la lluvia, y Liam aprovechó para

acercar su boca a mi oreja:

—¿Sabes lo que pienso? —su voz era un susurro de terciopelo que me erizó la piel—. Que ahora estás igual de roja que aquel día.

—Mentira —protesté, pero al girarme hacia él, nuestras narices casi chocaron.

Él no retrocedió. Al contrario, su sonrisa se suavizó, y por primera vez en años, vi algo vulnerable asomarse tras sus pestañas oscuras.

—Isabella… —murmuró, y mi nombre en sus labios sonó distinto. Como una pregunta.

El teléfono vibró de nuevo en mi bolsillo, rompiendo el hechizo. Liam se apartó bruscamente, pasándose una mano por el pelo mientras yo buscaba el dispositivo con dedos temblorosos.

Era un mensaje de Tyler Brooks: *«¿Sigues viva? Knight no te ha secuestrado, ¿verdad?»*.

—¿Tyler Brooks? —preguntó Liam sin mirarme, mordisqueando el hielo de su refresco.

—Sí —respondí, guardando el teléfono con rapidez—. Solo quiere saber si…

—Si esto es real —interrumpió, señalando entre nosotros con su vaso a medio vaciar—. Todos se lo preguntan.

—¿Y? —desafié, cruzando los brazos—. ¿Qué les diremos cuando la farsa termine?

Él se quedó quieto, observando cómo los créditos finales iluminaban la sala vacía. Cuando habló, su voz era apenas audible sobre la música épica de desenlace:

—Quizás no tenga que terminar.

Antes de que pudiera responder, se levantó de un salto, estirando los brazos sobre su cabeza como si nada hubiera pasado.

—Vamos —dijo, lanzándome el casco de la moto que llevaba colgado del cinturón—. Si llegamos tarde, Luna pensará que te convertí en cenizas.

—Eso o que por fin me rendí a tu *irresistible* encanto —bromeé, siguiéndolo con las piernas aún temblorosas.

—Oh, eso ya pasó —rio, arrancando el motor con un rugido que ahogó los latidos de mi corazón —. Lo sabes tan bien como yo.

Y aunque quise negarlo, aunque quise golpearlo, aunque quise recordar cada una de sus travesuras infantiles…
No pude.

Porque en el espejo retrovisor, mientras la ciudad se desdibujaba tras nosotros, vi su sonrisa sincera. Y supe, con terror y euforia, que ninguna mentira sería suficiente para borrar esta verdad.

El beso de Liam aún ardía en mis labios, como si hubiera dejado una marca invisible. Un recordatorio de que, aunque fingíamos, algo en aquel contacto había sido *demasiado* real. Él seguía sentado al borde de mi cama, su peso hundiendo el colchón mientras yo fingía abrazar la almohada con indiferencia.

—¿Adorable novio, eh? —repitió mi frase, irónico, mientras sus dedos jugueteaban con el borde de la manta—. Deberías haberme visto cargando a Luna cuando se rompió el tobillo en el campamento. Me llamó "bestia de carga" durante un mes.

—¿Y tú le robaste su saco de dormir en venganza? —pregunté, sin voltear.

—Peor: le puse glitter en el champú —rio, y el sonido vibró en la habitación como un trueno suave—. Pero tú… no pesas más que un gato enfadado.

Me mordí el labio para no sonreír. Su sombra se proyectaba en la pared, alargada y distorsionada, pero sus movimientos eran precisos: tiró de la manta para cubrirme los pies descalzos, un gesto que contradijo su tono burlón.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —pregunté, finalmente girándome para enfrentar su mirada.

Sus ojos brillaron en la penumbra, atrapando el reflejo de la luna que se filtraba por la ventana.

—Podría —encogió los hombros, deslizando un dedo sobre la costura de mi edredón—. Dicen que los novios falsos hacen guardia contra monstruos debajo de la cama. Servicio premium, por cierto.

—¿Incluye desayuno en la cama? —levanté una ceja, apoyando la mejilla en la palma de la mano.

—Solo si te gustan los huevos quemados y el café frío —respondió, inclinándose hacia adelante hasta que su aliento rozó mi frente—. Y si prometes no morderme esta vez.

El ambiente se espesó de repente. Su broma colgaba entre nosotros como un guante arrojado, y yo sabía que cualquier movimiento podría romper el frágil equilibrio.

—Liam… —susurré, sin saber si era una advertencia o una súplica.

—Isabella —imitó mi tono, pero su voz se quebró levemente al pronunciar mi nombre.

El timbre de mi celular estalló en la noche, haciéndonos separarnos como adolescentes pillados. Era Luna: *«Fotos o no pasó. Y si Liam está ahí, dile que su moto tiene una multa de estacionamiento»*.

Él soltó un resoplido al leer el mensaje sobre mi hombro, su barbilla rozando mi clavícula.

—Tu hermana es un ángel con una agenda oculta —murmuró, y noté cómo su mano se cerraba en un puño sobre la sábana, como si luchara por no tocarme—. Debería irme antes de que me acuse de secuestro otra vez.

Pero no se movió.

—¿Liam? —llamé cuando ya había cruzado la puerta, su silueta recortada en el marco.

Se detuvo, medio vuelto, la luz del pasillo dibujando su perfil como un esbozo a carboncillo.

—¿Sabes lo que pienso? —dije, sentándome en la cama con las piernas cruzadas—. Que eres un pésimo mentiroso.

Él se rio, un sonido áspero y dulce a la vez, antes de desaparecer en la oscuridad.

—Duerme, Bella —fue su respuesta final—. Soñar no cuesta nada.

Y aunque juré quedarme despierta analizando cada palabra, cada mirada, el peso de su presencia aún envolviéndome como una segunda piel me arrastró a un sueño donde los besos no necesitaban excusas, y las mentiras olían a palomitas y a menta fresca.

El peso de su cabeza en mi estómago era una contradicción: sólido como el mármol, cálido como el sol de mediodía. Liam miraba el techo con falsa indiferencia, pero sus dedos dibujaban círculos invisibles en mi cadera, traicionando la tensión que su voz intentaba ocultar.

—¿Por qué yo, Isabella? —repitió, girando el rostro hacia mí. Sus pestañas proyectaban sombras

lunares sobre sus mejillas—. Podrías haber elegido a cualquier idiota con suerte.

Mi respiración se aceleró, pero fingí concentrarme en una grieta en el yeso del techo.

—Porque eres predecible —mentí, clavando las uñas en la sábana—. Como un virus: molesto, pero sé exactamente cómo te propagarás.

Él rio, una vibración que recorrió mi torso hasta el esternón.

—Predecible, ¿eh? —murmuró, sentándose de golpe hasta quedar a la altura de mi rostro—. Entonces predice esto.

Su boca capturó la mía antes de que pudiera reaccionar. No fue un beso de película: fue una pregunta escrita en código morse, un incendio controlado que dejó mis labios entumecidos y mis pulmones vacíos. Cuando se separó, su pulgar limpió el carmín manchado en su comisura con una sonrisa de triunfo.

—¿Eso también entraba en el guión? —logré articular, temblando.

—No —admitió, acercándose hasta que nuestras frentes se rozaron—. Pero debería.

El teléfono vibró en la mesita de noche, iluminando la habitación con una notificación de Luna: *«Si están haciendo algo que requiera compresas frías, POR FAVOR graben el audio»*. Liam lanzó el dispositivo al sofá sin apartar los ojos de mí.

—Tu hermana necesita un pasatiempo —murmuró, pero su voz se quebró cuando mis dedos encontraron el pelo en su nuca.

—Liam… —susurré, y esta vez no fue una advertencia.

Él maldijo en voz baja, casi un suspiro, antes de desplomarse a mi lado.

—Esto es una mala idea —gruñó, aunque su brazo me rodeó la cintura para atraerme hacia él—. Deberías echarme.

—¿Y perder mi título de «perra soportable»? —bromeé, enterrando la nariz en su cuello donde olía a sal marina y menta salvaje.

—Eres insufrible —corrigió, pero su risa se ahogó cuando mis labios rozaron la cicatriz bajo su clavícula, un relicario de cuando me defendió de un perro callejero a los catorce años—. Isabella…

—Callado —ordené, sellando su protesta con otro beso.

Y aunque cada célula de mi cerebro gritaba que esto era un error, que las mentiras no se reparan con más mentiras…
Su corazón acelerándose contra mi palma me convenció de que algunas verdades solo pueden decirse en silencio.

Capítulo 14

(Punto de vista de Isabella)

Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca con una firmeza que hizo que el aire escapara de mis pulmones. Liam tenía los ojos entrecerrados, no por el sol de la tarde que se filtraba por las cortinas, sino por esa intensidad suya que siempre parecía a punto de romper algo. O a alguien.

—¿No se supone que deberías irte a casa? —repetí, esta vez sin golpetearlo, aunque mis dedos temblaban cerca de su mandíbula, como si el simple contacto con su piel pudiera quemar.

Él soltó un gruñido, arrastrándose hasta quedar suspendido sobre mí, su sombra borrando el resto

del cuarto.

—Mis padres están ocupados celebrando cómo lograron aguantarse mutuamente veinte años —murmuró, y su aliento caliente recorrió mi cuello hasta clavarse detrás de la oreja—. Así que no, princesa. No tengo prisa.

Apreté sus mejillas con ambas manos, distrayéndome con la textura de su barba incipiente bajo mis palmas.

—¿Y si decido que *yo* sí tengo prisa? —desafié, aunque mi voz sonó más quebrada de lo que hubiera querido.

Él se rio, un sonido bajo y peligroso, antes de capturar mis manos y anclarlas sobre la almohada.

—Mientes peor que un político en campaña —susurró, inclinándose hasta que sus labios rozaron el párpado que yo cerraba instintivamente—. Pero sigamos jugando, ¿sí? Dime que me odias. Que esto es solo un *arreglo*.

El corazón me golpeó las costillas como si quisiera escapar. Sabía el juego que proponía: una mentira dentro de otra mentira, capas de ficción para esconder lo que ambos sentíamos latir bajo la piel.

—¿Qué les dirás? —pregunté en cambio, evitando su trampa—. A tus padres.

Liam se desplomó a mi lado con un suspiro exagerado, arrastrándome contra su costado como si yo fuera un peluche rebelde.

—Que eres la chica que me saca canas —dijo, jugueteando con un rizo suelto de mi cabello—. La que me hace beber té de manzanilla como un abuelo. La que… —su voz se quebró imperceptiblemente— robó mi hoodie favorito y nunca lo devolvió.

Me incorporé de golpe, ignorando cómo su camiseta se arremolinaba alrededor de mis caderas.

—Ese hoodie era mío, ladrón —le mentí, señalándolo con el dedo—. Y si les dices eso a tus padres, les diré cómo lloraste con *ToyStory 3*.

Él se irguió como un resorte, ojos brillantes de desafío.

—Fue una alergia al polen —gruñó, atrapándome por la cintura y haciéndome rodar bajo él de nuevo—. Y tú lo sabes.

La carcajada que me sacó fue ahogada por sus labios. Este beso no fue una pregunta. Fue una confesión escrita en código, un mapa de rutas que ninguno se atrevía a nombrar. Cuando nos separamos, jadeantes, su frente se apoyó en la mía.

—Diles que soy tu vecina —susurré, trazando la cicatriz en su labio inferior con el pulgar—. Tu amiga. Alguien que… —*te importa demasiado para mentirte*, terminé en silencio.

Él capturó mi mano, besando la palma con una ternura que contradijo su siguiente frase:

—Les diré que eres el diablo en leggings. Y que algún día te enviaré de vuelta al infierno.

Pero cuando su boca encontró la mía otra vez, supe que ambos estábamos mintiendo.

Y quizás, por primera vez, eso me asustó más que la verdad.

El silencio se espesó como la miel envenenada. Liam no apartaba la mirada del techo, pero sus dedos tamborileaban sobre el colchón, siguiendo el ritmo de un corazón que ambos fingían no escuchar.

—¿Química sexual? —repetí, sentándome con brusquedad—. ¿Eso es lo que crees que esto es?

—Mi risa sonó falsa incluso para mis propios oídos.

Él se incorporó con lentitud deliberada, como un depredador midiendo a su presa.

—No lo *creo* —murmuró, arrastrando una mano desde mi rodilla hasta el hueso de la cadera—. Lo *sé*.

Atrapé su muñeca antes de que llegara más alto, clavando las uñas en su piel.

—Esto —dije, señalando el espacio mínimo entre nuestros cuerpos— es un *arreglo*. Tú me ayudas a fingir que no estoy rota, yo te ayudo a fingir que no te importa. Nada más.

Su sonrisa fue un relámpago de dientes afilados.

—Fingir, ¿eh? —Sus labios rozaron la curva de mi oreja, y no pude reprimir el escalofrío—. Entonces finge ahora. Finge que no quieres que te desgarre esta camisa. Finge que no te he memorizado cada vez que jadeas mi nombre.

El puño que se cerró en su camiseta lo trajo a centímetros de mi boca. Olía a ira y a desesperación, a noches en vela y secretos guardados bajo llave.

—¿Y si no quiero fingir? —susurró él, desafiante.

Antes de que pudiera responder, sus labios capturaron los míos. Este beso no fue un juego. Fue una declaración de guerra. Sus manos me levantaron la camisa, no con urgencia, sino con la certeza de alguien que conoce cada grieta de tu armadura. Y yo… yo lo dejé.

Hasta que el sonido de un coche estacionando en el jardín vecino nos separó de golpe.

—Mis padres —masculló Liam, apartándose como si yo lo hubiera quemado.

Ajusté mi ropa con dedos temblorosos, evitando su mirada.

—No les digas que soy tu novia —repetí, pero la voz me falló en la última palabra.

Él se detuvo en la puerta, perfilándose contra el corredor iluminado.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros, Isabella? —preguntó sin volverse—. Yo sí elijo las mentiras que valen la pena.

Cuando la puerta se cerró, el eco de sus palabras se mezcló con el sabor de su mentira favorita en mis labios: la que decía que esto no nos destruiría.

El aire se espesó con la electricidad de una mentira a punto de romperse. Liam no se movió de la cama, sus ojos siguiéndome como un lobo midiendo cada uno de mis pasos hacia la puerta.

—¿Mis padres? —repitió, mordiendo cada sílaba—. Esa es tu mejor jugada. Usar *ellos* como escudo.

Crucé los brazos, sintiendo el marco de la puerta frío contra mi espalda.

—Funciona —dije, desafiante—. Siempre funciona.

Se levantó con la elegancia de alguien que conoce demasiado bien el poder de su propia sombra. Sus zapatos golpearon el suelo con un ritmo deliberado, lento, como si cada paso fuera una pregunta sin hacer. Cuando estuvo frente a mí, su dedo índice trazó una línea imaginaria desde mi clavícula hasta el pulso.

—¿Sabes por qué sigues mintiendo, Isabella? —susurró, inclinándose hasta que sus palabras se mezclaron con mi aliento—. Porque admitir la verdad significaría perder. Y tú… —su sonrisa fue un cuchillo envuelto en seda— odias perder.

Atrapé su mano antes de que llegara a mi mejilla.

—¿Y tú qué odias, Liam? —contragolpeé—. ¿Admitir que esto es más grande que tu orgullo?

Su risa reverberó en el espacio estrecho entre nuestros cuerpos.

—Mañana —dijo de pronto, cambiando el tema con la agilidad de un estafador—. ¿Planes?

—Lavar tu hoodie —mentí, señalando el cajón donde lo escondía desde hacía meses.

Él se mordió el labio inferior, un gesto que sabía me desarmaba.

—Ven al lago —ordenó, no pidió—. A las siete. Trae el hoodie.

—¿Y si no voy?

Su pulgar acarició mi muñeca, justo donde el corazón late más rápido.

—Sabes la respuesta.

Cuando salió, el eco de sus pasos se confundió con el crujido de las paredes que construíamos. Y en el silencio que dejó, juré que el hoodie aún olía a su mentira favorita: aquella donde ninguno necesitaba ganar.

Su comentario flotó en el aire como una chispa a punto de incendiar la gasolina. Mis dedos se aferraron al borde de la encimera, sintiendo el mármol frío bajo las uñas mientras su sonrisa desafiante me retaba a saltar al abismo.

—¿Un *mejor* besador? —repetí, inclinándome hacia él hasta que nuestras frentes casi se rozaron —. ¿Y tú qué criterio usas, Knight? ¿Número de suspiros o capacidad para ahogar egos?

Él no retrocedió. Al contrario, su mano se deslizó por mi muslo hasta encontrar la curva de la rodilla, un gesto posesivo que contradijo sus palabras.

—Criterio científico —murmuró, los labios rozando mi mejilla—. Tiempo de recuperación. Cuánto tardas en olvidar que fue una farsa.

Reí, pero el sonido se quebró cuando sus dientes mordisquearon mi oreja.

—¿Y si no quiero olvidar? —desafié, girando bruscamente para liberarme, pero sus brazos me encerraron contra la alacena.

Los frascos de especias temblaron detrás de mí. Él olía a menta y peligro.

—Entonces no estás haciendo bien tu papel —susurró, su aliento caliente en mi cuello—. Las novias de verdad no fingen *esto*.

Mi rodilla se elevó instintivamente, deteniéndose a un centímetro de su entrepierna. Su risa fue baja, vibrante.

—Cuidado, Montgomery. Podría pensar que te importa.

—Cuidado *tú* —contragolpeé, clavando los dedos en su cabello para obligarlo a mirarme—. Podría pensar que necesitas que me importe.

El silencio se tensó como un arco. Sus ojos recorrieron mi rostro, buscando grietas en mi armadura. Yo le devolví la mirada, contando cada latido que delataba su juego.

De repente, sonó un timbre.

—Tus padres —murmuré, sin soltarlo.

—No están en casa —respondió, atrapando mi muñeca contra la madera—. Era el repartidor.

La sonrisa que dibujé fue lenta, letal.

—¿Y si te digo que mentí antes? —deslicé la mano libre bajo su camisa, sintiendo los músculos tensarse—. Que sí pensé en cómo se vería tu boca roja por mí.

Él inhaló brusco.

—Mientes ahora.

—¿Seguro? —Mi uña trazó una línea desde su esternón hasta el ombligo—. Apuesto a que tú también…

El timbre sonó de nuevo, seguido de una voz familiar que gritó: "¡Isabella! ¿Estás decente?".

Liam maldijo en voz baja, separándose como si lo hubieran electrocutado.

—Parece que tu suerte se acabó —susurré, ajustando mi camisa con dedos que no temblaban. *Mentira*.

Antes de cruzar la puerta, giró hacia mí.

—Mañana a las cuatro —rugió, señalándome con el dedo como un reto—. Y trae tu orgullo. Vas a necesitarlo.

Cuando se fue, el eco de su amenaza se mezcló con el sabor amargo de mi victoria: por primera vez, ambos sabíamos que estábamos mintiendo.

Sus palabras cayeron como un guante arrojado al suelo entre nosotros. El aire olía a menta y a manzanas podridas, a verdad disfrazada de broma. Sus dedos aún quemaban mi muñeca, marcando círculos invisibles que me recordaban cuántas veces había cedido antes.

—¿Atraído? —repetí, arqueando las cejas con una calma que no sentía—. ¿Y esto es tu forma de decir que no puedes controlarte, Knight? Qué conmovedor.

Me soltó como si mi piel hubiera echado chispas. Su risa sonó forzada, áspera.

—Controlar no es el problema —dijo, apoyando ambas manos a los lados de mi cabeza contra la alacena. Los frascos de vidrio tintinearon detrás de mí—. El problema es que tú tampoco quieres que lo haga.

Mi pulso acelerado traicionó cada sílaba. Él lo notó; sus ojos bajaron a mi cuello, donde la sangre cantaba bajo la piel.

—¿Y si te equivocas? —deslicé la mano entre nosotros, presionando el centro de su pecho—. ¿Si todo esto es solo otro juego para ganar?

Atrapó mi mano con la suya, entrelazando nuestros dedos con una ferocidad que me hizo contener la respiración.

—¿Ganar *qué*, Isabella? —susurró, acercando sus labios a los míos sin tocarlos—. Ya estás donde te quería: atrapada, dudando, *sintiendo*.

El timbre del teléfono cortó el aire como un hacha. Él maldijo, pero no se movió. Yo tampoco. La vibración del dispositivo sobre la encimera resonó con la tensión de un cable a punto de romperse.

—Podrías contestar —murmuró, rozando mi mejilla con la nariz—. O podrías seguir fingiendo que esto no está pasando.

Empujé su hombro con fuerza suficiente para hacerlo retroceder un paso.

—No es fingir —mentí, agarrando el teléfono sin mirar la pantalla—. Es elegir. Y tú… —apreté el dispositivo hasta que el plástico crujió— no eres mi primera opción.

Su sonrisa fue lenta, peligrosa, como un tigre saboreando la persecución.

—Pero sí la última —dijo, caminando hacia atrás hacia la puerta—. Mañana a las cuatro. Y Isabella… —se detuvo en el umbral, la luz del atardecer recortando su silueta—. Trae respuestas. O inventaré las mías.

Cuando se fue, dejé escapar el aliento que ardía en mis pulmones. El reflejo en la ventana me mostró lo que él había visto: pelo revuelto, labios hinchados, ojos brillantes de una rabia que se parecía demasiado al deseo.

El teléfono volvió a vibrar. Un mensaje de mi hermana: *"¿Sigues viva ahí dentro?"*.

Respondí sin pensar: *"No estoy segura"*.

Antes de que pudiera arrepentirme, otro mensaje entró: *"Cuidado con los juegos que empiezas y no puedes terminar"*.

Apagué la pantalla. Demasiado tarde para advertencias.

Capítulo 15

(Punto de vista de Isabella)

Liam estaba recostado contra el marco de la puerta, las mangas de su camisa blanca arremangadas hasta los codos, revelando esos malditos antebrazos que parecían esculpidos para torturarme. Llevaba una sonrisa de medio lado, la misma que usaba cuando sabía que me estaba volviendo loca.

—Veinte minutos —dijo, revisando su reloj de pulsera con exagerada teatralidad—. Veinte minutos escuchando cómo maldices y derribas medio dormitorio. —Sus ojos se posaron en mi moño deshecho, donde el broche en forma de garra amenazaba con soltar un mechón rebelde—. ¿Secuestraste a un gato o eso es un peinado?

Le lancé una mirada asesina mientras ajustaba el broche, sintiendo cómo el calor subía por mi cuello.

—Llegaste media hora antes —contesté, cruzando los brazos—. ¿O el gran LiamKnight ahora también lee mentes para colarse en agendas ajenas?

Se inclinó hacia adelante, lo suficiente para que su perfume a madera quemada y sal invadiera mis sentidos.

—No necesito leer mentes —susurró—. Solo observo. Como cuando te muerdes el labio al mentir o te tambaleas en esos tacones que odias pero te pones para «parecer más intimidante». —Señaló mis zapatos con un dedo, y yo maldije mentalmente haber elegido los de aguja—. Además, alguien tenía que salvarte de tu propio caos.

Intenté cerrarle la puerta en la cara, pero su pie bloqueó el movimiento con una rapidez irritante.

—¿Caos? —bufé, apretando el pomo hasta que los nudillos palidecieron—. Tú eres el caos. El tipo que aparece sin avisar, desordena rutinas y…

—¿Y qué más desordeno, Isabella? —interrumpió, atrapando mi muñeca y tirando de mí hacia él hasta que nuestro aliento se mezcló—. ¿Horarios? ¿Prioridades? ¿O solo esa lista de razones para no quererme que repites como un mantra?

El broche cedió, liberando una cascada de rizos entre sus dedos. Él los enredó suavemente alrededor de su mano, como si sostuviera los hilos de mi resistencia.

—No te quiero —mentí, sin apartar la mirada.

—Claro que no —murmuró, rozando mi oreja con los labios—. Por eso tiemblas.

El timbre del teléfono volvió a sonar dentro de la casa, pero esta vez ni él ni yo nos movimos. Su pulgar acarició mi clavícula, trazando el ritmo de un corazón que juré enterrar bajo capas de sarcasmo.

—¿Vas a contestar? —preguntó, deslizando la otra mano por mi espalda hasta hundirla en el moño deshecho.

—¿Vas a soltarme? —contraatiqué, aunque mi voz sonó más como un suspiro.

Su risa vibró contra mi piel.

—No hasta que admitas que hoy también perderás.

El broche se desprendió por completo, y mi cabello cayó como cortina dorada entre nosotros. Al otro lado de la calle, un auto tocó la bocina, rompiendo el hechizo. Liam retrocedió, pero no sin

antes susurrar:

—Veinte minutos más, Montgomery. Y esta vez, no huyas.

Cuando desapareció, el eco de sus palabras se aferró a mí como la huella de sus dedos en mi cintura.

La bola de metal chocó contra los bumpers con un *clank* estridente, iluminando la máquina con destellos azules que se reflejaron en los ojos de Liam. Su pregunta quedó suspendida entre los pitidos electrónicos y el zumbido de las luces de neón.

—¿Dónde? —repitió, desviando la mirada del juego por un segundo demasiado largo. La bola escapó por el desagüe izquierdo y la pantalla marcó *GAME OVER* en letras sangrantes.

Sonreí, satisfecha, y apoyé las manos en el borde de la máquina.

—Perdiste. —Me incliné hacia él, dejando que mi pelo rozara su hombro—. Y las reglas eran claras: solo una revelación por ronda.

Él apretó los flippers como si aún pudiera salvarse, pero la pantalla ya mostraba mi puntuación triplicando la suya.

—Tramposa —murmuró, aunque una sonrisa se le escapó—. Usaste el tatuaje como carnada.

—Funcionó, ¿no? —Me aparté, rozando deliberadamente su brazo al pasar hacia la próxima máquina. Un grupo de adolescentes nos esquivó corriendo, gritando por un *Air Hockey*, pero Liam no se movió de mi lado.

—¿Es visible? —preguntó, atrapándome contra una máquina de *Pac-Man* cuyo joystick estaba frío bajo mi palma.

—Depende —respondí, fingiendo interés en los fantasmas pixelados que perseguían al come-cocos—. ¿Qué darías a cambio de la respuesta?

Su dedo trazó una línea imaginaria desde mi hombro hasta la curva de la cintura, deteniéndose justo donde el dobladillo de mi blusa se encontraba con el jeans.

—Un secreto por otro. Te diré algo que ni tu hermana sabe.

El aire olía a chicle derretido y circuitos sobrecalentados. Alguien gritó *¡Jackpot!* en una máquina de *Slot* cercana, y por un segundo, el tintineo de fichas cayendo ahogó el latido de mi corazón.

—Está aquí —susurré, llevando su mano a mi costado, justo sobre la cadera, donde la tela ocultaba una estrella de cinco puntas—. Me lo hice el día que cumplí dieciocho. Para recordar que…

—¿Que? —Su aliento calentó mi cuello.

—Que algunas cicatrices brillan en la oscuridad. —Me giré, rompiendo el contacto—. Tu turno.

Él se mordió el labio inferior, evaluándome. Luego, sacó una llave del llavero que siempre llevaba en el bolsillo. Colgaba de ella una medallita de plata, gastada por el tiempo.

—Perteneció a mi madre —dijo, cerrando mi mano alrededor del metal—. La única cosa que rescaté del incendio.

El peso de la confesión me dejó sin aire. Quería preguntar, indagar, pero él ya se alejaba hacia una máquina de *Basketball*, gritando:

—¡Siguiente juego, Montgomery! Y esta vez, no voy a dejarte ganar.

Corrí tras él, la llave aún caliente en mi puño, preguntándome cuántas capas más tendría que arrancarle para encontrar la verdad… o si, tal vez, ya estaba atrapada en la misma red que él.

La máquina de *Street Fighter II* a nuestras espaldas rugió con un *KO!* ensordecedor, pero Liam no parpadeó. Sus dedos tamborileaban sobre el cristal ahumado del pinball, siguiendo el ritmo de mi respiración entrecortada.

—¿Sexo en la primera cita? —Repitió, arqueando una ceja mientras se inclinaba hasta que su nariz rozó la curva de mi oreja—. ¿Y si te digo que no quiero sexo? Solo… perspectiva.

Su voz baja cargaba la palabra de un significado que hizo que mis rodillas flaquearan. Lo empujé con el hombro, fingiendo exasperación, pero él atrapó mi mano antes de que pudiera retroceder.

—Perspectiva de *mi tatuaje* —aclaré, tirando de él hacia la máquina de *Skee-Ball* cercana—. Eso cuenta como perversión en algunos estados, Knight.

Él soltó una carcajada que resonó entre las luces de neón parpadeantes, arrojando dos monedas en la ranura.

—Tres tiros. Si gano, me dejas verlo. Si pierdes… —Sus ojos recorrieron mi cuerpo con una lentitud deliberada antes de clavarse en los míos—. Te digo por qué odio la primavera.

Apreté una bola de madera contra mi pecho, sintiendo su superficie áspera como si fuera la única cosa real en la habitación.

—Odias la primavera porque es cuando tu ex se casó —solté, lanzando la bola con un giro de muñeca que hizo que aterrizara directamente en el círculo de 50 puntos—. O porque te da alergia al polen. O porque…

La segunda bola se desvió, rebotando en el borde. Liam no intentó lanzar la suya. Se quedó quieto, los nudillos blancos alrededor de su propia bola.

—Mi madre murió en primavera —dijo, tan bajo que casi se perdió entre el *ding* de otra máquina cercana—. Los ciruelos estaban en flor. Ella odiaba ese árbol.

La tercera bola se me resbaló de los dedos, rodando hasta detenerse contra su zapato. Él la recogió, estudiando las vetas de la madera como si contuvieran un código secreto.

—Liam… —Comencé, pero él ya había lanzado. Tres tiros directos al centro. 150 puntos. Perfección fría y calculada.

Cuando se volvió hacia mí, la máscara de diversión ya estaba de vuelta.

—Perspectiva, Montgomery. Nada más.

El aire entre nosotros vibraba con promesas no dichas. Saqué la llave que me había dado antes de su bolsillo, sosteniéndola como un talismán.

—¿A cambio de esto? —pregunté, haciendo girar la medallita gastada—. ¿Un vistazo a tu cicatriz favorita?

Él deslizó dos dedos bajo el borde de mi blusa, deteniéndose justo donde el tatuaje se ocultaba. El contacto quemaba.

—No —susurró, su aliento mezclándose con el mío—. A cambio de la próxima respuesta honesta que me debes.

Antes de que pudiera responder, su teléfono vibró. La pantalla mostró un nombre que hizo que su mandíbula se tensara: *Dr. Knight*.

—Tengo que… —Comenzó, retrocediendo como si el suelo estuviera electrificado.

—Ve —dije, ajustando mi ropa con manos que temblaban levemente—. Pero esto no termina aquí.

Mientras lo veía desaparecer entre las máquinas parpadeantes, me di cuenta de que ambas cosas eran verdad: ni él ni yo éramos buenos perdiendo… pero estábamos aprendiendo a jugar.

La mesa de *air hockey* relucía bajo las luces frías de neón, su superficie lisa como un lago helado. Liam deslizó el disco con un golpe seco, y el sonido metálico del impacto resonó en mis huesos.

—Invencible, ¿eh? —murmuré, bloqueando su tiro con un movimiento brusco que hizo vibrar la paleta en mi mano. El disco rebotó contra la pared lateral, trazando una línea plateada antes de que él lo interceptara.

—Hasta ahora —respondió, inclinándose sobre la mesa con esa sonrisa de medio lado que me hacía querer romperle la arrogancia a mordiscos.

El segundo round fue una guerra de reflejos. Los discos chocaban como estrellas fugaces, iluminando brevemente el espacio entre nosotros. Noté cómo su mirada se desviaba hacia mi cuello cada vez que me estiraba para alcanzar un tiro bajo, cómo sus nudillos palidecían al aferrar la paleta como si contuviera más que plástico.

—¿Te distraes, Knight? —lancé el disco en un ángulo imposible, rozando el borde de su portería.

Él lo atajó en el último milímetro, pero no antes de que mi rodilla chocara contra la mesa, acercándome lo suficiente para ver la gota de sudor deslizándose por su sien.

—Solo estudio a la competencia —susurró, y en ese instante, su pie se enredó con el mío bajo la mesa.

El cronómetro pitó. 5-5.

En el desempate, el aire olía a electricidad estática y menta de su chicle. Liam lanzó un tiro recto, predecible, pero cuando me incliné para bloquearlo, su mano cubrió la mía sobre la paleta. El disco se estrelló contra mi portería sin resistencia.

—Tramposo —dije sin aliento, sin soltar su mano.

—Estrategia —corrigió, los dedos entrelazándose con los míos por un latido demasiado largo antes de apartarse.

La última jugada fue un remolino de reflejos y risas ahogadas. Cuando el disco salió disparado hacia su esquina izquierda, Liam se lanzó con tal fuerza que la mesa chirrió. Pero yo ya estaba allí, paleta alzada como un escudo, y el rebote envió el disco directo al centro de su portería.

¡GOAL! parpadeó la pantalla en rojo sangre.

Él se quedó inmóvil al otro lado, el pecho subiendo y bajando al ritmo del mío. Luego, lentamente, aplaudió tres veces.

—Impresionante —dijo, aunque la palabra sonó más como una confesión que como un elogio.

Recogí el disco aún caliente de la mesa, pasándolo por mis nudillos en un gesto que sabía lo volvía loco.

—Dilo. Admito que soy mejor.

Se acercó, limpiándose las manos en los jeans mientras el eco del último golpe se apagaba.

Cuando habló, fue contra mi boca, un roce de palabras y rebeldía:

—Eres… insufriblemente buena.

El beso fue un relámpago. Rápido, eléctrico, sabiendo a gominolas ácidas y desafío. Para cuando recuperé el aliento, ya estaba recogiendo su chaqueta, lanzándome una mirada que prometía revancha.

—Pero sigo odiando la primavera —dijo, y desapareció entre las máquinas, dejándome con el sabor de su menta y una certeza:

La próxima vez, no dejaría que escapara tan fácil.

Capítulo 16

(Punto de vista de Liam)

El menú plastificado crujió bajo mis dedos mientras observaba a Isabella. Sus ojos evitaban los míos, fijos en un punto lejano de la pared cubierta de posters de bandas de los 80. La pregunta flotaba entre nosotros como un humo espeso, y por primera vez en años, no sabía cómo respirar.

—¿Por qué no? —repetí, más suave esta vez, aunque la palabra me raspó la garganta.

Ella jugueteó con un sobre de azúcar, doblando las esquinas con precisión quirúrgica. El ruido de las máquinas tragamonedas del piso de abajo subía en oleadas, mezclado con risas adolescentes.

—Mi padre era… cómo decirlo… un coleccionista —dijo al fin, la voz tan fría que casi esperé ver vapor al exhalar—. De promesas rotas.

La mesa vibró cuando apoyé los codos, inclinándome hasta que su perfume de vainilla barata me nubló el pensamiento.

—¿Y tu madre? —pregunté, sabiendo que pisaba un campo minado pero incapaz de detenerme.

Isabellarió, un sonido cortante como cristal quebrado.

—Ah, ella coleccionaba algo distinto. Hombres. —Sus uñas perforaron el sobre de azúcar, derramando cristales blancos sobre el formica manchado de ketchup—. El último se llevó hasta las fotos de mi graduación. Para pagar una deuda, según él.

El camarero apareció de repente, dejando caer los platos con un clatter que nos hizo saltar a ambos. El sándwich de Isabella se desmoronó al impacto, pero ella ni parpadeó.

—¿Coleccionabas algo tú? —pregunté después de que el tipo se marchó, empujando mi plato hacia ella. Sabía que prefería las papas crujientes, y las suyas ya estaban blandas.

Ella tomó una de mis papas fritas, mordisqueándola como si estuviera decidiendo cuánto revelar.

—Tazas de café robadas de gasolineras. Doce estados distintos. —Una sonrisa torcida asomó—. Hasta que me atraparon en Nuevo México.

Reí, aunque sentía el peso de lo que no decía. Doce estados. Doce escapes. Doce nuevas escuelas donde aprender a ser invisible.

—Yo colecciono relojes rotos —confesé, girando mi vaso de té helado hasta que el hielo bailó como dados cargados—. Los de cuerda, de esos que necesitan darles vueltas cada mañana.

Ella alzó una ceja, captando la indirecta. Todos en mi apartamento sabían la regla: no tocar los relojes del estante del pasillo. Cada uno detenido a las 8:17 AM.

—¿Era…? —comenzó, pero se mordió el labio.

—La hora en que encontraron a mi madre —terminé por ella, aplastando un cubo de hielo con el tenedor—. Primavera. Ciruelos en flor. El puto árbol que odiaba.

El silencio que siguió fue tan denso que casi podía saborear el polen imaginario. Isabella extendió la mano lentamente, como acercándose a un animal herido, y sus dedos se cerraron sobre los míos.

—Por eso te quedaste en Northridge, ¿verdad? —murmuró—. Por el jardín de ciruelos frente a tu edificio.

Me estremecí. Nadie lo había notado. Nadie excepto ella.

—Para recordar —mentí, porque la verdad era demasiado frágil—. Y para olvidar.

Estábamos tan cerca que nuestro aliento empañó el aire entre nosotros. Olía a sal y azúcar quemada, a preguntas sin respuesta y a miedo.

El timbre de su teléfono destrozó el momento. *Desconocido*, decía la pantalla, pero palideció como si hubiera visto un fantasma.

—Tengo que… —Se levantó tan rápido que su silla chirrió contra el piso—. Baño. Un minuto.

Mientras la veía escabullirse entre las mesas, noté cómo se frotaba la muñeca izquierda. Donde un reloj de pulsera demasiado holgado dejaba marcas rojas en días de estrés.

Coleccionábamos cicatrices, los dos. Y tal vez, solo tal vez, estábamos aprendiendo a enseñarlas.

El sonido de su risa resonaba en mis oídos como una melodía que no quería admitir que me gustaba. Sus dedos aún agarraban mi mano con una fuerza que delataba lo mucho que intentaba contener la carcajada, y noté cómo el frío del anillo que siempre llevaba en el pulgar se mezclaba con el calor de su piel.

—Deberías ver tu cara cuando cuentas esa historia —dijo Isabella, levantando la cabeza de la mesa. Sus mejillas estaban sonrojadas, y un rizillo rebelde se le había escapado de la coleta—. Como si todavía sintieras el golpe en el tablero.

—Fue un *tiro libre*, no el tablero —corregí, aunque sabía que exageraría los detalles la próxima vez que lo contara, solo para verla reír así de nuevo.

Ella soltó mi mano de golpe, como si acabara de darse cuenta de que la estaba tocando, y se pasó los dedos por el pelo para recolocarse el rizillo. Un gesto nervioso. Lo había visto antes, cada vez que mentía sobre por qué llegaba tarde a clase o por qué evitaba mirar de frente al profesor de matemáticas.

—Vamos —dijo, levantándose de un salto—. Te voy a enseñar cómo se juega al baloncesto de verdad.

La seguí hasta las máquinas destartaladas al fondo del local, donde las pelotas de goma descoloridas chocaban contra aros flojos. Isabella ya estaba sacudiendo una moneda del bolsillo de su chaqueta de mezclilla.

—Apuesto a que todavía tienes miedo de que te golpeen la cara —dijo, lanzándome una pelota que atrapé instintivamente.

El peso del plástico en mis manos me trajo un flashback de aquel balón de cuero que me había roto el labio en séptimo grado. Pero su sonrisa desafiante, iluminada por la luz parpadeante de la máquina, era más peligrosa que cualquier balonazo.

—Tú primero, *campeona* —respondí, inclinándome para insertar la moneda.

El marcador digital se encendió con un pitido agudo. Isabella lanzó el primer tiro con una precisión insultante. *Swish*. La pelota ni siquiera rozó el aro.

—¿Ves? —Se volvió hacia mí, cruzando los brazos—. Así se hace.

—Esa máquina está inclinada —murmuré, ajustando el ángulo de mi hombro.

—¡Perdedor! —canturreó, pero su voz se quebró cuando mi primer lanzamiento entró con un golpe seco.

El juego se convirtió en un duelo de miradas robadas entre tiros. Ella mordía el labio inferior al

concentrarse; yo contaba los puntos en voz baja solo para verla fruncir el ceño. Cuando el marcador final parpadeó 72-70 a su favor, Isabella saltó y chocó los puños en el aire como si hubiera ganado las finales de la NBA.

—¿En serio nunca has jugado desde lo del... incidente? —preguntó, recostándose contra la máquina.

—Solo contigo —admití, y maldije mi traición de lengua al ver cómo sus ojos brillaban.

El silencio cayó como una cortina pesada. El local estaba casi vacío ahora, y el camarero de antes limpiaba mesas a lo lejos con un trapo que olía a cloro rancio. Isabella jugueteaba con el cordón de su zapato, deshaciendo y rehaciendo el nudo.

—¿Sabes lo que colecciono ahora? —dijo de pronto, sin levantar la vista.

—¿Qué? —pregunté, aunque ya sabía que la respuesta me dejaría sin aire.

—Razones para quedarme.

Sus palabras flotaron entre nosotros, frágiles como el polvo bajo las luces fluorescentes. Y en ese momento, lo supe: estaba jodido. Porque cada risa suya, cada mentira torpe, cada tiro fallado a propósito para dejarme ganar (aunque nunca lo admitiría), eran ladrillos en una pared que ya no quería saltar.

El timbre de la puerta del local sonó, anunciando la entrada de un grupo de chicos que reían a gritos. Isabella se apartó rápidamente, como si el ruido la hubiera rociado con agua fría.

—Deberíamos irnos —dijo, evitando mi mirada mientras se ajustaba la chaqueta.

Asentí, siguiéndola hacia la salida. Pero en el estacionamiento, bajo la luz amarillenta de un poste que parpadeaba como el marcador de nuestras máquinas rotas, se detuvo.

—Liam —susurró, y su voz tembló como el hilo de una cometa a punto de cortarse—. ¿Crees que...?

No la dejé terminar.

Mi beso fue una pregunta. El suyo, una respuesta.

Y entre los dos, el miedo a coleccionar algo más que tazas robadas y relojes detenidos empezó a desmoronarse.

El aire entre nosotros se espesó como la miel quemada. Isabella seguía revolviendo su té helado con el popote, haciendo girar los cubos de hielo en un torbellino minúsculo. Cada clic del hielo contra el vidrio sonaba como un reloj acelerado.

—¿Rara? —repetí, inclinándome sobre la mesa hasta que el borde de la chaqueta de cuero de Isabella rozó mi antebrazo—. Tú coleccionas tazas robadas y hablas con las máquinas expendedoras. *Yo* soy el raro aquí.

Ella soltó una carcajada corta, forzada, pero sus ojos no se despegaron de los míos. Noté cómo su pulso latía en la base del cuello, justo donde el collar de plata que siempre llevaba se hundía en la piel.

—No hablo con las máquinas —protestó, lanzándome una papa frita a la cara. Falló por centímetros—. Les negocio. Hay diferencia.

Atrapé otra papa de su plato y la sostuve frente a sus ojos.

—Esto es un secuestro. ¿Qué me das a cambio?

—Tu dignidad —respondió rápido, arrebatándomela de los dedos con los dientes.

Me quedé paralizado. El brillo juguetón en su mirada se desvaneció tan rápido como había aparecido, reemplazado por algo más frágil. Algo que me hizo tragar saliva con fuerza.

—Liam… —murmuró, y mi nombre en sus labios sonó a advertencia y súplica al mismo tiempo.

El camarero apareció de nuevo, dejando caer la cuenta plastificada sobre un charco de refresco derramado. Isabella aprovechó para retroceder en su asiento, poniendo distancia. Siempre distancia.

—¿Sabes lo que pasa cuando finges demasiado? —preguntó de pronto, rompiendo el silencio mientras sacaba un billete arrugado de su bolsillo.

—¿Qué?

—Que un día te despiertas y ya no sabes qué es real. —Sus dedos temblaron levemente al contar el cambio.

La vi morder el interior de su mejilla, esa misma tic que hacía cuando mentía sobre por qué nunca invitaba a nadie a su casa. O cuando decía que le gustaba el café amargo, aunque siempre le ponía tres sobres de azúcar.

—Isabella —dije, y ella alzó la vista como si hubiera gritado—. ¿Qué quieres que sea real?

El sonido de su respiración entrecortada llenó el espacio entre nosotros. Afuera, un coche pasó a toda velocidad, proyectando sombras fugaces sobre su rostro. Por un segundo, juré verla temblar.

—No lo sé —susurró—. Pero contigo… a veces siento que—. Tragó saliva—. Que ya estoy cansada de fingir.

Mis nudillos rozaron los suyos al alcanzar la cuenta al mismo tiempo. El contacto duró menos de un latido, pero suficiente para que el mundo se redujera al punto donde nuestra piel se encontraba.

—Entonces no finjas —murmuré, sosteniendo su mirada hasta que el rubor le subió por el cuello.

Ella se levantó bruscamente, casi derribando el salero.

—¿Vamos? —dijo, vocecita quebrada, señalando la puerta con la cabeza.

La seguí bajo la luz mortecina del estacionamiento, donde nuestra sombra se alargó hasta fundirse en una sola mancha oscura contra el asfalto. Isabella se detuvo junto a mi moto, pasando los dedos por el manubrio como si estuviera leyendo su futuro en las rayas del metal.

—¿Sabes lo que colecciono ahora? —pregunté, sin poder contenerme.

Ella giró lentamente, cruzando los brazos sobre el pecho. Defensa clásica.

—¿Qué?

—Momentos. —Me acerqué, ignorando la voz en mi cabeza que gritaba *retirada estratégica*—. Como este.

Su perfume a jabón de hotel barato y menta chicle me mareó. Isabella no retrocedió. No esta vez.

—¿Y qué haces con ellos? —preguntó, desafiante, aunque sus pestañas temblaban.

—Los guardo. —Levanté la mano lentamente, dando tiempo a que se apartara. No lo hizo—. Para cuando todo se derrumbe.

Mis dedos rozaron su mejilla, apartando el rizillo rebelde que siempre se le escapaba. Ella cerró

los ojos. Un suspiro. Una rendición.

—Liam… —repitió, pero esta vez sonó a principio.

Y supe que estaba jodido. Porque ahora coleccionaría esto también: el modo en que mi nombre temblaba en sus labios cuando el mundo se detenía.

El motor de mi moto rugió como un animal herido mientras acelerábamos por la autopista. Isabella se aferraba a mi cintura con una fuerza que delataba su nerviosismo, pero cada curva cerrada la obligaba a pegarse más a mi espalda. Su aliento caliente atravesaba la chaqueta, dibujando líneas invisibles sobre mi piel.

—¡No me digas que nunca has ido a una fiesta de los Martin! —grité sobre el viento, sabiendo perfectamente que su familia nunca la habría invitado. Sus brazos se tensaron alrededor de mí.

—¡Solo a las que organiza el servicio de catering! —respondió, y su risa vibró contra mis costillas.

Al estacionar frente a la tintorería, noté cómo sus dedos tardaron medio segundo en soltarme. Un segundo demasiado largo. Demasiado revelador.

—Espera aquí —ordené, saltando de la moto antes de que pudiera verme sonrojarme.

El olor a químicos del local me golpeó como un recordatorio: todo esto era temporal. El traje negro colgado en la percha brillaba bajo las luces fluorescentes, demasiado perfecto, demasiado falso. Como nosotros.

—¿Listo para fingir? —preguntó Isabella cuando regresé, pasando un dedo por la solapa de mi saco. Su uña dejó una marca tenue en la tela.

—Tú empieza —desafié, lanzándole el casco.

La mansión de los Martin estaba iluminada como un casino de Las Vegas, con luces estroboscópicas que destellaban al ritmo de una banda de jazz disonante. Isabella se detuvo en la entrada, tragando saliva ante el ejército de Rolls-Royces y vestidos de seda.

—Todavía puedes echarte atrás —murmuré, ofreciéndole el brazo.

Ella me miró con esa sonrisa torcida que usaba para esconder pánico. —¿Y perder la oportunidad de verte sudar en un traje ajustado? Ni loca.

Su vestido rojo —comprando en una tienda de segunda mano cerca del puerto, lo sabía— se aferraba a sus curvas como una advertencia. Cada paso que dábamos hacia el salón principal atraía miradas que me hacían apretar la mandíbula. Tyler Brooks apareció de la nada, con Anabelle colgada de su brazo como un accesorio de oro.

—Vaya, Liam. ¿Contrataste a una actriz para esta noche? —soltó, escaneando a Isabella de arriba abajo.

Sentí su mano temblar en mi antebrazo, pero antes de que pudiera responder, ella se inclinó hacia adelante con una sonrisa de tiburón.

—Solo actúo cuando él me pide que finja orgasmos —dulce, venenoso—. ¿Necesitas consejos?

Anabelle tosió ahogándose con su champán. Tyler Brooks palideció. Isabella me guiñó un ojo y me arrastró hacia la pista de baile, dejándome con una erección incómoda y una sonrisa estúpida.

—Colecciono caras de idiotas —susurró en mi oído mientras sus caderas se movían contra las mías—. La de tu primo vale por diez.

La música se fundió en un blues lento. Sus dedos encontraron mi nuca, dibujando círculos que me hicieron olvidar los nombres de mis propios padres.

—¿Sabes lo que pasa cuando finges demasiado? —murmuré, citando sus propias palabras mientras mi alboroto le calentaba la mejilla.

—¿Qué? —su voz fue un hilo de seda rota.

—Que dejo de saber si esto es parte de la actuación. —Mi mano descendió por su espalda, deteniéndose justo encima de la costura del vestido.

Isabella detuvo sus movimientos. El mundo se congeló entre el humo de los cigarros y el tintineo de las copas.

—¿Y si te digo que no estoy fingiendo? —susurró, desafiando a los dioses, al destino, a mi corazón que ahora latía en su boca.

La besé.

Fue un choque de dientes y urgencia, de meses de mentiras convertidas en verdades a medias. Sus uñas se clavaron en mi cuello, marcando territorios. Cuando nos separamos, el labial rojo de Isabella manchaba mis labios como un crimen.

—Ahora estás coleccionando esto —jadeó, limpiando el color con el pulgar—. ¿Qué harás con él?

Sonreí, sabiendo que estaba jodido.

—Guardarlo. Para cuando todo se derrumbe.

Capítulo 17

(Punto de vista de Isabella)

Liam se apoyó en el marco de la ventana, con una bolsa de plástico en la mano que olía a ajo y albahaca. Su sonrisa era un desafío ambulante.

—Olvidé que los humanos normales usan puertas —dijo, lanzando la bolsa hacia mi cama. Aterrizó junto a mi almohada con un golpe sordo—. Te traje pasta. La vi mirar mi plato como una perra callejera.

Crucé los brazos, ignorando cómo su camiseta holgada revelaba el collarbone que había fantaseado en morder dos horas antes.

—¿Así que escalas edificios por caridad culinaria? Deberías ponerlo en tu perfil de Tinder.

Él se deslizó al interior, dejando huellas de tierra en el alféizar. Mi ventana protestó con un chirrido que juré había silenciado la semana pasada con WD-40 y maldiciones.

—Prefiero el método directo. —Sus dedos rozaron el borde de mi escritorio donde guardaba la colección de tazas robadas. La de él, la que decía "Café antes de hablar con humanos", estaba escondida en el fondo—. Además, quería ver cómo te ves cuando no finges.

El paquete de pasta emanaba calor a través de la sábana. Tragué saliva.

—¿Y? ¿Cumplo tus expectativas?

En tres pasos estuvo frente a mí. El aroma a motor y menta salvaje que siempre lo rodeaba se mezcló con el tomate de la salsa. Un cóctel letal.

—Te falta esto. —Sacó algo de su bolsillo: un llavero con un pingüino de plástico que robé de la máquina de la lavandería del campus hace un mes—. Lo encontré en mi chaqueta. Pensé que era parte de tu dote nupcial.

Intenté arrebatárselo, pero lo elevó por encima de su cabeza. Brinqué, maldiciendo mis genes de metro cincuenta y ocho. Su risa reverberó en mi pecho.

—¿En serio? ¿El gran LiamKnight viaja en el tiempo para devolver souvenirs robados?

—Solo los que me hacen pensar en ti. —Su voz bajó a un registro que hizo temblar mis rodillas.

El pingüino cayó sobre la cama. Su mano quedó atrapada en mi pelo, desenredando un rizo rebelde con una delicadeza que no cuadraba con sus nudillos cicatrizados.

—Isabella... —mi nombre fue un suspiro raspado, un eco de todas las veces que lo había imaginado pronunciándolo así.

Sonó el timbre.

Nos separamos como niños quemados. Liam maldijo en voz baja mientras yo ajustaba el vestido inexistente arrugas en mi sudor.

—Tres años viviendo aquí y nunca tocaste ese maldito timbre —murmuré, aferrándome al humor como a un salvavidas.

Él ya estaba medio fuera de la ventana, pero se detuvo. La luz del atardecer doró sus pestañas, creando un efecto peligrosamente romántico.

—Bella —llamó, y odié cómo mi estómago hizo piruetas—. El azul claro te hará ver como una diosa griega. O como un Smurf. Cincuenta-cincuenta.

Una risa escapó de mis labios, nerviosa, demasiado aguda. Cuando miré de nuevo, solo quedaba la bolsa de pasta humeante y el pingüino sonriendo burlonamente.

El timbre repicó de nuevo. Maldije en hebreo, yidish, y el español vulgar que aprendí de mi abuelo.

—¡Voy, joder! —grité, pisando fuerte hacia la puerta.

En el umbral, un repartidor sostenía un ramo de lirios morados. Mi color. El color que Liam dijo no tener.

La tarjeta solo decía: *Para practicar.*

Colgué el teléfono con un resoplido, pero no me moví del taburete. A través de la ventana, Liam agitaba una espátula como si fuera un sable de luz, haciendo muecas exageradas mientras revolvía la salsa. Su sombra bailaba en la pared de su cocina, proyectando un espectáculo de marionetas torpes que me arrancó una risa ahogada.

—¿Así que no bailas, eh? —murmuré, grabando un video de sus movimientos ridículos con el teléfono.

De repente, se detuvo. Me incliné hacia adelante, intrigada, mientras él sacaba algo del bolsillo. Su mano se alzó sosteniendo una cuchara de madera a modo de micrófono. Los primeros acordes de *I Wanna Dance withSomebody* retumbaron desde su altavoz, distorsionados por la distancia.

—¡Oh, no —me reí, tapándome la boca—.Esto no está pasando!

Liam saltó sobre el banco de la isla de su cocina, coreografiando un air guitar tan patético que hasta su perro, Duke, huyó corriendo. Su voz desafinada atravesó el cristal:

«¡No es un crimen! ¡Dame una señal!»

Los botones de su camisa se abrieron con un movimiento demasiado dramático, revelando un destello de abdomen que hizo que mi pulso se disparara. Cuando intentó girar como una estrella de rock, resbaló con el jugo de tomate derramado y cayó de rodillas.

—¡Idiota! —grité, riendo hasta que me dolieron las costillas.

Él se incorporó, haciendo una reverencia burlona hacia mi ventana. En la pantalla de mi teléfono, un mensaje parpadeó:

Liam: ¿Suficiente entretenimiento, princesa?

Yo: Le falta fuego escénico. 6/10.

Liam: Espera el bis.

Antes de que pudiera responder, su puerta trasera se abrió de golpe. Liam cruzó el jardín con determinación, llevando un tazón humeante en una mano y una botella de vino barato en la otra. Llamó a mi ventana con el pie.

—¡Abraza el caos, Bella! —dijo, empujando los ingredientes hacia mí—. Cena y espectáculo.

Le quité la botella de las manos, nuestros dedos rozándose un segundo de más.

—¿Y si te atrapan aquí? —pregunté, sabiendo que su padre prohibió toda comunicación entre nuestras familias después del incidente del boletín de notas falsificado.

Él se encogió de hombros, sirviendo vino en dos vasos de plástico que sacó de mi basurero.

—Entonces diré que me obligaste bajo amenaza de publicar el video de mi air guitar.

Nos sentamos en el suelo de la cocina, espalda contra espalda, compartiendo espaguetis con salsa que sabía a albahaca y rebeldía. Cada vez que reíamos, sus hombros vibraban contra los míos, enviando chispas por mi columna.

—¿Sabes lo peor? —susurré, girándome hasta que nuestra narices casi se tocaron—. Ahora

tendré que usar el vestido azul. Para hacer juego con tus ojos cuando mientes.

Él atrapó un rizo suelto de mi cabello y lo enrolló alrededor de su dedo índice.

—Yo no miento —dijo, y por primera vez, creí que tal vez era cierto.

El timbre sonó de nuevo. Liam se escurrió por la ventana del baño mientras yo abría la puerta, encontrando otro ramo: orquídeas azules. La tarjeta esta vez decía: *Para practicar de nuevo.*

Liam se inclinó hasta que su aliento caliente rozó mi frente. Sus manos se posaron en mis caderas para equilibrarse, quemando a través del vestido azul celeste que ahora maldecí por lo delgado de la tela.

—Más bajo no puedo, Bella —susurró, y noté cómo su garganta se movía al tragar cuando ajusté el nudo Windsor—. A menos que quieras que me arrodille.

El aroma a jabón de pino y gasolina —su marca registrada— se mezcló con el vapor de mi perfume. Mis dedos temblaron levemente al deslizar la seda roja de la corbata.

—Si te arrodillas, tu padre pensará que estás pidiendo mi mano —bromeé, aunque la imagen me provocó un vértigo peligroso.

Él soltó una risa ronca que vibró en mi pecho. Sus pulgares hicieron círculos mínimos sobre mi cintura, un gesto tan casual como eléctrico.

—¿Crees que el viejo Knight sobreviviría al shock? —preguntó, jugando con el broche de plata de mi bolso que tenía grabado un pingüino diminuto—. Deberías usar esto en el pelo. Combina con tu colección de… ¿cómo los llamas? "Préstamos involuntarios".

Alejé su mano antes de que notara cómo me aceleraba el pulso. Al ajustarle el cuello de la camisa, mis nudillos rozaron la cicatriz que serpenteaba desde su clavícula. Una reliquia de cuando trepó al roble entre nuestras casas para devolverme mi diario en plena tormenta.

—Listo —anuncié, dando una palmada irónica en su pecho—. Ahora pareces casi civilizado.

Él saltó del escritorio con la agilidad de un gato callejero, arrugando los papeles de mi último ensayo sobre *El Gran Gatsby*. Al estirarse, un botón más de su camisa cedió, revelando el borde de una marca de dientes que reconocí demasiado bien. El recuerdo de nuestra pelea en el lago el verano pasado —cuando me empujó al agua y le di ese mordisco en el hombro— me hizo sonrojar.

—¿Lista para fingir que no quieres empujarme por las escaleras? —preguntó Liam, abriendo la puerta con una reverencia exagerada.

En el rellano, el viento nocturno coló una ráfaga que agitó los lirios morados en su jarrón. Liam se detuvo frente a ellos, arrancando un pétalo que guardó en el bolsillo de su chaleco.

—Por si necesito recordar tu color favorito —explicó con una sonrisa pícara al ver mi mirada.

Caminamos lado a lado, sus nudillos rozando los míos cada dos pasos. Al llegar al Bentley negro de su familia, él abrió la puerta del conductor en lugar de dejar que el chofer lo hiciera.

—Sube —ordenó, lanzando las llaves al aire y atrapándolas con esa seguridad irritante que tanto odiaba—. Si vamos a fingir, hagámoslo escapando como adolescentes.

El motor rugió como una bestia despertando. Mientras aceleraba por el camino de grava, su mano encontró la mía sobre el asiento. No la aparté.

En el espejo retrovisor, las luces de ambas mansiones se fundían en un parpadeo dorado, como estrellas cayendo a nuestro paso.

Sus dedos ardían alrededor de mi muñeca. El cuero de la corbata crujió bajo mis manos cuando

me volví bruscamente, encontrándome a centímetros de su sonrisa de lobo.

—¿Quieres jugar al sastre, Liam? —dije, forzando un tono indiferente mientras su aliento caliente rozaba mi clavícula—. La cremallera es mía. *Tú* eres el maniquí.

Él se inclinó hacia adelante, arrastrando los labios por el borde de mi oreja antes de susurrar:

—Maniquíes no respiran, princesa. Y yo... —su rodilla rozó la mía al ajustar la posición en la cama— ...estoy muy, *muy* vivo.

El reloj de pared marcó las 7:05 con un tictac ahogado. En el jardín, el rociador automático cobró vida, salpicando el ventanal con gotas que dibujaron sombras líquidas sobre su torso. Tragué saliva al notar cómo la seda de su corbata subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—Voy a cerrarla —murmuré, retrocediendo hasta chocar con el espejo de mi armario—. Y si tomas una foto, te arranco la lengua.

Él levantó las manos en rendición, pero sus ojos—azules como el veneno—no se apartaron ni un segundo. La cremallera del vestido crujió al subir, mordiendo mi espalda desnuda. En el reflejo, vi su mandíbula tensarse.

—Deberías usar más vestidos —dijo, brusco, cogiendo su reloj Cartier de la mesilla—. O no. Me distrae.

—¿Quieres que lleguemos tarde a tu propia condena a muerte? —le lancé el bolso, que esquivó con una risa cortante—. Tu papá me odiará más cuando te vea conmigo.

—Peor para él. —Se puso de pie de un salto, alisando el pliegue imaginario de su pantalón—. Pero si quieres darle un infarto... —sacó algo de su bolsillo: el pétalo de lirio arrugado— ...podrías ponértelo en el pelo. Combina con tu sonrisa de niña mala.

Antes de que pudiera responder, el claxon del Bentley retumbó en la calle. Liam extendió el brazo, fingiendo una reverencia de mayordomo que sabía me exasperaba.

—¿Caballeros primero? —dije, pasando rozándolo con el hombro.

—Siempre. —Atrapó mi cintura al cruzarme, sus labios casi tocando la curva donde el vestido encontraba mi piel—. Pero yo prefiero ir *detrás* de ti. Para... asegurarme de que no tropieces.

El eco de sus pasos siguiéndome escaleras abajo sonó como una cuenta regresiva.

Capítulo 18

(Punto de vista de Isabella)

Sus dedos se cerraron alrededor del llavero de sirena, las escamas de plástico brillando bajo la luz del flexo. El movimiento hizo que su antebrazo rozara mi costado, y el calor de su piel a través de la fina tela del vestido contradijo sus manos "frías" de antes.

—Tira —repetí, conteniendo la respiración mientras su pulgar exploraba la cola de la figura.

El llavero emitió un chirrido agudo al estirarse, y la sirena se partió en dos, revelando un pendiente de perla diminuto. Liam frunció el ceño, acercándolo a sus ojos con una concentración que no le había visto ni en los exámenes de cálculo.

—¿Un tesoro escondido? —preguntó, girando la perla entre sus dedos. La cicatriz de su nudillo, aquella que me había mordisqueado durante una pelea de almohadas a los doce años, brilló pálida bajo la luz—. O… ¿un mensaje secreto para piratas?

—Es de mi abuela —aclaré, arrebatándole el pendiente antes de que notara cómo me temblaban las manos—. La sirena se abre si tiras con fuerza. Ella decía que hasta las cosas más frágiles guardan sorpresas.

Él se apoyó contra el tocador, haciendo crujir los frascos de perfume. Su reflejo en el espejo me observaba mientras guardaba el pendiente en un cajón, pero su voz bajó hasta convertirse en un susurro de contrabando:

—Como tú.

El reloj de pared marcó las 7:17 con un *clic* que resonó como un disparo. En el jardín, una lechuza graznó, y Liam aprovechó el distractor para acercar su bota a la mía, eliminando el centímetro de distancia que nos separaba.

—¿Y esto? —preguntó, señalando un frasco de laca para el pelo con etiqueta en ruso—. ¿Arma química o souvenir de tus viajes para salvar ballenas?

—Para domar tu melena de rebelde sin causa —bromeé, rociando un poco en su dirección.

Él esquivó el aerosol con una risa ahogada, pero no se movió del espacio que ahora compartíamos. Su reflejo y el mío en el espejo se superponían, como dos fotogramas de una película mal editada. Cuando alargó la mano para tomar mi cepillo de pelo, su muñeca quedó a la altura de mis labios.

—¿Sabías que tu corazón late más rápido cuando mientes? —murmuró, desenredando una hebra de mi cabello con el cepillo. Cada pasada del cerdas electrizaba mi cuero cabelludo—. Lo noto aquí. —Su dedo índice presionó suavemente la base de mi garganta, donde el pulso bailaba un tango desesperado—. Tres latidos por segundo, princesa. ¿Qué estás ocultando?

El Bentley volvió a tocar la bocina, esta vez en una secuencia morse que reconocí: *A-P-U-R-A-R-S-E*.

—Que tu chofer tiene mejor timing que tú —respondí, deslizándome hacia la puerta. Pero su brazo me rodeó la cintura, deteniéndome contra su pecho.

En el espejo, nuestras siluetas formaban un único perfil. Su barbilla se posó sobre mi hombro, y sus palabras vibraron contra mi piel:

—La próxima vez que necesites ayuda con una cremallera… —su aliento calentó la perla falsa de mi pendiente— ...pide un caballero, no un maniquí.

Antes de que pudiera replicar, me soltó y salió al pasillo silbando *Fly Me tothe Moon*. La sirena

rota quedó sobre el tocador, sonriendo con su secreto al descubierto.

El motor del Bentley ronroneó como un gato satisfecho, ahogando el sonido de mi pulso acelerado. Liam mantuvo la mirada fija en la carretera, pero la esquina de su boca se curvó en una sonrisa apenas contenida.

—"Nada" —repetí, inclinándome hacia él hasta que mi aliento empañó el vidrio de su ventana—. ¿Tu madre inventa historias sobre cómo susurras mi nombre mientras duermes?

Sus dedos se tensaron en el volante. El reloj de pulsera de platillo tintineó contra el cuero mientras giraba bruscamente en una curva, arrastrando mi cuerpo hacia el calor de su brazo extendido.

—Quizás le conté que muerdes cuando te contradicen —dijo, bajando la velocidad frente a un semáforo en rojo. Sus ojos, reflejados en el retrovisor, atraparon los míos—. O que coleccionas sonrisas ajenas como si fueran trofeos.

El faro de un coche detrás de nosotros iluminó su perfil, dibujando sombras peligrosas en su mandíbula. Mi pendiente de perla se enredó en el cabello al volver la cabeza, y él, sin apartar la vista de la carretera, lo liberó con un gesto suave.

—Mentiroso —susurré, notando cómo su pulso aceleraba bajo la yema de mi dedo, posada casualmente en su muñeca—. Las madres no sonríen así por historias de mordiscos.

El Bentley aceleró de golpe. Su mano izquierda abandonó el volante para atrapar la mía, entrelazando nuestros dedos contra el reposacabezas de su asiento.

—¿Quieres la versión sin censura, princesa? —Su pulgar acarició mi nudillo, lento, calculando cada milímetro de piel—. Le dije que tu risa hace que olvide cómo respirar. Que guardas tormentas en esos ojos grises. Que...

Un claxon estridente nos cortó el paso. Liam maldijo entre dientes, esquivando un taxi con una destreza que delataba años de carreras callejeras. Cuando el coche se estabilizó, su voz era arena áspera:

—Que eres el error más divertido que podría cometer.

La ciudad brillaba fuera de las ventanas, pero todo palidecía frente al fuego de su mentira. Porque las mentiras no hacen que alguien te mire como si fueras el último oasis en un desierto.

—Pobre señora Knight —dije, hundiéndome en el asiento con una risa forjada en acero—. Crió a un hijo que confunde halagos con balas.

Él frenó en seco frente al hotel donde su familia celebraba la gala. Los valets se acercaron corriendo, pero Liam los detuvo con un gesto. Su mano seguía encadenada a la mía.

—Las balas matan, Isabella —murmuró, acercándose hasta que su labio inferior rozó el lóbulo de mi oreja—. Yo solo quiero ver hasta dónde puedes sangrar antes de pedir piedad.

Antes de que pudiera responder, salió del coche y extendió su mano hacia mí, transformando la amenaza en un saludo de caballero. Las cámaras de los paparazzi comenzaron a destellar, capturando la sonrisa de lobo que le dirigí al posar mi mano sobre la suya.

Sangraré, pensé, clavándole las uñas en la palma mientras ascendíamos las escaleras de mármol, *pero tú, LiamKnight, te ahogarás en mí primero.*

La orquesta entonó un vals, y Liam me arrastró hacia la pista antes de que pudiera protestar. Su mano se posó en mi cintura con una firmeza que contradijo su tono desenfadado:

—¿Lista para tropezar con mis pies otra vez?

—Prefiero que seas tú quien explique a los invitados por qué cojeas —respondí, ajustando el cierre de mi pendiente de perla. Su pulgar rozó la piel desnuda bajo el escote del vestido, trazando una línea de fuego.

Giramos entre las parejas, su aliento caliente en mi mejilla. Cada paso era una batalla: él empujando, yo retrocediendo, hasta que mi espalda chocó contra una columna. Los dedos de Liam se hundieron en mi cadera, anclándome contra el mármol frío.

—¿Sabes lo que le dije a mi madre? —murmuró, inclinándose hasta que sus labios rozaron la perla falsa en mi cuello—. Que eres como este maldito collar. Hermosa, frágil… y con un mecanismo secreto que nadie más sabe abrir.

El corazón me latía tan fuerte que temí que la perla saltara de su engarce. Sus palabras eran un anzuelo, y yo, estúpida, nadaba en círculos.

—¿Y si alguien lo descubre? —desafié, deslizando la mano bajo su saco para sentir el tamborileo acelerado contra sus costillas.

—Entonces espero que sea yo —respondió, mordiendo suavemente el lóbulo de mi oreja.

Un estruendo de platillos nos separó. Tyler Brooks apareció a mi lado, su sonrisa de tiburón desplegada, pero Liam lo bloqueó con un brazo, tirando de mí hacia el balcón. La noche nos envolvió, y por primera vez, su máscara de seguridad se resquebrajó.

—Odio compartirte —confesó, apretando el barandal hasta que los nudillos palidecieron.

La perla en mi cuello vibraba con cada latido. Sin pensarlo, la arranqué y la coloqué en su mano.

—Guárdala. Así tendrás algo que romper cuando te canses del juego.

Él cerró el puño alrededor del pendiente, pero en lugar de lanzarlo al vacío, lo deslizó dentro de su reloj de bolsillo.

—Las cosas rotas son las únicas que sé reparar, princesa.

En el interior, su madre nos llamaba para el brindis. Liam me ofreció el brazo, pero esta vez, entrelazó sus dedos con los míos. No como un caballero, sino como un cómplice.

La risa burbujeante de un grupo de invitados cerca del bar ahogó mi gemido de frustración. Liam seguía sonriendo como si hubiera ganado una apuesta, sus dedos jugueteando con el borde de mi vestido donde la seda se encontraba con mi muslo.

—¿Besándonos? —susurré, clavándole las uñas en el antebrazo—. ¡Fue un *accidente*! ¡Tú tropezaste con mi maldito pie!

Él se inclinó, su nariz rozando la curva de mi oreja mientras fingía ajustar mi collar.

—Mi madre no distingue entre accidentes y declaraciones de amor, cariño —su voz era miel envenenada—. Y tú… estabas demasiado ocupada *ayudándome a levantarme* para negarlo.

El calor de sus palabras me hizo estremecer. Recordé demasiado bien ese día: su cuerpo aplastado contra el mío en el asiento trasero del Bentley, el sabor a menta y ambición de sus labios, mis manos enredadas en su cabello como si quisiera arrancarle la mentira de raíz.

—Podrías haberle dicho la verdad —gruñí, retrocediendo, pero su mano se cerró alrededor de mi muñeca como una esposa de terciopelo—. Que solo era otro de tus juegos.

Los ojos de Liam oscurecieron. Me arrastró hacia un rincón tras una cortina de brocado, donde el murmullo de la fiesta se convirtió en un zumbido lejano.

—¿Jugar? —repitió, pulgar trazando círculos en mi palma—. Los juegos no hacen que le diga a mi padre que canceló su reunión en Dubai para estar aquí. Ni que le robe a Tyler Brooks la

reserva de Dom Pérignon porque sabía que te gusta el ’96.

El aire escapó de mis pulmones. Su otra mano se enredó en mi cabello, tirando con justeza para que nuestros labios quedaran a un suspiro de distancia.

—Así que sí —murmuré, desafiante—. Te asusta verme frágil. ¿O es que te asusta *no* ser el motivo?

Su risa vibró contra mis labios.

—Fragilidad es lo último que eres, Isabella. Eres… —dudó, algo genuino rompiendo su máscara —. Una grieta en un vaso de cristal. Hermosa, pero capaz de despedazarlo todo.

El sonido de cristales chocando nos separó. La señora Knight asomó tras la cortina, sonrisa cómplice en los labios.

—¡El pastel, queridos! No se lo pierdan.

Liam me lanzó una mirada que prometía más que una simple discusión. Mientras caminábamos de vuelta, su meñique se enlazó al mío, un gesto pequeño y clandestino que hizo que el Dom Pérignon ’96 supiera a traición… y a algo peligrosamente parecido a la esperanza.

Capítulo 19

(Punto de vista de Isabella)

La orquesta había cambiado el vals por una balada lenta, y el salón se tiñó de murmullos y risas ahogadas. Liam me guiaba con una mano en la base de mi espalda, firme pero sin prisa, como si bailáramos al borde de un acantilado. Su reloj de platino brillaba bajo los candelabros, marcando cada segundo que nos acercábamos a un precipicio invisible.

—Son las diez y diecisiete —respondió, rozando mi oreja con los labios—. Te estás volviendo obsesiva con el tiempo, princesa.

—O tal vez solo quiero recordar cuánto falta para que esto termine —mentí, sintiendo cómo su pulgar trazaba círculos bajo mi omóplato.

Él giró bruscamente, haciéndome perder el equilibrio hasta que mi pecho chocó contra el suyo. La música se desvaneció. Solo quedó el crujido de su esmoquin contra mi vestido y el aroma a Tequila y bergamota que siempre llevaba en la nuca.

—¿Terminar? —repitió, voz ronca—. Esto ni siquiera ha empezado.

Sus palabras eran un desafío. Un guante arrojado entre los pies de ambos. Antes de que pudiera replicar, su madre apareció detrás de nosotros, el vestido de encaje rozando mi brazo como una advertencia.

—Isabella, cariño, ¿te importaría acompañarme a saludar al señor Delacroix? Es un viejo amigo de la familia —dijo, sonrisa tan pulida como los cubiertos de plata.

Liam me apretó la cintura, reteniéndome.

—Estamos en medio de algo, madre.

—No es una solicitud —respondió ella, clavando sus ojos color hielo en los míos.

Me separé de él, fingiendo ajustar un guante. Su mano se cerró en el aire, vacía.

—Claro, señora Knight —dije, siguiéndola entre la multitud.

Al volverme, atrapé la mirada de Liam. Estaba apoyado contra una columna, vaso de bourbon en mano, observándome con la intensidad de un lobo midiendo a su presa. Tyler Brooks se le acercó, diciendo algo que hizo fruncir su ceño.

El señor Delacroix resultó ser un hombre de setenta años con una colección de relojes de bolsillo y una obsesión por contar historias de la Segunda Guerra Mundial. Asentí con sonrisa plástica mientras buscaba a Liam entre la multitud.

No estaba.

Al regresar a nuestra mesa, solo encontré su saco abandonado sobre la silla y mi bolso de mano ligeramente abierto. Dentro, la perla falsa que le había dado horas antes brillaba bajo una nota escrita con su letra angulosa:

"Medianoche. Jardín este. Trae el bourbon."

El reloj de pared marcaba las once y veintinueve.

El aire del baño olía a gardenias artificiales y envidia barata. Sophie se ajustó el collar de perlas, fingiendo pulir su sonrisa de porcelana mientras yo secaba mis manos con una toalla de papel que crujió como huesos rotos.

—Tyler Brooks y yo somos *transparentes* —dijo, arrastrando la palabra como si fuera un vestido de segunda mano—. A diferencia de ustedes dos. Liam siempre fue… complicado.

Aplasté la toalla en mi puño, imaginando por un segundo que era su cuello.

—¿Complicado? —repliqué, inclinándome hacia ella—. O quizás solo le aburres. —Mi sonrisa se afiló—. Aunque entiendo por qué. Repites frases como un loro entrenado para pedir migajas.

Sus ojos se estrecharon, y por un segundo, la máscara de Barbie se resquebrajó. Vi algo oscuro reptar bajo su piel, algo que olía a mentiras guardadas en cajones con llave.

—Cuidado, Isabella —susurró, acercándose hasta que su aliento rozó mi mejilla—. Los Knight no adoptan perras callejeras. Solo las disfrazan… hasta que muerden.

Salí del baño sin mirar atrás, pero su risa me siguió: un cascabel envenenado.

Al regresar a la mesa, Liam estaba desabrochándose el cuello de la camisa, su mirada clavada en Tyler Brooks, que conversaba con un grupo de inversores.

—¿Sophie te dio el discurso de «él no te merece»? —preguntó sin voltear, como si llevara un radar para detectar mi ira.

—Algo así —respondí, derrumbándome en la silla junto a él—. Aunque su versión incluía más lástima y menos originalidad.

Él giró lentamente hacia mí, los nudillos blancos alrededor de su vaso.

—¿Y tú? ¿Le creíste?

La orquesta comenzó a tocar un tango, las notas agudas rasgando el aire como cuchillas.

—No —dije, sosteniendo su mirada—. Pero me pregunto por qué todos insisten en recordarme que estoy de prestado.

Liam se inclinó, su voz un susurro de hielo y Tequila:

—Porque te tienen miedo. —Su mano encontró la mía bajo la mesa, entrelazando nuestros dedos con una ferocidad que habría dolido… si no supiera que era la única verdad en esa habitación de espejos—. Y deberían.

El plato de espaguetis humeaba entre nosotros, pero el aire se había vuelto más espeso que la salsa de tomate. Liam desvió la mirada, jugueteando con su tenedor como si fuera un artefacto explosivo. Yo clavé los ojos en una albóndiga, preguntándome si enterraría mi cara en ella sería socialmente aceptable.

—¿Bonita? —murmuré, rompiendo el silencio con la delicadeza de un martillo—. ¿Esa es tu mejor línea, Knight?

Él tensó la mandíbula, pero no respondió. En su lugar, empujó el pan de ajo hacia mí, evitando cualquier rastro de contacto visual.

—No lo dije en serio —mintió, clavando el tenedor en su plato con más fuerza de la necesaria—. Era… una distracción táctica.

—¿Contra qué? ¿El aburrimiento o tu incapacidad para mantener la boca cerrada? —Sonreí, aunque el corazón me latía como un tambor de guerra.

Tyler Brooks y Sophie seguían acechando cerca del bufé, sus risas fingidas perforando el aire como agujas. Liam siguió mi mirada, los nudillos blanqueando alrededor de su vaso de té helado.

—Deberíamos irnos —dijo abruptamente, levantándose—. Hay un heladería abierta hasta tarde en la Quinta Avenida.

—¿Huyendo? —arqué una ceja—. Qué inusual en ti.

—Replanteamiento estratégico —corrigió, lanzando su servilleta sobre la mesa—. Además, odio

el pan de ajo. Siempre sabe a…

—A derrota —terminé por él, levantándome mientras ajustaba el tirante de mi vestido—. Pero te lo comes igual. Curioso.

Su risa fue un eco bajo y áspero, como el roce de una cadena.

—Cállate, botones.

Capítulo 20

Punto de vista de Liam

El beso aún ardía en mis labios como una marca de hierro al rojo vivo cuando arranqué el motor. Isabella se hundió en el asiento del pasajero, jugueteando con el borde de su vestido como si las palabras que no decíamos pudieran desprenderse de la tela.

—¿En mi casa o en la tuya? —pregunté, fingiendo concentrarme en ajustar el espejo retrovisor. Mentira. Sabía exactamente cómo se veía ella con la luz del atardecer filtrándose por las cortinas de mi habitación.

—La tuya —respondió sin dudar, clavando las uñas en el muslo desnudo—. Tyler Brooks probablemente esté acechando mi portal como un buitre esperando carroña.

El Porsche rugió al acelerar, devorando la carretera como si pudiera escapar del sabor a menta y desesperación que dejó aquel beso. Por el rabillo del ojo, vi cómo Isabella se mordía el centro del labio inferior, justo donde mi boca había estado treinta segundos antes.

—No fue solo por ellos —dije de pronto, rompiendo el silencio como un cristal.

Ella giró la cabeza lentamente, el reflejo de las farolas pintando franjas doradas en sus ojos.

—¿Qué?

—El beso. —Apreté el volante hasta que los nudillos palidecieron—. No lo hice solo porque nos vigilaban.

El aire acondicionado zumbó entre nosotros, cargado de electricidad estática. Isabella deslizó un dedo por el borde de su asiento, acercándose centímetro a centímetro.

—¿Y por qué lo hiciste, Knight? —Susurró, arrastrando cada sílaba como un cuchillo sin filo.

En ese momento, un camión pasó a nuestro lado, iluminando el interior del coche con luces cegadoras. Cuando la oscuridad volvió, ya tenía su mano en mi muslo, caliente a través del fino tejido del pantalón.

—Porque querías. —La voz me salió ronca, como si hubiera tragado vidrio molido—. Porque yo quería.

Ella rió, un sonido bajo y peligroso, mientras su dedo trazaba círculos en mi rodilla.

—Cuidado —advirtió, inclinándose hasta que su aliento rozó mi oreja—. Podría empezar a pensar que te importo más que tu maldito orgullo.

No respondí. No podía. En lugar de eso, pisé el acelerador hasta fundirnos con la noche, sabiendo que cada curva cerrada era una excusa para que su mano se aferrara a mi pierna con más fuerza.

—Pensé que *eso* era lo que estábamos haciendo —rió entre dientes, el sonido áspero y cargado de una ironía que me rozó la nuca.

—Puedes venir a **tu** casa —*¿Por qué dije eso?* Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia mientras la observaba de reojo. Pero ella ya me miraba de frente, una sonrisa minúscula jugueteando en sus labios como un secreto a medias—. O puedo ir yo —añadí, repitiendo el gesto de hombros. *Idiota. Parezco un títere con el hilo atascado.*

—¿Ah, sí? —Arqueó una ceja, y por un segundo, el aire se espesó entre nosotros.

—Quiero decir… —La frase murió en mis labios. *Nunca he sido bueno con las palabras, pero contigo es peor.*

—Puedes venir —asintió, rompiendo la tensión con un movimiento de cabeza que hizo oscilar sus rizos—. No puedo quitarme el maquillaje en tu casa, así que ven. Y después… —Hizo una pausa deliberada, dejando que la promesa flotara como humo—, tal vez vayamos a la tuya.

—Está bien —sonreí, aunque el volante tembló bajo mis dedos al doblar hacia nuestra calle. Aparqué en la entrada, el motor rugiendo un instante antes de callarse. *Abrochar. Desabrochar. Respirar.* Salí, rodeé el coche con pasos que intentaban parecer seguros, y le abrí la puerta. Un hábito que nunca tuve, pero que ahora sentía urgente, necesario.

El vestido de seda de Isabella susurró al rozar el asiento cuando salió. Caminamos hacia la puerta principal, nuestras sombras alargándose bajo la luz del portero, fundiéndose en el hormigón.

Su habitación olía a vainilla y tinta seca. Me dejé caer en la cama, hundiéndome en el edredón mientras ella abría el armario con un crujido. Sacó un pijama de satén azabache, lo dejó caer sobre las sábanas como una mancha de noche. Su teléfono resbaló de la cartera y aterrizó junto a mi rodilla, la pantalla agrietada parpadeando un mensaje de Tyler Brooks. *Ignóralo.*

—¿Por qué vamos a estas fiestas con nuestros padres? —preguntó de pronto, los dedos enredados en la cremallera de su vestido. La tela se deslizó por sus caderas con un suspiro, revelando la curva de su espalda desnuda antes de que el sostén la cubriera.

—No podría decírtelo —mentí, sabiendo que la respuesta estaba en cada mirada cómplice de su madre, en cada apretón de hombros de mi padre. *Somos marionetas con trajes de seda.*

Ella se quitó los tacones con un movimiento brusco, las agujas rojas volando hacia un rincón. Al tumbarse, el colchón cedió hacia mí, arrastrándome sin remedio.

En el tocador, sus manos danzaron: pelo suelto en una cascada de ondas, pendientes de perla guardados en una cajita de marfil. *Clink. Clink.* Sonidos precisos, rituales.

—Me miras mucho —acusó a través del espejo, y esta vez su risa fue dulce, no una daga.

—Intento no hacerlo —musité, acercándome hasta que nuestro reflejo se hizo uno. El perfume de jazmín de su cuello me enredó los sentidos.

—Bueno, fracasaste miserablemente —susurró, y en el vidrio, nuestras miradas se encontraron sin máscaras.

Cuando salió del baño, el maquillaje había desaparecido, revelando pecas doradas bajo sus pómulos. El moño desgarbado le daba un aire de niña que huía de un cuento de hadas. *Adorable. Peligrosa.*

—¿Quieres ir? —preguntó, las llaves tintineando en su mano como campanitas de advertencia.

En mi habitación, eligió *Tiburón*. Mientras Spielberg desplegaba caos en la pantalla, ella se acomodó boca abajo, las piernas oscilando en el aire como péndulos. Cada balanceo hacía crujir el colchón, un ritmo hipnótico que seguí con el rabillo del ojo.

—¿En serio? *¿Tiburón?* —pregunté, fingiendo normalidad mientras una almohada volaba hacia mí.

—Es perfecto —respondió, y en la oscuridad, su sonrisa brilló como el anzuelo de un depredador.

—Consígueme *ese* —dije, volteándome hacia ella con una media sonrisa. Isabella lanzó una almohada al aire, pero antes de que cayera, el movimiento reveló por un instante el borde de su tatuaje. Un destello de tinta roja y negra que me hizo contener el aliento. —No, no esa —corregí con voz ronca, señalando otra—. Esa.

Ella giró para alcanzarla, y la camisa de seda se deslizó unos centímetros, exponiendo la rosa enredada en una daga que serpenteaba sobre su costilla. *Listo.* La almohada me golpeó la mejilla con un *puff* sordo, pero ni siquiera parpadeé.

—¿Bella? —La voz de Isabella cortó el aire como un cuchillo cuando pronuncié su nombre.

—¿Qué? —respondió sin apartar los ojos de la pantalla, donde el tiburón desgarraba el bote.

Me incorporé lentamente, las sábanas crujiendo bajo mis rodillas, y levanté el dobladillo de su camisa con dedos que temblaban más de lo que quería admitir. Allí estaba: la rosa carmesí, los pétalos deshilachados en espinas, atravesada por una dalla negra como el alquitrán. *Hermoso. Peligroso. Como ella.*

—Liam, te juro por Dios que… —comenzó a protestar, pero la interrumpí.

—Ya lo vi antes —susurré, trazando la línea del tallo con la yema del dedo. Su piel se erizó bajo mi toque—. ¿Cuándo?

—En enero. Luna falsificó el permiso —se encogió de hombros, pero su pulso acelerado latía bajo mi mano—. Fuimos solas.

El cuarto olía a palomitas quemadas y al perfume de Isabella: gardenias y algo ácido, como limón recién exprimido. *¿Por qué todo en ella es un contraste?*

—Se ve… —*perfecto en tu piel, como si siempre hubiera estado ahí*— …bonito —murmuré en cambio.

—Creo que estás babeando —soltó una risa cortante, pero al voltear hacia mí, sus pupilas estaban dilatadas, tragándose el azul de sus ojos.

—No estoy babeando —protesté, dejándome caer de nuevo sobre la cama. El colchón vibró con su carcajada.

—Entonces definitivamente tienes una erección —afirmó, y esta vez su risa fue más baja, más cálida, como el roce de una cerilla antes de encenderse.

La miré fijamente, el corazón martillando contra el esternón. *¿En qué universo paralelo esto es una buena idea?*

—No puedo creer que hayas dicho eso —me burlé, pero mi voz sonó extraña, tensa como el cable de un puente colgante.

Ella apoyó la barbilla en las manos, los codos hundidos en la almohada. —Nunca lo olvides —susurró, y en ese momento, el resplandor azulado de la pantalla iluminó su cuello, la línea de su mandíbula, el pico de los labios entreabiertos.

—¡Liam! —gritó cuando la empujé, pero mis dedos ya cerraban su muñeca. La atraje hacia mí, y el mundo se redujo al crujido de las sábanas, a su risa ahogada mientras mis dedos encontraban su costado. —¡Isabella! —contesté, fingiendo una severidad que se desmoronó cuando rodamos sobre la cama.

De pronto, estaba sobre ella. Sus manos aprisionadas bajo las mías, su aliento entrecortado mezclándose con el mío. El moño se le había deshecho, y un rizo rebelde le rozaba la mejilla. *Bésala. Bésala ahora o nunca.*

—¿Qué? —rió entre dientes, pero la sonrisa se le congeló al ver mi expresión. Sus ojos oscurecieron, transformando el azul en tormenta. *¿Miedo? ¿Rabia? ¿O…?*

—Liam, no lo hagas —murmuró, y en su voz había un filo de advertencia, pero también algo roto, algo que sonaba a *por favor*.

Me aparté bruscamente, el sudor frío pegándome la camiseta a la espalda. *Idiota. Idiota. Idiota.*

—Lo estoy *intentando* —resoplé, rodando hacia un lado con tanta brusquedad que las sábanas se enredaron en mis piernas. El techo mostraba una grieta en forma de relámpago que nunca antes había notado. *Como nosotros*, pensé, cubriéndome los ojos con el antebrazo. El algodón de mi camisa olía a su perfume—. Lo estoy intentando, Isabella.

Ella arrancó mi brazo con un tirón seco. Al girar la cabeza, la vi bocabajo, las mejillas aplastadas contra la almohada y un rizo pegado a su labio inferior por el sudor. Sus ojos verdes —más oscuros ahora, como bosque al anochecer— me perforaban.

—¿Qué *iba* a hacer, Liam? —insistió, y esta vez su voz tembló, no por miedo, sino por esa furia fría que siempre escondía bajo las risas.

Negué, pero ella se incorporó de rodillas, las manos clavadas en el colchón a ambos lados de mis muslos. El peso de su mirada me inmovilizó más que sus palabras.

—¿Sabes lo peor? —susurró, inclinándose hasta que su aliento caliente rozó mi oreja—. Que mentís pésimo.

El reloj de pared marcó las 2:17 a.m. con un *tic* que resonó como un disparo. Isabella no parpadeaba. Yo tampoco.

—¿Querés que te lo diga? —exploté de pronto, sentándome de golpe hasta quedar nariz con nariz con ella. Su pulso bailaba visiblemente en el cuello—. ¿Querés saber qué *casi* hice? —apreté los puños para evitar alcanzar su cintura, esa curva que ahora seguía viendo incluso con los ojos abiertos.

Ella no retrocedió. Al contrario: deslizó una mano sobre mi rodilla, lentamente, como si amasara la tensión entre nosotros. —Asustame —retó, y en sus pupilas vi el reflejo de mi boca, entreabierta, maldiciéndome en silencio.

El primer beso fue un choque de dientes y culpa. El segundo, una rendición.

Sus manos se enredaron en mi pelo con urgencia, mis dedos encontraron el tatuaje bajo su camisa —la rosa, la daga— mientras la empujaba contra las sábanas arrugadas. Olía a sal y a ese jabón de limón que siempre usaba, sabía a menta y a todas las palabras que nunca nos atrevimos a decir.

Cuando nos separamos, jadeando, el mundo seguía ahí: la grieta en el techo, el DVD de *Tiburón* repitiendo el menú principal, nuestras vidas partidas en un "antes" y un "después".

Isabella tocó sus labios hinchados con las yemas de los dedos, como verificando que el beso hubiera sido real. Yo ya estaba contando los segundos para que todo se desmoronara.

Capítulo 21

(Punto de vista de Isabella)

Él me besó.
Oh, mierda, mierda santa.
Y le devolví el beso.
Oh, mierda, mierda santa.

Me aparté bruscamente, como si sus labios quemaran, y tropecé contra el borde de la cama. Las manos me temblaban tanto que tuve que enterrar los dedos en el colchón para disimularlo. —Mira, solo… ¿podrías, por favor, *no* besarme? —dije, riendo con una risa que sonó a cristal roto. Aún sentía el sabor a menta y café en mi lengua, una combinación peligrosamente adictiva.

Liam se quedó inmóvil, la camisa desordenada y el pelo revuelto por mis manos. —¿Qué… qué quieres decir? —preguntó, pero su voz no era inocente. Era baja, ronca, como si aún estuviera midiendo la distancia para volver a atraparme.

—Quiero decir que *no* me beses otra vez —repliqué, levantándome con torpeza y arreglándome el flequillo con un gesto nervioso. El aire acondicionado zumbaba demasiado fuerte, o quizás era el latido en mis oídos.

—¿Cómo diablos vamos a fingir que salimos si no nos besamos? —se burló, aunque su sonrisa no alcanzaba los ojos. Se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas, y el movimiento hizo que su reloj plateado reflejara un rayo de luz directamente en mis ojos. *Un distracción más.*

—Sophie y Tyler Brooks casi nunca se besan, y nadie duda de ellos —argumenté, cruzando los brazos. El tatuaje en mi costillo ardía bajo la tela, como si la daga se clavara más hondo con cada mentira—. Los besos no prueban nada.

Él se levantó de un salto, y de pronto estaba demasiado cerca. Su sombra me cubrió por completo. —¿En serio? —musitó, y su aliento caliente rozó mi mejilla—. Entonces dime, Isabella… ¿por qué temblabas cuando te toqué aquí? —Deslizó un dedo por mi muñeca, lentamente, y mi piel estalló en escalofríos.

—No tiemblo —mentí, pero mi voz se quebró al ver su sonrisa triunfal.

—Claro que no —murmuró, acercándose más. Su mano encontró mi cintura, y esta vez no me aparté. *Error.* —Entonces explícame: si los besos no importan, ¿por qué te saben a derrota?

El corazón me golpeó las costillas. —Porque… porque no quiero que esto sea real —susurré, sin saber si hablaba para él o para mí.

Liam congeló el movimiento. Por primera vez, su máscara de seguridad se resquebrajó. —¿Crees que esto es un juego para mí? —preguntó, y había algo crudo en su voz, como carne viva expuesta al aire.

—¡Sí! —exploté, retrocediendo hasta chocar contra la pared—. ¡Eres tú quien convirtió todo en una competencia! ¿Recuerdas? "El que se enamora pierde", ¿no? Pues felicitaciones, Liam. Ganaste.

Sus cejas se alzaron, y durante un segundo, creí ver un destello de pánico en sus ojos. —¿Gané? —repitió, mordiendo cada sílaba—. ¿En serio piensas que…?

—No me gustas —interrumpí, clavándole la mirada mientras mentía con cada fibra de mi ser—. Nunca podría gustarme alguien que necesita ganar *esto*.

El silencio se extendió como un cristal a punto de romperse. Liam estudió mi rostro, buscando grietas, hasta que finalmente soltó una risa hueca. —Qué conveniente —dijo, recogiendo su chaqueta del suelo—. Porque yo tampoco pienso perder.

La puerta se cerró de golpe tras él, pero yo seguí ahí, paralizada, con el sabor de su beso convirtiéndose en veneno en mi boca.

—No —gemí, clavándome las uñas en las palmas hasta sentir el crujido de piel bajo la presión. La lámpara de su mesita proyectaba sombras temblorosas sobre la pared, como espectadores silenciosos de nuestro derrumbe.

Liam avanzó, pisando la franja de luz que separaba su cama de mi refugio contra la pared. —¿Por qué no admites que te gusto? —Su voz era un látigo envuelto en terciopelo—. Ni siquiera sabés mentir con los ojos.

El reloj de su muñeca marcaba cada segundo con un *tic* agudo. *Tic*. Sus pupilas dilatadas. *Tic*. El aroma a café de su aliento mezclado con la vainilla de mi bálsamo labial. —Porque ya no sé qué es real —confesé, la espalda pegada al frío del yeso—. Tus mentiras saben igual que tus verdades.

Él rió, un sonido áspero que resonó en el vacío entre nosotros. —Quizá *nada* fue falso —musitó, atrapando un mechón de mi cabello entre sus dedos. La pulsera de cuero que siempre llevaba rozó mi clavícula, dejando una estela de calor.

—Entonces termina esto —dije, alargando la mano para arrebatar mis llaves de su mesita. El llavero —una rosa de metal— tintineó como una risa burlona. *Escapar. Siempre escapando.*

—¡Es estúpido! —rugió, golpeando el colchón con el puño. Las venas de su cuello latían al compás de mi pulso acelerado—. ¿En serio preferís volver a odiarme?

—Al menos el odio no duele así —murmuré, pero él ya estaba sobre mí, sus rodillas hundiéndose en el colchón a ambos lados de mis caderas. Su mano en mi nuca era una brasa; la otra, en mi cintura, trazaba círculos que quemaban a través de la tela.

—Callate —ordenó, y sus labios sellaron los míos con una urgencia que sabía a desesperación. Esta vez no hubo teatro: sus dientes chocaron contra los míos, su respiración se fragmentó en jadeos que repetían *tuya, tuya, tuya*.

Cuando se apartó, su frente apoyada en la mía, vi el miedo reptando en sus pestañas. —Me gustás —susurró, cada palabra una confesión arrancada—. Desde que me elegiste para esta mierda de farsa.

El aire se espesó. Afuera, un coche pasó veloz, iluminando fugazmente el tatuaje en su antebrazo: *una daga atravesando un reloj de arena*. *Nuestro tiempo se agota*, pensé.

—¿Y si te equivocás? —pregunté, trazando la cicatriz en su ceja con el pulgar. Un recuerdo de otra pelea, otro Liam que creí conocer.

—No me equivoco —afirmó, capturando mi mano para besarla justo donde el latido delataba mi fragilidad—. Vos tampoco.

Me encogí de hombros, un gesto frágil que contradijo el terremoto en mi pecho. —Quizá… solo quizá… también me gustes.

Su sonrisa fue lenta, peligrosa, como el amanecer después de una noche sin estrellas. —"Quizá" me basta —murmuró, y esta vez, el beso fue una promesa escrita en lenguaje de cicatrices y mentiras rotas.

—No hagas eso —resopló Liam, sus dedos temblorosos deteniéndose en el aire como si el

espacio entre nosotros se hubiera electrificado—. ¿Lo haces o…? —La pregunta quedó suspendida, incompleta, mientras su mirada recorría mi rostro buscando fisuras.

—No lo sé —mentí, sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que el pendiente de estrella en mi lóbulo se enredó en el flequillo. La luz del atardecer filtraba por las persianas, dibujando líneas doradas sobre su perfil, como si el sol intentara recordarme que incluso él brillaba para Liam.

Se apartó bruscamente, y por primera vez noté la sombra de barba incipiente en su mandíbula, un detalle imperfecto que contradijo su habitual fachada de control. —Mentirosa —susurró, con una sonrisa que no ocultaba el alivio en sus ojos.

Traté de contener la risa, pero esta estalló en carcajadas nerviosas, resonando en el vacío de la habitación. —*Me asustaste*. No pensé que te agradaría —admití, jugueteando con el borde rasgado de su funda de almohada.

Él se rió entre dientes, acercándose hasta que nuestras rodillas chocaron. —No pensé que podría pasar la noche sin decírtelo —confesó, rozando mi mejilla con el nudillo donde llevaba una cicatriz en forma de media luna, recuerdo de una pelea de instituto que nunca me contó.

—Entonces, ¿me gustas? ¿*De verdad*? —pregunté, clavando las uñas en la palma para no ceder al impulso de tocarle el labio inferior, siempre ligeramente partido.

—Sí —asintió, atrapando mi mano entre las suyas. Su pulsera de cuero, gastada por los años, olía a sal y madera quemada—. Me gustas… *demasiado*.

El reloj de pared marcó las siete con un *clic* sordo. —¿Desde cuándo? —inquirí, trazando el contorno de su clavícula a través de la camisa entreabierta.

—Unos días —murmuró, conteniendo un gemido cuando mi dedo rozó la marca de una antigua quemadura cerca de su corazón—. Al principio intenté ignorarlo, pero… —Su voz se quebró, y comprendí que estaba confesando más de lo que jamás había planeado—. Los sentimientos no se evaporan, Isabella. Se fermentan.

—Lo intenté también —admití, observando cómo su pulso aceleraba bajo mi pulgar—. Pero fingir odiarte era como apagar un incendio con gasolina.

Él soltó una risa áspera, cargada de ironía. —¿Y ahora? ¿Cómo distinguimos lo real?

—Quizá *esto* siempre fue real —sugerí, señalando el espacio reducido entre nuestros cuerpos, donde el aire olía a menta y a promesas rotas—. Incluso cuando fingíamos odiarnos.

—¿Odiarnos? —se burló, tirando de mí hasta que mi frente apoyó en su esternón—. Nunca supimos hacerlo bien.

El eco de nuestros pasados reproches flotó en la habitación: *"Eres insufrible"*, *"Odio tu sonrisa"*, *"Ojalá nunca te hubiera conocido"*. Mentiras talladas en madera podrida.

—¿Y ahora qué? —pregunté, sintiendo el latido de su corazón contra mi mejilla. Un ritmo caótico que delataba su calma fingida.

Él se levantó de un salto, estirándose hasta que su sombra cubrió por completo la mía. —Ahora dejamos de actuar —declaró, ajustando el cierre de su chaqueta con manos que apenas temblaban.

—Pero todos creen que estamos enamorados —protesté, jugando con el cordón desatado de su sudadera.

—*Todos* —repitió, agachándose hasta que su aliento me nubló la vista—, incluyéndonos a nosotros.

La habitación olía a tormenta contenida: a tierra mojada por la lluvia que nunca cayó y a la vainilla agridulce de la vela derretida en su escritorio. Liam me tenía acorralada contra la pared, sus manos plantadas a ambos lados de mi cabeza como si quisiera enmarcar el momento. Su pulsera de cuero —la misma que siempre llevaba, marcada con iniciales desgastadas que nunca me explicó— rozó mi muñeca, dejando una quemazón fantasmal.

—¿Y si alguien pregunta? —insistí, aunque mi voz sonó débil, traicionera. El reloj de pared detrás de él marcaba las 8:17 PM con un tictac ahogado. *Tic*. Sus labios, ligeramente partidos. *Tac*. El latido en su cuello, sincronizado con el mío.

—Les diremos que somos *esto* —murmuró, dibujando un círculo en el aire entre nosotros con el dedo. Su aliento olía a menta y a café amargo, una combinación que ya asociaba con sus confesiones nocturnas—. Sin reglas. Sin etiquetas. Sin guión.

Reí, nerviosa, jugueteando con el cordón desatado de su sudadera. La tela, suave por años de lavados, se enredó en mis dedos como una metáfora de todo lo que no podíamos desenredar. —Annabella sospechará. Siempre sospecha.

Él inclinó la cabeza, y la luz del atardecer filtrándose por la ventana iluminó la cicatriz en forma de serpiente que serpenteaba desde su oreja hasta la clavícula. Un recuerdo de otra vida, otra Liam que aún no conocía. —Dejemos que sospeche —susurró, arrastrando el pulgar por mi labio inferior—. El misterio nos hace más interesantes.

El sonido de la puerta principal al cerrarse nos paralizó. Sus padres. Sus voces resonaron en el pasillo como truenos lejanos. Liam no se movió; en cambio, presionó su frente contra la mía, sus pestañas rozando mis pómulos.

—Isabella —murmuró, y mi nombre en su boca sonó a plegaria y a pecado—. Quédate.

El *clic* de tacones subiendo las escaleras nos recordó que el mundo exterior existía. —Si nos encuentran así… —protesté, aunque mis manos ya se aferraban a su cintura, trazando la curva de sus costillas bajo la camisa.

—¿Así cómo? —retó, deslizando una mano por mi espalda hasta enredarse en el dobladillo de mi blusa. Su sonrisa era un cuchillo sin filo—. ¿Como dos mentirosos que finalmente dicen la verdad?

La puerta del pasillo crujió. Annabella reiría durante semanas si nos pillaba. Tyler Brooks levantaría esa ceja sarcástica que tanto odiaba. Pero en ese momento, con Liam temblando levemente bajo mis palmas —nervioso, *él*, el maestro de la indiferencia—, todo parecía secundario.

—Quedate —repitió, esta vez en un susurro que se deshizo contra mi piel.

Y entonces, como si el universo conspirara, las luces del pasillo se apagaron.

Capítulo 22

(Punto de vista de Isabella)

La luna filtraba su luz azulada a través de las persianas entornadas, dibujando líneas plateadas sobre la piel de Liam. Él yacía de costado, apoyado en un codo, con los dedos enredados en un mechón de mi pelo como si temiera que, si lo soltaba, yo me desvanecería en la oscuridad. Su pulsera de cuero, aquella reliquia gastada que nunca se quitaba, rozaba mi hombro con cada movimiento, dejando un rastro de salitre y nostalgia.

—No —susurré, aunque la palabra sonó frágil, como el cristal de una botella vacía rodando sobre cemento.

Él inclinó la cabeza, y la cicatriz en forma de serpiente que serpenteaba por su cuello se tensó bajo la luz lunar. —¿Por qué? —preguntó, voz ronca de sueño y desvelo.

Porque si salimos ahora, si cruzamos esa puerta, esto dejará de ser nuestro secreto. Pero en lugar de eso, me limité a morder el labio. —Porque… no.

—¿Pero *por qué*? —insistió, arrastrando la punta de su dedo índice por mi muñeca, siguiendo el mapa de venas azuladas bajo mi piel. Su tacto era una promesa escrita en código braille.

El reloj digital de su mesita de noche marcaba las 2:07 AM en números rojos sangrantes. —Porque es tarde —argüí, señalándolo con la barbilla—. Y porque el helado a esta hora solo trae remordimientos.

—Los remordimientos son subestimados —murmuró, acercando su boca a mi oreja. Su aliento calentó el pendiente de estrella que aún llevaba puesto—. Saben a vainilla y a noches que valieron la pena.

Me reí, ahogando el sonido contra su hombro. —¿Cuándo te volviste poeta?

—Desde que descubrí que las metáforas te hacen sonreír —respondió, mordiendo levemente mi clavícula.

Me aparté, pero mis manos traicioneras se aferraron a su camiseta, arrugando la tela entre los dedos. Él notó la contradicción y sonrió, lento, como un gato al acecho.

—Vamos —insistió, sentándose de golpe y tirando de mis manos con una urgencia adolescente —. El heladería de la esquina abre hasta las tres.

—¿Y si nos ven? —protesté, aunque ya me estaba poniendo las zapatillas sin atar. La adrenalina burbujeaba en mis venas, dulce y prohibida.

Él se encogió de hombros, pero su mandíbula se tensó. —Dirán que somos dos insomnes con antojo de azúcar. Nada nuevo.

Mentira. Lo nuevo era esto: sus miradas prolongadas, sus risas que ya no fingían indiferencia, sus dedos buscando los míos en cada oportunidad. Lo nuevo era el miedo a que alguien notara que, detrás de las bromas, estábamos construyendo algo frágil y verdadero.

Salimos sigilosos, pero al cruzar el jardín, Liam detuvo mi mano. —Espera —susurró, señalando el cielo.

Arriba, una constelación de luciérnagas danzaba entre los robles, destellos verdes que titilaban al compás de nuestra respiración entrecortada. Él me miró, y por un segundo, vi al niño que alguna vez fue: el que coleccionaba cicatrices como medallas y creía en magia barata.

—Las luciérnagas mueren en cautiverio —murmuró, como si revelara un secreto—. Por eso nunca las atrapo.

Lo besé entonces, entre sombras y destellos verdes, sabiendo que ambos éramos criaturas nocturnas aprendiendo a volar.

La habitación olía a sueño y a sudor frío. El dolor me desgarró el bajo vientre como un cuchillo romo, y contuve un gemido al notar el peso del brazo de Liam sobre mi cadera, su pulsera de cuero —siempre presente— hundiéndose en mi piel como una marca de propiedad. La luna, ahora oculta tras nubes grises, había dejado de pintar líneas plateadas en las paredes. Todo era oscuridad y silencio, roto solo por el tictac del reloj y la respiración ronca de Liam.

Me arrastré fuera de la cama, pisando el suelo frío con las chancletas que Liam odiaba ("parecen patas de pato", decía). Las llaves tintinearon en mi mano como campanas de traición.

—Eres horrible escabulléndote —su voz, áspera de sueño, cortó el aire.

Me volví. Él estaba semisentado, el pelo revuelto y la cicatriz en su cuello visible bajo el tenue resplandor del cargador de su teléfono. Sus ojos, aún nublados por el sueño, me escudriñaron.

—No me voy a escapar —mentí, sintiendo el calor de la vergüenza subirme al rostro.

—¿Qué más está pasando? —preguntó, frotándose los ojos con los nudillos. La pulsera de cuero crujió levemente.

Dímelo, pensé. *Dile que tu cuerpo está en guerra contigo misma, que necesitas esconder las pruebas de tu fragilidad*. Pero en lugar de eso, murmuré: —Estás soñando.

Él se levantó de un salto, desnudo excepto por los boxers negros que le colgaban de las caderas. La cicatriz en forma de serpiente se tensó cuando bloqueó mi camino, arrebatándome las llaves con un movimiento rápido.

—¿A dónde vas, Isabella? —su tono era una orden, no una pregunta.

—A casa —respondí, cruzando los brazos sobre el estómago, como si pudiera contener el dolor y la humillación.

—¿Por qué? —gruñó, inclinándose hasta que su aliento —a menta y a café rancio— me rozó la cara.

—Me siento mal —musité, evitando su mirada.

Él palideció. —¿Estás bien?

La preocupación en su voz me atravesó. —Solo necesito… —tragué saliva—. Cosas de mujeres.

Sus cejas se alzaron, y por primera vez en años, Liam Grant pareció inseguro. Se pasó una mano por el pelo, tirando de él como si quisiera arrancarse la duda. La pulsera de cuero resbaló por su muñeca, revelando una marca pálida y circular que nunca antes había visto: una quemadura antigua, imperfecta, como un sello mal borrado.

—Dime qué necesitas —dijo finalmente, con la voz más suave que le había oído jamás.

Le listé los objetos: analgésicos, la almohadilla térmica, la bolsa rosa bajo el lavabo. Cuando mencioné "ropa interior adicional", sus orejas enrojecieron, pero asintió con determinación.

—No voy a dejarte conducir así —murmuró, cogiendo las llaves con un apretón firme.

—Liam —lo detuve, tocándole el antebrazo. Su piel estaba caliente, casi febril—. No tienes que…

Él se volvió, y en sus ojos vi el mismo brillo obstinado que mostraba cuando hablaba de su moto o de las cicatrices que nunca explicaba. —¿Crees que no sé comprar tampones? —bufó, aunque su voz tembló levemente—. No soy un crío, Isabella.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y besó mi frente, un gesto tan tierno que me dejó sin aire. Luego salió, descalzo y con los boxers negros, como un guerrero absurdo y hermoso marchando a una batalla ridícula.

Me quedé sentada al borde de la cama, escuchando el rugido de su moto alejarse. En el silencio que siguió, noté algo: su almohada olía a mi champú de coco.

El aire en la habitación de Liam olía a madera envejecida y a tinta seca, como si las paredes hubieran absorbido años de libretas abiertas y lápices mordisqueados. Las sombras bailaban bajo la luz del amanecer que comenzaba a filtrarse por las persianas, pintando líneas doradas sobre las carpetas esparcidas en el suelo. Me senté entre ellas, las piernas cruzadas sobre la alfombra gruesa que Liam siempre pisaba descalzo. Sus huellas invisibles parecían guiarme hacia los secretos que guardaba en aquel estante imposible de alcanzar.

Las carpetas caídas tenían el tacto áspero de papeles maltratados por el tiempo. La primera que abrí estaba llena de ecuaciones y diagramas dibujados con trazos furiosos, como si Liam hubiera querido perforar el papel con su frustración. *Matemáticas, segundo año*. Cerré de golpe, como si pudiera atrapar entre las páginas el eco de sus suspiros adolescentes.

Pero la última carpeta era distinta. Al abrirla, una foto se deslizó sobre mis rodillas: Liam a los cinco años, con un jersey de cuello alto que le cubría hasta las orejas, sosteniendo un trofeo de plástico dorado. Detrás, un hombre alto —su padre— posaba con una mano en su hombro, los nudillos blancos de apretar. La sonrisa de Liam era forzada, los ojos brillantes como si las lágrimas fueran a desbordarse en cualquier momento.

—¿Encontraste algo interesante? —su voz me hizo saltar.

Liam estaba en el marco de la puerta, sosteniendo la bolsa rosa con una mano y una bolsa de farmacia con la otra. Su pelo alborotado tenía gotas de lluvia atrapadas entre los mechones, y sus pies descalzos dejaban marcas húmedas sobre la madera.

—¿Cuándo ganaste un trofeo de *mejor en matemáticas*? —pregunté, sosteniendo la foto hacia él.

Se quedó inmóvil, los músculos de la mandíbula tensándose bajo la piel. La pulsera de cuero crujió cuando cerró el puño alrededor de la bolsa rosa. —En quinto grado —murmuró, evitando mi mirada—. Mi padre lo compró en una tienda de segunda mano. Dijo que si fingía suficiente orgullo, algún día lo merecería de verdad.

El dolor en su voz era más afilado que el que retorcía mi vientre. Me levanté, sosteniendo la foto como una ofrenda. —Lo mereces —dije, y noté cómo sus ojos se posaron en la imagen, en aquel niño que aún cargaba sobre los hombros.

Él dejó caer las bolsas en la cama y tomó la foto, sus dedos acariciando el borde gastado. —¿Sabes por qué guardo todo esto? —preguntó, señalando las carpetas—. Para recordarme que el pasado es solo papel. Se arruga, se mancha, pero no te atrapa a menos que lo dejes en un estante demasiado alto.

Su metáfora me hizo sonreír. —¿Y por qué lo pusiste donde no puedo alcanzarlo?

—Porque tú saltas —respondió, acercándose hasta que su aliento cálido rozó mi frente—. Y yo necesitaba que alguien derribara esas cosas.

Antes de que pudiera responder, me entregó la bolsa rosa. Dentro, además de las toallas sanitarias y la ropa interior, había una barra de chocolate negro y una botella pequeña de agua de jengibre.

—El de la farmacia dijo que esto ayuda —murmuró, rascándose la nuca con incomodidad—. Y

el chocolate… Bueno, eso lo sabía.

Reí, pero el sonido se quebró cuando noté algo más: entre mis cosas, había traído su almohadilla térmica favorita, la que usaba para los calambres después de montar su moto. Estaba envuelta en una camiseta suya, aún impregnada de su aroma a jabón de pino y gasolina.

—Gracias —susurré, y esta vez no me avergoncé de la vulnerabilidad en mi voz.

Él se encogió de hombros, pero sus dedos se entrelazaron con los míos al tomar la foto de nuevo. —Guárdala —dijo, colocándola en mi mano—. Así alguien más sabrá que ese niño existió.

La luz del amanecer se colaba por la ventana, tejiendo hilos dorados sobre las fotos esparcidas entre nosotros. Liam estaba sentado en el suelo, las piernas estiradas y la espalda apoyada contra la cama, con una foto de la Navidad pasada balanceándose entre sus dedos. El suéter navideño que llevaba en la imagen —rojo con renos bordados— contrastaba absurdamente con su pulsera de cuero y los tatuajes que asomaban bajo las mangas de su camiseta negra.

—¿Te obligaron a ponerte eso? —pregunté, señalando el suéter en la foto.

Él lanzó un resoplido, arrugando la nariz. —Nathan dijo que si no lo usaba, su abuela me echaría de la cena. —Sus ojos se suavizaron al mencionar a su amigo, pero al instante endureció la expresión, como si se arrepintiera de mostrar nostalgia—. Al menos el gorro tenía una bola que parpadeaba.

Tomé otra foto: Liam a los trece años, con el pelo más largo y los ojos ocultos bajo un flequillo rebelde. Estaba sentado en las gradas de un estadio vacío, un bate de béisbol apoyado en las rodillas. La imagen tenía una esquina quemada.

—¿Incendio o rabia? —pregunté, rozando el borde carbonizado con el pulgar.

—Ambos —respondió lacónico, arrebatándome la foto con un movimiento brusco. Su dedo índice se posó sobre la figura borrosa al fondo: un hombre con sombrero de entrenador gritando hacia la cancha—. Mi padre pensó que si no metía un jonrón, debía quemar mis "distracciones". —Hizo comillas con los dedos, y la pulsera de cuero crujió como una advertencia—. El bate sobrevivió. Las revistas de cómics, no.

Guardé silencio, imaginando al Liam adolescente recogiendo cenizas de sus tesoros. Mi mano encontró la siguiente foto, pero en su lugar, mis dedos rozaron algo áspero y familiar: una pulsera de hilos descoloridos, verde musgo y azul marino, trenzada torpemente.

—¿Esto…? —La levanté, y los hilos se tensaron como cicatrices viejas—. Creí que la habías tirado.

Liam se quedó inmóvil. El músculo de su mandíbula tembló antes de responder: —La rescaté de la piscina. —Evitó mi mirada, concentrándose en enrollar el borde de la alfombra entre sus dedos —. Se secó torcida.

El aire se espesó con secretos no dichos. Recordé ese día de octavo grado: él en traje de baño, gotas de agua resbalando por su torso mientras reía con sus amigos. Yo, temblando al extenderle la pulsera. El chapuzón al agua, sus risas, y mis lágrimas camufladas por el cloro.

—¿Por qué guardarla entonces? —inquirí, deslizando la pulsera hacia él por el suelo.

Él la tomó, estirándola hasta que los hilos gemieron. —Porque era la primera vez que alguien me regalaba algo sin querer nada a cambio. —Su voz era un susurro áspero—. Incluso después de lo que hice.

El reloj de la mesilla marcó las 5:17 a.m. cuando nuestros ojos se encontraron. En su mirada había una pregunta antigua, la misma que me llevó a tejer esos hilos una noche de insomnio:

¿Por qué sigues aquí?

—Liam Grant —dije, sosteniendo la foto del estadio quemado frente a su rostro—, eres un sentimental disfrazado de cabrón.

Él arrancó la foto de mis manos, pero una sonrisa se escapó por la comisura de sus labios. —Y tú eres una espía disfrazada de niña buena. —Se inclinó hacia adelante, y su rodilla rozó la mía—. ¿Qué más has descubierto?

Las fotos olvidadas alrededor nuestros parecían susurrar historias de versiones de Liam que solo yo vería. Tomé la última: una polaroid de su primer día en la universidad. Estaba de espaldas, la mochila colgando de un hombro y el dedo medio alzado hacia el edificio.

—Este lo enmarco —declaré, guardándomela en el bolsillo del pijama.

Él no protestó. En su lugar, deslizó la pulsera de hilos alrededor de mi muñeca, ajustándola hasta que los colores desvaídos contrastaron con mi piel. —Queda mejor aquí —murmuró, y sus dedos permanecieron un segundo más de lo necesario.

El dolor era una serpiente de acero que se enroscaba bajo mi vientre, apretando con cada latido. Las sábanas de Liam, ásperas y perfumadas a detergente barato, se habían convertido en un campo de batalla donde cada movimiento desencadenaba una nueva oleada de fuego. Me retorcí, buscando una posición que aliviara la presión, pero el colchón cedía como si conspirara contra mí.

El sonido del agua cesó. Liam emergió del baño con una toalla colgando de la cadera, el vapor envolviéndole como una neblina que esculpía las gotas en su espalda. Su piel brillaba bajo la luz tenue, las cicatrices de la moto dibujando caminos blancos entre los músculos tensos. Me mordí el labio, no por el dolor, sino por la ironía: el chico que solía burlarse de mis pulseras de hilos ahora era la única medicina que calmaba esta agonía.

—Hola —murmuré, ahogando un gemido al incorporarme.

Él se acercó, dejando huellas húmedas en la alfombra. Su mano, aún caliente por la ducha, acarició mi mejilla antes de enredarse en mi pelo. —¿Pregunta equivocada? —susurró, leyendo mi expresión.

Asentí, conteniendo la respiración cuando su pulgar rozó mi oreja. La toalla amenazaba con caer, y por primera vez, no supe dónde mirar.

—¿Puedo besarte? —preguntó, su voz un hilo de arena entre los dedos.

La serpiente en mi vientre se calmó un instante. —Pregunta correcta —sonreí, y sus labios encontraron los míos con una suavidad que no sabía poseía. Sabía a menta y a agua del grifo, a noches en vela y promesas rotas. Un beso breve, pero suficiente para que el dolor se volviera secundario.

Al vestirse, cada movimiento suyo fue deliberado: el crujido del jean al subirlo, la camiseta negra que ocultó el tatuaje de un lobo en su costado. Yo observaba, hipnotizada por la normalidad del ritual.

—Deberías comer —insistió, lanzándome una mirada que no admitía réplica.

Regresó con un frutero que era una obra de arte: fresas cortadas en forma de rosas, kiwi en láminas translúcidas, uvas moradas como joyas. Hasta había una ramita de menta robada del jardín de alguien.

—¿Crees que esto compensa años de ser un idiota? —bromeé, clavando el tenedor en una fresa.

Él se recostó a mi lado, su hombro rozando el mío. —Es un inicio —respondió, pasando el control remoto como ofrenda.

Mientras comía, noté cómo sus ojos se posaban en mi muñeca, donde aún llevaba la pulsera de hilos. La había ajustado, pero ahora colgaba floja, como si ambos supiéramos que ya no necesitaba apretar para recordar.

—Será una cita —dijo de pronto, rompiendo el silencio cómplice que habíamos tejido alrededor de un documental sobre tiburones.

La pantalla iluminó su perfil: la cicatriz en el labio inferior, heredera de una pelea que nunca contó, las pestañas que siempre me parecieron injustamente largas para alguien que fingía no importarle nada.

—Una cita —repetí, saboreando la palabra. Luego, miré hacia la ventana, donde la luz del mediodía golpeaba mi ventana vacía. —Debería irme.

Él se tensó, los nudillos blanqueando alrededor del control. —¿Por qué? —preguntó, demasiado rápido.

Me levanté, el frutero vacío temblando en mis manos. —Porque si me quedo otro minuto, empezaré a creer que esto es real.

Liam no respondió. Pero cuando abrí la puerta, su voz me detuvo:

—Isabella.

Volví la cabeza. Él sostenía la almohadilla térmica, ahora envuelta en una funda de felpa que reconocí: era de mi propia cama, del día que me resfrié y él fingió "tomar prestado" mi edredón.

—Para la próxima vez —dijo, y en sus ojos, esa vez, no hubo máscara que escondiera el miedo.

El aire olía a menta y a sudor adolescente, una mezcla que ahora asociaba irremediablemente con él. Las cortinas medio cerradas filtraban rayos de sol que iluminaban motas de polvo danzantes, como partículas de tiempo suspendido. Liam seguía arrodillado frente a mí, sus manos ancladas a mi cintura como si temiera que el simple acto de soltarme me hiciera evaporarme.

—No han pasado ni 24 horas —repitió, jugueteando con mis llaves. El llavero de Hello Kitty que tanto se había burlado en la secundaria ahora giraba entre sus dedos como un trofeo—. ¿12 horas te convence de que esto es temporal? —preguntó, y su voz tuvo un dejo de amargura que no supe descifrar.

Mis piernas aún temblaban bajo el peso del dolor, pero era su mirada la que me derretía por dentro. Liam Grant, el chico que solía dibujar grafitis con mi nombre tachado en los baños del instituto, ahora me miraba como si yo fuera el centro de un laberinto que no quería resolver.

—Necesito mi jabón de lavanda —murmuré, buscando una excusa en el detalle más absurdo—. El tuyo huele a… a bosque talado.

Él rió, un sonido bajo y cálido que hizo que el colchón vibrara. —¿Bosque talado? Es cedro, Isabella. Cedro caro, para que lo sepas. —Acercó su muñeca a mi nariz, y por un segundo, el aroma leñoso me envolvió—. Te gusta. Admitelo.

Me aparté, pero mi sonrisa me delató. —Prefiero oler a flores, no a leña húmeda.

—Flores —repitió, arqueando una ceja—. Como las fresas que te corté en forma de rosas. —Su dedo rozó mi muñeca, donde la pulsera de hilos colgaba como un recordatorio silencioso—. Te quedan mejor las espinas.

El elogio me golpeó donde no estaba preparada. Bajé la vista, fingiendo interés en un hilo suelto

de su almohada. —Liam…

—No —interrumpió, atrapando mi mentón con suavidad—. No hagas eso. No te escondas.

Su pulgar acarició mi labio inferior, y por primera vez, noté que él también temblaba. ¿Miedo? ¿Deseo? ¿O simplemente el esfuerzo de contener todo lo que no decíamos?

—No quiero besarte —mentí, y su sonrisa se ensanchó, como si hubiera detectado el temblor en mi voz.

—Claro que sí —susurró, acercándose hasta que su aliento mezcló cedro con mi lavanda imaginaria—. Pero no hoy.

Me atrapó en un abrazo antes de que pudiera protestar, su barbilla apoyada en mi cabeza. —Llévate mi sudadera —murmuró contra mi pelo—. Huele a bosque talado, pero te mantendrá caliente.

—¿Caliente? —me reí, ahogada contra su pecho—. Qué curioso, viniendo de ti.

—Siempre he sido un romántico —respondió, soltándome de golpe. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, arrojó la sudadera a mi cara—. Y Isabella —añadió, ya en la puerta—, si no vuelves en media hora, iré a buscarte. Con el jabón de lavanda y todo.

Corrí hacia mi casa sintiendo su aroma a cedro pegado a la piel. Las cortinas de su ventana se movieron cuando pasé, pero fingí no verlo espiando. Al abrir mi puerta, una nota cayó al suelo:

"La cena es a las 7. Usa la sudadera. —E."

Dentro del sobre, una flor seca de lavanda.

El beso fue un huracán de contradicciones: sus labios, ásperos por el invierno, chocaron contra los míos con una urgencia que me hizo olvidar el dolor punzante en mi vientre. El sabor a menta y café en su boca se mezcló con el hierro de mi propio labio mordido, creando un cóctel que me mareó más que cualquier analgésico. Sus manos en mi nuca eran tenazas calientes, anclándome a un presente donde solo existían sus gemidos ahogados y el crujido de la cama bajo mis rodillas.

—Hablas demasiado —murmuró contra mi boca, y por primera vez entendí que era una súplica, no un reproche.

Mi mano en su pecho sintió el caótico tamborileo de su corazón, sincronizado con el mío. Quería odiarlo por esto, por hacer que mi cuerpo traicionara cada promesa de distancia que me había susurrado bajo la ducha. Pero cuando sus dedos se enterraron en mi pelo, tirando con justeza calculada, un sonido que no reconocí como propio escapó de mi garganta.

—Liam... —su nombre fue un hechizo roto cuando aparté mis labios medio milímetro.

—Shhh —sus pestañas rozaron mis mejillas al cerrar los ojos, como si pudiera capturar el momento en las venas de sus párpados—. Esto es real. Déjate *odiar* esto.

La almohadilla térmica cayó al suelo con un golpe sordo. Mi mente gritaba sobre manchas y olores y la vergüenza de ser humana, pero él me mordió el labio inferior con suavidad animal, borrando todo excepto el mapa de cicatrices que mis uñas dibujaron en su cuello.

Al separarnos, el aire frío de la habitación quemó como ácido. Él seguía arrodillado frente a mí, su respiración agitada empañando el espejo detrás de la cama donde, horas antes, había visto nuestro reflejo: yo pálida como un fantasma, él pintado en sombras de deseo y algo más peligroso.

—Vuelve en una hora —ordenó, limpiando mi labial corrido con el pulgar. El gesto fue íntimo, posesivo, como si ya me perteneciera.

La ducha fue un exorcismo. Froté mi piel hasta enrojecerla, pero el olor a cedro persistía, incrustado en las grietas de mi memoria muscular. Al envolverme en la toalla, noté su sudadera doblada con precisión militar sobre el lavabo. La letra "E" bordada en rojo brillaba como una advertencia.

El camino de regreso a su casa fue una coreografía de dudas. Las farolas parpadeantes proyectaban sombras de hombres altos en cada esquina, y el viento silbaba canciones de películas de terror entre los robles. Cuando las luces del auto desconocido barrieron la calle, el instinto me hizo agarrar el llavero de Hello Kitty como un arma improvisada.

—¿Isabella Grant? —la voz del conductor fue un cuchillo de hielo.

El auto era un BMW negro, ventanas tintadas reflejando mi figura diminuta. La placa decía "CAIN-1", y antes de que pudiera reaccionar, la ventana trasera bajó revelando un perfil que solo había visto en pesadillas: nariz aguileña, anillo de obsidiana, y el olor a puros caros que había perseguido mi infancia.

—Hola, princesa —dijo el hombre que había abandonado a mamá cuando el cáncer era solo un lunar. Su sonrisa mostró un diamante incrustado en un canino—. Qué oportuno encontrarte aquí.

Detrás de mí, la puerta de la casa de Liam se abrió con un golpe seco.

El BMW negro ronroneaba como una bestia domesticada, pero el olor a pachulí barato y ambición que emanaba de Tyler Brooks me devolvió a los pasillos de la secundaria, donde sus "casualidades" frente a mi casillero siempre terminaban con sus dedos rozando mi cintura. Ahora, sus ojos escaneaban mi cuerpo como si fuera un terreno a conquistar, y el diamante en su canino izquierdo brilló bajo la luz de la calle como una advertencia: *Soy carroña, pero muerdo*.

—¿Un café? —repetí, los dedos cerrados con tanta fuerza alrededor del llavero de Hello Kitty que las llaves dibujaban surcos en mi palma—. Prefiero beber ácido.

Liam apareció en la puerta como una sombra solidificada, descalzo y con el pelo revuelto de alguien que había estado hundido en un colchón. Su postura era relajada, pero noté el pulso acelerado en su cuello y cómo su pie izquierdo se adelantó medio centímetro, un gesto aprendido en peleas callejeras: *estoy listo para lanzarme*.

—Cariño —dijo Tyler Brooks, alargando la "i" como si probara mi nombre—. Solo quiero hablar de... viejos tiempos.

El tacón de mi bota giró hacia la casa, pero fue Liam quien se movió primero. Su brazo rodeó mi cintura con naturalidad, sus dedos presionando el punto exacto donde el dolor menstrual se aplacaba. *Lo recuerda*, pensé, y por un segundo, el alivio físico se mezcló con algo más peligroso.

—El único "tiempo" que quiero que recuerdes —dijo Liam, jugueteando con la cadena de mi collar— es cuando te rompí la nariz por tocar su radio sin permiso. —Su voz era miel sobre navajas—. ¿O necesitas un repaso práctico?

Tyler Brooksrió, pero el sonido fue corto y seco como un disparo. Su mano se cerró alrededor de mi muñeca con rapidez de serpiente.

—¿Sigues usando esa pulsera de hilos? —susurró, el pulgar frotando la cuenta azul que Liam había tejido para mi cumpleaños 17—. Qué tierno.

El golpe fue tan rápido que casi lo perdí: Liam desvió su brazo con un movimiento de krav maga, torciéndolo hasta que Tyler Brooks gruñó. El crujido de la chaqueta de cuero bajo su fuerza fue música.

—La próxima vez —Liam acercó los labios a la oreja de Tyler Brooks, su voz un susurro grabado en mi médula—, serán los huesos.

Al soltarlo, Tyler Brooks retrocedió tambaleándose. Sus ojos, negros como el óxido, me miraron con una promesa que heló mi sangre: *Esto no termina aquí*.

—Vamos —Liam me guio hacia adentro, su mano en mi espalda baja dibujando círculos calmantes que contradecían la furia en su mandíbula apretada—. Necesitas té de jengibre.

En el umbral, me detuve. El BMW ya se alejaba, pero algo brilló en el asiento del pasajero: un sobre blanco con mi nombre escrito en letra de médico, la misma que firmó los formularios cuando mamá murió.

Capítulo 24

(Punto de vista de Liam)

Tyler Brooks avanzaba como un coyote famélico, sus botas de cuero brillante aplastando las hojas secas que yo había barrido esa mañana. Isabella se aferró a mi brazo, sus uñas clavándose en mi piel como pequeñas dagas de advertencia. *No te muevas,* decían. Pero cada músculo de mi cuerpo vibraba con la memoria de la última vez que ese imbécil la tocó: el crujido de su nariz bajo mi puño, la mancha de sangre en su camisa de seda que costaba más que mi moto.

—Liv —dijo Tyler Brooks, alargando la "i" como si fuera un caramelo envenenado—. Es sobre tu mamá.

Sentí cómo Isabella se tensaba, su pulso acelerándose contra mi muñeca. El nombre de su madre era una llave torcida en una cerradura oxidada. *No caigas,* quise susurrarle, pero ya era demasiado tarde.

—Ya te dije que no quiero— empezó ella, pero Tyler Brooks sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta. El papel era del mismo blanco fantasmal que las cortinas del hospital donde murió su madre.

—¿Sabías que Liam visitó a tu papá la semana pasada? —preguntó Tyler Brooks, sosteniendo el sobre como un mago sacando un conejo muerto de su sombrero.

Isabella se giró hacia mí, sus ojos verdes dilatándose. *Mierda*. La cicatriz en mi costillo izquierdo, la que ella había besado anoche sin hacer preguntas, empezó a latir.

—Liam —su voz era un hilo de seda rasgado—. ¿Es verdad?

Antes de que pudiera responder, Isabella se desplomó. Su cuerpo se dobló como una marioneta cortada, pero mis brazos ya estaban allí, entrenados por años de atraparla antes de que el mundo la derribara. La levanté contra mi pecho, su pelo oliendo a vainilla y lágrimas secas.

—Si la lastimaste... —gruñí hacia Tyler Brooks, pero él solo sonrió, mostrando el diamante en su diente que brillaba como una lágrima congelada.

—La verdad siempre duele, hermano —dijo, deslizando el sobre bajo la puerta antes de desaparecer en la noche.

La llevé al sofá, sus huesos frágiles hundiéndose en el cuero gastado que aún guardaba la forma de su cuerpo de los cientos de veces que había dormido aquí. Mientras corría a la cocina, las paredes susurraban secretos: *¿Por qué fue a ver a su padre, Liam? ¿Qué escondes entre los huecos de tus costillas rotas?*

—Bebe —ordené, sosteniendo el vaso de agua contra sus labios agrietados. Ella tragó con dificultad, una gota escapando por su barbilla. Sin pensarlo, la seguí con el pulgar, limpiando el rastro húmedo. Su piel quemaba, pero no de fiebre.

—Cama —susurró, aferrándose a mi cuello como si yo fuera la única cuerda en un pozo sin fondo.

Al subir las escaleras, cada paso resonaba con el eco de las mentiras que había enterrado bajo las tablas del suelo. Su aliento en mi clavícula era un interrogatorio silencioso. *¿Por qué, Liam? ¿Por qué fuiste?*

La acosté en mi cama, las sábanas aún arrugadas por donde sus caderas habían danzado conmigo

horas antes. Cuando intenté soltarla, sus dedos se enredaron en mi camisa.

—Quédate —murmuró, y era una orden disfrazada de súplica.

Me tendí a su lado, mi brazo rodeando su cintura con la precisión de quien ha practicado este abrazo en mil sueños. Su corazón latía contra el mío, un código Morse que decía *miedo-miedo-miedo*.

—Tyler Brooks miente —mentí, enterrando la nariz en su nuca donde el perfume se mezclaba con el sudor.

Ella giró lentamente, sus ojos verdes perforando las costuras de mi alma.

—Entonces ¿por qué huele a menta? —preguntó, sus dedos rozando la mancha de pasta dental seca en mi cuello que ni siquiera yo había notado.

El reloj de la mesita tictaqueaba como una bomba. Fuera, el viento arrastraba el sobre por el suelo, sus esquinas golpeando la puerta como dedos huesudos.

El sol se filtraba entre las persianas como miel espesa, pintando rayas doradas sobre la piel de Isabella. Sus dedos trazaban mapas invisibles en mi pecho, cada curva de sus uñas dejando surcos de fuego. *"Eres muy lindo, LiamAlexanderKnight"*, susurró, y su voz, aún cargada de sueño, resonó en mis costillas como un himno sagrado.

La besé en la palma de su mano, sintiendo el pulso acelerarse bajo mis labios. *¿Cuánto tiempo más podré guardar tus latidos aquí, antes de que el mundo los rompa?*

—Te queda mejor la belleza —murmuré, pero las palabras sabían a despedida. Su risa, suave como el roce de las hojas de magnolia en el viento, se mezcló con el crujido del sobre de Tyler Brooks bajo la puerta, que el aire nocturno arrastraba como una sombra reptante.

En el porche, la luna llena era un ojo sin párpado observándonos. Isabella estaba un escalón arriba, su silueta recortada contra la luz del vestíbulo como un ángel en una postal barata.

—¿Te paso a buscar mañana? —pregunté, fingiendo que mis nudillos no palidecían al aferrarse al pasamano.

—Sí —asintió, pero su sonrisa titubeó al mencionar a sus padres. *El jueves*. La fecha pendía sobre nosotros como un hacha oxidada.

La besé de nuevo, saboreando el miedo entre sus labios. Su aliento sabía a té de manzanilla y secretos enterrados. Cuando me separé, el diamante de Tyler Brooks relampagueó en mi mente, recordándome la foto que había dentro del sobre: *yo, saliendo de la cárcel, con el padre de Isabella susurrándome promesas que no pude rechazar*.

—Buenas noches —dijo ella, pero sus dedos se aferraron a mi chaqueta un segundo más de lo necesario.

Al alejarme, la luna proyectó mi sombra sobre el camino de entrada, alargándola hasta convertirla en un monstruo. En el bolsillo de mi jeans, el test de embarazo robado de su basura pesaba más que un ladrillo. *Positivo*. La fecha coincidía con Cabo, con aquella noche de olas furiosas y "olvidemos todo" susurrado entre las sábanas saladas.

El beso de Isabella se desvaneció demasiado pronto, interrumpido por el timbre estridente de su teléfono. *Avery*. El nombre parpadeó en la pantalla como una advertencia. "Déjala que suene", susurré, mis manos apretando su cintura con una urgencia que delataba lo que no me atrevía a decir: *No quiero compartirte ni con el mundo ni con tus secretos*. Pero ella ya se apartaba, la luz

del vestíbulo dibujando su silueta contra la puerta entreabierta.

Mientras hablaba, observé cómo su risa se mezclaba con el vapor de su aliento en el aire frío. *"Patinaje sobre hielo"*, dijo, y la frase resonó en mí como un presagio. El hielo: brillante, frágil, traicionero. Como todo lo nuestro.

—Mason Reed quiere *conocernos mejor* —repitió, haciendo énfasis en las palabras con un cinismo que no le pertenecía. Sus dedos jugueteaban con el cerrojo de la puerta, ese gesto obsesivo que había adoptado desde la noche que Tyler Brooks apareció en su jardín con un sobre y una sonrisa de depredador.

—¿Y tú crees que le gusta? —pregunté, fingiendo indiferencia mientras el peso del test de embarazo en mi bolsillo me quemaba el muslo.

—Eres pésimo mintiendo, Liam —se rió, pero su voz tenía un filo. *Como tú*, pensé. Porque ella tampoco me había contado lo del mareo en el colegio, ni las pastillas que escondía en el fondo de su mochila.

La puerta se cerró con un *clic* que sonó a sentencia. Me quedé ahí, sintiendo el frío de la noche penetrar mi camisa mientras el sobre de Tyler Brooks asomaba bajo el felpudo, una esquina manchada de barro como una sonrisa sucia. *Mañana*, pensé. Mañana tendría que decidir si quemarlo o abrirlo. Si protegerla de la verdad o de mí mismo.

—¿Otro beso de despedida? —La voz de mi madre me hizo saltar. Estaba en la entrada, envuelta en un suéter demasiado grande, pero sus ojos brillaban con esa lucidez que siempre me desarmaba.

—No es lo que piensas —mentí, sabiendo que ella veía más allá: las sombras bajo mis ojos, la tensión en mis hombros, la forma en que mis puños se cerraban cada vez que Tyler Brooks merodeaba.

—Claro que no —respondió, alisándome el pelo con una mano que temblaba levemente. La enfermedad aún no se la llevaba, pero ya había empezado a robarla en susurros: una tos aquí, un olvido allá.

Capítulo 25

(Punto de vista de Isabella)

El vestido rojo ceñía mis caderas como una segunda piel, un desafío en tafetán que Liam no pudo ignorar. Sus ojos oscuros se detuvieron en el escote, no con deseo, sino con una alerta silenciosa. *¿Miedo?*, me pregunté, mientras sus dedos se cerraban sobre el volante como si intentaran estrangular una advertencia.

—¿Está permitido usar eso? —preguntó, pero lo que realmente quiso decir fue: *¿Estás segura de querer ser vista hoy?*.

La tela crujió bajo mis palmas al ajustar el cinturón. *Claro que no es permitido*, pensé. Las reglas del internado prohibían los hombros al descubierto, las faldas sobre la rodilla. Pero las reglas nunca me detuvieron, igual que las miradas de Tyler Brooks acechando desde los pasillos.

—No te separarás de mi lado hoy —dijo Liam, y por un instante, su voz tuvo el tono grave de aquella noche en Cabo, cuando juró protegerla de todo menos de sí mismo.

En el estacionamiento, su mano en la mía fue un candado. Cada paso resonó como un redoble de tambor mientras cruzábamos el jardín de invierno, donde las camelias marchitas susurraban secretos bajo el viento. *"Bonito vestido"*, dijo Avery, pero sus ojos brillaron con una complicidad falsa. La noté masticando chicle con furia, el mismo tic que tenía cuando mentía sobre Mason Reed en tercer año.

—Mason Reed no dijo mucho —se encogió de hombros, y el nombre flotó entre nosotros como un gas venenoso. Mason Reed, el mismo que Liam encontró husmeando en su mochila la semana pasada. Mason Reed, cuyo número guardaba Tyler Brooks en su teléfono.

Liam apretó mi mano. *Lo sabe*, pensé. Sabía que Avery aún temblaba cuando Mason Reed la miraba, que el "patinaje sobre hielo" era una trampa disfrazada de inocencia. Pero seguimos el juego, porque mentirnos era más fácil que enfrentar las grietas en nuestro espejo.

—Lo que tú digas —Liam se encogió de hombros con indiferencia teatral.
—Llegaré tarde a Historia, adiós —anunció Avery, alejándose a pasos rápidos que hicieron crujir sus botas sobre el linóleo.

—Tienes escritura creativa —suspiró Liam volviéndose hacia mí, su dedo jugueteando con el collar de mi vestido.
—Y tú matemáticas avanzadas —sonreí, ajustando la tela donde su contacto había dejado un pliegue—. Diviértete —soplé un beso al aire antes de girarme.

El aula de escritura olía a tiza húmeda y ansiedad adolescente. Matthew ya estaba en su puesto, balanceando la silla sobre dos patas. Su sonrisa fue un rayo de sol entre el gris de noviembre que se filtraba por las ventanas.

—Hola, cariño —cantó, dibujando corazones en el margen de su cuaderno.
—Hola, Matthew —respondí en el mismo tono melódico, dejando caer mi mochila junto a la suya.

—¿Te vestiste bonita para tu novio? —preguntó señalando mi vestido con la punta de su lápiz glitterado.
Abrí la boca para corregirlo, pero el peso de la mentira compartida me cerró la garganta. "Para todos los demás sí lo es", recordé.

—Me visto bonita para mí —dije, pasando las páginas de mi cuaderno como buscando respuestas entre líneas—. Pero sí, para mi novio también.

—Dios —exhaló recostándose hasta hacer chirriar la silla—. ¿Sabes qué daría por que LiamKnight fuera gay?
—¿Se supone que debo apoyar eso? —reí entre dientes—. Lo siento, cariño. Pero tengo un chisme que te interesa... —Me incliné hasta que nuestro pelo formó una cortina rubia y negra alrededor del secreto—. Andrew Grey.

Sus ojos azules se dilataron como platos.
—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? —susurró mordiendo el tapón de su bolígrafo.
—Fuentes confiables —me encogí de hombros, notando cómo el sustituto en el escritorio del profesor fruncía el ceño ante nuestro murmullo.

El señor Ashton golpeó la mesa con su termo de café.
—Señorita Montgomery —rugió señalándome con una regla—. ¿Quiere explicar al resto qué demonios se supone que hagan hoy?

Me levanté sintiendo cómo cada ojo en el aula perforaba mi espalda.
—La tarea es seguir a un estudiante por diferentes clases —dije, sosteniendo su mirada de halcón —. Observar su rutina, tomar notas narrativas...

—¡En parejas! —interrumpió Matthew alzando la mano—. Isabella y yo seremos los Woodward y Bernstein del drama estudiantil.

El profesor resopló, derrotado.
—Informes detallados. Sin inventar escenas de telenovela —advirtió, pero ya éramos polvo en el viento del pasillo.

—¿Por qué a mí?
El aula entera clavaba sus miradas en mí como dagas. Respiré hondo, intentando que mis palabras sonaran convincentes:
—Señor, la Sra. Griffin nos pidió escribir un artículo para una revista… sobre la vida de un estudiante de otra asignatura. Es interdisciplinario —mentí con soltura, jugueteando con el borde de mi cuaderno para disimular el temblor de mis manos—. Por eso necesitamos movernos entre clases.

El señor Ashton entrecerró los ojos, cruzando sus brazos musculosos sobre el pecho. El silencio pesaba.
—¿Es cierto, chicos? —pregunté a la clase, lanzando una sonrisa forzada.
—¡Sí! —corearon al unísono, mientras Matthew ahogaba una risa con un falso ataque de tos.

El sustituto se rascó la nuca, derrotado.
—Bueno… ¡En parejas y sin alboroto! —rugió, señalando la puerta.

El tropel de estudiantes empujó sillas y murmuró alivios. Yo esperé hasta que el aula quedó vacía.
—Señorita Montgomery —me detuvo cuando mis dedos rozaban el picaporte—. Esa no era la verdadera tarea, ¿verdad?

El reloj de pared tictaqueó tres veces antes de responder:
—No, señor —admití, mordiendo el interior de mi mejilla.
—No es mi problema —suspiró, agitando una mano en señal de rendición—. Lárguese.

En el pasillo:
Corrí hasta el casillero de Liam. La combinación —*12-24-36*— giró con un clic familiar. Su horario estaba pegado en la puerta interior, junto a una foto nuestra descolorida por el sol. *Aula M28.*

Al llegar, el señor Curtis —un hombre cetrino con bigote de mosquetero— me recibió con el ceño fruncido.
—¿Necesita algo? —preguntó, ajustando sus gafas de lectura.
—Es para un artículo interdisciplinario —improvisé, enderezando la espalda—. Observaré a un compañero y tomaré notas. Todo está coordinado con el departamento.

Sus labios se torcieron en un esbozo de escepticismo.
—Nadie me informó.
—El correo debe estar en su bandeja de spam —sonreí dulcemente, imitando la pose segura de Avery cuando mentía—. Solo necesito una hora.

Con un gruñido, señaló la clase. Mis ojos encontraron los de Liam al fondo del aula. Inclinado sobre su cuaderno, sostenía el lápiz con esa elegancia desgarbada suya. Una ceja se arqueó lentamente al verme, como si descifrara cada uno de mis pensamientos.

La puerta se abrió de golpe. Matthew irrumpió jadeando, con el cabello revuelto y una sonrisa de disculpa.
—¡Escritura creativa, señor! —anunció antes de que Curtis pudiera protestar.

—¡Basta ya! —rugió el profesor, golpeando su libro contra el escritorio—. ¡Siéntense o salgan!

Liam apartó su mochila de la silla contigua sin decir palabra. Al sentarme, el olor a menta y tinta de su piel me envolvió. Abrí mi cuaderno con dedos temblorosos.
—Hola —susurré, trazando círculos imaginarios en la página en blanco.
—Hola —respondió él, sin apartar la vista de sus ecuaciones. Pero la esquina de su boca se curvó, delatándolo.

El señor Curtis arrojó una hoja fotocopiada sobre el pupitre de Liam.
—Tres ecuaciones. Veinte minutos —anunció, dejando caer su cuerpo en la silla del profesor con un crujido de madera gastada—. Pregunten si se atascan.

El grafito del lápiz de Liam arañó el papel antes de que yo terminara de sentarme.
—¿Qué haces aquí? —murmuró, sus dedos trazando símbolos incomprensibles con precisión de máquina.
—Cobertura periodística ficticia —respondí, abriendo mi cuaderno como escudo—. El profesor nos dio licencia para... inventar.

Sus pestañas oscuras se alzaron lentamente.
—¿Y eligieron *mi* salón?
—Te extrañé en escritura creativa —solté, jugando con mi pluma. Demasiado sincera. Demasiado pronto.

El estrépito de sillas al moverse ahogó su respuesta. Andrew levantó la mano como un mástil:
—¿Calculadoras, señor?
—Usen el cerebro primero —refunfuñó Curtis, hojeando un libro con dedos manchados de tiza roja.

Liam alzó la voz sin apartar los ojos de sus cálculos:
—Señor.

El profesor dejó escapar un suspiro que hinchó su bigote grisáceo.

—¿Knight?
—Terminé.

Mi cabeza giró hacia sus hojas: tres columnas de números pulcramente alineadas, flechas conectando variables como mapa de metro alienígena.
—¿Disculpe? —Curtis se incorporó, ajustándose los anteojos en la nariz—. Recién empezamos.

Liam ya caminaba hacia la pizarra, cuaderno en mano. La luz fluorescente resaltaba el contorno de sus hombros bajo la camiseta holgada.
—Marcador —exigió, extendiendo la palma hacia el profesor.

La tiza chirrió al escribir. Cada número que garabateaba vibraba en mis costillas.
—...entonces X es 42 e Y es 2 —declaró, dibujando un círculo victorioso alrededor de los resultados.

El silencio olía a sudor adolescente y asombro. Curtis comprobó los números en su calculadora de 1980, presionando los botones con fuerza innecesaria.
—Correcto —gruñó, como si las palabras le quemaran la lengua.

Al regresar a su asiento, Liam arrastró la silla hasta que su rodilla rozó la mía.
—Decías algo sobre verme... —susurró, el aliento caliente rozando mi oreja.

Mis dedos se cerraron alrededor de su muñeca bajo la mesa. Los números en su piel latían como código morse.
—¿Eres brujo o sólo un show-off con suerte?

Su risa fue un zumbido eléctrico en el hueco de mi clavícula.
—El secreto está en las pestañas, nena —murmuró, inclinándose hasta que sus labios casi tocaban el temblor de los míos—. ¿Quieres comprobarlo?

El reloj de pared marcaba diecisiete minutos restantes. Diecisiete minutos donde cada ecuación entre nosotros se resolvía en variables de piel y suspiros contenidos.

Capítulo 26

(Punto de vista de Isabella)

El aire de la cafetería olía a nuggets de pollo recalentados y ansiedad adolescente. Me aferré a mi bandeja mientras Avery parloteaba sobre su último drama en clase de arte, pero mis ojos escaneaban las mesas como un radar defectuoso. Nathan y Mason Reed aparecieron con sus risitas de cómplices, pero el espacio junto a ellos seguía vacío.

—¿Dónde está Liam? —pregunté, clavando el tenedor en una ensalada que sabía a cartón. Nathan se encogió de hombros, derramando jugo de arándano sobre la mesa. —En el vestuario cuando salí. Dijo que se cambiaba rápido.

Avery ladeó la cabeza, señalando con discreción hacia Sophie, sentada dos mesas más allá. Su cabello rubio ceniza brillaba bajo los fluorescentes mientras fingía reírse de un chiste que nadie había contado. Sus uñas rojas golpeteaban el teléfono como metrónomo de una bomba.

—Isabella, respira —susurró Avery, pero ya estaba de pie, el bolso colgando de mi hombro como un lastre.

Corrí.

El pasillo olía a desinfectante y sudor viejo. Cada paso resonaba con eco de urgencia, mis calambres menstruales dibujando garabatos de dolor en el bajo vientre. Al doblar la esquina hacia los vestuarios, el alarido de una alarma antirrobo estalló en mis oídos: risas ahogadas, insultos, el sonido sordo de un casillero abollándose.

—¡Knight, te voy a partir la cara! —rugió una voz que reconocí demasiado bien: Tyler Brooks Cole, el capitán del equipo de natación con complejo de dios griego.

El vestuario estaba repleto de cuerpos sudorosos formando un círculo de gladiadores modernos. Me colé entre codos y mochilas, usando mi metro cincuenta y siete como arma. La escena se desplegó en cámara lenta: Liam, de espaldas contra los casilleros azules, con el puño derecho cerrado pero pegado al costado como si luchara contra imanes invisibles. Tyler Brooks lo empujaba con el antebrazo, su sonrisa torcida revelando el aparato de ortodoncia que nunca se quitó.

—¿Problemas, princesa? —bufó Tyler Brooks, escupiendo las palabras cerca de la mejilla de Liam—. Pensé que te gustaba pelear *solo* con chicas.

El puño de Liam tembló.

Sophie irrumpió entonces, su perfume Chanel N°5 ahogando el olor a Axe barato. —¡Tyler Brooks, basta! —ordenó, pero su voz sonó frágil, como cristal fino.

Liam la miró. Fue solo un segundo, pero suficiente para que Tyler Brooks aprovechara.

—¿En serio? —resollé, lanzándome entre ellos antes de que el primer golpe volara. Mis palmas chocaron contra dos pechos sudorosos, deteniendo el momentum de dos toros enfurecidos—. ¿Ninguno de ustedes aprendió a usar palabras en preescolar?

Sophie me clavó una mirada que habría derretido acero. —¿Qué haces aquí, Isabella? —silbó, ajustando el collar de seda de su blusa como si estuviera en una pasarela y no en un vestuario apestoso.

—Lo mismo que tú —mentí, sintiendo la tensión de Liam irradiando calor a mi lado—. Coleccionar traumas para terapia futura.

El silbato de un profesor cortó el aire. La multitud se dispersó como cucarachas bajo la luz,

dejándonos a los cuatro en un cuadrado de baldosas rotas y dignidad pisoteada.

Liam recogió su camiseta del suelo, la sangre de su labio partido manchando el algodón blanco. —No valía la pena —murmuró, pero sus ojos brillaban con esa oscuridad peligrosa que sólo yo conocía.

Sophie tomó la mano de Tyler Brooks con uñas que parecían garras. —Ven —ordenó, arrastrándolo hacia la salida.

Nos quedamos solos entre casilleros abollados y toallas húmedas. Liam apoyó la frente contra el metal frío de su locker, sus hombros subiendo y bajando al ritmo de una respiración que intentaba calmarse.

—¿Por qué no le diste? —pregunté, sabiendo la respuesta.

Giró hacia mí, la marca roja de un dedo en su cuello. —Porque tú entraste —dijo, limpiándose la sangre con el pulgar—. Y porque prefiero guardar mis golpes para cuando importen.

El timbre sonó anunciando el fin del almuerzo. Fuera, la vida escolar continuaba como si nada. Pero aquí, entre el olor a violencia contenida y promesas rotas, algo había cambiado.

Sophie nos esperaba en el pasillo.

El baño de chicas olía a jabón líquido barato y menta falsa. Las luces parpadeantes proyectaban sombras nerviosas sobre las paredes azulejadas. Liam se apoyó contra el lavabo, sus nudillos enrojecidos y la rabia aún temblando en la línea de su mandíbula. Afuera, los golpes contra la puerta sonaban como tambores de guerra.

—¡Isabella, ábreme! ¡Esto es ridículo! —Sophie aullaba, su voz distorsionada por la madera—. ¡No puedes esconderlo ahí dentro como un perro asustado!

Ignoré sus gritos y crucé los brazos. Liam evitó mi mirada, jugueteando con el grifo abierto. El agua fría corría sobre sus dedos, arrastrando gotas rosadas de sangre seca.

—¿Qué demonios estabas pensando? —le espeté, aunque sabía la respuesta. Tyler Brooks llevaba semanas envenenando cada esquina con sus rumores: *"LiamKnight, el niño prodigio que se cree mejor que todos... hasta que le mostramos su lugar"*.

Él cerró los ojos, las venas de su cuello palpitando. —No iba a dejar que siguiera hablando de ti —murmuró, tan bajo que casi se ahogó en el chorro del agua.

El corazón me dio un vuelco. Clavé las uñas en mis palmas para no ceder. —¿Y qué? ¿Golpearlo iba a borrar sus palabras? —Avancé hasta quedar a un paso de él, el vapor de su aliento chocando con el mío—. Eres más inteligente que esto.

Sophie pateó la puerta. —¡Tyler Brooks está sangrando por la nariz, Knight! ¡El director va a expulsarte!

Liam se irguió de golpe, su reflejo en el espejo mostrando al lobo herido que llevaba dentro. —¿Crees que me importa? —rugió, no hacia mí, sino hacia la voz de Sophie que se filtraba como veneno—. Podrían expulsarme, quemar el maldito colegio, y seguiría sin importarme.

Lo agarré de las solapas de su sudadera, obligándolo a mirarme. —A *mí* me importa —susurré con voz áspera—. ¿Crees que quiero verte convertido en otro monstruo de sus historias?

Sus manos encontraron mis caderas, calientes aún por la adrenalina. —No entiendes —respiró, acercando su frente a la mía—. Cada vez que abre la boca sobre ti, sobre lo que... lo que *somos*... siento que...

El portazo de Sophie al marcharse nos devolvió a la realidad. El silencio repentino zumbaba en

mis oídos. Liam seguía temblando, pero ahora era diferente: no era furia, sino miedo. Miedo a lo que había estado a segundos de hacer.

—Enséñame —dije, soltando su sudadera para tomarle las manos—. Enséñame a no tener miedo de esto.

Sus labios se entreabrieron, pero antes de que pudiera responder, el timbre sonó en el pasillo. La vida seguía, implacable. Liam se apartó, recogiendo su mochila del suelo con movimientos lentos, calculados.

—No soy el héroe de tu historia, Isabella —murmuró, pasando junto a mí—. Pero juré no convertirme en el villano de la suya.

Salimos al pasillo vacío. Al doblar la esquina, encontramos a Tyler Brooks rodeado de profesores, su nariz hinchada y una sonrisa triunfal manchada de rojo. Sophie lo abrazaba, pero sus ojos—fríos como el acero—nos siguieron hasta que desaparecimos.

Liam entrelazó sus dedos con los míos bajo la mesa de la biblioteca. Sus nudillos rozaban mis muslos, recordándome que algunas batallas no se ganan con puños, sino con silencios cómplices.

El aire en el baño se había espesado con secretos sin resolver. Las baldosas del piso brillaban bajo la luz fluorescente como trozos de hielo fracturado, y el eco del timbre aún vibraba en mis huesos. Liam me seguía con la mirada mientras yo retrocedía hacia la puerta, su expresión entre arrepentimiento y desafío, como si él mismo no supiera qué demonios estaba sintiendo.

—Isabella —repitió mi nombre, esta vez más suave, casi un susurro que se enredó en el zumbido del extractor de aire—. No puedo fingir indiferencia.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, pero ya estaba corriendo por el pasillo, esquivando grupos de estudiantes que reían como si el mundo no se estuviera resquebrajando. El olor a desinfectante se mezclaba con el perfume barato de alguien que pasó rozándome el hombro. Subí las escaleras de dos en dos, las suelas de mis zapatos golpeando los escalones con un ritmo frenético que coincidía con mi pulso.

En clase de matemáticas, las ecuaciones en la pizarra parecían jeroglíficos sin sentido. El lápiz temblaba entre mis dedos mientras garabateaba círculos concéntricos en el margen de la hoja. *"No por ti, sino para ti"*. La voz de Liam resonaba en mi cabeza, cada sílaba un latigazo. ¿Desde cuándo había aprendido a destriparme con frases de tres palabras?

El profesor escribía números con tiza blanca, pero yo solo veía los nudillos enrojecidos de Liam, la sangre seca en su labio, la forma en que sus manos habían encontrado mis caderas como anclas en medio de la tormenta. Sophie se apareció en mi mente de repente, sus uñas rojas clavándose en el brazo de Tyler Brooks mientras lo arrastraba lejos, sus ojos brillando con la promesa de venganza.

—Señorita Hart, ¿puede resolver el problema 12?

El silencio cayó como un martillo. Veinte cabezas giraron hacia mí. Tragué saliva, mirando la página llena de garabatos y cero respuestas.

—No estoy segura, profesor —mentí, clavando las uñas en la palma de la mano—. Creo que necesito… aire.

El pasillo estaba desierto. Me apoyé contra los lockers fríos, respirando el aroma a metal viejo y ansiedad. Desde aquí, se veía el patio donde Tyler Brooks solía fumar a escondidas. Ahora estaba vacío, salvo por una figura familiar encorvada sobre la mesa de picnic: Liam, con los codos en las rodillas y las manos enredadas en el pelo.

Una risa aguda brotó de la esquina. Sophie y sus esbirras pasaron como un séquito de cuervos, sus miradas clavadas en mí mientras susurraban.

—Cuidado, Isabella —dijo Sophie al pasar, rozándome el hombro con el suyo—. Los héroes que intentan salvar a todos… siempre acujan solos.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Un mensaje de Avery: *"Vas a explicarme cada detalle en el almuerzo mañana. Trae chocolate."*

Pero fue el segundo mensaje el que me detuvo el corazón:

Liam:*"El laboratorio de química. Medianoche. Ven sola."*

El profesor me llamó de vuelta a clase, pero ahora las ecuaciones en la pizarra parecían formar patrones claros, letales. Liam nunca pedía encuentros a escondidas. Nunca.

Al doblar la página de mi cuaderno, escribí en letra microscópica: *"¿Qué estás planeando?"*

La respuesta llegó antes de que pudiera cerrarlo:

Liam:*"Trabajar de forma más inteligente, no más dura. Como dijiste."*

El reloj de la pared tictaqueaba como una cuenta regresiva. Sophie seguía susurrando desde el otro extremo del salón. Y yo, por primera vez, no tenía idea de qué demonios iba a pasar después.

El pasillo olía a goma de borrar quemada y menta falsa. Los casilleros reverberaban con el eco de risas que sonaban como cristales rotos. Liam se apoyó contra el mío, cruzando los brazos con una tensión que hacía temblar las mangas de su sudadera. Avery observaba desde un lado, mordisqueando una uña pintada de negro azabache.

—¿Peleando? —repetí, cerrando el casillero con un golpe seco—. Tú me gritaste. Tú casi le partes la cara a Tyler Brooks. Tú… —La mirada de Avery me detuvo. Su ceja arqueada era un recordatorio silencioso: *"No le des munición al enemigo"*.

Liam se enderezó, su sombra alargándose sobre las paredes azules. —Grité *una vez*. Y lo de Tyler Brooks… —Hizo una pausa, tragando en seco—. No te dije por qué.

Avery se inclinó hacia adelante, el pelo rojo cayendo como una cortina de advertencia. —¿Alguien va a explicar por qué Nathan anda diciendo que Isabella te dejó plantado en el baño de chicas? —preguntó, clavando una uña en el pecho de Liam—. Porque eso es lo que circula.

El mundo se detuvo. Nathan. Tyler Brooks. El choque en el pasillo. La imagen de ambos intercambiando palabras se incrustó en mi mente como un virus.

—Espera —dije, alzando una mano—. ¿Dejé plantado a Liam*en el baño de chicas*? ¿Eso es lo que…? —Una risa histérica brotó de mis labios—. ¿Quién inventa estas cosas?

Liam palideció. Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca. —No fue Nathan. Fue…

Avery interrumpió con un silbido. —Oh, no. ¿Acabas de decir que fue *Tyler Brooks*? —Su sonrisa era filosa—. Porque Sophie está en el otro extremo del pasillo, y apuesto a que…

Volteé la cabeza. Allí estaba Sophie, apoyada contra el casillero 303, enviando un mensaje con uñas que brillaban como cuchillas. Al lado, Tyler Brooks sostenía una bolsa de hielo contra su nariz, pero su sonrisa era de triunfo.

—No importa —gruñó Liam, tirando de mí hacia la salida de emergencia—. Tenemos que hablar. *En serio*.

Avery nos siguió como una sombra, bloqueando a Sophie con su cuerpo cuando esta intentó acercarse. La puerta metálica chirrió al abrirse, revelando el estacionamiento trasero donde los

fumadores solían esconderse. El aire frío me golpeó la cara.

—Escucha —Liam comenzó, frotándose la nuca con gesto exasperado—. Lo de anoche…

—¿Anoche? —Avery cruzó los brazos—. ¿Qué pasó anoche?

Él me miró, pidiendo silencio con los ojos. El mensaje del laboratorio de química ardió en mi bolsillo. *Medianoche. Ven sola.*

—Nada —mentí, clavando las uñas en las palmas—. Solo…

Un motor rugió en la distancia. El Mustang negro de Tyler Brooks aceleró frente a nosotros, levantando grava. A través de la ventana abierta, vi a Nathan en el asiento del copiloto, riendo como si fuera el chiste más grande del mundo.

Avery maldijo en voz baja. —Isabella, ese imbécil te está vigilando.

Liam apretó los puños. —No te acerques a él. Ni a Nathan.

—¿Por qué? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Él se acercó, su aliento formando nubes entre nosotros. —Porque no son tus amigos. Porque… —Sus palabras se congelaron al ver algo sobre mi hombro.

Sophie estaba en la ventana, golpeando el vidrio con un anillo que destellaba bajo el sol. Con un movimiento exagerado, levantó su teléfono y señaló la pantalla. Un mensaje brillaba en rojo:

"El laboratorio tiene cámaras, cariño. Cuidado con lo que tocas."

Liam maldijo, girando sobre sus talones. —Esto se acabó.

—¿Qué? —Lo agarré del brazo—. ¿Qué estás planeando?

Él se liberó con suavidad, sus ojos brillando con algo que no pude descifrar. —Trabajar de forma más inteligente. Como me pediste.

Avery me tomó del hombro. —Isabella, no vayas a esa cita.

Pero ya era demasiado tarde. La campana sonó, y con ella, el reloj comenzó a correr hacia la medianoche.

El motor del auto de Liam ronroneaba como un animal inquieto, pero el silencio entre nosotros era más eléctrico que el rugido del escape. Sus dedos seguían entrelazados con los míos, pero noté cómo su pulgar rozaba mi muñeca, un tic nervioso que delataba más de lo que sus palabras admitían.

—Avery siempre convierte todo en una comedia romántica —murmuré, mirando por la ventana mientras los postes de luz dibujaban sombras fugaces en su perfil—. Pero esto no es un maldito *k-drama*.

Él soltó una risa cortante. —¿Crees que Nathan está jugando al teléfono descompuesto? —preguntó, cambiando de marcha con brusquedad—. Porque si Tyler Brooks está detrás de esto…

—No —interrumpí, recordando la mirada de Nathan al chocar con Tyler Brooks en el pasillo—. Es más complicado.

El GPS marcaba quince minutos para llegar a la pista de hielo. Quince minutos antes de enfrentar a un grupo donde alguien —o varios— intentaban sembrar caos. Liam estiró el brazo hacia la guantera y sacó una lata de bebida energética. Al agarrarla, una foto desgastada se deslizó al suelo.

—¿Qué es eso? —pregunté, recogiéndola antes de que él pudiera reaccionar.

La imagen estaba borrosa, pero reconocí los rizos rebeldes de Liam en primer plano. Detrás,

Tyler Brooks y Nathan aparecían con uniformes de fútbol, sonriendo como hermanos. La fecha en la esquina: *Hace tres años*.

—Una época en que creía que los leales no traicionaban —dijo Liam, arrebatándome la foto y guardándola con un gesto seco—. Error mío.

El auto viró bruscamente hacia un estacionamiento semivacío. La pista de hielo relucía bajo focos azulados, pero los únicos vehículos eran el Mustang negro de Tyler Brooks y el Jeep de Avery.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, sintiendo un escalofrío que no tenía que ver con el frío.

Liam apagó el motor. —Mason Reed nunca envió esa ubicación.

Antes de que pudiera responder, su teléfono vibró. Un mensaje anónimo: **"El hielo aguanta… hasta que se quiebra."**

Avery salió del Jeep haciendo señas exageradas, pero su sonrisa se congeló al ver a Nathan y Tyler Brooks junto a la entrada, patines en mano.

—Bienvenidos al juego —murmuró Liam, abriendo su puerta—. Ahora veremos quién resbala primero.

El estacionamiento estaba sumido en una quietud irreal, solo rota por el crujido de la grava bajo nuestros pies. Liam sostenía la sudadera como si fuera un trofeo, su sonrisa desafiando el frío que nos envolvía. Me la puse, sintiendo el tejido áspero y el aroma a detergente barato mezclado con su colonia. Algo en ese gesto —prestar su ropa, marcar territorio— me hizo sonreír, pero la sonrisa se congeló cuando noté un bulto en el bolsillo frontal.

—Espera —dije, metiendo la mano antes de que él pudiera reaccionar.

Un papel doblado en cuartos. Liam palideció al verlo.

—Eso no es… —Intentó arrebatármelo, pero ya lo desplegaba.

La misma foto de hace tres años: él, Tyler Brooks y Nathan, pero ahora con una frase escrita en rojo en el reverso: **"El hielo siempre traiciona a los que confían en su superficie."**

—¿De dónde salió esto? —Susurré, sintiendo que el frío se infiltraba bajo la sudadera.

Él apretó los puños. —No la había visto desde… —Una sombra cruzó su rostro—. Nathan la robó de mi casillero hace una semana.

Un motor rugió a lo lejos. El Mustang de Tyler Brooks aceleró hacia nosotros, deteniéndose a centímetros de donde estábamos. La ventanilla bajó, revelando a Nathan con una sonrisa de depredador.

—¿Perdieron algo, amores? —Lanzó un patín al aire, que aterrizó a mis pies con un clang metálico—. El hielo está *especialmente* resbaloso hoy.

Liam me empujó detrás de él, pero antes de que pudiera avanzar, Avery apareció en la puerta de la pista, gritando:

—¡Isabella! ¡Mason Reed se cayó y hay sangre por todos lados!

El mundo se desdobló: Nathan riendo, Liam maldiciendo, y yo, corriendo hacia el interior con la foto arrugada en el puño. La advertencia en rojo latía en mi mente. El hielo no era el único que podía quebrarse.

El hielo crujió bajo mis patines como una advertencia. Liam me sostenía las manos, deslizándose hacia atrás con una gracia que me irritaba tanto como me atraía. Su sonrisa era un faro en la neblina fría que envolvía la pista, pero algo en su mirada se tensó cuando Avery pasó patinando a

nuestro lado, lanzándole una mirada que no supe descifrar.

—Relaja los tobillos —murmuró Liam, ajustando su agarre—. No luches contra el hielo, déjate llevar.

—Fácil para ti decirlo, *profesional* —bufé, clavando las uñas en sus palmas cuando resbalé.

Su risa se mezcló con el eco de patines afilados cortando el hielo. Tyler Brooks pasó como un relámpago, rozándome tan cerca que el viento helado de su estela me hizo estremecer.

—Cuidado con las grietas, princesa —susurró al oído antes de desaparecer en una pirueta innecesariamente dramática.

Liam me jaló contra su pecho, su sudadera absorbiendo mi golpe seco.

—Ignóralo —murmuró, pero sus dedos temblaron levemente en mi cintura.

Avanzamos en círculos lentos hasta que Mason Reed apareció, la rodilla vendada y la sonrisa torcida.

—¿Ya terminaron de darse el discurso de *'te amo pero no lo digo'*? —bromeó, señalando a Nathan, quien patinaba en sentido contrario con una cámara en mano—. Ese imbécil está grabando todo. Para el 'archivo', dice.

El estruendo vino sin aviso: un crujido sordo seguido de gritos. En el centro de la pista, una fisura serpenteante se abrió como una cicatriz. Avery cayó de cara al hielo, y por un segundo, todos nos paralizamos. Todos menos Nathan.

—¡Corten! —gritó, riendo mientras apuntaba la cámara a la fractura—. Esto sí es contenido.

Liam me empujó hacia la barrera y se lanzó hacia Avery, pero Tyler Brooks llegó primero, alzándola con un brazo mientras con el otro sostenía algo pequeño y plateado que reconoci demasiado tarde: una navaja de hielo.

—Accidente desafortunado —dijo Tyler Brooks, mirándome fijamente mientras deslizaba el objeto en su manga—. ¿Verdad, Isabella?

El mensaje era claro. Las grietas no solo estaban en el hielo.

Capítulo 28

(Punto de vista de Liam)

Isabella se aferraba a mí como si el hielo fuera a tragársela, sus dedos clavándose en mis hombros cada vez que resbalaba. La sostuve con una mano en su cintura, mientras con la otra señalé a Nathan, que patinaba en círculos cerca de la fisura reparada.

—¿Viste cómo miró la cámara cuando te ofreció ayuda? —murmuré, inclinándome para que solo ella oyera—. Como si estuviera esperando que dijeras que sí.

Ella siguió mi mirada, tensándose. Nathan alzó la cámara hacia nosotros, su sonrisa demasiado amplia bajo la luz azulada de las luces LED.

—Quizás deberíamos darle un show —susurró Isabella, y antes de que pudiera detenerla, se levantó de golpe y me besó con una intensidad que casi nos hizo caer.

El clic de la cámara sonó como un disparo.

—¡Eso es para el álbum de bodas, niños! —gritó Nathan, alejándose en una pirueta que dejó marcas profundas en el hielo.

Isabella se separó, jadeando, pero su sonrisa se desvaneció cuando noté el temblor en sus manos.

—¿Estás bien? —pregunté, ajustando la sudadera que le presté. El bulto de la foto en el bolsillo rozó mi dedo, recordándome su peso.

—Solo frío —mintió, mirando hacia donde Tyler Brooks ayudaba a Avery a salir de la pista. Su vendaje en la rodilla ya estaba manchado de rojo.

La navaja de hielo de Tyler Brooks brilló fugazmente cuando se ajustó la chaqueta.

—Oye, ¿recuerdas la primera vez que patinamos aquí? —pregunté, distrayéndola mientras la guiaba hacia la salida—. Cuando Nathan se rompió el tobillo y juró que fue culpa de una grieta que nadie más vio.

Isabella se rió, pero fue un sonido hueco.

—¿Crees que las grietas… vuelven? —Sus ojos buscaron la fisura reparada, ahora cubierta por una capa delgada de hielo nuevo.

Antes de responder, un grito desgarró el aire.

Avery estaba de pie frente a los vestuarios, señalando algo dentro de su casillero abierto. Colgando de un gancho, sangrante y retorcido, había un patín roto. Atado a él, un papel con nuestra foto manchada de rojo y la misma frase: **"El hielo siempre traiciona."**

Tyler Brooks apareció a mi lado, susurrando con una calma que heló la sangre:

—Deberías haberla dejado caer cuando tuviste la chance, Walker.

Isabella me apretó la mano con fuerza, pero yo ya estaba calculando cuántos segundos tardaría en romperle la nariz a Tyler Brooks.

Hasta que Nathan apareció con la cámara, filmando cada detalle.

—Acción y consecuencia, ¿eh? —dijo, enfocando el patín mutilado—. Esto va a viralizarse.

El hielo crujió bajo nuestros pies, no como una advertencia, sino como una promesa.

El café olía a café quemado y mentiras baratas. Isabella jugueteaba con su taza, los dedos temblorosos, mientras Nathan deslizaba su mirada entre nosotros como un tiburón oliendo sangre. Su pregunta sobre "enseñarle a patinar" seguía colgando en el aire, tan afilada como la

navaja que Tyler Brooks llevaba en la manga.

—Claro, Nathan —respondió Isabella, forzando una sonrisa que solo yo reconocí como falsa—. Pero cuidado, el hielo muerde si te descuidas.

Avery ladeó la cabeza, estudiando a Nathan con la intensidad de alguien que acaba de resolver un acertijo. Su pregunta sobre si tenía novia no era casualidad. *Ella sabe algo*.

—¿Y tú, Avery? —Nathan giró hacia ella, la cámara colgando de su cuello como un collar de espinas—. ¿Sigues saliendo con ese chico del equipo de hockey? ¿El que te dejó plantada en invierno?

Mason Reed tosió, casi derramando su café. Isabella me apretó la mano bajo la mesa, sus uñas clavándose en mi palma.

—Terminamos —murmuró Avery, desviando la mirada hacia la ventana. En el reflejo, vi a Tyler Brooks levantarse de la mesa, deslizando algo en el bolsillo de Nathan antes de salir. *La navaja de hielo*.

—Liam, ¿vas a la fiesta de Tyler Brooks el viernes? —preguntó Nathan de pronto, enfocando su cámara hacia mí—. Dicen que habrá… *sorpresas*.

Isabella se tensó. La foto ensangrentada en mi bolsillo pareció arder.

—¿Qué clase de sorpresas? —pregunté, manteniendo la voz neutral.

Nathan sonrió, apretando el botón de grabación.

—Las que ocurren cuando el hielo se rompe —respondió, filmando cómo Isabella palidecía—. O cuando alguien empuja.

Mason Reed se levantó bruscamente, derribando la silla.

—Vamos, Avy. Necesito cambiar este vendaje —mintió, arrastrándola fuera del café.

Isabella susurró en mi oído, los labios rozando mi cicatriz:

—Él tiene la foto. La que dejaron en el casillero.

Miré a Nathan. La cámara ahora apuntaba a su propia mano, donde asomaba un borde de papel manchado de rojo. *Nuestra foto*.

—¿Qué quieres? —le espeté, olvidando fingir.

—Que juegues limpio —respondió, bajando la cámara—. O le diré a todos cómo *realmente* se rompió el tobillo Mason Reed hace tres años.

Isabella me detuvo antes de que mi puño encontrara su sonrisa.

—No vale la pena —murmuró, pero sus ojos brillaban con rabia contenida.

Nathan se alejó, silbando una canción que reconocí al instante: el mismo tema que sonaba el día que Mason Reed cayó "accidentalmente" por las escaleras del estadio.

—¿Lo sabías? —le pregunté a Isabella, buscando en su rostro alguna señal de culpa.

Ella negó, pero sus lágrimas traicioneras cayeron sobre nuestro entrelazado de manos.

—Solo sé que las grietas nunca sanan —susurró—. Solo se esconden bajo más hielo.

Fuera, el cielo se oscureció. Tyler Brooks esperaba junto a un auto, limpiando la hoja plateada de su navaja contra el vidrio. Cuando nuestros ojos se encontraron, dibujó una línea en el aire: una promesa.

El viernes, alguien caería. Y esta vez, no habría cámara que pudiera capturar la verdad.

El aire en el café se espesó como niebla tóxica. Nathan seguía sosteniendo el teléfono, la pantalla iluminada por el mensaje de Tyler Brooks. Isabella me apretó la mano con fuerza, como si temiera que el suelo se abriera bajo nuestros pies.

—¿Qué le dijo Tyler Brooks? —le espeté a Nathan, ignorando las miradas de advertencia de Mason Reed.

Nathan deslizó el teléfono en su bolsillo con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Negocios pendientes —respondió, ajustando la cámara que colgaba de su cuello—. Pero no te preocupes, *Liam*. Tú solo preocúpate de no resbalarte otra vez.

Avery se inclinó hacia adelante, sus dedos tamborileando sobre la mesa.

—¿Resbalarse? ¿Como cuando Mason Reed "tropezó" en las escaleras del estadio? —preguntó, clavando la mirada en Nathan—. ¿O como cuando Isabella encontró ese patín roto en su casillero?

El nombre de Isabella en sus labios sonó como un disparo. Nathan palideció, pero recuperó la compostura rápidamente.

—Las metáforas son aburridas, Avery —dijo, levantándose—. Prefiero la acción directa.

Antes de que pudiera salir, Isabella se puso de pie, su voz temblorosa pero firme:

—¿Qué te prometió Tyler Brooks? ¿Dinero? ¿Venganza? ¿O solo le gusta verte hacer el trabajo sucio como hace tres años?

El café quedó en silencio. Mason Reed cerró los puños, la cicatriz en su rodilla visible bajo el vendaje desgastado. Nathan se volvió lentamente, su cámara grabando cada microexpresión en nuestros rostros.

—Tyler Brooks solo quiere equilibrio —dijo, enfocando a Isabella—. Y el hielo… siempre se nivela solo.

Cuando la puerta se cerró tras él, Avery lanzó un billete arrugado sobre la mesa.

—Vamos —dijo a Mason Reed—. Necesito revisar mi casillero. *De nuevo*.

Isabella y yo nos quedamos solos, el zumbido de los fluorescentes mezclándose con el eco de sus palabras.

—¿Qué sabes de lo de Mason Reed? —pregunté, acariciando su muñeca con el pulgar.

Ella cerró los ojos, como si pudiera borrar los recuerdos.

—Nathan filmó el "accidente" —susurró—. Tyler Brooks empujó a Mason Reed, pero la cámara solo capturó una… grieta en el hielo.

El sonido de mi teléfono nos sobresaltó. Un mensaje anónimo: una foto de Isabella y yo besándonos en la pista, con una frase tachada en rojo: **"El viernes, el hielo elige."**

—Es él —dijo Isabella, tocando la pantalla—. Nathan siempre edita sus videos antes de publicarlos.

Me levanté, tirando de su mano.

—Vamos a terminar esto ahora.

Ella se resistió, sus ojos brillando con lágrimas de furia.

—No. Esperaremos al viernes —dijo, sacando algo de su bolso: la navaja de hielo de Tyler Brooks, manchada de óxido—. Porque esta vez, *nosotros* cortaremos primero.

Avery cruzó los brazos, su sonrisa astuta brillando como el filo de la navaja que Isabella

escondía en su bolso. Mason Reed se ajustó el vendaje de la pierna, su mirada perdida en el recuerdo de una caída que nunca fue accidental. Isabella me apretó la mano bajo la mesa, sus uñas marcando mi piel como un código morse de urgencia.

—SpyKids, ¿eh? —murmuró Avery, sacando su teléfono—. Bueno, si vamos a hacer esto, necesitamos un plan. No solo seguir a Nathan como perros perdidos.

Mason Reed señaló el reloj de la pared.

—Tiene clase de química ahora. El laboratorio del ala oeste tiene esa ventana rota que nunca repararon. Podemos escuchar desde el pasillo.

Isabella arqueó una ceja.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque *yo* la rompí el año pasado —respondió Mason Reed, encogiéndose de hombros como si fuera un detalle sin importancia.

Me levanté, sintiendo el peso de la foto ensangrentada en mi bolsillo.

—Voy yo. Si me atrapan, digo que estaba buscando el baño.

—Genial. Y si te descubre, ¿qué? ¿Le dices que te gusta su perfume? —Avery lanzó una mirada burlona.

—Si me descubre, les grito que corran —dije, ajustándome la sudadera para ocultar el temblor de mis manos.

El laboratorio olía a ácido y mentiras viejas. Me pegué a la pared, junto a la ventana astillada. Las voces de Nathan y Tyler Brooks llegaban como cuchicheos envenenados.

—…el viernes, todo se derrumba —decía Tyler Brooks, su voz áspera—. Asegúrate de que la cámara capture el ángulo correcto.

—No me falles como con Mason Reed —respondió Nathan, el sonido de su cámara encendiéndose como un disparo—. Esta vez, *nadie* se levanta.

Isabella apareció a mi lado, silenciosa como una sombra. Su aliento caliente rozó mi oído.

—¿Qué dicen?

Antes de responder, Tyler Brooks giró bruscamente hacia la ventana. Sus ojos se encontraron con los míos a través de la grieta en el vidrio.

—¡Corre! —le grité a Isabella, pero Tyler Brooks ya había lanzado un frasco de reactivo contra la pared. El líquido verde estalló en humo, llenando el pasillo de una niebla ácida.

Avery y Mason Reed nos arrastraron hacia afuera, tosiendo.

—¿Viste esto? —Avery levantó un papel quemado que había arrancado del bote de basura del laboratorio. Era un diagrama del estadio de patinaje, con una X roja sobre la sección de hielo más débil.

Isabella palideció.

—Es donde practico mis saltos.

Mason Reed maldijo, señalando una nota al margen: *"Accidente en vivo. Cortesía de E.O."*

—Liam y Isabella —susurró Avery—. Nos están tendiendo una trampa.

El timbre sonó, salvaje y agudo. Nathan salió del laboratorio, su cámara grabando nuestra desesperación.

—Hasta el viernes, *SpyKids* —murmuró, pasando junto a mí—. Esperen su estrella de cine.

Mientras se alejaba, algo cayó de su bolsillo: una memoria USB con una etiqueta familiar. *"Backup accidente Mason Reed - NO BORRAR"*.

Isabella la recogió, sus dedos temblando.

—Esto… esto lo cambia todo.

Avery nos miró, su sonrisa ahora un arma afilada.

—O nos destruye.

El nombre de Tyler Brooks resonó en el aire como un trueno. Jake Monroeary se alejó corriendo, pero sus palabras quedaron flotando entre nosotros, enredadas en el viento cálido del mediodía. Liam tensó los brazos alrededor de mi cintura, su risa anterior convertida en un silencio cargado de presagios.

—Trampa —murmuró Avery, arrancando una brizna de hierba y retorciéndola entre sus dedos —. ¿Qué clase de trampa necesita un "fin de semana" y una fiesta?

Mason Reed se inclinó hacia adelante, las cicatrices de sus nudillos brillando bajo el sol.

—La del viernes. La que organiza el equipo de hockey. Donde *todos* estarán.

Sentí el peso de la navaja de hielo en mi bolso, su filo oxidado rozando mis apuntes de química. Liam me rodeó con más fuerza, como si pudiera protegerme del futuro que se acercaba.

—Noah, el hermano de Jake Monroeary —dije, recordando su nombre—. Él está en el equipo. Si Tyler Brooks habló delante de él…

—Noah no es como los otros —interrumpió Avery, lanzando la hierba al viento—. Pero si Tyler Brooks y Nathan planean algo en esa fiesta, necesitamos más que rumores de un estudiante de primer año.

Liam giró mi rostro hacia él, sus ojos escudriñando los míos como si buscara grietas en el hielo.

—Isabella, esa fiesta es en el estadio. Donde practicas. Donde *él* marcó una X en el diagrama.

El eco del frasco de reactivo estallando en el pasillo me hizo estremecer. Tyler Brooks no solo quería lastimarme; quería un espectáculo. Una caída en vivo, editada por Nathan para que pareciera otro "accidente".

—Tenemos la USB —susurré, tocando el bolsillo de Liam donde guardaba la memoria robada —. Si lo que hay ahí dentro prueba lo de Mason Reed, podríamos…

—Podría ser demasiado tarde —Mason Reed cerró el puño alrededor de una piedra, lanzándola contra el tronco del árbol donde había rebotado el balón—. Necesitamos entrar en su círculo. Saber exactamente qué tramaron.

Avery sonrió, un destello de malicia en sus ojos azules.

—Sophie.

El nombre cayó como un veneno. La "perra favorita del diablo", como la llamé horas antes. Su obsesión por Liam era tan predecible como el invierno en Westwood.

—No —gruñó Liam, pero yo ya estaba tejiendo el plan en mi mente.

—Ella siempre está cerca de Nathan —dije, separándome de sus brazos para enfrentar sus ojos protestones—. Si finges que quieres reconciliarte, quizás ella…

—¿Que me reconcilie con *Sophie*? —Liam se levantó, su sombra cubriéndome como una nube —. Isabella, ella te odia. Te culpa por lo del casillero, por lo del equipo, por…

—Por existir —terminó Avery, levantándose también—. Pero es la única que podría filtrar información. A menos que Mason Reed quiera seducir a Tyler Brooks.

Mason Reed escupió su jugo.

—Prefiero comerme la navaja de Isabella.

La campana sonó, estridente. Nos levantamos en silencio, cada uno cargando el peso de roles no elegidos: espías, cómplices, carnada.

Mientras caminábamos hacia el edificio, Liam me tomó de la mano con urgencia.

—No voy a hablar con Sophie —susurró, su aliento caliente en mi oreja—. Encuentra otra forma.

Pero yo ya estaba viendo las piezas moverse: la USB en la mochila de Liam, la X en el hielo, los ojos ansiosos de Jake Monroeary al llamarme "bonita". Quizás no todos los aliados debían ser voluntarios.

Al cruzar la puerta, Nathan estaba apoyado en los casilleros, su cámara apuntando hacia nosotros.

—Montgomery —dijo, el lente enfocándose en mis labios—. ¿Lista para tu close-up?

Sonreí, dulce como el veneno.

—Siempre.

Detrás de él, en el reflejo de un espejo sucio, vi a Sophie observándonos. Sus uñas clavándose en los brazos cruzados. Celos, el mejor cebo.

La hierba se enredó entre mis dedos, sus raíces frágiles rompiéndose bajo mi presión. Liam seguía callado, su sonrisa forzada tan delgada como el filo de mi navaja. El sol del mediodía proyectaba sombras largas sobre nosotros, dividiendo el campo en franjas de luz y oscuridad.

—¿Es por lo de Jake Monroeary? —pregunté, bajando la voz—. No me interesan los estudiantes de primer año, Liam. Ya lo sabes.

Él se mordió el labio inferior, una costumbre que solo aparecía cuando luchaba contra sus demonios.

—No es eso —murmuró, pero sus ojos traicionaron una ráfaga de celos—. Es… todo. Tyler Brooks, la fiesta, esa maldita USB.

Avery y Mason Reed se habían alejado, riéndose de alguna broma privada, pero yo podía sentir el peso de su preocupación incluso a distancia. Liam giró hacia mí, su mirada clavándose en la cicatriz casi invisible en mi clavícula, un regalo de Tyler Brooks durante una de sus "bromas" en el hielo.

—Cuando mencionaste que habías estado en la casa de Noah… —tragó saliva—. Tyler Brooks te usaba como trofeo frente al equipo, ¿verdad? Y ahora sigue manipulando todo. Incluyéndote.

El viento arrastró el eco de risas desde el otro extremo del campo. Apreté su mano, notando el temblor que intentaba ocultar.

—Ya no soy su trofeo —dije, firme—. Pero tú… —dudé, eligiendo las palabras con cuidado—. Tú sigues viéndome como si fuera de cristal. Como si cada mirada de otro chico pudiera romperme.

Liam se apartó bruscamente, su sombra alargándose como un espectro.

—No es eso. Es… —su puño golpeó suavemente el pasto—. ¿Sabes lo que hay en la USB?

Todo. El accidente de Mason Reed, los mensajes de Tyler Brooks planeando lo tuyo, incluso… —su voz se quebró—. Fotos tuyas. Tomadas sin que lo supieras.

El mundo se detuvo. Las hojas de los árboles dejaron de susurrar. Alcé la mano hacia mi cuello, donde Tyler Brooks solía juguetear con mi collar durante los partidos. *¿Fotos?* ¿Cuántas veces había sentido su cámara como un depredador en mi nuca?

—Nathan las tomó —continuó Liam, arrancando un puñado de hierba con rabia—. Para Tyler Brooks. Para que… para que nunca lo olvidaras.

Mis pulmones se comprimieron. El diagrama del hielo, la trampa del viernes, todo encajaba. Tyler Brooks no solo quería lastimarme: quería poseerme, incluso en su ausencia.

—Por eso no podemos esperar —dije, levantándome con determinación—. La fiesta es nuestra chance de voltear el juego. Usar su propio escenario contra ellos.

Liam me miró desde el suelo, su cabello dorado desordenado por el viento.

—¿Y si fallamos?

Me arrodillé frente a él, tomando su rostro entre mis manos. Su piel estaba caliente, vibrante con miedo y furia contenida.

—Entonces les haremos pagar igual —susurré, mis labios rozando los suyos en una promesa—. Pero necesito que confíes en mí. No en la Isabella que Tyler Brooks intentó quebrar, sino en la que *tú* ayudaste a reconstruir.

Avery apareció detrás de nosotros, lanzando una manzana hacia Mason Reed.

—¡Romanceo posterior al drama! —canturreó—. ¿Listos para planear el contraataque o seguimos fingiendo que esto es *After*?

Liam se rió, un sonido áspero pero genuino, y se levantó jalándome con él.

—La USB tiene suficiente para hundir a Nathan —dijo, sacando el dispositivo—. Pero necesitamos que Tyler Brooks confiese en vivo. Que todos lo escuchen.

Mason Reed se acercó, examinando el diagrama del estadio que Avery había robado.

—El hielo débil está cerca de los altavoces —señaló—. Si Isabella "cae" ahí, podríamos esconder un micrófono.

Avery sonrió, sacando su teléfono.

—O mejor… transmitir en vivo. Todo Westwood viendo su pequeño show.

El timbre sonó de nuevo, lejano. Liam entrelazó sus dedos con los míos, su pulgar acariciando la cicatriz en mi palma.

—¿Estás segura? —preguntó, y supe que no hablaba solo del plan.

Asentí, mirando hacia el estadio. Entre sus paredes de hielo y acero, Tyler Brooks creía tener el control. Pero no contaba con una verdad: el hielo también refleja. Y esa noche, seríamos su espejo.

El campo vacío se convirtió en un escenario íntimo, el viento acariciando nuestras siluetas como cómplice de lo que estaba por suceder. Las manos de Liam se tensaron en la hierba, sus nudillos blanqueando, pero no me apartó. Al contrario, su respiración se aceleró cuando mis rodillas rozaron su cintura al sentarme sobre él.

—¿Molesto? —susurré, deslizando los dedos desde su sien hasta la curva de su mandíbula—. Tú eras el único que me hacía sonrojar incluso cuando fingías odiarme.

Él emitió un sonido entre la risa y el quejido, arqueando las cejas con esa mezcla de arrogancia y vulnerabilidad que solo yo conocía.

—Me volvías loco —confesó, su voz ronca—. Coqueteabas conmigo frente a Tyler Brooks solo para ver cómo me mordía la lengua. ¿Sabías que una vez rompí mi control remoto de puro frustrado?

Reí, imaginándolo en su habitación, maldiciendo mi nombre mientras apretaba un puño contra la pared. El mismo puño que ahora trazaba círculos tímidos en mi cadera.

—Y tú —le acusé, inclinándome hasta que nuestro aliento se mezcló—, ¿cuántas veces "casualmente" aparecías en el pasillo cuando salía del vestuario? ¿O me dejabas esa estúpida barra de chocolate negro en el casillero que solo *tú* sabías que me gustaba?

Su sonrisa fue un relámpago de complicidad.

—Tyler Brooks jamás lo notó —dijo, y por primera vez, el nombre sonó a derrota, no a amenaza —. Pero tú sí.

—Siempre te notaba —confesé, rozando su labio inferior con el pulgar—. Incluso cuando no quería.

El silencio se cargó de todo lo no dicho: las miradas robadas durante los entrenamientos, los codos que se encontraban en la mesa de química, las risas ahogadas cuando Avery hacía un chiste subido de tono y él buscaba mi reacción primero que la de nadie.

Liam alzó las manos para enmarcar mi rostro, sus dedos temblorosos.

—¿Sabes lo peor? —susurró, acercándose tanto que nuestras pestañas casi se enredaron—. Quería que Tyler Brooks me viera mirarte. Que supiera que cada sonrisa tuya era mía, incluso cuando él creía poseerlas.

La confesión me electrizó. Antes de que pudiera responder, sus labios capturaron los míos con una urgencia que derritió los últimos restos de aquel odio fingido. Su sabor a menta y a promesas rotas años atrás me hizo olvidar el estadio, la USB, incluso el fantasma de Tyler Brooks.

Pero la realidad siempre se cuela.

Un estruendo de risas adolescentes nos separó al mismo tiempo. Al otro lado del campo, un grupo de estudiantes de primer año lanzaba una pelota de fútbol, ajena a nuestra tregua de pasión. Liam enterró el rostro en mi cuello, su risa vibrándome en la piel.

—Avery nos mataría si supiera que nuestro primer beso real fue aquí —murmuró, mordiendo suavemente mi clavícula—. Sin cámaras, sin drama, solo… esto.

—¿Real? —arqué una ceja, juguetona—. ¿Y qué eran esos besos en el auto la semana pasada? ¿Ensayo?

Me lanzó una mirada de advertencia que se desvaneció cuando mis uñas rastrearon su nuca.

—IsabellaMontgomery —susurró contra mis labios—, si no dejas de hablar, voy a…

El timbre interrumpió su amenaza, pero sus manos terminaron la frase, jalándome contra su pecho con una posesividad que hizo arder mis mejillas.

Al levantarnos, encontré la USB medio enterrada en la hierba donde Liam la había arrojado. La tomé, sintiendo su peso como un recordatorio.

—Después de la fiesta —dije, más para mí que para él—, esto termina.

Él entrelazó sus dedos con los míos, su pulgar dibujando círculos en mi cicatriz.

—Termina *juntos* —corrigió—. Y que Tyler Brooks se atreva a mirarte cuando seas solo mía.

El sol se reflejó en su mirada, convirtiendo el verde de sus ojos en una promesa. Una que, por primera vez, creí poder cumplir.

Capítulo 30

(Punto de vista de Isabella)

El reloj marcaba las ocho de la noche. *Viernes*. La palabra resonaba en mi cabeza como una campana de advertencia. Mientras deslizaba el rimel sobre mis pestañas, mis dedos temblaban levemente. No había un plan, solo advertencias: las miradas cómplices de Jake Monroeary, las palabras entrecortadas de Avy, incluso Mason Reed había fruncido el ceño al mencionar a Tyler Brooks. *"No te separes de Liam"*, me repetí por centésima vez, aunque cada vez que lo decía, una parte de mí se avergonzaba de sonar tan... necesitada.

Un golpe suave en la puerta interrumpió mis pensamientos.
—Cariño, ¿estás lista? —La voz de mi madre flotó en el aire antes de que su rostro apareciera tras la rendija. Su sonrisa era cálida, pero yo noté la tensión en su mandíbula. *Claro que sabían*. Los adultos siempre fingen normalidad hasta que el mundo se desmorona.
—Dos minutos más —murmuré, alisando con furia una rebelde hebra de cabello. El vestido rojo corto me ceñía las caderas como un recordatorio: *Esta noche no puedes esconderte*.
—Liam te acompañará. Tu padre y yo... —Hizo una pausa, y en sus ojos brilló algo que no supe descifrar—. Cuídate, ¿entendido?

Asintió y cerró la puerta. El eco de sus pasos por el pasillo me dejó un nudo en la garganta. *¿Por qué todo se siente como una despedida?*

Me observé en el espejo: pelo lacio como una cascada de ébano, labios desnudos, aros de plata que temblaban al menor movimiento. Los tacones rojos mordían mis tobillos, pero prefería el dolor a la vulnerabilidad de estar descalza. *Nada de bolsos*, decidí. Solo mi teléfono, frío y resbaladizo entre los dedos.

—Deja de asustarte —susurré, pero el corazón me traicionó, acelerándose cuando una voz ronca rozó mi oído:
—Hola.

Salté como si me hubieran electrocutado.
—¡Maldito, Liam! —grité, golpeándole el pecho con la almohada. Él se rió, tumbado en mi cama con la desfachatez de un gato satisfecho—. ¿Qué diablos te pasa? ¡Podrías haberme dado un infarto!

Sus ojos azules brillaron con picardía, pero al notar mi temblor, su expresión se suavizó.
—Lo siento, princesa —murmuró, acercándose. Su mano encontró la mía, y el contacto me desarmó—. Pensé que un susto te distraería de... esto.

Esto. La palabra flotó entre nosotros, cargada de todo lo que no decíamos: los rumores sobre Nathan, la cicatriz en la muñeca de Tyler Brooks, las miradas que seguían mi espalda en los pasillos.

—No deberíamos ir —susurré, hundiendo los dedos en su cabello oscuro. Olía a menta y tabaco, una combinación que ya asociaba a refugio—. Tengo un presentimiento.

Él se incorporó, serio ahora, y sus pulgares acariciaron mis mejillas.
—Solo una hora. Luego, te llevo lejos de aquí. A donde nadie nos encuentre.

Su promesa me erizó la piel. *¿Una hora?* Sesenta minutos bastaban para que todo saliera mal. Pero también sabía que huir alimentaría los rumores, las risas, la idea de que éramos cobardes.

—No te separes de mí —ordené, tratando de sonar firme.
—Nunca —respondió, sellando su juramento con un beso en mi palma.

La seriedad duró poco. Una sonrisa traviesa asomó en sus labios.
—¿Y lo de besarte cada dos minutos? ¿Sigue en pie?

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír.
—Cada *uno y medio*. Por si acaso.

Él se rió, un sonido cálido que llenó la habitación, y al levantarme, sus brazos me rodearon la cintura.
—Como ordene mi novia... pegajosa.

El golpe que le propiné en el hombro valió cada murmullo de miedo que aún bailaba en mi pecho.

La luz del atardecer filtraba por las persianas de mi habitación, tiñendo de ámbar las paredes y proyectando sombras alargadas sobre la cama donde Liam yacíamos entrelazados. Su corbata roja —un eco deliberado de mi vestido— se había desanudado, y el primer botón de su camisa blanca dejaba ver el latido acelerado en su clavícula. *Una hora*, pensé, aunque en ese instante, el tiempo parecía haberse derretido como cera de vela.

—¿Por qué dos minutos? —preguntó Liam, su voz un ronroneo contra mi hombro desnudo. Su mano trazaba círculos hipnóticos en mi espalda, justo donde el tejido del vestido cedía a la piel —. ¿Es un código secreto? ¿Un ritual de apareamiento humano?

Reí, pero el sonido se quebró al notar cómo su pulgar seguía el contorno de mi columna vertebral.
—Cada minuto —corregí, jugueteando con el pelo en su nuca—. Y si fallas, pierdes privilegios.

Él se incorporó sobre los codos, y en sus ojos azules bailó una chispa de desafío.
—¿Privilegios? —repitió, arrastrando la sílaba como si fuera una caricia—. ¿Como esto?

Su boca encontró el hueco detrás de mi oreja, y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los dedos de los pies.
—Exactamente —murmuré, clavando las uñas en sus hombros.

Pero entonces, como si una fuerza invisible lo arrancara de mí, Liam se separó bruscamente. Su respiración era irregular, y en la tensión de su mandíbula leí la misma batalla que libraba yo: *quedarse versus huir, deseo versus deber*.

—Te ves... —tragó saliva, sus ojos recorriéndome de los tacones a las pestañas postizas—. Como si hubieran diseñado este vestido para volverme loco.

—¿Funcionó? —pregunté, girando sobre mí misma hasta que el tejido de seda rozó sus pantalones.

Él emitió un gruñido gutural.
—Isabella, si no salimos de esta habitación en treinta segundos, voy a hacer cosas que tu padre necesitaría *dos* escopetas para perdonar.

La advertencia me hizo reír, pero la risa se congeló cuando sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca izquierda. Allí, oculta bajo una pulsera de plata, latía la cicatriz que Tyler Brooks me había regalado dos años atrás.

—No van a tocarte —susurró, su voz tan fría como el acero—. Lo prometo.

Asentí, pero el nudo en mi garganta creció. Liam no sabía lo que Tyler Brooks era capaz de hacer. Nadie lo sabía.

El ritual de la foto comenzó como una farsa y terminó como un sacramento.

—Sonríe para el futuro jurado que investigará mi desaparición —bromeó Liam, posando con una sonrisa de dientes perfectos que contrastaba con el brillo salvaje en sus ojos.

Me acerqué para besarlo en la mejilla, pero él giró el rostro en el último segundo. Nuestras bocas chocaron, y el *click* de la cámara capturó el momento en que mis dedos se enredaron en su cabello como raíces voraces.

—Jugando sucio —murmuré contra sus labios.

—Siempre —respondió, mordiendo mi labio inferior con una suavidad que hizo que mis rodillas flaquearan.

Fue entonces cuando las palabras brotaron, crudas e inevitables:
—Te amo.

El aire se espesó. Liam se apartó como si lo hubiera golpeado, sus pupilas dilatadas reflejando mi propia vulnerabilidad.

—¿Qué esperabas que dijera? —preguntó al fin, su voz un hilo de seda rasgada—. ¿"Gracias"? ¿"Bonito vestido"?

—No lo sé —admití, sintiendo cómo el rubor ascendía por mi cuello—. Tal vez...

—Te amo —interrumpió, y las dos palabras cayeron como piedras en un estanque quieto—. Desde que entraste a mi vida como un huracán vestido de lentejuelas en Halloween. Desde que me enseñaste que el miedo puede saborearse y convertirse en valentía.

Reí, pero el sonido se transformó en un gemido cuando sus labios encontraron el punto donde el latido de mi corazón bailaba bajo la piel.

—Liam... —protesté débilmente.

—Lo sé —murmuró contra mi piel—. Una hora. Pero si me dejas, Isabella, te juro que convertiré cada segundo en una razón para quedarnos.

El viaje al hotel fue un viaje a través de un campo minado de tentaciones.

—¿Sabías que el 78% de los accidentes automovilísticos son causados por distracciones? —murmuró Liam mientras su mano izquierda trazaba espirales en mi rodilla.

—¿Y el otro 22%? —pregunté, conteniendo la respiración cuando sus dedos subieron por mi muslo.

—Por no besar a la persona correcta cuando se tiene la oportunidad.

El beso que siguió fue lento, deliberado, una coreografía de dudas y promesas. Cuando nos separamos, el brillo de labios coral en su comisura parecía una bandera de conquista.

—Déjalo —ordenó al ver mi pulgar levantarse para limpiarlo—. Quiero que todos sepan que este idiota te pertenece.

Al estacionar frente al hotel, la realidad nos golpeó como un balde de agua helada. Entre las columnas de mármol, Tyler Brooks conversaba con Nathan, sus risas afiladas cortando el aire como cuchillos. La mano de Liam encontró la mía, pero fue la cicatriz en mi muñeca la que pulsó con dolor.

—Regla número uno —susurró Liam, llevando nuestros dedos entrelazados a sus labios—. No sueltes mi mano.

—Regla número dos —respondí, ajustándole la corbata con un tirón juguetón—. Si muerden, muerde más fuerte.

La entrada al salón fue un ballet de miradas envenenadas y sonrisas falsas. Mientras caminábamos entre el murmullo de sedas y susurros, sentí cómo docenas de ojos diseccionaban cada detalle: su mano en mi cintura, mi pelo ligeramente despeinado, la mancha de brillo en su cuello.

—¿Sabes lo que piensan? —murmuró Liam al inclinarse hacia mi oído, su aliento caliente contrastando con el aire acondicionado del lugar.

—Que soy tu debilidad —respondí, fingiendo ajustar su reloj.

—No —susurró, atrapando mi mentón entre sus dedos—. Que eres mi *arma*.

Cuando Tyler Brooks se acercó con una copa de champán en mano y una sonrisa de cocodrilo, el dedo de Liam dibujó un círculo en mi palma: *Tres*. Nuestro código para *"respira y confía"*.

Pero entonces Nathan apareció a su izquierda, y en sus ojos vi el reflejo de aquella noche en el bosque. La mano de Liam se tensó, y su susurro fue apenas audible:

—¿Lista para incendiar el mundo, princesa?

Asentí. El vestido rojo ya ardía.

La mano de Liam en mi cintura era una brasa bajo la seda del vestido. Sus dedos presionaron con advertencia cuando me incliné hacia delante, dejando al descubierto el collar de marcas que serpenteaban desde mi clavícula hasta el borde del escote.
—Isabella —gruñó, su voz un susurro áspero que hizo que el vello de mis brazos se erizara—. El cabello. *Ahora*.

Sonreí con falsa inocencia, enrollando un mechón alrededor del índice.
—¿Tienes frío, cariño? —pregunté, dejando caer lentamente el pelo sobre las huellas púrpuras. Su labio inferior tembló levemente—. O quizás… ¿vergüenza?

—Vergüenza sería no presumir lo que acabo de hacer —murmuró, arrastrando los nudillos por mi espalda desnuda—. Pero tu padre tiene una colección de armas del siglo XIX y yo quiero llegar virgen al altar.

La carcajada me estalló en los labios justo cuando mis padres se acercaban. Mamá llevaba su sonrisa de "sospecho algo pero fingiré decoro", mientras que papá ajustaba el reloj de bolsillo con la precisión de quien cuenta segundos hasta un posible homicidio.

—Señor Montgomery —Liam soltó mi cintura como si quemara y extendió la mano con la formalidad de un embajador—. Lamento el retraso, el Mercedes tuvo… *complicaciones técnicas*.

Papá estrechó su mano con la fuerza de quien prueba una naranja en el mercado.
—¿Complicaciones? —repitió, alzando una ceja plateada—. Curioso. El motor de *mi* BMW funciona perfectamente desde hace… —hizo una pausa dramática— diecisiete años.

—¡Papá! —protesté, sintiendo cómo el rubor se extendía desde las mejillas hasta el escote.

Mamá intervino, su perfume a gardenias envolviéndonos como un escudo:
—Cariño, ese vestido es sublime —dijo, pero sus ojos escudriñaron el cuello de Liam, donde mi brillo de labios brillaba como una bandera pirata—. Aunque parece que… *lo probaron* antes de comprarlo.

—*Mamá* —gemí, mientras Liam tosía para disimular una risa.

Papá se inclinó hacia su oído con una sonrisa de lobo:
—¿Sabías, querida, que los asientos traseros de ese *Mercedes* tienen sensores de movimiento? —susurró lo suficientemente alto para que ambos lo oyéramos—. Muy útiles para… *diagnosticar fallas mecánicas*.

Liam palideció bajo el bronceado.
—Señor, yo jamás…

—¡Vamos! —interrumpí, agarrando a Liam del brazo con fuerza de supervivencia—. El señor Harrison nos espera para… ¡el discurso de bienvenida!

El camino hacia el bar fue un desfile de miradas cómplices. Cada paso hacía crujir los tacones sobre el mármol, como si el propio suelo me delatara. Liam se inclinó hacia mi oreja, su aliento tibio:
—Tu padre tiene un don. Me hizo extrañar a *mi* papá, y ese hombre me dejó plantado en un Walmart a los siete años.

Reí, pero la risa se ahogó cuando sus labios rozaron la cicatriz en mi muñeca, ese recordatorio blanco que Tyler Brooks me había regalado.
—¿Cuánto falta para que aparezcan? —murmuré, fingiendo ajustarle la corbata.

—Tyler Brooks está junto a las columnas —respondió sin mirar, sirviéndose un Tequila con mano firme—. Nathan habla con el pianista. Parece que están… afinando más que el instrumento.

Segurí el hilo de su mirada. Nathan sostenía un sobre amarillo que reconocí al instante: el mismo tono de los que solía dejar en mi casillero. Liam apretó mi mano con fuerza.
—Respira —ordenó suavemente—. Hoy solo somos dos enamorados que llegaron tarde.

—¿Enamorados? —arqué una ceja, tomando su copa para un trago furtivo—. Pensé que éramos socios en crimen.

—Eso también —sonrió, limpiando restos de mi labial de su vaso con el pulgar—. Pero por ahora, finge que no quieres arrancarme la camisa en medio del salón.

—¿Fingir? —susurré, arrastrando un dedo por su antebrazo—. Qué poco ambicioso.

El estrépito de una copa rompiéndose nos hizo girar. El señor Harrison avanzaba hacia nosotros, sus zapatos de cocodrilo resonando como sentencias de muerte.

—IsabellaMontgomery —dijo, alargando las sílabas de mi nombre como si probara un vino agrio —. Llegar tarde es un arte… ¿Lo dominas o te domina?

Liam interceptó su mano a medio apretón, desviando la atención con el encanto de un narcotraficante en una boda real:
—La culpa es mía, señor. Insistí en dar un… *paseo panorámico*.

—¿Panorámico? —Harrison miró mi cuello con una sonrisa que heló la sangre—. Por los Andes, supongo.

La mano de Liam encontró la mía, su pulgar dibujando círculos tranquilizadores.
—En las montañas más peligrosas —respondió, deslizando la otra mano por mi espalda hasta posarse justo sobre el latido acelerado de mi corazón—. Pero valió cada curva.

El vals sonaba a ironía. Cada giro en sentido horario me alejaba de Liam, como si el universo jugara a separarnos con la precisión de un reloj maldito. Las luces de cristal del salón proyectaban diamantes temblorosos sobre el vestido rojo, transformando cada movimiento en un

destello de advertencia.

El señor Harrison me empujó hacia el centro de la pista con el entusiasmo de un director de orquesta ebrio.

—¡Cambio de parejas cada cinco minutos! —anunció, como si coreografiara nuestra condena—. ¡Sentido horario, queridos, el tiempo es oro!

Liam me atrajo contra su pecho, sus dedos dibujando códigos secretos en mi espalda desnuda: *Tres, dos, uno...*. Nuestro lenguaje de supervivencia.

—Si Harrison te toca el hombro otra vez —murmuró contra mi sien—, le arranco ese bigque de foca disecada que llama bigote.

Reí, pero el sonido se ahogó cuando sus labios rozaron la cicatriz en mi muñeca. *Cinco minutos*. El tiempo suficiente para que un veneno hiciera efecto, para que un beso robara el alma. Para que todo se desmoronara.

—Tyler Brooks no está aquí —mentí, más para mí que para él—. Los Montgomery no invitan a hienas a la cacería.

Sus ojos azules oscurecieron.

—Las hienas siguen el olor a sangre, princesa. Y tú... —su pulgar acarició el escote donde latía mi corazón—...hueles a miedo dulce.

El primer giro nos separó. El señor Harrison me atrapó con manos sudorosas de coñac y ambición.

—Un par *encantador* —susurró, escaneando mi cuello como tasador de joyas—. Aunque el joven Hayes debería aprender que las perlas finas... se guardan en cajas fuertes.

Sonreí con los dientes apretados.

—Las perlas que muerden, señor Harrison, suelen termfar en gargantas.

Su risa fue un graznido cortado por el siguiente giro. Cuando abrí los ojos, el mundo se detuvo.

Azul. No el azul glaciar de Liam, sino un azul turbio, como agua estancada bajo luna llena. Nathan me aprisionaba contra su pecho, sus dedos hundiéndose en mi cintura con la familiaridad de quien reclama propiedad.

—Liv —sonrió, y en esa sílaba corta cabían noches de pesadillas: el olor a gasolina quemada, el crujido de hojas secas bajo mis rodillas, el eco de su risa cuando Tyler Brooks me mostró la navaja—. Extrañé tus mordiscos.

Intenté retroceder, pero su mano ascendió hasta el costurón de mi vestido, donde sabía que Liam había dejado su marca.

—¿Sabes lo que pide Tyler Brooks a cambio de dejarte en paz? —su aliento olía a menta barata y odio viejo—. Una noche. Solo una. Como las de antes.

El salón giró. Entre los cuerpos danzantes, vi a Liam luchar contra tres hombres de smoking que lo arrinconaban junto al bar. Su mirada se clavó en mí, salvaje, prometedora de incendios.

—Toqué tu ropa interior en el casillero 302 —Nathan susurró, exhibiendo un trozo de tela negra entre sus dedos—. Tyler Brooks pensó que sería... *motivador*.

El reloj dio el quinto minuto. Cuando giré para huir, sus uñas me arañaron el muslo.

—¡La próxima será tu piel! —gritó, pero su voz se perdió en el estruendo del violín.

Liam me atrapó en mitad del caos, sus manos revisándome frenéticas:

—¿Sangras? ¿Respiras? ¿Estás entera?

—Solo mi orgullo —temblé, enterrando el rostro en su cuello—. Llévame donde nadie nos

encuentre.

—Demasiado tarde —murmuró.

Seguí su mirada. Tyler Brooks aplaudía desde el balcón superior, su silueta recortada contra la luna como un cuervo de traje Armani. En su mano brillaba mi teléfono. Y en la pantalla, una foto de Liam y yo, desnudos y sonrientes, tomada desde el ángulo exacto de mis pesadillas.

El perfume de Nathan —un amargo mix de pachulí y menta barata— me transportó a noches de llamadas sin respuesta y promesas rotas en el asiento trasero de su Mustang oxidado. Sus dedos se clavaron en mi cintura con la posesividad de quien reclama un trofeo.

—¿Amigo de Liam? —repitió, riendo como si hubiera escuchado el chiste del siglo—. Los amigos no te roban *esto* —su pulgar rozó el chupetón que Liam había dejado bajo mi oreja, una marca que ardía como hierro al rojo vivo—. Pero tranquila, yo solo juego a ganar.

El vals sonaba a marcha fúnebre. Entre los giros de las parejas, vi a Liam forcejear con dos guardias de seguridad. Su mirada se clavó en mí, prometiendo tormentas.

—¿Una beca? —bufé, fingiendo interés mientras calculaba la distancia a la salida de emergencia —. Tyler Brooks te usa como a un perro, y tú mueves la cola por migajas.

Nathan me atrajo bruscamente, su sonrisa revelando el diente quebrado que siempre escondía.
—Prefiero ser perro de ataque que cordero degollado —susurró, el aliento caliente manchado de Tequila—. ¿Sabes lo que vale el puesto de capitán? *Todo*. Becas, acceso a los Montgomery, hasta la puta llave de la ciudad. Tú… —su nariz rozó mi cuello—...deberías entenderlo.

Retrocedí, pero su mano descendió hasta mi muslo, donde el vestido se abría en una raja traicionera.
—¿Recuerdas esto? —siseó, deslizando entre mis piernas la foto de Liam y yo en los vestuarios, desnudos y sonrientes bajo la luz azulada de los fluorescentes—. Tyler Brooks la encontró en tu casillero. *Yo* le dije dónde buscar.

El mundo giró. La música se convirtió en un zumbido agudo.
—¿Por qué? —logré articular, aunque cada palabra me cortaba como vidrio molido.

—Porque tú nunca me miraste así —rugió, aplastando la foto contra mi pecho—. ¡Ni siquiera cuando te gemía que te amaba!

El recuerdo me golpeó: Nathan de rodillas en el estacionamiento, las luces de su auto parpadeando como cómplices, un anillo de latón temblando en sus manos. *"No es el momento"*, le había dicho. *"Nunca es tu momento"*, él había replicado antes de desaparecer por semanas.

Tyler Brooks apareció como un tiburón oliendo sangre, su traje negro mimetizándose con las sombras.
—Mi turno —anunció, arrancándome de los brazos de Nathan con un tirón que hizo crujir las costuras de mi vestido.

Su contacto era distinto: gélido, calculador. Las manos que una vez me habían trazado poemas en la piel ahora grababan amenazas.
—Sophie era un ensayo —confesó, siguiendo mi mirada hacia donde Liam intentaba zafarse de los guardias—. Pero tú… tú eres la obra maestra que quiero quemar.

—¿Humillarte? —corté, recordando la noche que cambió todo: Tyler Brooks borracho, llorando en el baño de chicas porque el entrenador lo había relegado a la banca. *Yo* lo había consolado. *Yo* le había devuelto su orgullo—. Te humillas solo.

Su risa fue un cuchillo en el silencio.

—¿Sabes qué le dije a Sophie para que se quedara? —susurró, dibujando círculos en mi palma con la punta de una navaja que reconocí demasiado bien—. Que si me dejaba, le mostraría al mundo cómo gemías cuando te clavaba esto en el muslo.

El aire escapó de mis pulmones. La cicatriz bajo el vestido ardía, un recordatorio pulsátil de su traición.

—Liam te ablandó —escupió, arrastrando la hoja por mi clavícula—. Pero yo volveré a hacerte *digna* de mí.

El vals terminó en un crescendo de violines. Antes de que pudiera gritar, Liam irrumpió entre nosotros, su puño estrellándose contra la mandíbula de Tyler Brooks con un crujido que resonó como un disparo.

—Corre —jadeó, arrojándome la llave de su moto—. *Ahora*.

Mientras el salón estallaba en caos, entendí: esta no era una guerra por becas o capitanías. Era una partida de ajedrez donde las piezas éramos almas rotas. Y yo, sin quererlo, era el peón que todos creían poder sacrificar.

El baño del hotel olía a jazmín y menta, un contraste cruel con el nudo de terror que se apretaba en mi estómago. Me senté en el sofá de terciopelo rojo, mis manos temblando como hojas en una tormenta. El espejo frente a mí reflejaba a una extraña: labios descoloridos, ojos brillantes de pánico, el vestido rojo que ahora parecía una herida abierta.

La puerta se abrió con un chirrido que me heló la sangre. Tyler Brooks entró como un depredador en su territorio, su traje negro mimetizándose con las sombras.

—Eres predecible —dijo, sentándose a mi lado con la calma de quien sabe que tiene el control —. Siempre corrías al baño cuando las cosas se ponían difíciles. ¿Recuerdas?

Me levanté, pero sus palabras me clavaron en el lugar.
—No voy a tener sexo contigo —repetí, aunque la voz me sonó ajena, frágil.

Él se inclinó hacia atrás, estudiándome como un científico ante un experimento fallido.
—No me interesa tu cuerpo, Isabella —susurró, jugueteando con la navaja que siempre llevaba en el bolsillo—. Quiero tu *dolor*. Quiero ver cómo se rompe esa máscara de felicidad que te pones cada vez que Liam te toca.

Intenté llegar a la puerta, pero su mano me atrapó de la muñeca, tirándome hacia él con una fuerza que hizo crujir las costuras de mi vestido.
—Relájate —murmuró, su aliento caliente manchado de Tequila—. No voy a obligarte. Eso sería demasiado... vulgar.

Me soltó, pero su mirada me mantuvo en su órbita.
—Sabes lo que quiero —continuó, deslizando la navaja por mi clavícula sin romper la piel—. Una confesión. Un *arrepentimiento*. Admite que nunca debiste dejarme.

—¿Para qué? —logré articular, aunque cada palabra me quemaba la garganta—. ¿Para alimentar tu ego roto?

Su risa fue un cuchillo en el silencio.
—Para salvarte —susurró, mostrándome el teléfono donde una foto de Liam y yo brillaba en la pantalla—. Porque si no lo haces, esta imagen será el regalo de Navidad de todos tus amigos.

El mundo giró. La foto, tomada desde el ángulo exacto de mis pesadillas, mostraba a Liam y a mí enredados en una intimidad que nunca debió ser capturada.

—¿Qué te detiene? —desafié, aunque el temblor en mis manos delataba mi miedo.

Él se inclinó, sus labios rozando mi oreja:
—Tu sufrimiento es más dulce cuando es lento, Isabella. Y yo... tengo todo el tiempo del mundo.

La puerta se abrió de golpe. Liam irrumpió como un huracán, su mirada salvaje escaneando la escena.
—Isabella —jadeó, extendiendo la mano—. Vamos.

Tyler Brooks sonrió, guardando el teléfono con la calma de quien sabe que ha ganado la primera batalla.
—Hasta la próxima, princesa —susurró, antes de desaparecer por la puerta trasera.

Liam me atrajo contra su pecho, sus dedos revisándome frenéticamente:
—¿Sangras? ¿Respiras? ¿Estás entera?

—Solo mi orgullo —temblé, enterrando el rostro en su cuello—. Llévame donde nadie nos encuentre.

—Demasiado tarde —murmuró.

Seguí su mirada. En el balcón, Tyler Brooks aplaudía lentamente, su silueta recortada contra la luna como un cuervo de traje Armani. En su mano brillaba mi teléfono. Y en la pantalla, la foto que podría destruirnos.

"¿Qué diablos estás intentando hacer? ¿Puedo irme?" resoplé, sintiendo la frustración apoderarse de mí.

—Solo un par de minutos más —se encogió de hombros, como si eso pudiera calmarme.

—¿Un par de minutos más para qué? —pregunté, agitándome y sintiendo que la ansiedad me consumía. La respuesta no llegó, y nos quedamos allí, parados en un silencio incómodo. —Tyler Brooks —resoplé, intentando romper la tensión.

—Solo faltan unos minutos para que Nathan convenza a Liam. Para hacerle creer que hay algo entre nosotros —suspiró, y su tono me hizo sentir un nudo en el estómago.

"¿Qué te pasa? ¿Por qué hiciste eso? ¿Qué pasa con Sophie?", pregunté, tratando de entender su lógica.

—Sophie quería dejarme de todos modos; no hay diferencia —se encogió de hombros de nuevo, como si fuera un hecho trivial.

"Tyler Brooks—"

La puerta hizo clic antes de abrirse. Antes de que pudiera parpadear, Tyler Brooks plantó sus labios sobre los míos. Me quedé congelada, sin saber cómo reaccionar. Justo cuando estaba a punto de empujarlo, se apartó, dejando un vacío entre nosotros.

"Mierda", murmuró Tyler Brooks, "fue mi culpa".

"Tú..." Lo miré, aturdida y en estado de shock.

Se volvió hacia la puerta, visiblemente agitado. "Lo siento, hombre. Debería irme", dijo Tyler Brooks, pasando junto a Liam y saliendo rápidamente por la puerta.

"Liam, yo no..."

"Pero lo hiciste."

"No, yo..."

—Lo hiciste, Isabella.

—No, Liam. Él...

"Tú y él. Ambos lo hicieron. Me engañasteis", dijo, con el rostro inexpresivo, como si el dolor no le afectara.

—¡No, no lo hice! —exclamé, saliendo de mi aturdimiento y corriendo hacia él, desesperada por explicar.

"No soy ciega. Acabo de veros besándoos. Me engañaste. Con él", replicó, y su voz era como un golpe en el pecho.

Capítulo 32

(Punto de vista de Liam)

Estaba sentado en la barra, esperándola mientras iba al baño, cuando Nathan se me acercó. "Hola, hombre", asintió y se paró a mi lado.

—¿Por qué estás aquí, Nathan? ¿Qué estás haciendo? —pregunté, levantándome y poniéndome de pie también. Es una cuestión de altura. Soy más alto, así puedo ser más intimidante.

—No hablemos de eso —dijo, apoyándose en el mostrador que había detrás de nosotros—. Sabes por qué está aquí Tyler Brooks, ¿no? —me preguntó.

—Sí, lo sé. Y también sé que estás aquí con él para ayudarlo —dije, disparándole dagas.

—Sí, estoy aquí para ayudarte —asintió antes de hacer una pausa y volverse hacia mí—. Estoy aquí para ayudarte.

-¿Qué?- pregunté confundido.

"Y estoy renunciando a la oportunidad de ser capitán, así que será mejor que estés agradecido", resopló, poniendo los ojos en blanco.

—Nathan, deja de joder, por favor. Ni siquiera sé qué te dijo Tyler Brooks para que…

-Cállate y escúchame. Liv fue al baño, ¿no?

"Sí", dije lentamente.

"Tyler Brooks va a entrar ahí en un minuto, no mires hacia allá, sé que lo harás, pero no lo hagas. Te estoy contando el plan con el que se supone que debo ayudarlo".

Eché un vistazo al baño y, efectivamente, vi a Tyler Brooks entrando. "Tengo que ir allí", dije, lista para irme.

"No, no lo haces. Escúchame. Debes saber en qué te estás metiendo. Cuando entres allí, lo más probable es que él la esté besando".

—Nathan, ¿te escuchas a ti mismo, carajo? —pregunté con los dientes apretados.

—Oh, basta, Hulk, escúchame. La va a besar. Y lo hará exactamente cuando entres. Se hará el tonto, actuará como si no debieras entrar y verlos juntos —sacudió la cabeza—. Eso no es verdad. El objetivo de todo esto es que los veas besándose, rompas con ella y te sientas humillado y con el corazón roto, eso es lo que Tyler Brooks está tratando de hacer.

—¿Y qué intentas hacer ayudándolo? —cuestioné, echando un vistazo al baño para ver si Isabella salía.

"Se supone que debo estar aquí para convencerte de que se han estado viendo a tus espaldas todo este tiempo. Pero eso es una tontería, no lo creerías, ¿verdad?", preguntó con conocimiento de causa.

"Absolutamente no", respondí.

"Exactamente. Escúchame rápido, no tenemos tiempo. Entra allí, actuando como si no esperaras verlos juntos. O besándose. Probablemente se irá después de eso. Evita el conflicto porque es un

cobarde".

—En eso tienes razón —murmuré en voz baja.

"Probablemente se irá, pero en realidad no lo hará. Lo más probable es que esté en la puerta. Entra, cierra la puerta y discute con ella. Grita. Échale la culpa a ella".

"¡Nathan!"

"Confía en mí en esto. Échale la culpa a ella. Dile que estás rompiendo con ella. Hazlo para que Tyler Brooks lo escuche. Una vez que lo escuche, estará satisfecho con lo que pasó y se irá. Luego sácala de allí y llévala a casa. Dile que ya no quieres estar aquí y que ella tampoco lo hará, así que, sea lo que sea que tengas que hacer, hazlo y llévala a casa. Cuando llegues, dile la verdad. Dile lo que realmente hiciste y por qué lo hiciste y reza para que te perdone y puedas tener sexo", sonrió.

Puse los ojos en blanco.

"Lo más probable es que se tome el resto del fin de semana para pensar qué hacer la semana que viene en adelante. Así que, nuevo plan. A partir de la semana que viene, ambos van a actuar como si hubieran roto. No hablen entre ustedes, no salgan juntos, evítense, no se *besen* , Dios, no se besen. Ni siquiera anden a escondidas, no se arriesguen. Alguien del equipo podría decírselo a Tyler Brooks".

Lo miré completamente confundido.

"Hagan esto el lunes. *Sólo* el lunes. Cuando llegue el martes, vuelvan a ser ustedes mismos. Él estará confundido, probablemente intentará hacer algo y, *entonces,* podrán decirle que sabían lo que estaba haciendo desde el principio. Él será el que se sienta humillado. Otra vez. Y lo más probable es que no lo intente de nuevo".

—Si no ibas a ayudarlo, ¿por qué aceptaste hacerlo en primer lugar? —pregunté.

"Para que no lo volviera a hacer. Y me ofreció el puesto de capitán".

"Tú, beca", dije al darme cuenta.

"Supongo que tendré que conseguir esa beca por mi cuenta, está bien. La amas, eso es más importante", se encogió de hombros.

Miré a mi alrededor y vi a la persona que esperaba. "Noah", dije, "él también va a ser capitán. Sé cocapitán con él, es mejor que Tyler Brooks, es un buen tipo", me encogí de hombros. "Y probablemente aceptará porque Tyler Brooks también lo odia".

"Lo haré", se rióNathan, "Ahora vete".

Negué con la cabeza, sonriendo pero poniendo los ojos en blanco antes de caminar hacia el baño. Llegué a la puerta y giré la manija, abriéndola con más fuerza de la necesaria y, efectivamente, se estaban besando.

—Mierda —murmuró Tyler Brooks, alejándose—. Mi culpa.

"Tú..." Isabella lo miró en estado de shock.

Se volvió hacia la puerta. "Lo siento, hombre. Debería irme", dijo Tyler Brooks, pasando a mi lado y saliendo por la puerta. Apreté y aflojé la mandíbula y los puños, sintiendo la ira burbujear en mi interior.

"Liam, yo no..."

"Pero lo hiciste."

"No, yo..."

-Lo hiciste, Isabella.

—No, Liam. Él...

"Tú y él. Ambos lo hicieron. Me engañasteis", dijo, con el rostro inexpresivo.

—¡No, no lo hice! —exclamó ella corriendo hacia mí.

"No soy ciega. Acabo de veros besándoos. Me engañaste. Con él", me burlé.

"Liam, no hice trampa", dijo.

—¿Qué quieres decir? ¡Te acabo de ver! —grité. Dios, odio gritarle.

—No me grites, por favor —dijo suavemente—. Yo no te engañé, nunca haría eso —argumentó.

"¿De qué estás hablando? ¡Acabo de entrar aquí y te vi besándolo!", grité de nuevo, odiándome por hacerlo otra vez.

—¿Por qué gritas? —preguntó, respondiendo bruscamente y alzando la voz. Eso me hace sentir un poco mejor, era peor cuando ella se estaba lastimando. No es que ya no lo esté—. Liam, no te engañé, lo juro por todo lo que hemos tenido —dio otro paso más cerca.

—Eres una mentirosa, Isabella —me burlé, sacudiendo la cabeza.

—No te estoy mintiendo, ¿por qué iba a mentirte? —suspiró, agarrándome la cara.

No, no, esto es demasiado difícil.

—Liam, ¿por qué te mentiría? ¿Y por qué te diría que te amo si te voy a engañar esta noche? —preguntó, obligándome a mirarla.

Chasqueé la lengua con frustración y le quité las manos de encima. "Tal vez no haya sido solo esta noche. Tal vez lleva sucediendo desde hace tiempo, ¿quién sabe?", pregunté.

—¿Crees que te he estado engañando todo este tiempo? —preguntó en estado de shock. No le respondí, simplemente me crucé de brazos y la miré fijamente—. Liam, ¿qué estás...?

—Te acabo de pillar engañándome, ¿cómo carajo esperas que reaccione, Isabella? Ya puedes dejar de actuar —dije—. La verdad ha salido a la luz. Me has estado engañando durante Dios sabe cuánto tiempo. Y ahora que te he pillado, ¿ni siquiera lo vas a admitir? —Me burlé.

Ella me miró en estado de shock, con rabia, pero la única emoción que sobrepasó a todas las demás, la primera que pude leer, fue dolor. Ella estaba herida. "¿De verdad crees que te haría eso? Después de lo bien que ha ido todo entre nosotros, ¿de verdad crees que te engañaría?", cuestionó.

"Sí", mentí, "realmente creo que lo harías".

Se colocó el pelo detrás de la oreja y el pánico la invadió. "Liam, tienes que creer. ¿Qué hago? ¿Qué digo? ¿Cómo hago para que me creas?", preguntó, agarrándome la mano.

—No puedes —retiré mi mano de la suya—. No puedes.

—Liam, tienes que creerme. Tienes que hacerlo, por favor —suplicó.

Sacudí la cabeza y miré al suelo. "Ya no confío en ti", murmuré. "No puedo hacerlo cuando lo vi todo con mis propios ojos".

—Bueno, no lo has oído todo con tus propios malditos oídos —gruñó—. Esto es lo que él quiere. Quiere que rompamos. ¡Liam, no dejes que eso suceda, por favor! —exclamó.

Cometí el error de mirarla a los ojos y vi que se le llenaban los ojos de lágrimas, que ella intentaba con todas sus fuerzas parpadear para que no se le escaparan. Casi me arrepiento de todo lo que había dicho. Casi le dije que le creía.

—No te creo, Isabella. Nos quedamos en silencio por unos breves momentos.

"¿Qué quieres que haga?" sollozó.

—Nada. Solo que... creo que deberíamos terminar —casi hice una mueca cuando dije esas palabras—. Lo siento.

"¿Romper? Liam, ¿hablas en serio?", preguntó ella, casi soltando un sollozo.

Nunca había deseado abrazarla con tanta fuerza como ahora. "Ya no puedo estar contigo. No después de lo que hiciste esta noche".

"¡Esto no es mi culpa!", gritó.

"¡Todo esto es culpa tuya!" La culpé. La miré. Realmente estaba llorando.

Me odio.

Yo le hice eso a ella.

Esto es mi culpa.

Pero es necesario hacerlo.

Capítulo 33

(Punto de vista de Isabella)

—Mamá, me voy a casa —dije, acercándome a ella y sollozando un poco.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? —me preguntó, agarrándome el hombro.

—Sí, estoy bien —sonreí—. Sólo estoy cansado. Te veré en casa —dije antes de irme rápidamente con Liam.

Estoy segura de que te estás preguntando qué pasó después de que me gritara, me dijera que todo era culpa mía, que nos íbamos a separar y que ya no me creía ni confiaba en mí. Te contaré más. Esto fue lo que pasó:

"¡Todo esto es culpa tuya!" me espetó.

Me estremecí físicamente cuando gritó. No sé qué es, no tolero muy bien los gritos, soy un poco llorona, pero me dolió más cuando era él el que gritaba.

—Ahora me voy a casa, ¿vale? Y si quieres quedarte y volver con tus padres, está bien, de lo contrario, puedo dejarte allí —resopló, luciendo frustrado, agitado y muy enojado. Cree que le hice trampa. Supongo que tiene todo el derecho a estar enojado conmigo.

Quizás todo sea culpa mía.

-Sécate las lágrimas, ¿vienes o no? -preguntó.

"¿Puedo tener un minuto?" pregunté.

Se fue después de eso. Lloré un poco más antes de recomponerme. Necesito ir a casa. Salí del baño y me sobresalté cuando él estaba parado allí. "Vamos", dijo, agarrándome la mano.

Saqué mi mano de su agarre. Mi corazón se está rompiendo aquí, no voy a dejar que él sostenga mi mano. "Tengo que ir a decirle a mis padres que me voy, te espero en la entrada", dije antes de correr hacia mi mamá. Y eso nos trae aquí, afuera, esperando que el valet traiga su auto. Su auto fue traído y él apretó los dientes con fastidio mientras sostenía la puerta abierta para mí.

"Agradecer-"

Cerró la puerta de golpe antes de que pudiera darle las gracias. Luego se dirigió a toda velocidad hacia mi casa y aparcó el coche en la entrada de su casa, como suele hacer. Se detuvo y apagó el motor, pero ninguno de los dos se movió.

Abrí la boca para decir algo, para hacer *algo* , pero ¿qué podía hacer? Él ya había tomado una decisión. "Buenas noches", murmuré, volviéndome hacia la puerta. Abrí la puerta y estaba a punto de salir cuando él me agarró la muñeca y me tiró hacia atrás. Me volví hacia él para preguntarle qué estaba haciendo, pero él me agarró la nuca y presionó sus labios contra los míos.

Estaba muy confundida. *Muy* confundida. Y no le devolví el beso ni una sola vez en mi vida. Hubiera estado mal. Lo empujé hacia atrás, mirándolo con total confusión.

"¿Qué estás haciendo?"

Me miró fijamente antes de darse vuelta y decirme lentamente: "Tienes que entrar".

- ¿A tu casa? - pregunté.

"¿Por favor?" pidió.

—Está bien —asentí. Ambos salimos del coche y entramos en su casa, subiendo directamente a su habitación—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunté.

¿Cómo es que él acaba de romper conmigo pero yo le pregunto si ÉL está bien?

"¿Me estás preguntando si estoy bien?" se burló, "¿Estás *bien* ? ¿Después de lo que hice?" preguntó.

"Estaré bien", me encogí de hombros, mirando al suelo y jugueteando con mis manos. De todos modos, la gente no suele quedarse conmigo.

—Dios, lo siento mucho, Isabella —suspiró, atrayéndome en un abrazo.

"Yo, eh, estoy confundido", murmuré.

Se rió entre dientes y se apartó para mirarme. "Te lo explicaré, te lo explicaré todo, solo déjame besarte un minuto", dijo antes de posar lentamente sus labios sobre los míos.

¿Qué carajo está pasando?

* ∗ ✿❀ ○ ❀✿ ∗ *

Me quedé allí sentada, mirándolo fijamente, absolutamente en estado de shock. "Entonces Nathan... te dijo eso... ¿Así que en realidad no... en realidad no rompiste conmigo?", pregunté, todavía balbuceando mis palabras porque así de confundida estaba.

—No, lo hice como si lo estuviera para que Tyler Brooks no supiera que ya sé sobre su plan —respondió—. Sé que probablemente tengas preguntas, pregúntame y te diré cualquier cosa —dijo, ansioso por obtener mi perdón. Sin embargo, no estaba enojada con él. Incluso si realmente rompiera conmigo, no estaría enojada. Así es como se siente o, en este caso, gracias a Dios, así no se siente.

—Entonces, ¿seguimos juntos, verdad? —pregunté.

-¿Esa es tu pregunta?- sonrió.

—Esa es mi *única* pregunta —me burlé, mirando hacia abajo, donde él estaba arrodillado frente a mí mientras yo estaba sentada al pie de su cama.

—Sí, seguimos juntos, Bella —sonrió. Dejé escapar un gran suspiro de alivio—. ¿Algo más? —preguntó.

—Sí, ¿y ahora qué carajo? —Me reí sin humor.

"Ahora tenemos que actuar como si hubiéramos roto el lunes, sólo el lunes", respondió, "Sólo para hacerle creer que todo lo que quería, lo conseguía, pero en realidad..."

—No lo hizo. Porque no rompimos —terminé por él.

—Bien —asintió, sonriéndome.

"Bien", asentí, devolviéndole la sonrisa.

"Dios, siento mucho haberte hablado así. Odiaba gritarte y no quise decir ni una palabra de lo que dije, espero que lo sepas", gimió, apoyando su cabeza en mis piernas.

—Lo sé —dije, pasando mis manos por su cabello—. Bueno, ahora lo sé —me reí entre dientes.

Se rió levemente y sacudió la cabeza antes de mirarme. "Lo siento mucho", repitió.

—Está bien, estabas haciendo lo que tenías que hacer —me encogí de hombros.

—¿No estás enfadado en absoluto? —preguntó, sorprendido por lo que parecía.

—Lo era mientras estábamos allí, pero ya no. Entiendo por qué lo hiciste, pero no realmente —sacudí la cabeza suavemente.

—Parecías más herido que enojado —dijo, haciendo una mueca de dolor al pronunciar esas palabras.

—Me sentí más dolida que enojada —murmuré. Él me miró en silencio. —Sentí que se me rompía el corazón en el momento en que dijiste que te había engañado —dije.

—Sé que no harías eso —susurró.

—Sí, pero eso no es lo que dijiste antes. Por razones obvias ahora. Pero me dolió oírlo. Pensé que era la verdad —me encogí de hombros.

"No lo podías saber", se burló, "Ojalá hubiera otra manera, lo siento mucho".

—Está bien, de verdad —asentí tranquilizadoramente.

"¿En serio?" preguntó inseguro.

"De verdad", repetí.

Suspiró, mirando al suelo, sacudiendo la cabeza y diciendo: "No debería haber dicho todo eso".

—No tuviste elección —le agarré la barbilla y le levanté la cara hasta que sus ojos se encontraron con los míos—. Hiciste lo correcto —hice una pausa—. Y, de todos modos, siempre puedes compensarme —sonreí.

"Tengo que hacerlo", se rió entre dientes, "¿Qué te gustaría? ¿Helado? ¿Cena?"

—Me dijiste que sabías cocinar —sonreí.

—Claro que puedo, ¿qué te gustaría? —preguntó.

"No es muy grandioso, pero es lo que tengo antojo... y esto no es más que hornear brownies".

"Puedo hacer brownies, ¿quieres acompañarme?" preguntó.

—Sí, por supuesto que lo hago —sonreí.

"¿Quieres cambiarte primero?"

—No, puedo cambiarme más tarde, está bien —sonreí.

—Está bien —dijo antes de quitarme los tacones—. Vamos —dijo, poniéndose de pie y extendiendo su mano. La tomé y bajamos las escaleras. Estuve sentada en la encimera todo el tiempo, observándolo cocinar.

Hablamos, nos besamos, se disculpó cien veces más. Los sacó del horno justo cuando se abrió la puerta principal. Salté de la encimera en pánico cuando sus padres entraron en la cocina.

"Hola, niños", sonrió su madre, "¿Cómo va todo?" preguntó.

—Genial, señora Knight —sonreí.

"¿Estás planeando quedarte esta noche, Isabella?" me sonrió.

"Oh, yo-"

—Sí, se queda. Está bien, ¿no? —preguntó Liam antes de que yo pudiera decir algo.

"Claro que sí", sonrió su padre. Sus padres se fueron después de eso y tomamos unos brownies arriba.

-Me cambiaré mientras se enfrían-dije.

"Está bien, puedes ir a quitarte el maquillaje, te traeré una camisa", dijo mientras se desabrochaba la suya. Se había arremangado antes mientras cocinaba y con los botones desabrochados, parecía...

Entré al baño antes de que mi mente se fuera a otro lado y usé mi limpiador facial, sí, compró el mismo para guardarlo aquí y luego me cepillé los dientes con un cepillo de dientes de repuesto que también guardó aquí para mí antes de volver a salir.

"Aquí", dijo. No llevaba camiseta, sólo pantalones deportivos.

"Gracias", sonreí. Esa sonrisa desapareció cuando me di cuenta de que no podía abrir la cremallera de este vestido. Mi mamá me la cerró.

"¿Qué pasa?" preguntó.

"Hay un..."

—¿Cremallera? —dijo sonriendo. Asentí lentamente. —Date la vuelta —dijo riéndose. Lo hice y él me apartó el pelo a un lado antes de abrirme la cremallera con cuidado. La agarré por el pecho antes de que cayera al suelo y sentí que el calor me subía por el cuello hasta las mejillas. —No miraré, lo juro —me susurró al oído.

Cerré los ojos con fuerza y mi corazón empezó a latir más rápido. "Date la vuelta", le dije. Una vez que vi que lo había hecho, tomé aire antes de dejar caer el vestido. Rápidamente saqué los pantalones deportivos más pequeños que tenía, que ya había usado antes, y luego agarré la camiseta, pero me la arrebató de las manos al volverse hacia mí. "Liam", chasqueé la lengua con frustración.

"¿Por qué? Te ves mejor así", dijo, mirando sin pudor mis pechos, que por suerte estaban cubiertos por mi sostén.

"No duermo con sujetador, lo voy a necesitar", dije, tomando la camiseta que sostenía muy por encima de su cabeza.

"Aún mejor", sonrió.

—Liam —gemí.

Me agarró de la cintura y me acercó más a él antes de entregarme lentamente la camiseta. Me la saqué rápidamente por la cabeza y lo miré con enojo. Me dio un beso en la mejilla antes de sentarse en la cama y comerse un brownie.

Acabo de cepillarme los dientes.

Lo que sea.

Me saqué el sujetador de debajo de la camiseta antes de sentarme a su lado en la cama. "¿Cómo lo hiciste tan rápido?", preguntó, volviéndose hacia mí.

"¿Qué? ¿Quitarme el sujetador?" Me reí. "Lo hago todos los días".

Capítulo 34

(Punto de vista de Isabella)

Ya era la mañana siguiente y Liam y yo estábamos en su habitación charlando, relajándonos y buscando una película para ver. Me levanté para agarrar mi teléfono, que estaba cargándose en su escritorio, cuando vi un taxi que se detenía en la entrada de mi casa. "¿Quién es?", pregunté en voz alta, abriendo la ventanilla y sacando la cabeza.

—¿Qué? —preguntó, parándose detrás de mí y también inclinándose para mirar.

—Hay alguien en mi casa —dije. El coche se detuvo y pasó un minuto hasta que se abrió la puerta y salió una mujer. Se me salieron los ojos de las órbitas. —¡Oh, Dios mío! ¡Es Luna! —grité en mi sitio, dándome la vuelta para salir corriendo a verla. Me di la vuelta y choqué contra Liam. Se rió entre dientes y me sonrió. Lo besé, tal vez sea la adrenalina, y luego salí corriendo. Descalza.

El taxi estaba saliendo de mi entrada cuando llegué y se acercó corriendo a ella. "¿Luna?", pregunté.

—Tenías que aparecer y arruinar la sorpresa, siempre lo haces —se rió, sacudiendo la cabeza—. ¡Ven aquí! La rodeé con mis brazos y la abracé con fuerza. Ella también me apretó en respuesta. —Oh, mira lo grande que te has vuelto —sonrió, mirándome de arriba abajo—. Eso no significa que estés gorda —dijo rápidamente. Me reí, abrazándola de nuevo. —Oh, ¿quién es esta? —canturreó, mientras nos alejábamos. Me di la vuelta y vi a Liam allí de pie, poniéndose rápidamente una camiseta.

Él corrió detrás de ti.

Ay.

"Luna, él es Liam, Liam, ella es Luna", presenté a los dos aunque ya habían hablado por FaceTime antes.

"Ah, el infame novio, es agradable finalmente conocerte", se burló Luna.

"El placer es todo mío", se rió entre dientes mientras le estrechaba la mano.

"Nos abrazamos aquí", se burló ella antes de abrazarlo. Él se rió entre dientes mientras se alejaban y ambos se giraron hacia mí.

"Entonces..." Me quedé en silencio.

"¿De dónde vienes? Te iba a sorprender ahí dentro", dijo Luna, empujando su maleta hacia mi porche.

"Estuve en su casa", respondí.

"Y somos vecinos, eso ojalá explique por qué salió corriendo descalza", dijo Liam, tomando su equipaje.

"Gracias", le sonrió Luna.

"Oh, mierda. Olvidé mis llaves. Vuelvo enseguida", dije, corriendo rápidamente hacia la casa de Liam y subiendo a su habitación, no solo agarrando mis llaves, sino también mis tacones,

vestido, teléfono, todo. Llegué allí y vi a Luna y Liam riéndose. Conociéndola, probablemente haya algo vergonzoso en mí.

"¿No están tus padres en casa?", preguntó mientras abría la puerta principal.

“Tuvieron una reunión con unos clientes esta mañana, probablemente todavía estén allí”, respondí.

"¿Un sábado?" preguntó incrédula.

"La misma mierda, día diferente, trabajando los fines de semana", me encogí de hombros.

"Sólo trabajo cuatro días a la semana", se jactó.

"Diriges una galería de arte, tu trabajo es aprobar el arte y luego mostrarlo en las exposiciones", me reí.

—¡No se lo digas a nadie! —susurró, dándome un golpe en el brazo—. De todos modos, estaré aquí solo por tres días, así que dejo en manos de ustedes dos aprovechar al máximo mi tiempo aquí —dijo.

"¿Sólo tres días?", pregunté, mirando fijamente su ridículamente grande maleta para sólo tres días.

"Hay una exposición en San Francisco a la que tengo que asistir en tres días. Hay material para eso. Vestidos elegantes y cosas así", explicó con un gruñido.

—Bien —dijimos Liam y yo lentamente y al unísono—. Voy a dejar esto en la habitación de invitados —dijo Liam antes de subir las escaleras, cargando el equipaje sin esfuerzo.

"Dado que la habitación de invitados está al lado de tu habitación, si necesitas escabullirte hasta su casa, avísame", asintió Luna.

"No tengo por qué andar a escondidas con él, Luna. Ya conoció a mamá y papá, y yo también conocí a sus padres", me reí entre dientes.

"Deberías considerar la posibilidad de fugarte con ese muchacho", dijo, mirando alrededor de la casa. Todo había cambiado desde que ella llegó aquí. Unos cuantos cambios aquí y allá en el interior.

"Somos menores de edad", me reí.

"Es por eso que deberías fugarte. Irte a Inglaterra y casarte cuando cumplas 18 años", se encogió de hombros.

—¿Luna? —La miré con incredulidad, riéndome todavía como si fuera una broma.

"Lo digo en serio, cariño. Quien lo encuentra se lo queda. Cerradlo mientras aún podáis", dijo mientras él bajaba las escaleras.

"Lo hicimos, no tenemos que casarnos para cerrar nada", me reí entre dientes. Ella me miró, luego a él, luego a mí.

- ¿Pasa algo? - preguntó Liam confundido.

Ella evitó su pregunta y le hizo otra: "¿La amas?"

Miré a Liam cuando ella le preguntó eso. "Sí, la amo", asintió, respondiendo sin dudarlo.

"¿Lo amas?" me preguntó.

"Lo amo", asentí.

Ella nos miró a ambos una vez más. "Ve y párate a su lado", me dijo.

"¿Qué es..." Liam se quedó en silencio.

"¿Por qué?" pregunté.

—Ve y párate a su lado —repitió. Suspiré y me encogí de hombros antes de ir y ponerme a su lado. —Pon tu brazo en el suyo —dijo. Lo hice. —Siéntense los dos —ordenó.

"Esto se está volviendo ridículo", murmuré, mientras todos nos dirigíamos a los sofás donde Liam y yo estábamos sentados a un lado y ella estaba parada frente a nosotros, con las manos en las caderas, mirándonos hacia abajo.

-¿Qué está haciendo? -susurró Liam.

"Me gustaría saberlo", respondí encogiéndome ligeramente de hombros.

—Hmm —asintió ella—. Liam. —Ambos la miramos, apartando la mirada el uno del otro—. Bésala.

"¿Qué?" Me reí.

"Sólo bésala."

"Querida..."

—Está bien —se encogió de hombros, agarró mi barbilla y me dio la vuelta para que lo mirara antes de besarme. No solo me dio un beso en los labios, me besó. Realmente me besó. Nunca nos besamos solo en los labios, siempre son *besos.* Se apartó y se volvió hacia Luna mientras yo estaba sentada allí, mirándolo en estado de shock. —¿Y ahora qué? —preguntó.

Apreté los labios y me volví hacia ella. —Ahora lo sé —asintió con una sonrisa.

—¿Y ahora sabes qué? —preguntó. Yo todavía estaba demasiado conmocionada para hablar.

—Ahora sé que algún día te casarás —se encogió de hombros.

"¿Cómo... qué?" Hablé finalmente.

"Puedo decirlo, solo confía en mí", asintió, "Cuando has tenido tu cuota justa de romance y eres tan joven como yo", sonrió, "puedes decir cuándo el amor es real y cuándo está destinado a ser".

—No sabía que eras una especie de experta en el amor —le dije arqueando una ceja.

"Soy un alma vieja, lo he visto todo", sonrió.

—Debe ser eso —me burlé.

"¿Isabella?" preguntó ella.

- ¿Sí, Luna? - pregunté.

"¿Todavía escondes las galletas Oreo en el fondo de la despensa?"

—Sí, lo hago —suspiré.

"Voy a buscarlos", dijo antes de dirigirse a la cocina.

Suspiré de nuevo, inclinándome hacia atrás antes de reír. "Ella es de otro mundo".

"Me gusta", dijo Liam, volviéndose hacia mí, "Siento que eso es lo que llegarías a ser si fueras la tía que siempre está soltera, tiene un trabajo muy relajado y una misteriosa cantidad de dinero", dijo, entrecerrando los ojos hacia mí.

"Tiene una cantidad de dinero muy misteriosa. Es increíblemente rica, no hay forma de que una galería de arte pueda hacer eso", dije abriendo mucho los ojos.

"Quizás atrape a hombres ricos y luego los mate y les quite todo su dinero", dijo mientras entraba con un paquete de galletas Oreo en la mano. "Nunca se sabe", se encogió de hombros y se sentó en la silla a nuestra derecha.

Liam y yo nos miramos, confundidos, conmocionados y asustados.

—Quizá los atraiga con mi belleza y luego los mate y entierre sus cuerpos detrás de mi galería —dijo, encogiéndose de hombros. Tanto a mí como a Liam se nos abrieron los ojos. Agarré su mano y reprimí una carcajada—. Y después quizá me quede con todo su dinero y vuele a otra ciudad para buscar a mi próxima víctima —dijo.

—¿Cómo los encuentra? —susurró Liam.

"A los hombres ricos les gusta comprar arte para demostrar que son ricos, tal vez por eso tengo una galería de arte", dijo. "Para ser honesta, las galletas Oreo deberían estar en una galería de arte", dijo, saliendo de su personaje.

Suspiré y hundí los hombros. —Podrías haber seguido contando la historia un poco más, Luna —resoplé. Liam puso los ojos en blanco y se reclinó mientras Luna y yo nos reíamos. —Lo siento, es solo una historia que le contamos a todo aquel que sospecha —le expliqué.

"Y soy *increíblemente* rica porque, de hecho, los hombres ricos vienen a comprar arte para demostrarle a todo el mundo que son ricos. Normalmente lo compran para impresionar a una mujer", se encogió de hombros. "Compraría arte para demostrarle a una mujer que soy rica", asintió, "si tuviera una novia".

"¿Y tú?" pregunté.

—Soy heterosexual, Isabella. Tengo... un novio. Espero que pronto sea mi prometido —sonrió.

—Dime, dime, dime —chillé, volviéndome hacia ella.

-No aburras a tu novio, te lo contaré esta noche-se rió entre dientes.

"Pero él vendrá esta noche", canté, "y se quedará. Será mejor que me lo digas ahora, Luna, escúpelo".

Y luego ella realmente se metió en su historia.

Capítulo 35

(Punto de vista de Isabella)

—Dios, ¿dónde está tu madre? —se quejó Luna mientras todos estábamos sentados en la cocina para cenar.

—No lo sé, ya deberían haber regresado —dije mientras mi teléfono sonaba en el mostrador al lado de donde estaba sentado Liam—. ¿Puedes comprobarlo? —pregunté mientras me lavaba las manos.

Sonrió, tomó mi teléfono y leyó la información en la pantalla. "Es tu mamá. No vendrán a casa esta noche. Se quedarán con una amiga, la reunión duró demasiado", dijo, dejando mi teléfono a un lado.

—Genial —murmuramos Luna y yo al unísono—. Entonces, sólo somos jóvenes —Luna se encogió de hombros. Liam y yo nos miramos antes de mirarla a ella—. No te atrevas a hacerme sentir vieja —se burló.

"Está bien", nos reímos al unísono. Repartí la comida que habíamos pedido, que era china, y luego nos sentamos todos a comer y a conversar. Después de cenar, todos nos relajamos y luego Liam y yo fuimos a mi habitación, Luna fue a la habitación de invitados.

—La amo, pero Dios mío, habla tanto que es agotador —suspiré, cerrando la puerta y volviéndome hacia mi cama, solo para chocar contra él. Sus manos volaron hacia mi cintura mientras me acercaba más, sonriéndome con sorna—. Hola —me reí entre dientes, poniendo mis brazos alrededor de su cuello.

—Hola —murmuró—. No te he tenido a solas en todo el día —suspiró.

"¿Qué pasa con eso?", pregunté, arqueando las cejas.

"Tu tía te tenía toda para ella", puso los ojos en blanco.

"Sí, es una molestia, se ofrece a ayudarme a escabullirme para verte y todo eso", me burlé.

"Qué molesto", dijo sarcásticamente.

"Es tan molesta que es lo suficientemente inteligente como para no interrumpirnos", sonreí.

"Por fin", se rió entre dientes antes de besarme.

Apoyé una mano en la base de su cuello y mis labios se movían en sincronía con los suyos. "Sabes lo que va a ser horrible", murmuré contra sus labios mientras daba un paso hacia adelante.

Tomó uno y luego unos cuantos más, lo que hizo que sus piernas golpearan la cama y se sentara. "¿Qué?", preguntó contra mis labios. Comenzó a recostarse, así que tomé eso como mi señal para sentarme a horcajadas sobre él, sin interrumpir el beso.

—Cuando ni siquiera podremos vernos el lunes, y mucho menos hablarnos o besarnos —dije, alejándome y mirándolo.

—Estás arruinando el ambiente —murmuró—. De todos modos, es solo por un día, estaremos bien —asintió para tranquilizarme. Lo miré por un minuto.

¿Cómo puede él estar tan de acuerdo con ello?

"Creo. Espero. Oh, mierda, no lo lograremos, ¿verdad?", preguntó con conocimiento de causa.

—No, es muy poco probable —me reí—. Pero tenemos que hacerlo —me encogí de hombros y me aparté el pelo para que no le tocara la cara ni ocultara la mía. Él suspiró y me miró fijamente. Asentí lentamente. Él negó con la cabeza en respuesta. Asentí de nuevo y él volvió a negar con la cabeza. —Tenemos que hacerlo —susurré.

—Dios, no lo repitas una y otra vez —murmuró—. Estoy tratando de no pensar en ello.

Me incliné y lo besé otra vez, apartándome después de un minuto. "Tal vez eso pueda ayudar", sonreí.

—No, creo que será mejor que lo intentes de nuevo —dijo sonriendo, tirándome hacia abajo. Nos besamos durante un rato. Empezó a ponerse intenso. Muy intenso. Una parte de mí pensó que íbamos a llegar hasta el final esta noche, pero entonces me detuvo—. No quiero hacer esto con tu tía en la casa —dijo riéndose.

"¿Hay alguien ahí en tu casa?"

—Sí, claro. Mis padres —se burló. Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro—. Alguien está ansioso —se burló.

—Eras tú hace unos dos minutos cuando empecé a besarte el cuello —repliqué. Me acosté a su lado y ambos mirábamos el techo—. ¿Por qué dijo Nathan que ni siquiera podemos salir a escondidas el lunes? —cuestioné.

"Dijo que alguien del equipo podría contárselo a Tyler Brooks".

"La mitad del equipo odia a Tyler Brooks", señalé.

—Sí, pero la otra mitad no. Es mejor no correr riesgos —suspiró, frotándose los ojos.

"¿Tienes sueño?" pregunté mirándolo.

—No, sólo estoy cansado —respondió.

"¿Demasiado cansado para besarme?" Sonreí.

—Nunca estoy demasiado cansado para besarte —dijo sonriendo, besándome. No por mucho tiempo ni por poco tiempo. Fue perfecto. Un beso perfecto para el momento perfecto—. Espero que entiendas cuánto te amo. Espero que no lo subestimes porque lo dijiste primero. Iba a decírtelo, pero tú me ganaste —dijo, mirándome fijamente.

"No lo subestimo", dije, "sé que me amas", asentí.

—Sí, pero ¿sabes cuánto? Porque no creo que lo entiendas —se rió entre dientes.

"Dime cuánto", sonreí. Él me sonrió. "Mejor aún, muéstrame cuánto", sonreí con picardía.

"Realmente me gustaría poder hacer eso ahora mismo, pero sabes que no es una buena idea con tu tía en casa, especialmente porque su habitación está al lado", dijo. Gemí contra mi almohada. "Sabes que hemos estado saliendo durante mucho tiempo, serán dos meses en dos semanas", dijo.

"No hemos estado juntos durante dos meses", me reí, sacudiendo la cabeza.

"Sí, lo hemos hecho", argumentó. "Retroceda mentalmente y haga los cálculos". Hice los cálculos y, efectivamente, son casi dos meses.

"Vaya", murmuré.

"Sí", sonrió.

Lo miré fijamente y él me miró fijamente. "Liam, lo único que quiero es hacerlo", resoplé, escondiendo la cara en la almohada. Sueno como una adolescente cachonda.

Eres un adolescente cachondo.

Lo amo, no soy la única que está cachonda.

Está bien, te lo concedo.

"La paciencia es la clave", cantó.

—No necesito la llave —dije, recordando cuando él me dijo lo mismo—. Me callaré —susurré.

—No, no lo harás —sacudió la cabeza.

"¿Estás tan seguro?" Le miré arqueando una ceja.

Él asintió, "Estoy tan seguro. Deja que Luna se vaya, encuentra un día en que tu casa esté vacía, no hagas planes, puedes tenerme donde quieras", sonrió.

"¿Quieres que espere tanto tiempo?" Gemí.

"¿Puedes esperarme?" preguntó.

Lo miré a los ojos. "Por supuesto que puedo esperarte", suspiré derrotada. "Está bien, entonces. Tic, tac, con suerte, el tiempo vuela".

—No, espero que no sea así, así que los tres días que tengas con Luna serán lo más largos posible. Hace años que no la ves, deberías estar con ella mientras puedas —dijo mientras pasaba sus dedos por mi cabello.

- ¿Y tú? - pregunté.

-Me tienes para la eternidad-le guiñó un ojo.

—La eternidad es mucho tiempo, señor Knight —me reí.

—La eternidad es todo lo que tenemos, nena —dijo, besándome la coronilla—. La eternidad es demasiado corta —susurró—. Es demasiado corta para todo lo que quiero contigo.

Lo miré y le pregunté con curiosidad: "¿Qué quieres de mí?".

"Te deseo de todas las maneras posibles, en todos los lugares posibles", se rió entre dientes, "te deseo en todo lo bueno y en lo malo, quiero una familia contigo, quiero tener hijos contigo, quiero una casa contigo, quiero ver el mundo contigo, te deseo como mi esposa", suspiró, mirándome, "quiero verte caminando hacia el altar. Hacia mí".

-¿Crees que nos casaremos?- susurré.

"Eso espero. No me veo con nadie más", respondió.

“¿Y dónde encaja la universidad?”, pregunté.

Se encogió de hombros y dijo: "No sé, realmente no sé. Ojalá lo logremos, porque no sé qué

haría si no lo logramos". Nos quedamos en silencio. "Podríamos hacer lo que hicieron mis padres", dijo.

- ¿Y eso qué es? - pregunté.

"Empezaron a salir en tercer año y, antes de la universidad, ambos rompieron, de mutuo acuerdo. Solo para no frenarse mutuamente. Si estaban destinados a estar juntos, encontrarían la manera de volver, y lo hicieron".

"Suena doloroso. Estar sin esa persona durante cuatro años", murmuré.

"No tienen por qué ser cuatro años. Podría ser más breve. Si nos vemos a distancia, nos vemos de vez en cuando, hacemos tiempo, hacemos videollamadas todos los días. Es un trabajo duro, pero vale la pena, ¿no?", preguntó.

Asentí y dije: "Está bien. Para ti vale la pena. ¿Para alguien más? No tanto", me burlé.

Se rió entre dientes y me abrazó con más fuerza. "Tal vez lo logremos, Bella", susurró.

"Tal vez lo haremos."

Ambos nos quedamos dormidos bastante rápido después de eso y cuando me desperté a la mañana siguiente, él ya estaba despierto, mirándome fijamente. "¿Qué?", murmuré, frotándome los ojos para abrirlos.

-Estabas soñando conmigo- sonrió.

—No, no lo era —me reí entre dientes.

"Sí, lo dijiste. Dijiste mi nombre", bromeó.

—Bueno, si estaba soñando contigo, no lo recuerdo —dije sinceramente.

—Bueno, soñé contigo —se encogió de hombros, se dio la vuelta y me dio la espalda.

—¿Lo hiciste? —pregunté, jugando a la cuchara grande y apoyando mi barbilla en su hombro.

Él sonrió y se dio la vuelta para mirarme. "Sí", sonrió, mostrándome su hoyuelo.

"¿Cuál fue el sueño?"

—Eras tú —dijo lentamente—. Desnudo.

Oh.

"En-"

—¡Isabella! ¡Liam! ¡Preparé el desayuno, ven aquí! —gritó Luna.

Ambos gemimos al unísono. "Cuéntamelo después, no lo olvides", dije antes de besarlo.

—No podría ni aunque lo intentara —le guiñó un ojo.

Capítulo 36

(Punto de vista de Liam)

"Voy a hacer compras", dijo Isabella.

Luna y yo la miramos y luego nos miramos el uno al otro desde donde estábamos sentados uno al lado del otro en la encimera de la cocina. "¿En serio?", preguntamos al unísono.

"¿Hay algún problema?" preguntó ella.

—No —dijimos sincronizadamente otra vez.

—Entonces disfrútalo. Adiós, Luna —dijo, besándola en la mejilla antes de volverse hacia mí—. Adiós, Alexander —susurró, dándome un beso en los labios al salir.

—Pensé que te llamabas Liam —dijo Luna, aparentemente confundida.

"Mi nombre completo es LiamAlexanderKnight, me llama Alexander desde tercer grado", aclaré.

—¿Y no la llamas por su segundo nombre? —sonrió ella.

"Ella... bueno, en realidad no sé su segundo nombre. ¿Cuál es?", pregunté.

No puedo creer que no sepa su segundo nombre.

"Ella no tiene ninguno", respondió Luna encogiéndose de hombros.

"No me extraña que no lo supiera", me reí entre dientes.

"¿No pensaste en revisar tus anuarios o algo así?" se burló.

—No —dije lentamente—. No pensé en eso. Ambos nos reímos y luego nos quedamos en un silencio cómodo mientras comíamos cereal.

"Me alegro de que te tenga, Liam. Se lo merece", asintió Luna.

La miré con curiosidad y le dije: "Me alegro de estar ahí para ella, pero ¿qué quieres decir con que se merece eso?". Le pregunté confundido. Ella se merece el mundo, pero no puedo darle eso.

—Quiero decir, el pequeño Liam tuvo una infancia difícil —suspiró, levantándose y dejando su plato vacío en el fregadero.

—¿Lo ha hecho? —Fruncí el ceño. Ella asintió y se volvió hacia mí—. ¿Por qué?

—Bueno —suspiró, sentándose. Dejé de comer y volví mi atención hacia ella—. Probablemente deberías terminar, es una larga historia —dijo, mirando mi comida.

—Bueno, no tenemos tiempo, volverá pronto —dije.

—Está bien —asintió—. Entonces, cuando sus padres la tuvieron, estaban encantados. Su padre, al menos. Pero luego se dieron cuenta de que no iban a tener tiempo para ella. Quiero decir, no estaban planeando tener un hijo, simplemente... sucedió. Su padre volvió a trabajar a las 2 o 3 semanas de haber nacido Liv y su madre se quedó. Durante mucho tiempo. La abuela de Liv, nuestra madre, ayudó mucho. Yo todavía vivía en San Diego, en este vecindario, de hecho.

Cuando Liv cumplió 3 o 4 años, su madre se hartó. Estaba harta de ser ama de casa y tener que ser ama de casa. Decidió volver a trabajar. Lo cual estuvo bien, nadie se opuso. Pero nadie esperaba que Maya descuidara por completo a Isabella tampoco.

La miré fijamente, un poco en shock.

¿Descuido?

"Ella empezó a ir a trabajar, poco a poco, día a día, y empezó a dejar a Isabella conmigo. La dejaba en mi casa a eso de las siete de la mañana. Yo era la que la dejaba en la escuela, la recogía y ella se quedaba conmigo todo el día. *Después de* la cena, y sólo si sus padres me decían que estaban en casa, iba a dejarla en su casa. Nuestra madre venía a ayudarme también porque yo nunca lo he hecho, y todavía no tengo ni idea de cómo criar a un niño. Por eso no tengo hijos", se burló.

Ahora que lo pienso, *interpreté* a Luna en la escuela mientras crecí más de lo que vi a los padres de Isabella.

"Y empezó a ponerse difícil. No iba a crecer más rápido, pero yo también tenía algunos trabajos. Esto fue antes de que apareciera la galería de arte. Y empezó a ponerse muy difícil. No podía llevarla conmigo todos los días. También habría sido duro para ella, un niño llega a casa un poco cansado de la escuela, tiene hambre, quiere dormir la siesta, está cansado. No podía llevarla conmigo. A veces lo hacía. Cuando nuestra madre, mis vecinos o alguno de mis amigos no podían cuidarla. Pero, ¿cuánto tiempo podría seguir pidiéndole favores? Eso también para una niña que no es mía", suspiró.

Me quedé en silencio, esperando que continuara.

"Cuando tenía unos 5 años, empecé a dejarla sola en casa. Es muy pronto para dejar a un niño solo, lo sé", se lamentó, "pero no tenía otra opción, ¿entiendes lo que digo?".

Asentí lentamente, con la mirada fija en el cereal ahora empapado que tenía delante de mí.

"Tuve que enseñarle a hacer las cosas de la casa. Sabía pedir comida, lavar los platos, todo lo hacía sola. Quiero decir, por el amor de Dios, su madre le enseñó a ducharse sola cuando tenía tres años. Quiero decir, no sé mucho sobre niños, pero sé que no se debe dejar a una niña de tres años sola en el baño".

Nos quedamos en un breve silencio.

Luego continuó: "Así que, en cierto modo, creció sola y se crió sola". La miré sin saber qué decir. "Se crió muy sola, Liam. *Muy, muy* sola. No había nadie para ella en casa, ni amigos en la escuela hasta casi el primer año, cuando Avery se unió a la universidad. Creo que fue en esa época. No solo estaba sola, se sentía *sola.* No era soledad, era desgarrador. Y *tú* , lo sepas o no, la salvaste".

Parpadeé confundida y sorprendida. "¿Yo?"

"Sí, tú. Sabes, cuando era niña tenía días muy malos en los que decía: 'Nunca volveré a ir a la escuela, la odio, nadie me quiere, no tengo amigos' y no había nada que nadie pudiera hacer o decir para convencerla de lo contrario. Como si los niños no fueran testarudos de por sí", suspiró.

"¿Y dónde exactamente encajé?", pregunté con curiosidad y sorpresa al mismo tiempo.

"Luego hubo días, casi todos, especialmente después de que ella tuviera esos días en los que no quería ir, en los que decía: 'Hoy voy a la escuela, será divertido, no puedo esperar para molestar a Alexander, Alexander es tan idiota, Alexander es tan tonto que me hace reír' y esos días son la razón por la que ella siguió yendo a la escuela. Dejamos de tener que obligarla, ella iba solo para molestarte, solo para pelear contigo, solo para pasar el rato contigo", Luna se encogió de hombros.

Me quedé mirando mi cuenco, ahora vacío, y sonreí para mis adentros. "No, no lo hizo", me reí entre dientes.

—Lo hizo, lo juro. Pregúntale sobre esto. Hazlo después de que me vaya porque me matará. Odia que la gente hable de ella, especialmente de lo que ha pasado —explicó—. Liam. —Volví a mirarla—. Ha pasado por momentos horribles mientras crecía. No creo que te des cuenta de lo horribles que son —hizo una pausa, vacilando—. Como... horribles como para suicidarse.

Me quedé paralizada. No sabía qué hacer. No sabía cómo reaccionar. Lo más extraño fue que ella nunca lo dejó ver. Nada de eso. Siempre fue Bella Twist, Bella, Isabella, la Diablesa.

¿Cómo es que nadie lo vio?

Y lo más importante, ¿cómo no me di cuenta? He estado con ella desde preescolar. ¿Cómo no me di cuenta?

—Ella nunca lo intentó, nunca hizo algo tan estúpido —murmuró—, pero odió su vida durante mucho, *mucho* tiempo. Y, intencionalmente o no, la ayudaste a superarlo todo. Quiero agradecerte por eso y solo decirte que espero que siempre estés ahí para ella. De una forma u otra, que siempre estés en su vida. Como amigo, como novio, esposo, lo que sea. Como padre de sus hijos, tal vez —se rió entre dientes. Le sonreí, moviendo la cuchara en el tazón vacío. —Ahora está bien, Liam —dijo para tranquilizarla—. Ha tenido un pasado difícil, pero ahora está bien. Te tiene a ti —asintió.

Suspiré, mirándola y diciendo: "Ella siempre me ha tenido, Luna", sonreí.

"Es una chica afortunada", se rió entre dientes.

Negué con la cabeza, me levanté y dejé el cuenco en el fregadero. "No, Luna. Soy un tipo con suerte".

Ambos nos giramos hacia la puerta principal cuando se abrió y apareció Isabella con solo unos pocos paquetes más de galletas Oreo, algunas papas fritas y algunas frutas y verduras. "He vuelto", cantó.

Luna y yo nos miramos. "Ella ha vuelto", cantamos burlonamente y en sincronía.

"Que se jodan, chicos", se burló, sacando las galletas Oreo de la bolsa y deslizándole un paquete a Luna. "No te dan nada por hacer eso", me miró frunciendo el ceño.

"No quiero galletas Oreo", dije mientras caminaba hacia ella.

"Él quiere besos", dijo Luna con galletas Oreo en la boca. Ambos nos quedamos mirando a Luna. "Está bien, Jesús, entenderé la indirecta", dijo antes de subir las escaleras y entrar a su habitación.

"Hola", sonreí.

—Hola —me devolvió la sonrisa y me rodeó el cuello con sus brazos.

"Te extrañé", murmuré, levantándola sobre el mostrador y parándome entre sus piernas.

"Mentiroso", susurró.

"Lo juro por Dios", respondí, besando su mejilla suavemente.

—Pareces un poco más cariñoso hoy, ¿algo que necesitas? —preguntó, alejándose para mirarme.

La miré fijamente y mi mente volvió a lo que Luna me había dicho. "Nada especial, solo te necesito", suspiré, abrazándola.

Parecía confundida porque dudó, pero me devolvió el abrazo. "Siempre me tienes", se rió entre dientes.

Siempre la tengo.

Y ella siempre me tiene.

Capítulo 37

(Punto de vista de Isabella)

"Adiós", susurré mientras él se apoyaba en mi escritorio. Se está escapando por la ventana porque mis padres están en casa esta noche y no queremos despertarlos. Además, ahora es medianoche.

"Adiós", susurró. Nadie se movió.

"Adiós, Liam", me reí entre dientes.

-Adiós, Bella.- Nadie se movió.

—Está bien, en serio. Tienes que irte. Recógeme mañana por la mañana para ir a la escuela, ¿de acuerdo? —pregunté.

-Tengo que preguntarte algo antes de irme -dijo.

—¿Qué? —pregunté, parada allí mientras nuestras manos estaban entrelazadas y él me miraba.

"¿Alguna vez te has sentido sola? Quiero decir, con tus padres ausentes todo el tiempo y todo eso, ¿nunca te sientes sola?", preguntó vacilante.

Lo miré por un minuto hasta que entendí.

Ella le dijo.

—¿Luna te lo contó? —pregunté. Él asintió suavemente. Puse los ojos en blanco, sacudí ligeramente la cabeza y la apoyé en su hombro. —Sí, te sientes sola. Antes me sentía mucho más sola, pero aprendí a lidiar con eso —murmuré sin mirarlo.

"¿Por qué no se lo dijiste a nadie? Cuando tú..." se quedó en silencio.

—¿Quería suicidarme? —pregunté, mirándolo finalmente—. Tenía demasiado miedo y no tenía a nadie a quien contárselo. Pero, por extraño que parezca, de todas las personas de este mundo, yo quería contártelo a ti. Y en aquel entonces solo discutíamos —me burlé.

"Deberías habérmelo dicho", murmuró.

"No sabía que tenías un lado tierno hasta ese día en mi habitación cuando estabas ahí para mí mientras entraba en pánico por tener que irme de esta casa", repliqué, "se lo dije a Avy. Ella es una de las pocas personas que siempre se ha quedado a mi lado. Nadie más lo ha hecho nunca", me encogí de hombros.

"Lo haré, lo sabes, ¿verdad?", preguntó.

Asentí lentamente. "Sé que lo harás, Liam", susurré. "Ahora vete, te veré mañana, ¿de acuerdo?" Sonreí.

—Te amo, Isabella, no tienes segundo nombre, Montgomery —se rió entre dientes.

—Por fin lo has descubierto, Alexander —sonreí—. Buenas noches.

-Buenas noches-respondió antes de marcharse.

Yo todavía estaba de pie junto a la ventana, agarrándome del borde, preparándome para cerrarla

cuando él se giró hacia mí. "¿Qué?" Me reí entre dientes, inclinándome hacia delante y sacando la cabeza. Él se mordió el labio como si estuviera pensando algo antes de volver a salir a rastras, sacando primero una pierna antes de acercarse a la mía, agarrándose pero sin entrar. "¿Qué estás haciendo? Si te caes, te..."

—Shh —dijo, silenciándome.

Levanté las cejas y me agaché para ver la altura. "Liam, esto es más alto de lo que crees, la caída va a doler más de lo que crees, *si* te caes, lo cual espero que no suceda porque si lo haces, no sé qué o cómo voy a..."

—Hablas demasiado —murmuró, soltando una mano.

—¡Liam! —grité.

"¡Shhh!", susurró.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunté, agarrándolo de la camisa, solo porque me hacía sentir que lo tenía agarrado. Como si no fuera a dejarlo caer.

—No te di un beso de buenas noches —susurró.

"¿Estás loco? En serio, sólo por una vez..."

Me interrumpió agarrándome la nuca y besándome con fuerza. Me perdí en el beso hasta que se apartó. Lo miré, todavía en un mundo completamente diferente en mi cabeza. "¿Qué estabas diciendo?", sonrió.

"¿Qué estaba diciendo?", me pregunté. "No, no lo recuerdo", murmuré tímidamente.

—Está bien —dijo lentamente, inclinándose hacia delante para besarme otra vez—. No quiero irme —susurró.

Lo miré por un momento antes de encogerme de hombros. "Entonces no lo hagas". Sus cejas se alzaron. "No te vayas, quédate aquí esta noche", dije.

"Pero tenemos escuela."

"¿Y bien? Tú vives al lado, ve a vestirte por la mañana", me encogí de hombros una vez más.

"¿Eso funciona?" preguntó.

—Claro que funciona —asentí.

Me agarró ambos lados de la cara y me besó. "Oh, mierda", se rió, agarrándose rápidamente de la ventana.

—Entra —puse los ojos en blanco y di un paso atrás para que tuviera suficiente espacio.

Volvió a entrar, trepó por encima de mi escritorio y se sacudió las manos, volviéndose hacia mí. "Te amo", dijo, besándome lentamente.

-Yo también te amo-respondí.

Ya llevábamos unos 30 minutos acostados en la cama y estábamos hablando de casarnos. Sí, es una conversación seria.

"Sabes, Luna me dijo que deberíamos fugarnos a Inglaterra porque la edad legal para casarse allí es de 18 años. Ella cree que deberíamos casarnos lo antes posible", me reí.

"No se equivoca", sonrió.

- ¿Cuál es su opinión sobre el matrimonio? - pregunté.

"Veamos qué *opino* sobre el matrimonio", suspiró. "Creo que el matrimonio es matrimonio", se encogió de hombros.

—Creo que el matrimonio también es una tragedia, ¿no crees? —pregunté mirándolo.

Él negó con la cabeza lentamente. "No, creo que el amor es una tragedia", dijo.

Lo miré confundida. “¿Por qué? El matrimonio es lo que arruina las cosas”, señalé.

—No, el amor arruina las cosas —corrigió.

"¿Eh? Explícamelo, por favor", dije, incorporándome.

Él también se sentó y se volvió hacia mí. "Digamos que tenemos dos parejas. Una de ellas es una pareja casada, marido y mujer, la otra es una pareja que vive junta, ¿eh?" Asentí con la cabeza en señal de comprensión. "La pareja casada tiene problemas de confianza. Digamos que la mujer piensa que su marido la engaña. La pareja que vive con él también tiene problemas de confianza, el novio piensa que su novia lo engaña. Ahora bien, ¿quién puede decir que los problemas de confianza se deben al matrimonio? Por el bien de esto, digamos simplemente que nadie está *engañando* a su otra mitad, pero la duda sigue ahí, ¿verdad? La sospecha sigue ahí, ¿verdad? ¿En *ambas* relaciones?"

Pensé en lo que estaba diciendo. "Sí, pero la gente engaña más en el matrimonio. Se sienten atados, se aburren", argumenté.

—Sí, pero ¿quién puede decir que eso es porque están casados? También podría pasar en una relación normal, antes del matrimonio, ¿no? Verás, el matrimonio no es nada. Es sólo una formalidad si te pones a pensarlo. Depende de cada persona lo importante que sea para ella. Para algunos es más sagrado que para otros. Esas personas lo respetan más. Para otros es sólo un título superficial —se encogió de hombros.

—El matrimonio no es sólo un título superficial —fruncí el ceño.

"Para algunas personas lo es. Por eso hay gente que no cree en el matrimonio en absoluto. No es necesario casarse para comprometerse. Y el matrimonio no arruina el amor, la infidelidad, la traición y la deshonestidad sí. El matrimonio es muy odiado", explicó. "Las personas casadas engañan tanto como las que tienen una relación. En ambos casos, te comprometes con otra persona. La gente es cruel. El mundo es cruel, por eso los matrimonios y las relaciones se desmoronan".

Me senté en silencio mientras procesaba lo que acababa de decir.

"Y, de todos modos, ¿por qué es tan importante que un marido engañe a su mujer, pero no tanto que un novio engañe a su novia? Es porque el matrimonio es algo más para la sociedad, para que la gente lo vea. Eso no significa que no sea importante para ti, sino que la gente lo alimenta".

"No es tan grave porque cuando te casas con alguien, te comprometes de por vida. Cuando estás en una relación, te comprometes con esa persona, pero no sabes cuánto durará. Eso no hace que engañar a alguien sea aceptable, es solo que... no sé cómo explicarlo. Es un problema aún mayor cuando tu marido hace eso", me encogí de hombros.

"¿Pero por qué? ¿Cuál es la diferencia entre un gran marido y un gran novio? Aparte del título, claro está. ¿Qué tiene un gran marido que no tenga un gran novio?", se preguntó. "Y, de todos modos, si no puedes confiar en la palabra de un marido *o* de un novio en cuanto a compromiso, entonces, ¿qué sentido tiene el matrimonio?", preguntó.

"El matrimonio fortalece el vínculo entre las dos personas. Uno se casa por sí mismo, no por otras personas", le expliqué, "Uno se casa porque tener ese título, ese compromiso mutuo, lo hace sentir más feliz, no porque otras personas lo aprueben", me encogí de hombros.

"Entonces, ¿por qué necesita la aprobación de otra persona?"

"No lo haces."

—Entonces ¿por qué la gente lo pide?

"Porque la gente es tonta", le contesté, "deberías elegir con quién quieres casarte, cómo quieres casarte con esa persona, dónde, cuándo...". Me quedé en silencio y dije: "Algunas personas simplemente le dan a su familia y a las opiniones de su familia un poco más de importancia que otras. Por eso buscan su aprobación. No es necesario, solo un poco de confirmación o una pequeña discusión, por así decirlo", me reí entre dientes.

"Digamos que una chica trae a casa a su novio con el que está a punto de casarse para preguntarle a su familia qué piensa de que se casen y su familia rechaza de plano al chico. Dicen: 'No, él no es el indicado para casarse'. Eso no significa que ella realmente tenga que escuchar y aceptar lo que dicen. Tal vez solo esté preguntando porque quiere saber. Eso tampoco significa que sus palabras no duelan, solo tienes que confiar en que tu amor es más fuerte que eso", me encogí de hombros.

—Bueno, dígame esto, señorita Wise Old Montgomery —dijo sonriendo mientras me sentaba en su regazo para que yo me sentara a horcajadas sobre él—. ¿Qué pasará cuando nos casemos? —preguntó.

—Bueno, eso depende. ¿Qué importancia tiene para ti el matrimonio? Porque para mí es muy sagrado.

Capítulo 38

(Punto de vista de Isabella)

Al día siguiente nos despertamos juntos, temiendo el día porque no íbamos a pasarlo juntos. Desde el momento en que ambos nos despertamos, él siguió su camino, yo fui al mío. Fui a mi baño, él se fue a su casa. Y luego, después del desayuno en la planta baja, cuando salí para ir a la escuela, nuestras miradas se cruzaron en las entradas de nuestras casas. Mi teléfono comenzó a sonar en mis manos, así que contesté.

Fue él quien me llamó. "¿Al menos puedo llevarte?", preguntó mientras abría el auto y arrojaba su bolso adentro.

"Es demasiado arriesgado, ¿qué pasa si alguien nos ve llegar y yo salir del auto?", pregunté mientras arrojaba mi bolso al auto de mi papá. Lo tomé prestado por el día.

—Esto es raro. Primero queríamos que todos nos vieran juntos, ahora nos escondemos —gruñó, mirándome fijamente.

—Es solo por un día, y hasta después de la escuela. Después, puedes venir tú o puedo ir yo —lo miré, apoyando mi codo en el auto.

"¿Oh?" sonrió.

"Mis padres se van a trabajar, Luna sale para su vuelo en un par de horas, estaré sola en casa", canté.

"Isabella."

Salí de mi estado de ánimo y me volví hacia mi padre, que estaba frente a mí. "¿Sí, papá?", pregunté.

—No quiero ni un rasguño en el auto, ¿me escuchas? —preguntó, mirándonos a mí y a Liam y sacudiendo la cabeza en silencio.

"Soy un conductor fantástico, papá", puse los ojos en blanco como respuesta.

"Que tengas un buen día", me besó el costado de la cabeza antes de irse con mi madre.

"Adiós, Luna", le dije, acercándome a ella y abrazándola. "Que tengas un buen vuelo y, si puedes, pásate por aquí antes de volver a Nueva York, ¿vale?", le pregunté.

"Lo intentaré lo mejor que pueda, cariño, ¡mwah!" Me dio un fuerte beso en la mejilla.

"Adiós", canté antes de entrar al auto.

"Adiós, muñeca", sonrió, saludándome con la mano en pijama y con un tazón de cereal en las manos.

Me subí al auto y conecté mi teléfono al Bluetooth, dándome cuenta de que todavía estaba hablando por teléfono con Liam. "¿De verdad vamos a evitar por completo el contacto hoy?", preguntó.

"Sí, claro", dije mientras me ponía el cinturón de seguridad y acercaba el asiento al volante. "Y ya hice los preparativos", afirmé.

"¿Qué preparativos?", preguntó mientras ambos empezábamos a conducir al mismo tiempo, mi auto detrás del suyo, ya que el camino se dirigía hacia la carretera.

"Durante el último período, a Sophie le pidieron que enseñara una rutina de baile a los estudiantes de primaria. Su maestra está de baja por maternidad y su suplente se incorpora mañana. Entonces, le pidieron a Sophiey... a mí".

"¿Tú? ¿Bailando?", preguntó.

"No me has visto bailar. Solía bailar en primer año para el equipo de la escuela. Sophie se unió y luego, eh, me fui porque es una perra", dije rápidamente. "De todos modos, estamos dando la clase juntos. Me pregunto cómo irá eso, pero da igual, intenta ver si puedes estar allí para dejar en claro que hemos roto, de esa manera ella tendrá algo que decirle a Tyler Brooks", dije.

"¿Durante el último período?"

—Sí, señor —suspiré, con la mirada fija en la carretera mientras girábamos.

-Está bien, estaré allí-respondió.

* ∗ ✿❀ ○ ❀✿ ∗ *

Entonces llegó el último período y, Dios mío, seguro que está poseída por algún tipo de demonio.

—¿Qué estás haciendo, Isabella? ¡Esta no es la música que pedimos! —gritó.

"No estoy aquí para ser DJ, Sophie, toca tu propia maldita música", puse los ojos en blanco, me levanté y me alejé del altavoz. Ella me miró con enojo antes de ir a conectar su teléfono y buscar la música. "Un breve descanso para tomar agua, todos", dije. La clase comenzó hace 2 minutos.

—¡No, no hay interrupción para tomar agua! —gritó Sophie, mientras luchaba por encontrar la música.

"Pausa para tomar agua", asentí.

Los niños se dispersaron por la sala, corriendo, persiguiéndose unos a otros y riéndose. Me senté en el suelo, debajo de las barras de ballet, contra el espejo, y vi a una niñita sentada en la esquina, bebiendo de su botella de agua. Agarré a uno de los niños que corría y lo atraje hacia mí con cuidado. "Hola, ¿cómo te llamas?", pregunté.

—Jack —respondió, mostrándome una amplia sonrisa.

Hola, Jack. Soy Isabella. ¿Sería tan amable de decirme quién es esa linda niña? —pregunté, señalando en dirección a la niña.

"¿Bonita?" Arrugó la nariz.

—Jack —dije en tono de advertencia.

"Es muy bonita, nadie me escucha cuando digo eso", se quejó, tropezando con sus palabras, "Esa es Delilah", dijo.

—Delilah —asentí lentamente. Luego se fue corriendo. La observé durante un minuto entero y vaya, Sophie realmente no sabe nada. De todos modos, la estaba observando mientras estaba sentada allí sola, mirando a todos los demás niños. Al principio sonreía, como si estuviera feliz por ellos. Pero luego su sonrisa vaciló y se convirtió en un ceño fruncido. Parecía sola. No,

parecía... solitaria.

"¡Dalila!" grité.

Su rostro se iluminó cuando me miró. Le hice un gesto para que se acercara. Volvió a guardar la botella de agua en la mochila antes de dirigirse hacia mí. "¿Sí, señorita Isabella?", preguntó, con un adorable chillido, a diferencia del molesto de Sophie.

—Es solo Isabella, no señorita, ¿de acuerdo? —pregunté. Ella asintió con la cabeza, entendiendo. —Ven aquí —dije, extendiendo mis manos. Ella agarró mis manos antes de que la empujara hacia adelante y luego la puse en mi regazo. —¿Por qué estabas sentada allí sola? —le pregunté mientras notaba que su cola de caballo se había soltado. —¿Puedo atarla para ti?

Ella asintió mientras jugueteaba con su camisa. "No tengo amigos", murmuró mientras miraba alrededor de la habitación.

"¿Por qué es eso?", pregunté.

Ella se encogió de hombros mientras yo le ataba el pelo. "Nadie me habla", dijo vacilante.

—Bueno, estoy segura de que quieren hacerlo —dije, girándola para que me mirara. Ella negó con la cabeza—. Por supuesto que sí. Jack, el que está allí, piensa que eres muy bonita y yo también —sonreí.

"¿En serio?" ella sonrió.

—Sí, lo hago —asentí—. Eres muy bonita, Delilah. Contéstame esto: ¿te gustaría ser amiga de Jack? —pregunté. Ella lo miró en silencio antes de volverse hacia mí y asentir lentamente. —¡Jack! —grité. Se acercó a mí y todos sus amigos lo miraron. —Conoces a Delilah, ¿verdad?

"Sí", asintió.

—Bueno, quiero que seas su amiga, ¿puedes hacer eso por mí? —le pregunté.

—Su amiga... —dijo, sin decir nada, inseguro. Luego se encogió de hombros y dijo—: Claro.

"¿En serio?" ella sonrió.

—Sí, vamos. —Le tendió la mano. Ella tomó su mano y se levantó de mi regazo, yendo con él. Observé cómo la llevaba con sus amigos y le decía: —Esta es Delilah. Mi nueva amiga.

Y nadie la recibió.

—Entonces yo tampoco soy tu amigo —dijo Jack, decidido a que Delilah fuera bien recibida. Todos estuvieron de acuerdo. Cuando Jack dijo que no sería su amigo si no aceptaban a Delilah, ella también era una de las niñas que corría sin rumbo por ahí, riendo y gritando.

Estaba sentada allí, sonriéndole cuando la puerta de la sala se abrió y entró Liam. Me levanté y me dirigí a los altavoces mientras Sophie volvía a dar clases, abandonando la música. Me concentré en encontrar la música y arreglar el altavoz mientras todos los niños miraban a Liam.

"¿Isabella?" corearon todos.

"Un segundo, chicos", murmuré.

—Isabella, hay un hombre aquí para ti —dijo Delilah, acercándose a mí y dándome un golpecito en el hombro. Miré a Liam y reprimí una sonrisa.

—¿Hola? —Ambos miramos a Jack, que estaba tirando de los pantalones de Liam—. ¿Estás aquí por la señorita Isabella? —preguntó.

—Sí, claro que sí —asintió Liam. Lo observé mientras permanecía allí de pie, con sus ojos verdes brillando con esperanza y picardía.

¿Ya mencioné que sus ojos son verdes? ¿Como verde esmeralda? Son hermosos y los amo. Casi tanto como lo amo a él.

- ¿Qué estás haciendo aquí? - pregunté.

—Necesito hablar contigo —dijo, lanzando una mirada irritada hacia Sophie.

—Te lo dije, no quiero hablar —dije mientras ataba los cordones de Delilah antes de volver a la música.

—Por favor, Isabella, lo siento, me he equivocado, ¿vale? —preguntó, arrodillándose a mi lado —. Ya no puedo actuar como si te odiara, así que actúo como si me hubiera dado cuenta de que me equivoqué y ahora quiero volver contigo —susurró, conectando mágicamente mi teléfono a los altavoces *y* encontrando la música.

—Liam, deberías irte —dije, poniéndome de pie y guiando a Delilah hacia el resto de los niños. Era evidente que Sophie estaba escuchando.

"No me iré de aquí hasta que me lleves de vuelta", gimió.

—Liam, no puedo hacer esto ahora, tengo una clase que atender —suspiré, pasándome la mano por el cabello y fingiendo frustración.

"Entonces soy un estudiante. Repasa la rutina, vamos. Veré cómo puedes evitarme cuando esté parado justo frente a ti", se encogió de hombros, de pie con todos los niños.

—No puedes hablar en serio —dije, conteniendo la risa. No hay forma de que esté haciendo esto de verdad.

—Oh, hablo muy en serio. Veamos cuánto tiempo puedes evitarme cuando estoy parado justo aquí frente a ti —replicó con una sonrisa burlona.

Asentí lentamente. "Está bien. Bailando con niños de primaria. Claro, veamos", sonreí.

Capítulo 39

(Punto de vista de Isabella)

"¡Rompe aguas!" grito.

—No —gruñó Sophie.

"¡Pausa para beber agua, maldita sea!", anuncié, apagando la música. "Sophie, has estado haciendo bailar a estos niños durante una hora. Su práctica dura dos horas y, si sigues así, ¡todos nos desmayaremos y moriremos!", resoplé.

"¿Y a ti qué te importa? Sólo has estado tocando la música", puso los ojos en blanco.

—Los he estado observando mientras retenían las lágrimas y los gritos de cansancio, cariño. Sin mencionar que he estado bailando contigo. Están en la escuela primaria, no puedes darles una rutina profesional —puse los ojos en blanco. Me di la vuelta y me senté en el suelo contra el espejo una vez más, bebiendo mi propia agua. Miré hacia allí y vi a Liam sentado con todos los estudiantes.

—¿Cómo conoces a Isabella? —preguntó Delilah, parándose a su lado.

"Es una larga historia", se encogió de hombros, atrayéndola hacia su regazo.

"¿Por favor?" preguntó ella.

Él me miró antes de volverse hacia ella. "La señorita Isabella", me miró fijamente a los ojos, "es mi novia".

—Era... era su novia —dijo Sophie antes de salir de la habitación, murmurando algo sobre el baño.

Me levanté y caminé hacia ellos, sentándome frente a Liam. "Soy su novia", sonreí.

—Pero verás, estamos actuando como si no estuviera frente a Sophie —dijo Liam.

"¿Por qué?" preguntaron todos al unísono.

Nos reímos. "Porque Sophie es..."

"Significar."

"Demonio."

"Aterrador."

"Matándonos."

Esas fueron las respuestas de Jack, Delilah, Oscar y Minnie. Sí, su nombre es Minnie, no lo dudes, es adorable.

"Todo lo anterior", asentí.

—¿Podemos dejarla afuera? —gruñó Jack. Miré a Liam y luego a la puerta. Ella estaba regresando del baño. Me levanté de un salto y corrí hacia la puerta, girando la cerradura.

Abrió los ojos de par en par y se acercó, probando el picaporte. "¡Abre la puerta!", gritó con voz

apagada.

"No apoyo el abuso infantil", me encogí de hombros en respuesta.

"¡Todas mis cosas están ahí!" gritó.

"¿Deberíamos dejarla entrar?" preguntó Liam.

"¡No!" gritaron todos.

"Pueden venir a buscar sus cosas más tarde. La clase es una sesión", sonreí. Todos los niños se pusieron de pie y conecté mi teléfono nuevamente, buscando la música más aleatoria y animada que pude encontrar. "Corran, bailen como quieran, esa es su clase por hoy", me reí mientras me sentaba. Todos comenzaron a correr nuevamente, bailando a su propio ritmo, vi a Jack y Delilah tomados de la mano y girando en círculos. Los niños pequeños están destinados a divertirse, no a ser torturados en nombre de los ensayos de baile.

Liam vino y se sentó a mi lado, un poco sudado como el resto de los niños de aquí. "Hola", sonrió.

—Ella todavía está mirando —dije, apartando la mirada de él, bajando mi sonrisa y cruzando los brazos sobre el pecho.

"Ya no me importa", dijo antes de agarrar mi rostro y girarlo hacia él, plantando sus labios sobre los míos. Una serie de vítores y aplausos resonaron por toda la habitación. Me reí, alejándome de él y volviéndome hacia los niños. Delilah vino corriendo y me abrazó fuerte. Me reí y le devolví el abrazo antes de que todos los niños corrieran hacia nosotros, haciendo lo mismo.

Una vez que terminamos el abrazo grupal, me volví hacia los niños. "¿Alguien quiere irse a casa temprano?"

"¡Sí!" gritaron todos al unísono.

* ∗ ✿❀ ○ ❀✿ ∗ *

"Eso fue lo más divertido que hice con niños pequeños", me reí mientras subíamos a su auto.

"Oh Dios, lo sé", soltó una risa alegre, "Esos niños eran adorables".

—¿Cómo llegaste allí, de todos modos? —pregunté, volviéndome hacia él.

"Me salté las clases de matemáticas", se encogió de hombros.

—No, no lo hiciste —lo miré en estado de shock.

"Sí, no lo hice. Me salté la asignatura de matemáticas avanzadas", respondió.

—Liam, ¿por qué? —Me reí—. Esto no era tan importante.

—Sí, lo fue. Me pediste que estuviera allí, por supuesto que iba a estar allí —dijo riéndose. Lo miré con una sonrisa en los labios. —¿Qué? —preguntó.

Me incliné hacia delante, presionando mis labios contra los suyos, saltando y alejándome cuando mi puerta se abrió de golpe.

Ambos miramos hacia donde estaba Tyler Brooks, furioso. "¿Qué diablos estás haciendo?", me miró con enojo.

—¡¿Qué te he hecho?! ¡Ay, Tyler Brooks! —grité cuando me agarró del brazo y me sacó del

coche—. ¡¿Qué demonios te pasa?! —grité, soltándome de su agarre y alejándome unos pasos de él. Liam salió del coche y caminó hasta mi lado, parándose a mi lado.

—H... —Tyler Brooks no sabía qué decir—. ¿Cómo diablos sigues con ella? ¡¿Después de que me besó?! ¡Después de que te engañó! —le gritó Tyler Brooks a Liam.

—Ella no me engañó —Liam negó con la cabeza.

—¿De qué estás hablando? ¡Nos sorprendiste besándonos! —gritó Tyler Brooks mientras Sophie se acercaba, aparentemente confundida. Se detuvo al oír las palabras de Tyler Brooks.

"Ven otra vez", dijo Liam.

—¡Nos sorprendiste besándonos con Isabella! ¿Cómo diablos sigues con ella? —gruñó Tyler Brooks.

Casi sentí pena por Sophie.

Casi. Pero no del todo.

Ella *engañó* a Liam y *participó* en ayudar a Tyler Brooks.

—Ella no te besó —dijo Liam con calma. Tyler Brooks lo miró con incredulidad—. La besaste. A la fuerza. Sin su permiso y contra su voluntad —dijo Liam.

—¡Me besó, Liam! ¡No sé qué mentiras te dijo! —Tyler Brooks me lanzó dagas.

"Ella no me dijo nada, lo hizo Nathan. Mucho antes de que la siguieras al baño. Mucho antes de que yo entrara allí", se encogió de hombros Liam.

Tyler Brooks palideció. Literalmente palideció.

"Me contó todo. Todo tu plan. Cómo querías que me convenciera de que Isabella me había estado engañando contigo todo este tiempo. Cómo querías que entrara al baño y los viera besándose. Cómo ni siquiera le dijiste a Sophie sobre esto. En todo caso, Tyler Brooks, la engañaste a ella. A Sophie", explicó Liam.

La observé esperando alguna reacción pero no tuvo ninguna.

—Y de todas formas, no es posible que Isabella me haya engañado desde el principio de nuestra relación —me miró.

- ¿Por qué no? - cuestionó Tyler Brooks.

"Porque cuando empezamos, ni siquiera estábamos realmente juntos", se encogió de hombros Liam, "Era sólo una ficción".

Apreté mis labios hasta formar una fina línea, manteniendo la risa.

"Verás, cuando te vio en esa fiesta, la que organizaba el señor Harrison, no tenía novio como decía. Estaba soltera. Pero te mintió, tal vez solo para ponerte nervioso, ¿quién no hace eso por un ex? Pero luego, gracias a Dios, le preguntaste quién era, si estaba allí, y le dijiste que querías conocerlo".

Liam dio un paso más cerca de Tyler Brooks.

"Y yo fui el primer chico que vio. Me odiaba a muerte, al menos actuaba como si lo hiciera, pero fui yo a quien eligió. Y me convirtió en su novio. De la nada".

Tyler Brooks estaba sorprendido, por decir lo menos, y Sophie todavía estaba escuchando desde lejos.

—Te odiaba lo suficiente como para dejar de lado su fachada de odio cuando se trataba de mí y me hizo su novio. Me presentó como su novio. Y la guinda del pastel —miró a Sophie—: Tu novia, Sophie, resultó ser *mi* exnovia que me engañó. ¿Por qué iba a dejar pasar una oportunidad de vengarme de ella? Sé que nunca lo admitió, siempre me decía tonterías sobre que no la amaba lo suficiente. Pero, ¿estaba equivocada? No, porque no la amaba. Aunque me alegro de no haberlo hecho. Si lo hubiera hecho, no habría encontrado a Isabella —Liam se encogió de hombros.

"Creamos una relación falsa para vengarnos de ustedes dos, y es lo mejor que hemos hecho en la vida. Porque realmente nos enamoramos. *Realmente* nos enamoramos. Y ustedes dos..."

Tyler Brooks finalmente se dio la vuelta y vio a Sophie, cerrando los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia el suelo.

—Estuvieron juntos de verdad, pero nunca se enamoraron. Pero eso es entre ustedes dos, no voy a interferir. —Liam estaba enojado. Estaba muy, *muy* enojado. Agarré su mano, solo para que no lo golpeara—. Solo una cosa más —suspiró Liam—. No la toques nunca más, o te juro por Dios, Tyler Brooks... —Liam se quedó en silencio, sacudiendo la cabeza ligeramente.

Miré a Tyler Brooks con una mirada escrutadora. Se merecía al menos *un* puñetazo. Así que solté la mano de Liam. Liam me miró y arqueó ligeramente las cejas. Me encogí de hombros antes de volver a subir al coche.

Y entonces Liam le dio un puñetazo. Fuerte. Tyler Brooks se tambaleó y se agarró la mandíbula. Liam dejó escapar un suspiro y relajó los hombros antes de darse la vuelta y subirse al auto.

Arrancó el coche de inmediato y comenzó a conducir de regreso. Todavía estaba enojado, me di cuenta.

Así que no pronuncié ni una palabra. Ni una sola. Hasta que llegamos a casa.

Capítulo 40

(Punto de vista de Liam)

"¿Quieres entrar?" preguntó, inclinándose hacia mi ventana.

—No, Isabella, creo que deberías entrar —dije mirando al frente.

"¿Todavía estás enojado?" preguntó vacilante.

"Mucho", suspiré.

Ella se quedó en silencio. Me volví hacia ella y la observé mientras se mordía la parte interior de la mejilla, pensando en algo. "Hmm", murmuró antes de preguntar: "¿Vas a irte en coche?"

"Lo más probable es que sí", respondí.

—Está bien —susurró, inclinándose hacia delante y besándome la mejilla—. Conduce con cuidado, ¿vale? Y, eh, ¿me llamas cuando llegues a casa? Asentí y me volví hacia ella. Empezó a dirigirse a la puerta de entrada, pero se detuvo. La vi saltar sobre las puntas de los pies antes de darse la vuelta y trotar hacia el lado del pasajero, para volver a subirse. —No quiero dejarte sola. Me quedaré en silencio, puedes conducir —dijo mientras se ponía el cinturón de seguridad.

La miré fijamente durante un minuto, pensando qué hacer. Suspiré derrotado, abrí la puerta y caminé hacia ella. "Vamos", le tendí la mano.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche conmigo. Cerré el coche con llave y entré con ella. "¿Tienes hambre?", me preguntó, llevándome a la cocina.

—En realidad, no —respondí, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, Liam. No tiene sentido enfadarse por algo que ya ha pasado. Probablemente no vuelva a hacer nada —suspiró.

- ¿Y si lo hace? - pregunté.

—Entonces puedes darle una paliza, no tengo objeciones —dijo ella, levantando las manos en señal de rendición.

—¿Es una promesa? —pregunté. Ella asintió y me pasó una botella de agua. La tomé y la miré. —¿Qué hago con esto? —pregunté.

"Si lo quieres, bébelo", dijo con expresión seria. "Si no, ¿puedes abrirlo para mí, por favor?", sonrió. Reprimí una sonrisa, sacudiendo la cabeza lentamente mientras lo abría y luego se lo entregaba. "Gracias", sonrió, bebiendo un sorbo de agua mientras abría la despensa y buscaba algo para comer.

La observé mientras se ponía de puntillas, intentando ver el estante superior. Miré hacia el mostrador, mordiéndome el labio inferior para no sonreír. "Ah, mierda", murmuró, levantando el brazo, intentando agarrar el paquete de patatas fritas, pero sin conseguirlo. Puse los brazos sobre el mostrador, con la barbilla apoyada sobre las manos mientras la observaba, sonriendo. "Por el amor de Dios", susurró para sí misma.

Suspiré, me levanté y caminé hacia ella, deteniéndome detrás de ella. "¿Necesitas ayuda?", pregunté, inclinándome hacia su oído para susurrarle.

Ella se rió entre dientes, cerró la botella y se volvió hacia mí. "Sí, por favor", sonrió. Sonreí, agarrándola por la cintura y levantándola, pero antes de que pudiera agarrar el paquete, retrocedí y la senté en el mostrador. Ella me miró enarcando las cejas, expectante. "Alguien ya no parece tan enojado", sonrió.

—No estoy enojada contigo, no tiene sentido que actúe como si lo estuviera —dije mientras le acomodaba el cabello detrás de la oreja.

—Entonces… —se quedó en silencio, dejando la botella de agua en el mostrador y separando sus piernas para que yo quedara entre ellas, más cerca de ella.

—Entonces —suspiré—, dijiste algo sobre estar sola en casa hoy —susurré.

Ella se rió entre dientes: "Hoy estoy sola en casa", asintió. "Entonces, ¿eso significa que te tengo toda para mí?" Sonreí.

"No", ella negó con la cabeza.

"¿Por qué no?" Fruncí el ceño confundido.

—Porque apenas me has besado hoy —respondió ella, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Bueno, podemos cambiar eso de inmediato —me encogí de hombros ligeramente.

—¿Ah, ¿sí? —se rió. Sonreí para mis adentros antes de agarrarle la nuca y atraer sus labios hacia los míos. Mis manos cayeron hasta su cintura, las suyas rodearon mi cuello, una mano descansando en la base de mi cuello, subiendo lentamente hacia mi cabello. Ella sujetó mi nuca, acercándome más, incluso enganchó sus piernas alrededor de mi cintura.

—Isabella, ¿cuándo llega alguien a casa? —pregunté, alejándome para mirarla.

—No sé, probablemente de noche. Depende del trabajo de mis padres y de las reuniones de hoy —dijo encogiéndose de hombros, mientras se pasaba el dedo por el labio inferior.

"¿Y no tienes idea de cuántas reuniones tienen hoy?" resoplé.

Ella negó con la cabeza. "Ojalá que sean demasiados", se encogió de hombros.

"Con suerte, demasiadas", me reí entre dientes antes de besarla de nuevo, más fuerte esta vez.

—Liam, nosotros… —La hice callar con otro beso, pero ella me apartó rápidamente y chasqueó la lengua con frustración—. Arriba —se rió y saltó del mostrador.

—¿Ah, sí? —me reí burlonamente mientras la levantaba. Ella se rió y me rodeó el cuello con los brazos mientras yo corría escaleras arriba. Abrí la puerta con la espalda y luego la cerré de una patada con el pie. La bajé y ella se sentó al pie de la cama, mirándome con una sonrisa. —¿Qué? —me reí entre dientes y levanté las cejas.

Suspiró, se puso de pie y caminó hacia mí, agarrándome ambos lados de la cara y acariciando mi mejilla con el pulgar. Sacudió suavemente la cabeza. "Nada", susurró.

—¿Y entonces? —pregunté, agarrándole ambos lados de la cara, imitándola. Ella chasqueó la lengua, empujando mis brazos hacia abajo. Se puso de puntillas y me besó de nuevo. Era diferente. Esta vez me besó de forma diferente. No sé qué era, pero algo era diferente. Se apartó y me miró, reprimiendo una sonrisa.

"Vaya", murmuré.

—¿Qué? —preguntó. Sacudí la cabeza y la besé de nuevo. Dio unos pasos hacia atrás y yo di unos pasos hacia delante hasta que la parte trasera de sus piernas tocó la cama. Se apartó lentamente, dándome suficiente espacio para arrodillarme frente a ella. Gimió y se apartó cuando su teléfono empezó a sonar. Lo agarró y vio que era Avery quien llamaba. La miré fijamente, esperando a ver si respondía o dejaba que sonara.

Ella contestó, presionando el teléfono contra su oído. "No puedo hablar bien, te llamaré más tarde. A menos que sea una emergencia. ¿Lo es?" Me miró disculpándose. Sacudí la cabeza, descartándola mientras me inclinaba hacia abajo, dejando un rastro de besos por su cuello. Muchos de ellos. "Avery, solo dime si es una emergencia. Si no me lo dices ahora mismo, creo que voy a tener una emergencia", se rió entre dientes. "Está bien, entonces te llamaré más tarde, adiós", dijo, colgando y empujando su teléfono sobre la mesita de noche.

Me aparté y la miré con expectación. "¿Estás segura?", pregunté.

Ella asintió frenéticamente. "Sí, estoy segura", se rió entre dientes.

Sonreí, ambos nos sacamos las camisetas por la cabeza y aterrizaron en algún lugar del suelo. Luego volvimos a besarnos. Y luego, uno por uno, entre besos, nos quitamos toda la ropa. Y luego... eh... bueno.

* ∗ ✿❀ ○ ❀✿ ∗ *

Me reí, pasando mis dedos por su cabello, "No, no, no, no te duermas sobre mí".

—Lo estoy intentando —suspiró, frotándose los ojos y mirándome—. ¿No tienes sueño? —preguntó.

—Lo soy, pero me mantengo despierto —respondí.

"¿Por qué todo el mundo tiene sueño después del sexo?" se preguntó.

—Creo que algunas personas no lo hacen —murmuré confundido.

"Oh, Dios mío", se incorporó apoyándose en los codos mientras yacía boca abajo. "Tuvimos sexo el lunes. Qué asco", gimió.

"¿Acabo de cometer un error?", pregunté.

"Tal vez lo hiciste", se rió, dándose la vuelta sobre su espalda y subiéndose las sábanas más arriba, hasta la barbilla.

—No, no lo hice —me reí entre dientes, dándome la vuelta para quedar de frente a ella y luego puse una de mis piernas sobre las suyas, rodeándola con un brazo. Después de eso, prácticamente la llené de besos.

—¡Liam! —gritó entre risas, intentando apartarme, pero fallando una y otra vez, un intento tras otro—. ¡Shh! ¡Shh! —siseó, tapándome la boca con la mano. Le besé la mano mientras ella miraba el techo pensativa. Entonces oímos que se cerraba la puerta principal. Ambos abrimos los ojos como platos mientras nos mirábamos—. Liam —chilló, susurrando y gritando en pánico.

- ¿Qué hacemos? - pregunté.

—Haz lo que te dé la gana, yo finjo estar dormida —dijo, dándome la espalda y tapando aún más las sábanas.

"Ponte una camisa", le regañé.

"No lo tengo, joder", se rió, mirándome por encima del hombro.

"¿Isabella?" gritó su madre.

Ella fingió estar dormida y luego la rodeé con mis brazos, abrazándola como una cucharita, también fingiendo estar dormida porque lo más probable es que si nos ven así, dormidos, probablemente no lo mencionen cuando nos despertemos.

Al menos eso es lo que esperamos.

Ella empezó a reír. "¡Shhh!", dije contra su hombro. Su puerta se abrió y ambos cerramos los ojos.

Por el amor de Dios, no podemos pasar un día juntos sólo los dos.

Supongo que puedo hacer que eso suceda.

Cuando concertó una cita.

Epílogo

(Punto de vista de Isabella)

—Mierda —dije, mirándome al espejo. El vestido blanco, el velo. No es mi boda, perdón por la falsa esperanza—. Te ves genial, Avy —sonreí. AveryRose se va a casar. Desafortunadamente, no es con Mason Reed. Eso terminó justo antes de la graduación. Discutieron mucho por la distancia que él no quería recorrer. Supongo que simplemente no estaban destinados el uno para el otro. Avery se va a casar con... Chase.

Chase es un chico que conoció en la universidad y cuando lo conocí, años después de que empezaran a salir, pensé que era una persona normal. No fui a la misma universidad que Avery ni que ninguno de los otros.

En realidad, viajé. Primero, por mi cuenta, mientras que Liam asistió a cursos en la universidad en lugar de hacer toda la experiencia de cuatro años. Luego se unió a mí y viajamos un poco juntos. Y luego, en Maui, me propuso matrimonio. Y fue un desastre.

Estábamos en la playa, mirando la puesta de sol y yo estaba divagando sobre lo cliché que eran las propuestas en la playa. Cuando él no se reía y las criticaba conmigo, me di cuenta de que eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer. Proponerme matrimonio en la playa. Esto fue hace unos 8 meses. Ya llevamos 8 meses casados, así que todavía somos nuevos en todo esto de marido y mujer y actuamos exactamente como siempre lo hacíamos cuando éramos recién novios.

—Liv —dijo Avery, sacándome de mis recuerdos—. ¿Puedes ir a ver cómo está Chase? Estaba más nervioso por lo de hoy que yo —dijo. Odio decirlo, pero no parece tan feliz como debería estar una novia.

Asentí y me dirigí a la habitación de Chase en el hotel, pero cuando cerré la puerta y comencé a caminar hacia la habitación de Chase, alguien me agarró del brazo y me empujó hacia una de las habitaciones del pasillo. Casi grité, pero me taparon la boca con la mano y me inmovilizaron contra la pared. Finalmente abrí los ojos y vi la maleta en la esquina. Espera, esa es... esa es mi maleta.

Miré hacia arriba y dije: "Liam, ¿qué carajo?", susurré y lo empujé hacia atrás.

—Dame un beso —se rió entre dientes, agarrando mi cara y plantando sus labios sobre los míos.

"Liam, Avery se casa en una hora, tengo que ir a ayudar", me reí, colocando mis manos en su pecho para empujarlo mientras dejaba besos por mi cuello, pero ni siquiera apliqué ninguna presión, solo mantuve mis manos sobre él.

"Tiene mucha gente aquí para ayudarla, dame esa hora, definitivamente la disfrutarás más", murmuró contra mi piel.

—Liam —dije lentamente, empujándolo y mirándolo fijamente—. No tengo dudas de que lo disfrutaré más, pero no es lo correcto —le expliqué.

"No me importa", dijo, mirándome fijamente a los ojos.

"Sí, lo hago", susurré. "Esta es la boda de mi mejor amiga".

—Es la boda de la mejor amiga de mi mujer —asintió—. Así que entiendo por qué es importante para ella, pero ¿entiende ella que *es* importante para mí? —Lo miré con atención—. Liv, he estado en clases todo el tiempo durante unas semanas y no he tenido un día contigo. Él asiste a clases todos los días para completar su curso de negocios. No terminó la universidad y yo no fui en absoluto. Ayudé a Luna con su galería de arte. Abrió una aquí en San Diego.

—Entonces seré toda tuya mañana. Pero no hoy, ella se casará pronto, Liam. Es su día —le expliqué. Él suspiró y apoyó su frente en la mía. —Solo un día, querido esposo —canturreé.

Soltó una risita y sacudió lentamente la cabeza. "Cuatro horas. En cuatro horas, la boda habrá terminado y todos se irán a casa. La recepción es mañana por la noche. Desde la posboda hasta mañana por la noche, *todos* ustedes son míos", dijo lentamente.

Sonreí, sosteniendo un lado de su rostro en mi mano, acariciando su mejilla. "Todo tuyo", asentí, parpadeando lentamente. Nos besamos por un momento antes de dejarlo ir. "¿Puedes ir a ver a Chase por Avery?", pregunté.

—Dios, jodido Chase —suspiró.

"Te amo", sonreí.

"Yo también te amo", me besó rápidamente. Luego volví a la habitación de Avery mientras él iba a ver cómo estaba Chase.

"¿Cómo está?" preguntó Avery tan pronto como entré.

"Estaba con Liam, le dije que fuera a ver a Chase, estará aquí en un segundo", asentí.

"Oh", cantó, mirando a Nathan en el espejo. Ambos me miraron a mí. "¿Tuvimos un rapidito en tu habitación?"

Puse los ojos en blanco y dije: "No seas estúpido".

"Apuesto a que desearías hacerlo", se burló Nathan.

—Cállate la boca, Nathan, ocúpate de tu sobrino —puse los ojos en blanco y miré a Jason, el sobrino de Nathan.

La puerta se abrió detrás de mí y entró Liam. "Está bien, sólo parece que va a vomitar en cualquier momento. Estoy seguro de que está bien", asintió Liam. Avery gimió y se dio un golpe en la frente.

—Todo estará bien, Avery —le dije tranquilizadoramente.

"¿Mason Reed viene?" preguntó, volviéndose hacia nosotros.

Todos nos volcamos hacia Liam. Liam es el único que sigue en contacto con Mason Reed. Perdió contacto después de que rompieron. Fue horrible. Todos lo extrañábamos porque lo amábamos, pero las cosas entre ellos simplemente no funcionaron.

—Dijo que podría pasarse por aquí. No lo sé —murmuró Liam.

—Sabes que todavía está enamorado de ti, ¿verdad? —dijo Nathan, dirigiendo su pregunta a Avery.

—Nathan —dijimos Liam y yo en tono de advertencia.

"Es verdad. Mira, entiendo que las cosas no funcionaron entre ustedes dos después de eso, pero

Avery, él intentó volver contigo, ¿no? Tú eres quien lo dejó afuera", dijo Nathan vacilante, "Entonces, ¿por qué estás enojada con él por no aparecer?"

Se escuchó un leve golpe en la puerta antes de que se abriera lentamente y entró Mason Reed con un ramo de tulipanes en la mano. Son sus favoritos. "¿Llego tarde?", sonrió.

Avery se levantó de golpe de su asiento y caminó lentamente hacia él. "No, no llegas tarde", sonrió, sacudiendo la cabeza suavemente antes de abrazarlo.

Nathan se acercó y se paró a mi lado, dándome un codazo en el hombro. Me volví hacia él. "¿No crees que deberían fugarse?", me susurró al oído.

Asentí, pero dije: "Pero es su elección. No la cuestionemos, simplemente apoyémosla".

Ambos miramos a Liam. "¿Quieren un minuto?", les preguntó a Mason Reed y Avery.

—No, solo... solo estoy de paso, en realidad. No estaré aquí para todo el evento, yo... eh... yo... Mierda, no pensé que verte con un vestido de novia me haría esto. Solo quería felicitarte. Espero que tengas una gran boda y una gran vida después de eso —sonrió.

Liam y yo nos miramos, sabiendo ya hacia dónde iba esto.

—¡Maldito idiota! ¡Ya te ha costado demasiado! —lo empujó Avery.

"No lo entiendo", frunció el ceño confundido. Y luego Avery lo besó hasta dejarlo sin aliento.

Antes de que pudiera animarlos o siquiera pensar en hacerlo, Liam me agarró la mano. "No hay boda ahora, eres toda mía", dijo, sacándome de allí y llevándome a nuestra propia habitación.

Me reí mientras él cerraba la puerta con llave, se volvía hacia mí y se quitaba con entusiasmo la chaqueta, la corbata, la camisa, los pantalones, los zapatos, los calcetines, hasta que se quedó sólo en calzoncillos. "Ahora es tu turno", sonrió con sorna.

—No creo haberte visto nunca desvestirte tan rápido —me reí, recogiendo mi cabello y dándole la espalda para que pudiera abrir el cierre del vestido. De todos modos, él fue quien lo subió. Lo bajó y casi lo rompe en el camino.

Me reí, quitándome las correas de los hombros y volviéndome hacia él. "Ahora estamos a mano", dije.

"¿Cómo estamos a mano? Todavía tienes puesto el sujetador", sonrió.

—Bueno, ya sabes lo rápido que se va eso —sonreí antes de besarlo.